R. 262
R-645
R 5-9
R-25

VÍCTOR BALAGUER
DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

LAS GUERRAS
DE
GRANADA

TOMO XXXIII DE LA COLECCIÓN
Y ÚNICO DE ESTA OBRA

CONSEJERÍA DE CULTURA DE ANDALUCÍA
Consejería de Cultura
ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL GRANADA
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y MONUMENTOS HISTÓRICOS DE GRANADA
Comisión Provincial de Monumentos - GRANADA
BIBLIOTECA
Sala C
Estante
Número 62
6640
402
6640
402

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 631.
1898

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS
GRANADA
BIBLIOTECA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS DOS «CAVAS»

La voz de la tradición.—El nombre de Granada.—Florinda la *Cava*.—Isabel de Solís: quién era.—Rara coincidencia entre ambas.—Luchas entre la sultana Aixa y su favorita.—Aixa es repudiada y el sultán eleva á su favorita al trono.—Pronósticos y augurios.—El alfaquí iluminado.

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS
PROV.ª DE GRAN.ª

Estudios interesantes fueron siempre los de la historia, y singulares á veces y peregrinas sus enseñanzas.

Por los amores de una dama se perdió España, y por los de otra se cobró.

Yo no sé si alguien lo dijo así, tan determinadamente. Puede que sí. No lo recuerdo al menos, y si lo recordara lo dijera con sinceridad; pero lo que sé es que todo el mundo lo ha visto, es decir, lo ha leído, y apenas si alguno se habrá fijado en ello, con tenerlo tan claro y patente ante sus ojos.

Según tradición de Granada, en un punto que hoy es recinto de la ciudad, existía un castillo, al que daban nombre de *Naalh, Nata, Natá* ó *Nathad,* lo cual quiere decir *cosa superior, sobresaliente, elevada sobre otras.* Junto al castillo se alzaba un pueblo ó barrio, defendido por muros y torres robustas, llamado *Gar,* á saber, *fortaleza* ó *ciudad fortificada,* de que, andan-

do los tiempos, vino á formarse *Garnathad*, luego *Garnata*, y por fin, *Granada*. Es el origen, quizá el más acertado, que da á este nombre una de las distintas versiones que circulan.

Pues bien, en este castillo, cuyo dueño ó alcaide era el conde Don Julián, de tan desdichada memoria, vivía aquella su hija que las crónicas españolas llaman Florinda y los árabes la *Cava*, que equivale á tanto como á decir en nuestra lengua *mujer liberal de su cuerpo*.

Esta Florinda la *Cava* fué la que se entregó en cuerpo y alma al último rey godo Don Rodrigo, siendo sus amores piedra de escándalo y resquemor de agravios, ya que, por su deshonra, el conde Don Julián pactó con los moros y abrióles las puertas de España.

La moderna crítica histórica se niega á reconocerlo así, y considera que esto de los amores de Florinda es una leyenda, lo cual bien pudiera ser; pero ¡hay tan hermosas leyendas que dieron origen á tan grandes historias! De todas maneras, no podrá menos de confesarse que algún fondo de verdad pudo haber en la tradición, cuando tanto se perpetuó y alienta en la misma Granada.

Todavía hoy se llama *Cuesta de la Cava* la que sube desde el campo ó ejido llamado del *Triunfo* hasta la *Plaza Larga* situada en el *Albaicín*, y Hurtado de Mendoza, que escribió en el siglo XVI, afirma haber leído en todas las historias arábigas que los moros diéronle este nombre como para perpetuar el recuerdo del sitio en que moró y dominó la *Cava*, es decir, la «que entregó su voluntad y su cuerpo al rey de España Don Rodrigo».

En las historias particulares y guías de Granada se afirma, hablando de esta calle, que el nombre de

Cuesta de la Cava se le dió por decir *Cuesta del foso*, que es efectivamente lo que *cava* significa en lengua castellana.

De todos modos, lo cierto y verdadero es que así como un día la tendencia era sostener la tradición por encima de todo, aun en mengua de la historia, sin dar crédito más que á lo tradicional, hoy se ha caído en el extremo contrario. La tendencia crítica hoy es rechazar la tradición, por verosímil y cierta que aparezca, para dar fe á un documento de los llamados históricos, siquier no revista todos los caracteres necesarios, por absurdo que parezca.

Exageración y error lo uno y lo otro, como lo es todo lo que de su centro se sale.

Algo hay que dar siempre á la tradición cuando aparece clara, natural, con todas las apariencias de la certitud, y cuando no está terminantemente desmentida por documentos históricos pertenecientes al orden de los irrefragables.

Siguiendo, pues, la tradición en este punto, como cosa probable, por una *Cava*, dama y señora de *Garnata*, perdióse España, y por otra *Cava*, dama también y señora de la misma Granada, consiguió salvarse.

Florinda, la hija de Don Julián, fué causa de las desavenencias que hubo entre los españoles, y así se perdió el reino. Isabel de Solís, otra *Cava*, cautiva primero, favorita luego y más tarde esposa del penúltimo rey moro de Granada, dió motivo con sus amores á discordias y revueltas, y por ella vino á perdición el imperio muslim en España, facilitando así el que recobrasen los españoles, por culpa de los amores de una mujer, la patria que, por culpa de los amores de otra, perdieran.

Era hija Isabel del comendador Sancho Jiménez de Solís, alcaide de Martos, muerto en la entrada

que hicieron por sus tierras los moros, quienes se apoderaron de su hija, doncella de singular belleza, llevándola á Granada, donde fué cautiva del rey y el rey de su hermosura.

Ocupaba entonces aquel trono el emir Abul Hasan Alí (que es el llamado Muley Hasen por las historias generales), y estaba desposado con su prima hermana Aixa, apellidada la *Horra*, ó la *Honesta*, en quien tuvo dos hijos, siendo el mayor Abú Abdallá *el Zaquir (el Chico)*, que fué más tarde el universalmente conocido por Boabdil *el Chico*, último rey de Granada.

Aixa, de condición altiva, nunca fué bienquista del sultán. Sus desavenencias con el rey la obligaron á retirarse, con su hijo Boabdil, al palacio de Darlarosa, situado en un cerro junto al Alhambra, y allí vivía, solitaria y rencillosa, sin más trato que el de los deudos y amigos que conspiraban con ella para sentar en el trono á su hijo Boabdil.

Isabel de Solís, que al tornar mora tomó el nombre de Zoraya, que quiere decir *lucero del alba*, fué haciéndose cada día más dueña del ánimo del rey, quien, á su vez, cada día también aparecía más ciegamente enamorado, llegando á ser esta pasión tea de discordia y de incendio en el reino, ya que por este motivo ardió Granada en luchas y guerras intestinas.

No le bastó á Zoraya ser la favorita. Quiso ser la sultana, ó ambiciosa ó enamorada, y entonces Abul Hasan, rendido á sus amores, decidió repudiar á Aixa, y tomó por esposa á Isabel, la estrella de la mañana.

Ya en los festejos de las bodas reales ocurrieron sucesos que no dejaron de considerarse, y fueron realmente, presagio de futuras tempestades.

En los juegos de sortija y torneos de cortesía con

que se obsequió á los reyes, hubo un instante en que las cañas se tornaron lanzas en manos de Abencerrajes y Zegríes; y aun cuando la cosa pudo en el acto dominarse, ensañados quedaron los ánimos y agraviosos, señal manifiesta de próxima discordia, á que vino luego á dar calor y resalto un alfaquí iluminado que auguraba males y desventuras, pronosticando el fin y acabamiento del reinado de los muslimes, é iba como desapoderado por calles y plazas, gritando con plañideras voces: *¡Ay de Granada!*

Fué la tormenta arreciando, y vióse entonces coadyuvar juntos á la pérdida de Granada, como si fuese gloria común y propio empeño, al español con sus armas y al árabe con sus discordias, hasta que en éstas hallaron Don Fernando y Doña Isabel el camino abierto para marchar sobre Granada y apoderarse del último reino que en España quedaba á los invasores.

CAPÍTULO II

GRANADA ÁRABE

Granada antigua: sus torres, fortalezas, murallas, alcázares, palacios, monumentos. — Sus tradiciones, excelencias, memorias y recuerdos. — El alcázar del Alhambra: su grandeza y suntuosidades. — Las golondrinas de Granada.

¡Qué hermosa que es Granada con sus purísimas auras y los ricos verjeles de su vega deleitosa; con el Genil tributándole arenas de plata y el Darro rindiéndoselas de oro; con aquella sierra vecina arrebozada en su alquicel de nieves, que en ninguna región del mundo fueron nunca más blancas y más puras; con su multitud de cármenes para encanto de los ojos, y su cielo de estrellas para embeleso del alma!

¡Y qué hermosa, qué bella hubo de ser en tiempo de sus amores con el árabe!

Era Granada, entonces, *metrópoli de ciudades marítimas*, y así la llamaban los árabes; cabeza insigne del reino, madre benigna de huéspedes y marinos, albergue de peregrinos de todas las naciones, huerto de frutos y verjel de flores, delicia de los hombres, edén de las mujeres, erario público, centro de palacios, escuela de guerreros y sobreseñal de paladines y de bravos.

Ceñíala un muro que por lo extenso parecía interminable, flanqueado por robustas torres en número de mil y treinta, según unos; de mil y trescientas, según otros. Por veintiocho puertas tenía entrada y trescientos ó tal vez cuatrocientos mil habitantes en su recinto. Albergue había para cuarenta mil hombres en sólo el real alcázar del Alhambra y, en un momento dado, hasta cincuenta mil guerreros podía el rey moro hacer salir de la ciudad en actitud y talle de combate.

¡Qué hermosa que debió de ser Granada, *la cándida y clara*, con su cinto de murallas y su diadema de torres almenadas, cuando vivía con sus galas y esplendores de sultana, circundada por los nimbos y las aureolas de su gloria!

Allí sus mezquitas, sus alminares, sus torres, sus baños, sus palacios, sus cármenes, sus castillos, sus alcázares suntuosos.....

Allí su palacio *de los Walíes*, renombrado por sus lujos y grandezas; — su *Casa de Abén Hamet*, famosa por sus mármoles y jaspes; — la morada de Abén Habuz ó del *Gallo*, por el singular artificio que coronaba su torre y á que iba unida la tradición del salvamento ó ruina de Granada, según aquel artificio se conservara ó se perdiera; — sus *Baños* esplendorosos de la *Carrera del Darro* y sus cármenes amenos de Ainadamar, que adelantaban á los muslimes las delicias de su prometido paraíso; — el hermoso palacio de *Chapiz*, fundado por príncipes almohades; — su grandiosa *Casa de la moneda*, de aspecto y recuerdos babilónicos; — su soberbia gran *Mezquita*, en cuya labrada puerta Hernán Pérez del Pulgar, *el de las hazañas*, clavó cierta noche con su daga el cartel del *Ave María*; — su Universidad, Estudio ó *Almadriza*, donde recibieron educación muchos sabios y literatos, entre

ellos el Gazanida, célebre por sus poesías orientales, recopiladas bajo el título de *El collar de perlas;* — el alcázar suntuoso y jardines *del Said*, con albercas y estanques donde se figuraban batallas navales, como en los circos romanos, llevando así las escenas de los mares á las cumbres de los montes; — la quinta de *Nonsará*, con su tesoro de azulejos en los salones y en el parque sus opulencias de mirtos y laureles; — los *Alixares* ó *Castillos dorados y relucientes, con sus paredes de encajes*, según dicen los romances, por las cuales *el moro que las labró cien doblas ganaba al día:* y, entre muchos otros, el palacio del *Generalife*, ó sea *casa de recreo y jardín de la alegría*, compuesto y conjunto de todas las magnificencias, mansión seductora de hadas y de huríes, donde aun existe el ciprés aquel de la leyenda, que asistió á los amores del gallardo Abencerraje con la hermosa reina granadina.

Y sobre todas esas maravillas, las maravillas y portentos del Alhambra:

El patio de la *Alberca* ó *de los Arrayanes*, de forma clásica como otro igual no existe, en cuyo claustro, con pavimento de grandes losas de mármol blanco, tendidas á manera de mantas ó tapices, acostumbraba á reunirse cada tarde el Emir en corro con las mujeres del harén, allá por los últimos años de Granada, para oir los cantos y las *kásidas* de la esclava Marian, que era gran cantatriz y tañedora; —

La sala célebre llamada *de los Abencerrajes*, donde se cuenta que fueron degollados los entre ellos más primates, alcanzándose aún á distinguir en los mármoles la mancha de sangre de las víctimas; —

El *patio de los Leones*, prenda la más querida del Alhambra, con su bosquete de esbeltas y galanas columnas, sus primores de ornamentación y sus orientales arreos de majestad y grandeza; —

La torre *de Comareh* ó *de Comares*, desde lo alto de la cual la sultana Aixa, temerosa de que Zoraya, la favorita, hiciera degollar á su hijo Boabdil, lo descolgó con ayuda de las tocas blancas de sus esclavas para entregarlo á sus partidarios, que al pie del muro aguardaban;—

La opulenta sala llamada *de Embajadores*, donde Zoraya se presentaba en las ceremonias con toda la gallardía de su hermosura y toda la gala de las joyas que fueron de la madre de Boabdil;—

El salón de *Justicia*, con el oro y la pedrería de sus muros, las pinturas de su bóveda, los ornamentos y encajes de sus arcos;—

La *Rauda* ó panteón de los monarcas, morada de soledad y de muerte, con su cúpula en forma de concha agallonada y con aquella su torre alminar que se alzaba á prodigiosa altura, rival de la que se eleva sobre las tumbas de los califas del Cairo;—

Aquella *Sala de las dos hermanas*, á que sin duda dieron nombre, más que las dos grandes losas gemelas de su pavimento, dos hermanas cautivas que hubo reclusas en el harén, y de quienes se dice que murieron de celos al contemplar desde la ventana del alhami las escenas amorosas del *jardín de las damas*;—

Aquel embeleso de *Mirador de Lindaraxa*, á semejanza de jardín babilónico suspendido sobre jardines, estancia de encantamientos sin rival en el alcázar, donde la Amada gozaba sus siestas y sus ocios al hálito de los pensiles que le traía el aura en sus ondas aromatizadas, al arrullo del canto grácil de las aves, atento el oído á la cadente voz de las vecinas aguas, que así se elevaban en surtidor campante como caían descabellándose en cascada; dispuesta la ventana para reclinarse en almohadones sobre el suelo, á la vista de los jardines; con los dulces y en-

tonados colores de sus muros, en cuyos mármoles todavía se leen amorosas poesías y pertinentes versículos coránicos allí escritos con oros y carmines; al amor de todo lo sensible, que flotaba en aquella atmósfera odorosa, y acomodadas las celosías de manera que estuviesen prontas siempre y obedientes á matar la luz, en un momento dado, para sólo recibirla á través de los pequeños vidrios de colores, diestramente embutidos en la calada tracería y con tal destreza pintados, que la luz y el color venían á ser una cosa misma;—

Aquellos baños misteriosos escondidos en las profundidades del alcázar, y aquellas atezadas alcobas, hundidas entre arcos y columnas rebosantes de azules y escarlatas, á cuya vera sonaba la rumorosa fuente que huía por marmóreas canales, siendo tan transparente el agua y tan pulido el mármol, que llegaban á confundirse, sin que nunca se acertara á saber si quien corría era el agua ó quien corría era el mármol;—

Y, por fin, todas aquellas riquezas y todos aquellos esplendores que guardaba el Alhambra en su regazo y que hicieron y hacen de este alcázar suntuosa manifestación del poder y alteza de los monarcas granadinos, monumento singular y único de maravillas y portentos, como otro no existe en la sobrehaz de la tierra, y relicario valioso de historias y tradiciones, dramas y tragedias, fábulas y veras, amores y misterios con que formar el libro de las mil y una noches del Alhambra, comenzando por la fantástica leyenda de su fundación al suponer que el alcázar fué labrado de noche, á la luz y reflejos de las hachas encendidas que genios invisibles sostenían en los aires.



No he de olvidar nunca la impresión que tuve cuando mi primera visita al Alhambra.

En ninguna parte vi yo jamás tal aplegamiento y tanta multitud de golondrinas como las que allí se reunen y atumultúan al llegar los dorados albores de la primavera.

Deben de ser aquéllas, por ventura, las golondrinas de los cantos árabes. Cada una de ellas lleva el alma de un Gomer, de un Zegrí ó de un Abencerraje. Todos los años, mensajeras del buen tiempo, regresan de los arenales africanos, y en verdaderas nubadas revolotean por los espacios hasta turbar á veces la luz del sol á su paso. Así penetran por los ajimeces y grandes ventanales, hoy abiertos á todas las luces y á todos los aires, é invaden los salones del alcázar, y recorren los claustros solitarios, y rozan con sus alas las durmientes aguas de las albercas, y cruzan por entre los árboles mismos que dieron sombra en el *Jardín de las damas* á favoritas y á sultanas, y van y vienen, y huyen y tornan, y vuelven y revuelven, lanzando aquellas sus chillantes voces de son quejumbroso, que allí suenan como ayes y gemidos, cual si fueran repitiendo, al acuchillar los aires: *¡Ay de mi Alhambra!* y *¡Ay de mi Granada!*

CAPÍTULO III

LOS PRIMEROS AÑOS DE UN REINADO

Señales de infortunio para el reino de Granada. — Ocupa el trono Abul Hasan. — Rebelión de los alcaides. — Noble conducta de el Zagal. — Pacificación del reino. — El Zagal nombrado alcaide de Málaga. — Prosperidad de Granada. — Relaciones corteses entre moros y cristianos.—Desafío de Don Diego de Córdoba á Don Alonso de Aguilar. — Palenque dispuesto en Granada para el duelo.— Revista militar en la Asabica. — Inundaciones en Granada. — Batalla de damas. — Aixa la *Horra* é Isabel de Solís la *Zoraya*. — Repudio de la sultana Aixa. — Triunfo de Zoraya, que es elevada al trono. — Fiestas por las bodas reales. — Triste terminación de los festejos. — Pronósticos y agüeros.

Cuentan los historiadores árabes, aquellos hoy conocidos por recientes trabajos de nuestros orientalistas, que la decadencia á que había llegado el reino granadino en los días que precedieron al advenimiento del emir Abul Hasan Alí, era señal cierta de su próximo acabamiento y ruina. La cólera de Dios, dicen, justamente indignado por las abominaciones y pecados de los musulmanes, se cernía sobre sus cabezas, amenazándoles con ejemplares y tremendos castigos.

Fué por los años de 1466 cuando subió al trono de Granada, por muerte de su padre Abén Ismail, el emir Abul Hasan Alí, que es el mismo que nuestras

historias, antes de la reciente rectificación de los nombres árabes, llaman Muley Abul Hasen ó Muley Hasen, más brevemente.

A comienzos de su reinado se le rebelaron algunos de sus alcaides, principalmente el de Málaga, y, secundados por ciertos capitanes cristianos, proclamaron á su hermano menor Abu Abdallah ben Saad, apellidado el Zagal, que quiere decir en nuestra lengua el *valiente;* pero Abul Hasan, á quien en su juventud no faltaron ciertamente valor, autoridad y energías, hizo un llamamiento á su pueblo, ofreciendo mejorar de condición á cuantos le ayudasen, guardar las leyes, velar por los intereses del Estado y procurar el mayor lustre de la religión.

Respondieron á este llamamiento del emir sus vasallos, chicos y grandes; levantáronse poderosas huestes, y la rebelión fué vencida, contribuyendo grandemente á ello la sumisión de su hermano el Zagal, que escapó á las garras y manejos de los alcaides, presentándose noblemente en el campo del emir.

Desconcertados, los rebeldes quisieron hacerse fuertes en Málaga, cuyo alcaide era cabeza de todos; pero habiéndose levantado la población en armas y proclamado á Abul Hasan, cayeron aquéllos en sus manos y fueron decapitados.

Con semejante suceso quedó libre de rebeldes el país, y Abul Hasan pudo retirarse tranquilamente á la capital, no sin antes premiar á su hermano el Zagal dándole la alcaidía de Málaga, por ser uno de los primeros cargos y una de las primeras plazas que sostenían el trono y reino de Granada.

Asegurado en su solio y ganoso de dar gentil empleo á su carácter emprendedor y belicoso, convirtió sus armas contra los cristianos, haciendo varias entradas por las comarcas fronterizas, y se apoderó de

algunos castillos y fortalezas; pero estas brillantes y afortunadas campañas no distrajeron su ánimo de mirar por la prosperidad y grandeza de su pueblo.

Así, pues, fiel cumplidor de sus promesas, hizo resplandecer la justicia, reparó las fortalezas, acrecentó el ejército, hízose temer, y ajustó tratados de paz y tregua con el monarca castellano Enrique IV, cuyo reino ardía entonces en discordias. Acrecentó con esto Abul Hasan el bienestar público en sus estados; multiplicáronse las subsistencias; abaratáronse los mantenimientos, y la seguridad en las personas y haciendas fué general en todo el reino. Y, finalmente — dicen como cosa singular los historiadores árabes, — acuñó moneda de buena ley.

Hubo entonces en Granada una época de relativa prosperidad; y como había ya antiguas relaciones entre caballeros castellanos y caballeros árabes, sujetos entrambos á hidalgas y comunes leyes de honor y cortesía, hízose más frecuente el trato, y, renovándose costumbres de tiempos anteriores, llegó á existir tal tolerancia entre moros y cristianos y tal correspondencia entre castellanos y granadinos, que unos y otros, amortiguadas las antipatías religiosas, se mezclaban alternativamente en los juegos, torneos y fiestas de la época, entraban y salían libremente de sus tierras, y así servía el castellano á una dama mora, de quien se declaraba campeón y por cuyos favores arriesgaba la vida, como acudía el árabe á tierras de Castilla, asistiendo á sus torneos para quebrar una lanza en favor de una gentil castellana.

Por esta mutua correspondencia de franca y galante cortesía entre las dos naciones, sucedió lo que no podía menos, y fué que los castellanos tomaron algo del orientalismo, pompa y majestad de los árabes, así como de su gusto y magnificencia por las ar-

tes y los espectáculos, á la par que el moro perdía á la vez su hipocresía y su reserva, manifestándose más abierto, más galán y franco, abandonando su sensualidad, sus estudiadas reservas y sus vengativos celos.

Un moro fué el hombre de más confianza y el adalid más decidido que tuvo á su lado en las luchas con los árabes el famoso marqués de Cádiz, expugnador de Alhama, y una doncella cristiana, Isabel de Solís, la bella Zoraya, el lucero del alba, fué la penúltima reina que se sentó en el trono de Granada, siendo la que ensurizó al emir Abul Hasan, arrojándole al campo de las revueltas y de las discordias. Uno de los Padillas, señor de Fres del Val, en Burgos, casó con una princesa mora, en quien tuvo hijos, y una dama árabe, artista cantadora en las zambras y fiestas del Alhambra, vino á ser título en Castilla y engendró una prole de ilustres hidalgos.

No pocos son también los nobles castellanos que, arrojados de su tierra por las bandosidades que en ellas ardían, ó por malquerencias del rey ó del privado, acudían á Granada á demandar asilo, sirviendo bajo las banderas musulmanas, mientras que era frecuente la costumbre, entre caballeros árabes y cristianos, de visitarse con gran pompa y acompañamiento en las cortes de sus respectivos monarcas.

Mientras duró esta mutua correspondencia, Granada fué también el campo neutral, el palenque de honor donde iban los castellanos á decidir las cuestiones de honra por duelo ó encuentro personal, á presencia y ante la autoridad del soberano granadino.

Precisamente en la época de que se está tratando, hubo un suceso de esta clase, que fué muy sonado, teniendo gran resonancia en ambas cortes, y para el

que cedió campo, por los años de 1470, en la Asabica de Granada el rey Abul-Hasan.

Don Diego Fernández de Córdoba, valeroso caballero, hijo del Conde de Cabra y mariscal de Castilla, mortalmente enemistado con Don Alonso de Aguilar, uno de los más esforzados campeones entre cuantos tomaron parte en las guerras gloriosas de Granada, le retó por cartel de desafío á singular combate y duelo, en campo abierto y á presencia del monarca granadino.

Aderezado estaba el palenque al llegar el día y la hora del combate; el soberano de Granada en su trono; en el estrado la sultana Aixa, aun no reemplazada en el real tálamo por la ensurizadora Zoraya; en torno del emir los caballeros y potentados de su corte; junto á la barrera la apiñada muchedumbre del pueblo árabe; en la arena los jueces del campo, los farautes y los guardias; y en la tienda, esperando, armado de punta en blanco, el retador Don Diego.

Pero Don Alonso de Aguilar no se presentó, por haberle mandado arrestar, según parece, el rey de Castilla, á fin de impedir el duelo, ocurriendo con este motivo varios é interesantes sucesos, que dejan de continuarse aquí para no turbar el relato, pero que el lector curioso podrá encontrar fácilmente en las crónicas de la época.

La prosperidad de que gozaba el reino de Granada no tardó en ceder, arrastrada por corrientes contrarias que acabaron con ella. Los historiadores árabes no se cansan de referir tristes acontecimientos, considerados como agüero y presagio funesto de futuras desdichas, y de los cuales vino á ser colmo un suceso triste y desastroso.

Como se había aumentado considerablemente el ejército, resolvió Abul Hasan pasar una gran revista

á fin de que viera el pueblo su brillante estado, y quedaran así justificados á sus ojos los nuevos tributos que proyectaba imponerle.

Á este efecto dispuso que el alarde tuviera lugar en la Alhambra y en el sitio conocido por la Tabla, inmediato á la torre llamada de los *Siete suelos*, y cerca de la Asabica, gran explanada y extensión de campo, lugar de solaz y recreo para el pueblo granadino.

Levantado un lujoso pabellón, desde el cual el monarca pudiera presenciar el desfile, y convocados todos los guerreros del reino, dióse comienzo á la revista el 24 de Marzo de 1478 con gran solemnidad y fiesta, con asistencia de todos los caballeros árabes de Andalucía, del Algarbe y de la Ajarquía, que habían acudido á la convocatoria del emir, y ante la gran muchedumbre de Granada y de sus contornos que allí se había congregado.

En este alarde hicieron ostentación de sus brillantes galas todos los caballeros, aderezados, como iban, de bruñidas armaduras de acero, de lujosas sobrevestas de seda, jinetes en poderosos corceles ricamente paramentados, y luciendo sus primorosas espadas, lanzas y adargas, incrustadas de oro, de nácar y de plata.

Á medida que las taifas y los escuadrones desfilaban por delante del solio real, iban á formar en la explanada de la Asabica; pero á eso de medio día dispuso Dios que apareciera una gran nube, la cual, acompañada de truenos y relámpagos, se extendió por la Asabica y lugares circunvecinos y, abriendo sus cataratas, se desató en torrentes caudalosos que invadieron las calles y cerraron el paso á la muchedumbre. Los clamores y llantos de las mujeres y de los niños ensordecían el aire. Creció el río Darro con tan gran celeridad y copiosa avenida, que arrancó de

cuajo los olmos, almeces, almendros y otros árboles corpulentos que arraigaban en sus riberas. Desbordóse la crecida por la ciudad, arrastrando entre su impetuosa corriente todas las casas, tiendas, mezquitas y alhóndigas situadas en sus orillas. Los más sólidos edificios se desplomaron, y no quedaron de los puentes más que el arranque de los arcos. Aglomerados en el centro de la ciudad los árboles, arrastrados por el torrente, cegaron la luz de otro de los puentes; y obstruído el curso de las aguas, se vieron los habitantes á pique de perecer, pues invadieron la Tachára (el comercio) y la Alcaicería, muchas de cuyas tiendas fueron anegadas. Llegaron la consternación y el desastre hasta los más remotos barrios.

Últimamente, dicen las crónicas árabes, Dios se apiadó de Granada y de sus moradores, y abriéndose paso las aguas por encima de puentes y muros, salieron de la ciudad.

Durante aquella última década habían ocurrido grandes sucesos y trastornos en Castilla: la muerte de Enrique IV, el advenimiento al trono de Don Fernando y Doña Isabel, las bandosidades en que se encendió el reino, la guerra con Portugal, y los disturbios á todo esto consiguientes. De nada supo aprovecharse el emir Abul Hasan, á quien habían turbado ó perturbado los presagios de tan dolorosos accidentes como ocurrían constantemente, los anuncios fatídicos de revueltas intestinas, los deleites, placeres y zambras á que se entregó por completo durante cierta época en las suntuosidades de su palacio del Alhambra, y, más que otra cosa quizá, las contiendas y batallas de damas en el interior de su morada, que no tardaron en transcender al reino moviendo las pasiones y los ánimos.

Hallábase casado el emir Abul Hasan Alí, según

queda dicho, con una hija de su tío el emir Alaisar, apellidada la *Horra,* ó sea la *Honesta,* en la cual había tenido dos hijos. El mayor ó primogénito fué Mohammed Abul Abdallá, y algunos dicen Abdillá, ó Muley Boabdeli, de que luego se formó Boabdil, que es el nombre con que se le conoce en la historia, último rey moro de Granada, con el sobrenombre de *al-Zaquir, el Chico,* y también con el que se le dió más tarde de *Zogoybi,* que es como decir el *desdichado* ó *sin ventura.* El segundo hijo era el llamado Abén Algete Yusuf.

Todo induce á creer que la sultana Aixa era de condición altiva, orgullosa, de ambición desmedida y resuelta y absoluta en sus propósitos. Dicen que era inteligente, y que sus facciones, aunque agraciadas, inspiraban despego alejando toda simpatía.

Poco afecto á ella el sultán Abul Hasan, se enamoró perdidamente de una cristiana cautiva, Isabel de Solís, á cuyos amores fué fiel durante toda la vida, habiendo sido la suya modelo de pasión constante, y en la cual tuvo también dos hijos llamados *Cad* y *Nazar,* que, andando los tiempos, como más tarde veremos, recibieron el bautismo después de la presa de Granada, y, trasladados á Castilla con título y renta de infantes, enlazaron con las poderosas familias castellanas de Sandoval y Castro, siendo el Don Juan y el Don Fernando de Granada de nuestra nobleza y conservando sus descendientes el blasón y linaje de los reyes Alhamares.

Ardiendo en celos la sultana Aixa, y no pudiendo soportar su orgullo la humillación y el abandono á que la reducían los amores del emir, hizo blanco de sus enojos á la favorita, suscitándose entre ambas enconadas querellas, que transcendieron á la corte y la dividieron en dos enemigos é irreconciliables ban-

dos, de los cuales el uno se puso de parte del sultán, de Isabel y de sus hijos, y el otro de Aixa la *Horra* y de los suyos. Prolongóse este estado de cosas por mucho tiempo, durante el cual, dicen los autores árabes, la infeliz sultana estuvo presa de sobresaltos mortales, pues, conociendo la iracunda y arrebatada condición de su marido y el ascendiente que sobre él tenía la esclava cristiana, andaba temerosa por la vida de sus hijos.

Ya, á todo esto, Isabel de Solís, que renegó de su religión, se había hecho mora, tomando el nombre de *Zoraya,* que es como decir lucero del alba ó estrella de la mañana, nombre perfectamente adecuado á su peregrina hermosura; y en seguida, valiéndose de su dominio con el rendido monarca, exigió de él que la hiciera su esposa. Poco hubo de costarle, que cada vez aparecía el sultán más sujeto á sus amores.

El repudio de Aixa se realizó brevemente. Presentóse á ella un día el gran visir, ó alguacil mayor del reino, ministro del monarca, y con la sobriedad con que acostumbraban á dar sus órdenes los soberanos de Granada, le dijo sencillamente:

—El sultán, nuestro señor, Alá le guarde, te aparta de su lecho y te manda abandonar este alcázar.

Y así salió Aixa la *Horra* del Alhambra, retirándose á un palacio del Albaicín, donde estaban ya á recaudo sus hijos y donde en seguida se vió rodeada de sus más ardientes y celosos partidarios que la aclamaron solícitos, formándole una verdadera corte y comenzando sus manejos para proclamar á su hijo Boabdil, rey de Granada.

Resuelta era Aixa, mujer varonil y de alientos, del fuste de aquellas damas, así castellanas como árabes, que en aquella época de nuestra historia se hicieron notar por sus grandes energías. Entró

de lleno en las miras de sus partidarios, dominada entonces por la pasión de venganza que se apoderó de ella al verse repudiada, y sin rebozo ya, movida por sus celos, sus odios y sus apetitos, púsose al frente de los suyos y comenzó á recorrer con ellos aquella senda que hasta el fin de su vida debía ser sólo de ruinas y catástrofes. Aixa, llamada la *horra*, es decir, la honesta, — aunque también *horra* significa en árabe *señora* ó *reina*, — era realmente una mujer superior, de gran voluntad y firmeza, con especiales condiciones de mando, y tan temible al frente de una hueste como el mejor capitán y el más decidido.

Mientras así se fraguaba la conspiración, destinada á remover las entrañas del reino y anegar en sangre las calles de Granada, abriendo venturoso camino á las armas y propósitos del cristiano, el rey Abul Hasan tenía abandonados por completo los negocios de estado en manos de su ministro, y sólo se ocupaba en servir á su Zoraya, la niña de sus ojos, proclamada ya sultana, y á quien rodeaba de pompas, cariños y galas, pareciéndole poco todo cuanto en su honor y gloria se proyectaba.

Quiso el sultán que las fiestas reales por sus desposorios fuesen celebradas con públicos regocijos y gran aparato, no bastándole las que se daban, ruidosas y espléndidas, en los suntuosos salones del Alhambra ó en los seductores jardines de Ainadamar y del Generalife. Y así, anunció que bajaría á presidir las solemnidades que se realizaran en la plaza de Bib-Rambla, deseoso de colmar su ventura presentando su esposa al pueblo, para que éste pudiese aplaudir la belleza sin rival de la que había logrado cautivar el alma y el corazón de su monarca. Conmovióse Granada entera al anuncio, y el día señalado agolpóse en la plaza de Bib-Rambla gran concurrencia y

muchedumbre, ansioso todo el mundo de conocer á la nueva sultana y asistir á los juegos de sortija y torneos de cañas que, como dice el romance, se aprestaban á dar los mejores caballeros

para festejar las bodas
del moro, rey de Granada,
con la flor del paraíso,
con la divina *Zoraya*,
la de los cabellos negros,
la de las luengas pestañas,
que la hermosura y el nombre
robó al *lucero del alba*.

Eterna memoria hubo de quedar de aquella fiesta.

Desde la puerta llamada de *Bib-laujar*, por donde salieron los reyes de su palacio del Alhambra, á lo largo de la calle *de los Gomeres*, y de las demás vías cruzadas por la regia comitiva, el suelo todo estaba tapizado de flores; de flores aparecían cubiertos los terrados y miradores, como si fuesen jardines suspendidos; las puertas y ventanas ostentaban ricas telas y sederías para mostrar la opulencia y el regocijo, y al paso de Abul Hasan y de Zoraya, las damas, gentilmente adornadas, vertían esencias, olores y perfumes. En la plaza de Bib-Rambla se apiñaba un inmenso gentío, y perdíase la vista á lo lejos con tanta muchedumbre de pueblo, de guerreros, de pendones y de enseñas.

Todo júbilo parecía ser la oriental Granada cuando los reyes ocuparon su lujoso estrado y comenzó la fiesta con los juegos de sortija, á que luego siguieron las carreras y las cañas. Tomaron parte treinta y dos tribus principales, sostén y ornato de Granada, entre las que descollaban por su lujo, compostura y gallardía, lo rico de sus trajes, lo vistoso de sus ar-

mas y lo enjaezado de sus caballos, las familias ó linajes de los *Abencerrajes, Zegríes, Gomeres, Venegas, Gazules, Zulemas, Almanzores* y *Abenamares*.

Todo seguía y marchaba perfectamente; hermoso el espectáculo, animada la fiesta, alborozado el pueblo, gallardos los caballeros en sus juegos y carreras, complacidas las damas y satisfechos los reyes, cuando de repente, y como por encanto, cambiaron de faz las cosas. Vióse á las tribus y cuadrillas arremolinarse en un extremo de la plaza, y comenzó á circular la voz de que un Zegrí había herido á un Abencerraje, trocándose en lanzas las cañas.

Todo fué confusión y tumulto: en un instante viéronse blandir armas por los aires, oyéronse voces enronquecidas que clamoreaban *¡traición y venganza!*, cruzáronse palabras acerosas que herían como puñales, y terminó la fiesta, y se deshizo la corte, y huyeron las damas, y alborotóse el pueblo, acudiendo con armas deudos y amigos cada tribu á favorecer su bando. Pudo el peligro dominarse por los esfuerzos de los alfaquíes y de los sabios que acudieron á templar los ánimos y á poner paz en aquel rebato; pero ya el primer paso estaba dado, ya las cañas eran lanzas, ya habían salido á luz del día pasiones hasta entonces cauteladas en el fondo del alma, y ya la guerra civil acababa de aparecer en Granada.

CAPÍTULO IV

LA BATALLA TENEBROSA DE ALHAMA

(1481-1482)

El sultán entregado á los placeres del harén. — Los negocios de Estado en manos del primer ministro. — Embajada de los Reyes de Castilla. — Arrogante respuesta del sultán. — Los Reyes castellanos la reciben como guante de desafío. — Una frase del Rey Don Fernando. — Los bandos de Granada. — El sultán rompe las treguas, marchando sobre la plaza de Zahara. — Se apodera de ella por sorpresa. — La matanza y desolación de Zahara. — Regreso del sultán á Granada. — Tristezas del pueblo. — El alfaquí iluminado. — Reciben los Reyes de Castilla la noticia de la pérdida de Zahara. — El marqués de Cádiz. — Sus conferencias con Diego de Merlo. — Se proponen tomar la plaza de Alhama. — Lo que era esta ciudad. — Comunican su proyecto á otros caballeros de Andalucía. — Se realiza la expedición. — Noche de la batalla tenebrosa. — Valerosa defensa de los moradores. — Se apoderan de la ciudad los castellanos. — Luto y consternación en Granada. — Romances moriscos.

Mientras Abul Hásan se entregaba cada vez con más ceguedad á los goces de su amor y placeres del harén, sin cuidarse de los agüeros y presagios que tenían aterrado al pueblo, su primer ministro ó alguacil, que así se llamaba por su cargo, seguía en el desgobierno del Estado, decretando nuevos pechos y haciendo objeto de su rapacidad los más sagrados intereses del país. No hay que decir con esto la deplorable situación en que se encontraba el ejército, cuyos

sueldos se habían reducido, y cuyos principales jefes ó caudillos eran desairados, como no perteneciesen al bando de la nueva sultana, ni lo penosísima que era la del pueblo, esquilmado por gabelas y tributos.

Esto no obstante, Abul Hasan, en su soberbia, se creía fuerte y poderoso para dominar cualquier situación, por peligrosa que fuese, y cualquier conflicto que presentarse pudiera. Estando en guerra los cristianos unos contra otros, no creía llegar á verse nunca amenazado, y aun en este caso, su arrogancia y las falsas ideas que de su situación cuidaba de sugerirle su primer ministro, le hacían pensar que él solo se bastaba para todo, pues todo le era debido, y que en sólo su nombre y autoridad había poder sobrado para tener á raya á los cristianos y sujetos á los rebeldes, que de acuerdo con Aixa pensaban en proyectos temerarios.

Por aquellos tiempos fué cuando ocurrió cierto suceso con motivo de una embajada que los Reyes de Castilla enviaron al sultán, originándose de ello un incidente, en el que hay que ir á buscar el verdadero comienzo de las guerras de Granada.

Hubo de ser la cosa por los años de 1478.

Con ocasión de hallarse Don Fernando y Doña Isabel en tierra de Sevilla y Córdoba arreglando los asuntos y bandosidades de su reino, habían recibido una embajada de Abul Hasan, pidiendo prorrogar las treguas que existían á la sazón entre moros y cristianos. Los monarcas contestaron que enviarían á Granada un embajador para tratar este negocio.

Y así fué. Poco tiempo después llegaba á Granada, de embajador de los Reyes de Castilla, con apuesta compañía de caballeros castellanos, el comendador de Santiago Don Juan de Vera, que fué recibido con todo lujo y ostentación en los salones del Alhambra,

presentes la corte y los altos potentados del reino granadino.

Dió cuenta de su misión el embajador castellano. Los Reyes de Castilla manifestaban estar dispuestos á que se prorrogaran las treguas, aunque siempre bajo la condición de que satisficiera el sultán el tributo ó las parias, según un tiempo se había concertado por sus predecesores en el trono.

Irritóse sobremanera el soberbio Abul Hasan al oir esta demanda, pues cuenta un historiador árabe que aquel monarca consideraba como el acto más humillante de su soberanía el reconocer parias, desde que en cierta ocasión, antes de subir al trono, asistió al pago de ellas en Córdoba, donde sufrió muchos desaires y desprecios de los castellanos. Así es que, cuando el embajador le hizo presente su mensaje, montó en cólera, y aún no había terminado de pronunciar Juan de Vera sus últimas palabras, cuando contestó con arrogancia:

—Id, y decid á vuestros soberanos que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos, y aquellos también que lo recibían. En las fábricas de Granada ya hoy no se labra oro ni plata. y sólo en su lugar se forjan lanzas, saetas y alfanjes.

Con esta contestación del airado monarca fué despedida la embajada.

Fueron estas palabras realmente el grito de guerra entre ambos reinos, y hubieron de indignar á los monarcas de Castilla, que las consideraron como guante de desafío, á que desde luego correspondieran si las circunstancias del momento se lo hubiesen permitido. Por esto, pues, y para impedir desastres en los pueblos de la frontera, si los moros rompían las hostilidades, convinieron en que continuase la tregua, reservándose para ocasión más favorable el

tomar venganza de aquellas palabras. Dícese que el rey Don Fernando quedó sentido del suceso y muy amargado. Algunas veces se le oyó decir, recordándolo:

—*A esa granada ya le arrancaré yo los granos uno á uno.*

No se retrasó mucho la ocasión esperada.

Terminadas las guerras con Portugal, y habiendo logrado poner orden en las de su reino, según ya se ha visto, los Reyes de Castilla comenzaban á pensar en lo de Granada y se preparaban, cuando el mismo Abul Hasan salió al encuentro de sus deseos, rompiendo la tregua.

Fué en 1481.

Necesitaba Abul Hasan levantar el ánimo de su pueblo y distraer la atención de los conjurados y rebeldes, que parecían ya dispuestos á realizar sus planes, lenta y costosamente preparados durante el tiempo transcurrido desde las bodas reales.

El conflicto y el tumulto con que terminaron los festejos públicos no habían tenido consecuencias. Pudo calmarse la agitación, tranquilizar al pueblo, y hasta logró dominarse el ímpetu de los bandos que aparecieron armados, en disposición de llegar á las manos; pero si entonces se alcanzó á impedir la lucha, ya desde aquel momento quedaron despiertos y en vela los odios y pronta la mano á empuñar el arma homicida al primer incidente.

Los partidarios del rey y de Zoraya se agruparon en haz estrecha, manteniéndose reservados, en espera de que el bando contrario se significara. También los de la sultana Aixa, antes de lanzarse al campo, y de acuerdo con ella, que era mujer tan enérgica como prudente, quisieron tener el éxito seguro y no dar un golpe en vago. Se entendieron, pues, con sus deudos

y amigos de fuera y dentro de la corte, trabajaron en el silencio de la conspiración y en la tenebrosidad del complot, fueron allegando partidarios entre el pueblo, reforzaron sus filas con los jeques de tribus amigas, y ya todo lo tenían, por fin, dispuesto y pronto.

Fué entonces cuando algo debió de traslucir el sultán, advertido ó receloso, y meditó una empresa arriesgada, aunque fácil y pronta de ejecutar, creyendo que, si llegaba á realizarla con fortuna, se ganaría el aplauso y la voluntad del pueblo musulmán, cobrando con ello mayor fuerza para resistir las iras de sus contrarios. Pensó que nada mejor para su intento que un golpe de mano sobre Zahara, apoderándose de esta plaza por sorpresa.

Era Zahara una villa situada sobre un cerro, bien abastecida y fortificada, ceñida por fuertes muros y robustas torres, tan difícil de expugnar, por las defensas que la naturaleza y el arte le dieran, que su conquista granjeó un día no poca fama al infante Don Fernando *el de Antequera,* aquel que fué rey de Aragón por sentencia del Parlamento de Caspe, abuelo de Don Fernando *el Católico.*

Zahara tenía entonces por alcaide á Gonzalo de Saavedra, y era fortaleza de frontera castellana, no distante de Ronda, que era del moro.

Abul Hasan sabía por confidencias que la defensa de Zahara se hallaba muy descuidada y con guarnición reducida, por fiar en la tregua y en lo inexpugnable de la fortaleza. Parecióle, pues, que fácilmente podría realizar su intento.

Y, en efecto, tomando con sigilo sus medidas, arrancándose no sin pena á los brazos de Zoraya y á las delicias del Alhambra, el rey moro de Granada se puso un día en marcha al frente de un cuerpo de caballería, sin que ninguno de los que le acompañaban

supiera la dirección de la hueste ni el designio del soberano.

Su primera jornada fué llegar á un barranco profundo, en las cercanías de Zahara, donde ya había gente dispuesta de antemano, y allí permaneció algunas horas en descanso, sin que nadie lo notase, hasta tender su manto la noche. Era ésta obscura y tempestuosa; arrojaban las nubes el agua en abundancia; silbaban desencadenados los vientos, y la naturaleza parecía vestida de luto, como presagiando duelos y desdichas. La mejor noche, sin embargo, y la más propia para el intento del moro.

Amparados por las profundas tinieblas y arrastrándose por la tierra para que no pudiesen ser distinguidos desde los adarves, llegaron los infieles al pie de los muros de Zahara, y aplicaron las escalas á un torreón que se alzaba sobre escarpado tajo. Ni los asaltantes oyeron el menor rumor, ni los de adentro notaron nada, abrigados los centinelas y los escuchas por miedo á la inclemencia de la noche, y entregados al descanso los moradores tras la fatiga de tres días de fiesta, convites y bullicio en celebración de las Navidades. La noche en que los moros dieron el asalto, fué la del 26 de Diciembre del año 1481.

Ya estaban los infieles en el recinto y podían considerarse dueños del castillo, cuando sonó la primera señal de alarma. Se trabó la lucha, pero toda resistencia por parte de los castellanos fué inútil. Era ya imposible.

Dueños de la fortaleza los enemigos, bajaron á la villa, cuyos habitantes se hallaban entregados al sueño, y abrieron las puertas á la hueste del sultán, que estaba á recaudo esperando.

No fué un asalto, ni un combate, ni un triunfo. Fué una matanza. La villa entregada al saqueo; la

sangre en arroyos por las calles; robada la honra de las mujeres; perdido el honor de los varones; destruída la hacienda de todos; enlutado el cielo y tempestuoso para no ver tanto desastre y tanta lástima. Con singular desdicha, en el solo término de una noche cayó Zahara.

Cuentan que Abul Hasan, que realmente no era sanguinario, hizo cuanto pudo para contener la matanza, y que al ver el estrago con la luz del nuevo día, se espantó de su obra. Parece, en efecto, que hubo de afligirle aquella victoria, sólo conseguida á fuerza de horrores y de sangre. Su conciencia hubo de decirle que, así como con aquella respuesta, de verdadero carácter espartano, dada un día al embajador de Castilla, pudo sin duda arrojar un guante de desafío al pueblo castellano, así con la desolación de Zahara, tranquilamente dormida al amparo y ley de la tregua, acababa de dar el primer paso para la ruina del imperio granadino.

La primera nueva de la toma de Zahara fué recibida con extraordinarias demostraciones de júbilo y alegría por el pueblo de Granada, y en seguida comenzaron los preparativos de fiesta para celebrar el triunfo y la llegada del vencedor monarca. Hubo de caer, sin embargo, el entusiasmo, y tornóse en disgusto el regocijo al conocer que Zahara se había tomado sin combate, no vencida sino desolada, ultrajada que no combatida; y subió de punto el descontento cuando se vió llegar á los infelices cautivos, casi todos mujeres, ancianos y niños, heridos muchos y desangrándose, desnudos y extenuados todos, sucumbiendo á la fatiga, con la huella de los golpes en el cuerpo y la palidez de la muerte en el semblante, allí miserablemente atraillados, como montón de bestias que se lleva al desolladero.

Grande fué el disgusto de los granadinos al presenciar aquel cuadro de amargura y desconsuelo, que no parecía realmente trofeo de victoria, sino despojo de barbarie, y dicen los historiadores árabes que todos lo lamentaban juzgándolo como acto de impiedad y crudeza. Sin embargo, los jeques, los sabios, los derviches, los grandes y potentados del reino subieron al alcázar del Alhambra á felicitar al monarca por el éxito de su empresa, y estaba Abul Hasan oyendo con placer los discursos que le dirigían sus cortesanos, ensalzándole por la victoria obtenida, cuando retumbó de pronto una voz siniestra y agorera que gritaba, llenando de pavor los corazones todos:

—¡Ay de vosotros, y ay de mí! Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas. ¡Ojalá mienta yo, que el ánimo me da que el fin y acabamiento de nuestro imperio en España es ya llegado! ¡Ay de Granada!

Quien de aquel modo se atrevía á interrumpir la ceremonia para usar este lenguaje, era el anciano derviche Macer, sabio doctor de la ley, que gozaba de mucha autoridad en el pueblo por iluminado y por santo. Sosegóse al fin la alarma causada por aquel incidente, y la audiencia terminó sin más contrariedad, despreciando el monarca las palabras del santón como si no las hubiese oído.

Sin embargo, el incidente hubo de repetirse fuera del alcázar. Por espacio de muchos días, los moradores de la ciudad vieron discurrir por calles y plazas al fanático derviche, capitaneando un grupo de gentes, á quienes arengaba con ojos encendidos y semblante demudado, terminando siempre con maldiciones al sultán por su imprudencia, y con el grito fatídico de *¡Ay de vosotros, y ay de mí! ¡Ay de Granada!*

Cuando los Reyes de Castilla supieron la toma de Zahara y los estragos en ella causados por los moros, llenáronse de indignación y duelo, y se apresuraron á expedir órdenes terminantes á todos los adelantados y alcaides de la frontera para que observasen la mayor vigilancia y se dispusiesen á invadir la tierra enemiga.

Quien primero se avino á cumplir las órdenes de los Reyes, por justo deseo de venganza y por sentirse herido más que nadie, fué el marqués de Cádiz, á quien había afectado mucho la pérdida de Zahara, por considerarla como si fuera de sus propias tierras.

Era Don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, hijo del conde de Arcos y uno de los caballeros más poderosos de Andalucía, como fué luego uno de los más bizarros y principales caudillos de las guerras de Granada. Había casado con una hija del marqués de Villena, el turbulento ministro de Enrique IV, y esta alianza le llevó al partido enemigo de la princesa Doña Isabel, á quien combatió por largo tiempo, hasta que las circunstancias le empujaron á reconocer á Don Fernando y á Doña Isabel, según queda expuesto en otro capítulo. Ya desde entonces no tuvieron los Reyes de Aragón y de Castilla súbdito más leal ni paladin más bravo, aun cuando sin ceder en sus odios y bandosidad contra el duque de Medinasidonia, cabeza de los Guzmanes, familia que tenía rivalidades hereditarias con la de Arcos, pretendiendo entrambas la dominacióu de Andalucía.

Muy sentido estaba el marqués de Cádiz por la pérdida de Zahara; y deseando conseguir pronto desquite, se entendió con Don Diego de Merlo, asistente ó corregidor de Sevilla, que era caballero muy principal. Un capitán de escaladores, que así se llamaban los que en sitios y asaltos de plazas desempeñaban

este cargo ó servicio, por nombre Juan Ortega del Prado, comunicó á los citados caballeros que la fortaleza de Alhama, situada en el corazón mismo del territorio de los moros, á muy pocas leguas de Granada, estaba, aunque muy fortalecida por su situación y reparos, muy escasa de guarnición, y ésta muy floja en su guarda. Era Ortega hombre de toda confianza, de ánimo varonil y resuelto, muy acreditado por los riesgos que había corrido y los servicios que había prestado al rey de Aragón en sus guerras del Rosellón y Cataluña.

No podía ser más tentadora la empresa que les proponía el capitán de escaladores. Alhama se hallaba, casi puede decirse así, bajo los muros mismos de Granada, de la cual distaba ocho leguas apenas, y con socorro á mano por lo mismo; su castillo se reputaba como inexpugnable por gran fuerza de torres y murallas, enriscado sobre la cumbre de altísima montaña, con profundos abismos á sus pies y en disposición de resistir impunemente asaltos, escaladas y sitios; la ciudad era famosa, importante y rica por sus fábricas de paños, por ser erario de los caudales y contribuciones del país, por las muchas familias poderosas que en ella moraban, y por sus baños termales, que producían cuantiosas sumas cada año al tesoro público. Uníanse todas estas causas y otras muchas para que se la considerase como una de las más importantes ciudades del reino granadino, y también como especie de sitio real, pues que era visitada por los reyes en ciertas épocas del año, siendo punto de cita y recreo de la corte sarracena.

No se le ocultó lo difícil y arriscado de la empresa á Diego de Merlo, varón de gran prudencia aunque de ánimo entero; pero fué empujado y vencido por el marqués de Cádiz, en quien dominaban bríos de

mozo y temeridades de héroe, y por Juan Ortega, que respondía del éxito, conocedor como era de la plaza, del terreno y circunstancias de sus muros, del número y horas de relevo de sus guardias, y sabedor también del descuido en que vivían su guarnición y moradores, fiados en lo seguro de la fortaleza y en lo inexpugnable de ella, sin contar con que no era de creer, ni de imaginar siquiera, que nadie tuviese la temeridad de sorprender punto tan fuerte, situado en el riñón mismo de la morería.

Quedó convenido el proyecto en la entrevista celebrada por aquellos caballeros, y comunicado inmediatamente á Don Pedro Enríquez, adelantado ó gobernador de Andalucía, deudo del rey Don Fernando, á Sancho de Avila, alcaide de Carmona, y á otros nobles y caballeros de fortalezas vecinas. Con quien se guardó absoluta reserva fué con el duque de Medinasidonia, quizá el más alto y poderoso de todos, y no, ciertamente, por recelo alguno, que era varón de probada fidelidad y muy insigne en todo, sino por la pertinaz enemiga que existía entre él y el marqués de Cádiz. Conformes todos y convenidos en el modo de acometer tan ardua empresa, el día señalado se reunieron en Marchena las huestes, componiendo un cuerpo de tropas de dos mil quinientos jinetes y cuatro mil infantes.

Llevaba la expedición por guía á un moro tornadizo, hombre de confianza del marqués de Cádiz, que supo conducir á todos por camino seguro, aunque tropezó con no pocas dificultades, ya que tuvieron que atravesar los desfiladeros de la sierra, trepar por escabrosas sendas, vadear torrentes, ocultarse de día al amparo de los bosques y barrancos, y caminar únicamente después de anochecido y con el mayor sigilo. Así fué como los expedicionarios pudieron lle-

gar, promediada la tercera noche de su salida, á un valle inmediato á Alhama. Y sólo al llegar allí fué cuando el marqués de Cádiz reveló á la gente el verdadero objeto de su empresa, ofreciéndoles el saqueo de la plaza si ésta se ganaba.

Dos ó tres horas antes de que amaneciese el último día de Febrero de 1482, trescientos soldados escogidos, por orden del marqués de Cádiz, avanzaron con toda precaución para el asalto. Iba á su cabeza Ortega del Prado, que llevaba treinta hombres con escalas.

La noche era negra y tenebrosa, fuertemente castigada de lluvia y de ventisca. Nada se oía, como no fuera el mugir del viento y el azotar de la lluvia, que caía á intervalos con furia. La población estaba en silencio, profundamente dormida; en el castillo reinaba la mayor tranquilidad; los vigilantes del alcázar, aun cuando tendieran la vista por el espacio, no podían divisar objeto alguno: tan profundas eran la obscuridad y las tinieblas. No en vano hubieron de llamar después los cronistas á los sucesos de aquella noche *la batalla tenebrosa*.

Aplicadas las escalas al muro del castillo, según acertar pudieron en medio de la negrura de las sombras, subieron por ellas los intrépidos escaladores, y ganaron silenciosamente el adarve. Cuando Juan Ortega partió el corazón de una puñalada al primer centinela que se encontró, y cuando fué sorprendida la primera guardia de la fortaleza, ya los trescientos soldados pisaban el recinto. No lograron empero apoderarse sino después de tenaz resistencia que opuso la guarnición reunida atropelladamente y lanzada al combate con el mismo atropello. Brava fué la defensa de los moros y enérgica. Lucharon en el seno de las tinieblas, sin saber cuál era el número

de sus contrarios, ni casi quiénes eran, pues que allí aparecieron de repente en el castillo, entre tinieblas, como caídos de las nubes. Sólo comenzaron á cejar y acabaron por sucumbir cuando oyeron el gran estruendo de trompetas y tambores con que se acercaba á los muros el marqués de Cádiz, que movió sus huestes, impaciente ya y deseoso de advertir su presencia á los moradores de la plaza, temeroso de que se atribuyera á cobardía de engaño lo que él prefería alcanzar por ley de combate.

Seguía aún encarnizada la pelea, cuando algunos de los escaladores, al oir los instrumentos bélicos de la hueste, corrieron á una de las poternas de la ciudadela que daba al campo y consiguieron facilitar paso por ella al marqués, que á son de trompetas y con banderas desplegadas entró á tomar posesión del alcázar.

Muertos ya ó cautivos los que presidiaban la fortaleza, se decidió ganar la ciudad, pues comenzaban á brillar las primeras luces del alba, y era de temer un pronto auxilio de Granada, que por su proximidad podía ser advertida fácilmente. Vióse entonces que la presa de la plaza se presentaba más costosa que la del alcázar.

Los moradores de Alhama, con resolución más propia de soldados aguerridos que de ciudadanos pacíficos de una villa industrial, se habían armado á la primera señal de peligro. Abandonaron sus lechos, apresurándose á barrear la estrecha calle que unía la ciudad al castillo, y procedieron á fortificar y aspillerar sus casas para, con las ballestas y arcabuces, impedir el avance de los castellanos. Con los primeros albores del día apareció una nueva ciudadela frente á otra levantada. Y tan completamente dominaban la situación con sus barreras y empali-

zadas, sus armas, sus aprestos y su resolución á todo trance, que al asomar por la puerta del alcázar los primeros grupos de castellanos, sobre ellos cayó una nube de flechas y de piedras, sembrando la muerte y la desolación en sus filas. Allí perecieron muy bravos soldados de la hueste invasora, entre otros, los alcaides de Arcos y Carmona Nicolás de Rojas y Sancho de Ávila, que iban al frente de la tropa y eran valerosos caudillos.

En tan apretada circunstancia, y previendo lo difícil de la empresa, reuniéronse en improvisado consejo el marqués de Cádiz y demás capitanes para tomar acuerdo acerca de lo que pudiera hacerse.

Se propuso por algunos abandonar el alcázar después de desmantelado y derruído, pues era difícil pasar á la ciudad y de un momento á otro podía llegar socorro de Granada; mas no fué esta la opinión del marqués de Cádiz, cuyo ánimo crecía con la resistencia y los obstáculos, ni tampoco la del Adelantado y Diego de Merlo, quienes decían que pues á Dios había placido que aquella fortaleza viniera á poder de cristianos, gran mengua fuera desampararla, después de haberla ganado con tanto trabajo. Y esto prevaleció.

Resolvióse, por lo tanto, horadar uno de los cubos y demoler parte de la muralla que daba á la ciudad, dispuestos á forzar el paso de ésta á todo trance. Por una de las brechas se arrojó el marqués, á la cabeza de sus hombres de armas, no sin antes haber hecho pregonar combate á escala franca, y tras él cayeron sobre la ciudad y sobre los moros la demás gente y los otros caudillos de la hueste.

Fué ruda empresa la de tomar la plaza, mayor aun que la del alcázar. Según cuenta Hernando del

Pulgar, el combate duró desde por la mañana hasta la noche. Hubo que conquistar la ciudad calle á calle, estando barreadas todas, á cuerpo descubierto, siendo cada empalizada un muro, cada casa una fortaleza, y viéndose abrasados los cristianos por los tiros de espingardas y ballestas, y también por el aceite hirviendo, pez y proyectiles de toda clase que arrojaban desde azoteas y ventanas las mujeres y los niños.

Peleaban los moros con todas sus fuerzas y disputaban el terreno trinchera por trinchera y palmo á palmo, con la desesperación de quienes combaten por su libertad, por su hacienda, por su vida y por las prendas de sus afectos, esperando á cada instante que les llegáse socorro. Y peleaban los castellanos con no menor ánimo por su honor, por su gloria, por la codicia algunos, todos por el deseo de apoderarse de aquel punto tan principal, que podía ser base de operaciones para los adelantos de la guerra.

Lograron éstos por fin avanzar y arrollarlo todo, hasta que los moros se vieron reducidos á encerrarse en una mezquita, que fué teatro de sus últimos esfuerzos. Aun allí se batían con todos los arrojos y fiebres de la desesperación; pero consiguieron prender fuego los castellanos á la mezquita, y entonces los defensores de Alhama, á punto de morir abrasados, salieron en furiosa embestida, pereciendo muchos y entregándose á discreción los otros.

Después del combate vino la hora del saqueo para la soldadesca. Así terminó aquella jornada de horrores y de muerte, y *ansí fué tomada la villa de Alhama, que era la más rica pieza de su tamaño que habia en tierra de moros*, como dice el cronista Bernáldez.

Fué, realmente, rica presa la de Alhama, y acto de gloria y de orgullo para los que tan esforzadamente y con tanto peligro lograron realizarlo; empresa me-

morable, tal vez por ninguna otra excedida en las jornadas heroicas de aquellas guerras de Granada.

Según los cronistas de la época, murieron en la riza ochocientos moros varones, sin contar muchas mujeres que perecieron, unas aquel día y otras también más tarde; los cautivos pasaron de tres mil en hombres y mujeres, y entre éstas la del alcaide de Alhama — el cual no se halló en la brega por haber ido á unas bodas á Vélez-Málaga, — y muchas otras muy principales, doncellas hermosísimas algunas; fueron sin número las cosas que recogieron el marqués y los suyos: riquezas inmensas en oro y plata y aljófar, en ropas de seda de Zarzahan y tafetanes, en alhajas de mucho precio, en paños finísimos y suntuosos arreos de casa, en todo cuanto puede encerrar una ciudad de lujo y opulencia, con más muchos caballos y acémilas y todo lo que hallaron en abundantes almacenes bien provistos de trigo, cebada, aceites, mieles, almendras, esencias, ganados y cuanto podía ser más necesario para la vida.

Devolvióse también la libertad á gran número de cautivos cristianos que se hallaban en las mazmorras, y prendieron á un cristiano renegado, de los llamados *elches*, famoso por las violencias cometidas contra sus compatriotas y á quien el marqués de Cádiz mandó colgar de las almenas del castillo, por el lado que á la población miraba.

La nueva del desastre de Alhama lo fué de luto y de consternación para Granada. La ciudad entera se conmovió; y tan profunda era la pena, que hombres y mujeres salían á la calle bañado en llanto el rostro y con voces lastimeras, revelando así el desánimo y aflicción que se apoderó de todos. Cumplidos se vieron entonces los tristes vaticinios de aquel santón iluminado que, á raíz de la conquista de Zahara, lan-

zó en los mismos salones reales del Alhambra el profético grito *¡Ay de Granada!* que tan vivo hubo de quedar en la memoria del pueblo, después de oírselo repetir por todas partes. Al sentimiento de este duelo general y al recuerdo de las palabras pronunciadas por el alfaquí, contestó la voz de la musa popular de Granada, estallando en sentidos lamentos de dolor por medio de aquella melancólica poesía, que pasó después á nuestro gran Romancero español y que dos siglos y medio más tarde debía ser traducida al inglés por el ínclito Lord Byron, *el Lord sublime*, según le llama Manuel Reina, inspirado poeta de nuestros días:

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde las puertas de Elvira
hasta las de Bibarrambla.
¡Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada.
Las cartas echó en el fuego
y al mensajero mataba.
¡Ay de mi Alhama!
Hombres, niños y mujeres
tan gran desdicha lloraban.
Lloraban las damas todas,
cuantas había en Granada.
¡Ay de mi Alhama!
.....

CAPÍTULO V

EL PRIMER CERCO DE ALHAMA

(1482)

Reciben los Reyes en Medina del Campo la noticia de la toma de Alhama. — Fué el rey Don Fernando quien inspiró la empresa. — Sale el Rey para Andalucía. — Qué caballeros le acompañaban. — Lo ocurrido en Granada. — Sale el Sultán con poderosa hueste. — Se presenta ante Alhama. — Primer asalto de los moros rechazado. — Queda establecido el sitio. — Los moros intentan cortar el agua á los sitiados. — Apuros en la plaza. — Fracaso de una tentativa en su auxilio. — Crecen los apuros en la ciudad. — Hernando del Pulgar se ofrece á ir en busca de socorro. — Su conferencia con el marqués de Cádiz. — Realiza su peligrosa empresa. — Su llegada á Antequera. — Reune gente y víveres, y vuelve para Alhama. — Alarma y terror de la gente al divisar el campamento moro. — Resolución y energías de Pulgar. — Convence á su gente, y cruzando temerariamente por entre los infieles, llegan á Alhama. — Socorro que se previene en Sevilla. — El duque de Medinasidonia. — Sus rivalidades con el marqués de Cádiz. — Su hidalgo comportamiento. — Reune hueste y acude en socorro de Alhama. — Quiénes le acompañaban. — Por qué no fué el Rey con la hueste de auxilio. — Lo que el duque de Alburquerque dijo al Rey y lo que éste le contestó. — Los moros levantan el sitio de Alhama. — Llega la hueste de socorro. — Reconciliación del marqués de Cádiz con el duque de Medinasidonia. — Queda salva Alhama y abastecida.

Mientras que en Granada todo eran voces de dolor y llanto, toda júbilo era, por el contrario, la ciudad de Medina del Campo, que fué donde los Reyes de Aragón y Castilla tuvieron nueva de la toma de Alhama. Cuéntase que estaban oyendo misa en su

palacio de Medina cuando recibieron los pliegos en que el marqués de Cádiz les participaba el resultado feliz de la empresa; y leídas las letras, mandaron entonar el cántico *Te Deum laudamus* para dar gracias al Todopoderoso por la victoria que acababan de obtener.

Lucio Marineo Sículo dice que el rey Don Fernando pasó todo aquel día muy preocupado, como prudentísimo que era, considerando y resolviendo en su ánimo que el rey de Granada no tardaría en ir sobre Alhama con gran golpe de gente, de que se podría seguir mucho peligro para los que estaban dentro si no fueren socorridos con presteza; así es que mandó luego aparejar todo lo necesario para el viaje, y aquella misma noche partió para Andalucía con muchos caballeros que entonces estaban con él en la corte.

Lo que parece resultar, y no por cierto de las relaciones, crónicas é historias que de las guerras de Granada se ocupan principalmente, es que al rey Don Fernando no debió causarle sorpresa alguna lo de Alhama. Por lo que se deduce, debía de estarlo esperando por instantes, puesto que él era precisamente quien inspiró la empresa. Esto, que en nuestros tiempos aparece como nuevo, pues que no lo dice ninguno de los autores castellanos, se encuentra en un párrafo del analista aragonés Jerónimo Zurita (lib. XX, cap. XLII), al tratar del principio de la guerra y conquista de Granada y de la toma de Alhama.

Zurita es un historiador serio, que meditaba bien las cosas y no procedía de ligero. No avanzaba juicio como no lo tuviese por muy seguro, fincado en documentos. Pues bien, Zurita dice que en ocasión de hallarse el Rey en tierras de Aragón, hubo de tratar con Ortega del Prado, que así le llama, hombre muy

esforzado y valiente capitán, que en las guerras del Rosellón había señalado su persona, *y por su relación entendió el Rey, estando en estos reinos* (los de Aragón), *que se podría entrar de rebato* (en Alhama), *con que no fuesen sentidas las compañías de gente de caballo y de pie que lo habían de emprender, antes de poner las escalas al muro, y remitió el Rey esto á Diego de Merlo.*

Estas relaciones del Rey con Ortega del Prado y confidencias que éste tuvo con él, dándole cuenta de la situación de Alhama, que era de Ortega perfectamente conocida, debieron de tenerse en Calatayud al recibir allí Don Fernando la nueva de la pérdida de Zahara, cosa que le produjo gran pena, á causa de haber sido ganada después de largo cerco en la guerra de Antequera por el rey Don Fernando, su abuelo, siendo infante.

Tendríamos, pues, con este dato curioso aportado por Zurita, en el que nadie, que yo sepa, se fijó hasta ahora (tal vez por no ser autor tan consultado como debiera y merece por su gran diligencia y exactitud en cosas de historia); tendríamos, pues, repito, que la gran empresa de Alhama, con la cual comenzó la magna de Granada, fué obra del rey Don Fernando, que despachó á Ortega para entenderse con Diego de Merlo y demás capitanes á quienes tenía confiada la custodia de la frontera andaluza.

Dicho queda más arriba que el mismo día en que tuvo el Rey la noticia de la toma de Alhama, recelando que de un momento á otro pudiera ser combatida por el sultán de Granada, emprendió el camino de Andalucía para acudir en auxilio de la plaza. Dejó en Medina del Campo á la reina Doña Isabel, confiada á la custodia del Cardenal Mendoza y guardia de cuatrocientas lanzas que éste mantenía, de que era capitán su hermano Don Pedro Hurtado de Mendoza, y

partió acompañado de varios caballeros, entre los que estaban Don Beltrán de la Cueva, tan señalado en tiempo de Enrique IV; los condes de Tendilla y de Treviño, su mayordomo mayor Don Enrique Enríquez y su contador mayor D. Rodrigo de Ulloa, siguiendo en jornadas presurosas hasta llegar á la villa de Adamuz, que es á cinco leguas de Córdoba, donde le encontraremos más adelante.

Hay que decir ahora que mientras el rey Don Fernando caminaba la vuelta de Andalucía, en Alhama había ocurrido lo que era de temer y él recelaba.

Granada, ya se dijo, al recibir la noticia del desastre de Alhama, sintióse profundamente herida, entregándose á las demostraciones más vivas del duelo y de la pena, y pronto á los lamentos y á los gritos de dolor sucedieron la indignación y las voces de ira y de venganza. Atumultuóse el pueblo y, según cuentan los historiadores árabes, la muchedumbre acudió en tropel á las puertas del Alhambra, diciendo á voz en grito: «No es posible ya sobrellevar la vida después de este desastre: corramos á libertar á nuestros hermanos ó á morir por ellos.»

En vano el sultán y su primer ministro, el visir, quisieron tranquilizar al pueblo. Todo fué inútil. Hubo que proclamar la guerra santa. Reunió Abul Hasan un ejército de cincuenta mil infantes y tres mil caballos, según opinión común; mandó mensajeros al rey de Fez pidiendo su cooperación para que sus naves impidieran cualquier tentativa que los reyes de Castilla proyectaran sobre las costas; envió órdenes á su hermano el Zagal, gobernador de Málaga, con expreso mandato de estar dispuesto á cualquier evento y custodiar severamente la costa, y, encargando el gobierno de la ciudad á su visir y favorito, con especial misión de contener cualquier intento de

los partidarios de Aixa, se dispuso á marchar al frente de poderosa hueste. Á los cinco días de tomada Alhama salía Abul Hasan de Granada desplegando el estandarte sagrado, y partió para aquella villa, cuyas fortificaciones y muros apenas si habían tenido tiempo de escombrar y reparar los vencedores.

Lo primero que se ofreció á la vista de la hueste mora, en cuanto llegó ante los muros de Alhama, fué el espectáculo de gran número de cadáveres de sus compatriotas, todos los que sucumbieran en la noche de la batalla tenebrosa, los cuales habían sido arrojados por los cristianos desde las murallas al campo, para librarse de la infección del aire y pestilencia que amenazaban invadir la ciudad. Allí estaban aquellos cadáveres sangrientos, á montones, revueltos con la nieve que la noche anterior cayera en abundancia, siendo pasto de perros hambrientos y de aves de rapiña que acudían á devorarlos.

Excitó semejante espectáculo la indignación de los moros, que sintieron crecer sus iras y coraje, y de ahí que, después de haber alanceado á los perros y perseguido á saetazos las aves, se revolvieran de repente contra la ciudad, arrojándose al asalto por diferentes puntos, en ímpetu bravío y salvaje acometida, sin que á contenerlos bastaran las voces de mando y el esfuerzo de los adalides, que en vano pugnaban por moderar su braveza y dar mejor dirección al combate.

Si rudo el ataque, varonil fué la defensa. Rechazados los moros con gran pérdida en aquel su primer asalto, procedió Abul Hasan á ordenar su hueste y campamento, dispuesto á poner estrecho sitio á la plaza en vez de combatirla con inútiles rebatos.

Quería el monarca granadino recobrar la ciudad antes de que pudiese ser socorrida, y apretó el cerco

por lo mismo. Con el dolor que tenían los moros por la pérdida de aquella plaza, que estaba casi en el comedio de su reino, llegaban al muro y ponían las escalas por todas partes, subiendo por ellas indiscretamente, sin aguardar tiempo ni llevar pertrechos, á todas horas y con cualquier defensa, pensando que la muchedumbre de ellos, combatiendo por muchas partes á un tiempo, confundiría á los cristianos y los vencería. No fué así. El marqués de Cádiz, el adelantado Enríquez, Diego de Merlo y los otros caballeros y alcaides repartieron sus gentes por el muro y el alcázar, que fueron bizarramente sostenidos, y hasta salían algunas veces á escaramuzar con los moros.

Viendo, por fin, el sultán que el tiempo corría y no era fácil ganar la ciudad por combate franco, decidió acudir á otro arbitrio. Pensó quitar el agua á los sitiados, y hasta desviar el río que iba cerca de la ciudad, dándole nuevo cauce y echándole por otra parte. Al ver los sitiados que los moros quitaban el agua, salieron á combatir con ellos; pero no pudieron resistir que aquéllos no quitasen gran parte del agua, dejándoles sólo una poca, y de ésta apenas si se podía aprovechar, ya que era preciso ganarla en lucha abierta. En efecto, por esta mengua de agua para el preciso sostén de personas y caballos, á todas las horas del día se peleaba con arrojo y desesperación. Cada gota de ella costaba muchas de sangre. Á más de esto, la guarnición comenzó á verse amenazada por la falta de víveres, ya que los soldados, con imprevisión suma, no habían puesto tasa en consumir y malgastar los que encontraron, creyendo que la ciudad, una vez puesta á saco, sería destruída y arrasada.

En tal situación y en tan críticos momentos, supieron con desconsuelo los sitiados el fracaso de una

tentativa de auxilio promovida por Don Alonso de Córdoba, señor de Aguilar, caballero ilustre y valeroso, que fué renombrado caudillo en las guerras de Granada, y jefe de la noble familia á cuya gloria tanta debía añadirse luego con la de su hermano menor, el gran capitán Gonzalo de Córdoba. Al saber Don Alonso de Aguilar la toma de Alhama, reunió un cuerpo de tropas para acudir en auxilio de sus compañeros de armas, los expugnadores de la ciudad morisca; mas al llegar á uno de los altos desde donde se domina el campo, y al ver tendido en la llanura el campamento árabe con tan poderosa fuerza, comprendió que era intento vano el de penetrar en la plaza sitiada, y regresó con su tropa á Antequera.

En el ahogo de estas circunstancias, bien comprendieron los esforzados caudillos de Alhama que estaban irremisiblemente perdidos como no recibiesen pronto socorro. El riesgo iba apremiando; á cada instante aumentaba el desánimo de la guarnición; los trabajos, las necesidades, las vigilias, los rebatos, el peligro, iban acreciendo; la escasez de mantenimientos era cada día mayor; las enfermedades, mensajeras de la peste y más destructoras que las iras del enemigo, diezmaban las filas de los soldados, y á cada hora tenían que empeñar combate para procurarse un sorbo de agua, que bebían mezclada con la propia sangre.

Una esperanza se ofreció en aquellas terribles angustias.

Formaba parte entonces de la guarnición, confuso entre la muchedumbre, casi desconocido, un animoso mancebo de valor sereno y temeridad sin límite, que en los arriscos y escuela de aquel sitio comenzó su carrera militar, y cuyo nombre debía ser famoso más tarde en el mundo al recoger el apellido

con que le denominaron el ejército y el pueblo, á usanza de lo que ocurría en tiempos romanos, cuando se premiaba al héroe dándole nombre de la acción ó empresa que le hiciera célebre.

Llamábanle Hernán Pérez del Pulgar. *El de las hazañas* apellidáronle más tarde.

Este doncel, á quien se llamaba entonces sencillamente Hernán ó Hernando Pérez, que ya algo se había dado á conocer en las guerras intestinas del reino, y era *continuo* de los Reyes, se presentó al marqués de Cádiz en secreto, y se ofreció á salir de la plaza, solo, amparado de la noche, para ir en demanda de auxilios y volver á la ciudad con ellos. Aceptó el marqués la oferta; puso toda su confianza en aquel arrojado mozo que tan hidalgamente se brindaba para tan arriesgada empresa, y dióle instrucciones y cartas para los principales señores y ciudades de Andalucía, donde repetía las demandas que ya anteriormente les hiciera para que fueran á socorrerles en aquel lance de peligro y muerte.

—Dios vaya en vuestra guarda y os conceda volver con vida, díjole el marqués al despedirle.

—Dios me concederá volver con ella para salvaros á todos, contestó el valeroso mancebo.

Y aquella misma noche, que lo era de obscuridad profunda, se descolgó del muro; y sin más compañía que la de su ánimo y su espada, atravesando por en medio del ejército infiel, burlando los escuchas y los velas, en trance de muerte á cada paso que avanzaba, tomó sin ser visto ni oído la vía de Antequera, adonde llegó, rendido y maltratado el cuerpo, pero intacta la voluntad, firme y serena.

Inmediatamente, después de despachar las cartas del marqués por medio de mensajeros corredores, se ocupó sólo en allegar gente y recursos que llevar á

Alhama, á lo cual se prestó el pueblo de Antequera, admirado y sorprendido ante aquel hombre singular que llegaba solo y como por milagro, después de correr tantos riesgos sin más auxilio que el del cielo. Á las pocas horas de su arribo, pudo reunir Pulgar bastante número de acémilas con vituallas y mantenimientos, una escolta de jinetes de aquella tierra, que siempre los dió famosos, y buen golpe de gente de á pie, andariega y arriscada. Así tomó la vuelta de Alhama al frente de aquella tropa, que le aclamó por capitán, siendo ésta quizá la vez primera que se vió á un puñado de gente comandada por un mozo imberbe, acometer tamaña empresa como la de cruzar por en medio de un ejército de cincuenta mil hombres para llevar socorro á una plaza asediada.

Hubo, sin embargo, la gente de vacilar y remolinarse, volviendo atrás la voluntad y el rostro, cuando se acercaron á los llanos de Alhama y vieron desde un altozano á tanta morisma como allí aparecía compacta y apiñada en el campo; pero entonces comenzó Hernando á echarles en cara su cobardía, alanceando á los medrosos y renitentes; y tan duro le hallaron y resuelto á cerrar con ellos si daban un paso atrás, que más pavor que los moros llegó á infundirles aquel solo mancebo, según asimismo se desprende de la *Cédula Real* que años más tarde libraron los Reyes Católicos en honor de Hernando del Pulgar, donde se dice, hablando de este suceso: *é porque algunos de los vuestros tubieron pavor de pasar adelante é quisieron desampararos, feristeis en ellos; é teniendo pavor de vos, os siguieron.*

Fué así. Ante las palabras acerosas que les dirigió Pulgar, ante su actitud resuelta y, también, ante la vergüenza de volver como cobardes á su tierra, decidieron seguirle, agrupándose á su alrededor todos

en piña. Y fué entonces cuando la poderosa hueste mora, asombrada, paralizada por su mismo asombro y por lo inconcebible del suceso, vió cruzar por su campo en desatada carrera á toda una turba de hombres, de caballos y de acémilas, que pasaron como una visión, más que como un rayo, ante sus ojos. Cuando dieron en lo que era aquello, ya Pulgar y los suyos se entraban por las puertas de Alhama descabalgando entre sus compañeros de armas, no menos que los moros asombrados del suceso.

Dios favorece á veces las temeridades, y en aquellas memorables guerras de Granada favoreció no pocas.

La guarnición de Alhama recibió á Hernando del Pulgar con todos los entusiasmos y honores de su gratitud y júbilo, loándole calurosamente por su gallarda empresa, que no fué para él sino comienzo de otras muchas no menos importantes.

El corto refuerzo de gente y el bastimento que Pulgar acertó á introducir en la plaza, causaron naturalmente en los sitiados algún consuelo, aunque distaba mucho de ser un remedio para librarse de los males que se les venían encima, como no recibieran pronto mayores y más eficaces auxilios (1).

Por fortuna, no tardaron éstos en llegar.

Ya se dijo más arriba que el marqués de Cádiz y también el Adelantado y Diego de Merlo habían escrito á diferentes caballeros y caudillos de Andalucía haciéndoles presente la gravedad de las circunstancias y el peligro que de fracasar corría aquella empresa de Alhama, tan venturosamente realizada. En

(1) Casi todos los historiadores ponen esta hazaña de Pulgar más adelante, en otro de los cercos de Alhama y en tiempo del conde de Tendilla.

estos llamamientos se había omitido á Don Enrique de Guzmán, duque de Medinasidonia, primero por estar mortalmente enemistado con el marqués de Cádiz, su gran rival en Andalucía, y también por saberse que estaba vivamente resentido á causa de no haberle dado noticia ni participación en aquella empresa, cuyo comienzo fué llevado tan en secreto precisamente para que él no llegara á conocerlo.

Pero era el duque de Medinasidonia hombre de esplendor de alma y nobleza de corazón, y dió con este motivo gallarda muestra de estas sus altísimas cualidades. Aquellas guerras de Granada fueron seminario de grandezas y virtudes. Así en un campo como en el otro, así entre árabes como entre cristianos, diéronse repetidos ejemplos de hidalguía y caballerosidad, realizándose heroicos actos de virtud que han pasado á la historia. Todos aparecen nobles en aquella escuela.

Por lo mismo que no se había contado con él cuando se iba boyante por el camino de la esperanza y de la gloria, quiso el duque de Medinasidonia ser el primero en acudir cuando la empresa amenazaba torcerse y descubría señales de ruina.

El señor de Sevilla, que así llaman los historiadores árabes al de Medinasidonia, tenía un poder muy superior al de cualquier otro grande de Andalucía: sus rentas anuales subían á cantidades fabulosas, y con sólo sus recursos podía levantar un ejército en nada inferior al de un príncipe soberano. Consagróse á organizar una hueste tan pronto como tuvo noticia del trance en que vivían los defensores de Alhama, y llamando á sí á esforzados caudillos y capitanes ilustres de frontera, como Don Diego Pacheco, marqués de Villena; Don Rodrigo Girón, maestre de Calatrava; el conde de Cabra, Don Alonso de Aguilar y Don Gon-

zalo Fernández de Córdoba, que acababa de emprender el camino de su futura gloria, enarboló el estandarte de Sevilla, y, al frente de una hueste de cuarenta mil infantes y cinco mil de á caballo, tomó el camino de Alhama, que era tomar el de la victoria.

Ocurría esto precisamente cuando el rey Don Fernando, llegado á la villa de Adamuz, estaba por su parte allegando gente y disponiendo todo lo necesario para acudir en socorro de los cercados, contra la opinión terminante del duque de Alburquerque, quien era de parecer que no había de dar gran priesa á su entrada en tierra de moros, por no tener gente de Castilla con que hacer aquel socorro, sobrando para el caso y por el momento con la que estaban reuniendo sus capitanes el duque de Medinasidonia, el conde de Cabra y Don Alonso de Aguilar. Para la empresa de que se trataba bastaban éstos, según el de Alburquerque, y no había necesidad de que el Rey aventurase su persona hasta poner en pie de guerra poderoso ejército de castellanos y andaluces con que invadir el reino de Granada y comenzar la campaña.

Pero el Rey, desatendiendo los consejos del Duque, le contestaba:

—*Vine de Medina con intención determinada de socorrer aquellos caballeros por mi persona, y estando en el fin del camino, cosa sería por cierto contra mi condición mudar el primer consejo; é por tanto, con las gentes desta tierra, que están juntas, sin esperar la gente de Castilla, que habemos llamado, entiendo, con el ayuda de Dios, continuar mi camino é los socorrer.*

Con este intento y con resolución de realizarlo, mandó Don Fernando inmediatamente instrucciones al duque de Medinasidonia para que detuviese su marcha, pues quería asistir personalmente á la ex-

pedición; pero el duque, excusando con respeto su desobediencia, hizo presente al Rey la urgencia en que se hallaba de acudir al socorro de Alhama, por el extremo á que la plaza estaba reducida, y sin esperar respuesta, siguió su camino forzando marchas.

Ya en esto habían llegado noticias al real de los infieles de la poderosa hueste que se acercaba, y el monarca granadino, alarmado con la aproximación de tanta gente como se decía, temeroso de encontrarse entre dos fuegos, es decir, de verse cortado por la guarnición de una parte, y de otra por la hueste de socorro, mandó levantar presurosamente el campo á la sorda y como con vergüenza, amparado de la obscuridad de la noche, y se retiró á Granada. Ocurrió esto el 29 de Marzo.

Al reír el alba de aquel día, la guarnición de Alhama hubo de quedarse atónita al ver despoblado el campo y ausente el enemigo. Apenas si los velas del adarve alcanzaron á distinguir con las primeras luces del día las espaldas de los últimos escuadrones moros que caminaban la vuelta de Granada. No acertaban los cercados con su asombro ni comprendían lo que podía significar aquello. La guarnición entera, con todos sus capitanes, subió á la muralla para asegurarse de tan extraño suceso. Sólo aparecía el campo, desierto, solitario, sembrado de armas y pertrechos, como abandonados por la premura de la retirada, y humeantes aún las hogueras que habían estado encendidas toda la noche para simular la paz del real y la vigilancia.

Creyóse al principio y se receló que pudiera ser aquello una celada para atraer fuera la guarnición y sorprenderla, y, por lo mismo, estaban ya disponiendo escuchas y exploradores que saliesen á registrar el campo y los bosques vecinos, cuando de

repente se oyó á lo lejos el son de militares trompetas y vióse descender del monte á la hueste castellana, que se iba desplegando hasta perderse de vista, con banderas alzadas, al frente de las cuales aparecía el estandarte de Sevilla. Abrió Alhama sus puertas en el acto, y todos salieron jubilosos y alborozados á recibir á sus libertadores, *é todos ovieron gran placer*, dice la crónica, *los unos porque ficieron lo que debian, é los otros porque escaparon de lo que recelaban.*

El marqués de Cádiz acudió adonde estaba el duque de Medinasidonia, que descabalgó al verle llegar y se enderezó hacia él para mayor demostración y fineza, cruzándose las siguientes palabras entre aquellos caballeros, hasta entonces tan mortales enemigos:

—*Señor*, dijo el primero el marqués de Cádiz, *el dia de oy distes fin á todos nuestros debates; bien paresce que en nuestras diferencias pasadas mi honra fuera guardada, si la fortuna me trujera á vuestras manos, pues me habeis quitado de las ajenas é crueles.*

Á lo cual respondió el Duque:

—*Señor, enemistad ni amistad no ha de ser parte para que se deje de hacer servicio á Dios, y lo que yo debo á mi honra y persona.*

Y allí se dieron paz, abrazándose ante el ejército, y quedando amigos para siempre más, con lo cual acabaron en Andalucía las discordias más fieras y terribles que se vieran hasta entonces.

Cobrada Alhama y unidos ya todos en su recinto, cercados y libertadores, hubo un momento en que se creyó que podía turbarse la paz, estando á punto de originarse un choque por causa del repartimiento de los despojos. Demandaban los recién llegados su parte, que alegaban pertenecerles, pues por el socorro que habían venido á dar á los sitiados, se la habían

ganado, mientras los otros sostenían que á ellos pertenecía todo por los grandes trabajos y peligros que tuvieran en ganar la ciudad y en defenderla durante el sitio. Los ánimos se encolerizaron, sosteniendo cada bando su opinión y su derecho; y estaba ya á punto de correr la sangre y á punto también de perderse todo, si no hubiese sido por el caballeroso duque de Medinasidonia, que medió entre los alborotados para dirigirse arrogantemente á los suyos y decirles, haciendo nuevo acto de virtud y nobleza:

—Aquí vinimos por servicio de Dios y del Rey y de la Reina á salvar del poder de los moros á nuestros hermanos. Tampoco vinimos con propósito de ganar bienes, mas de salvar ánimas; esta fué nuestra intención; y pues á loor de Dios es cumplida, en lugar de darle las gracias, no demos pena á nosotros y gloria á nuestros enemigos. Aquí ha de vencer la magnificencia á la codicia y la caridad al escándalo. Yo os ruego que les dejemos sus despojos; porque si sus trabajos les dieron á ellos aquellas riquezas, los nuestros nos han dado mayor honra, pues se la dimos juntamente con la vida.

Descubierta con estas nobles palabras la voluntad del Duque, las gentes se calmaron, desistieron de su demanda, y cesó el escándalo que entre ellos se encendía.

Pasados algunos días, acordaron los principales caudillos salir de la ciudad, dejándola bien fornescida de gente que pudiera bastar á su defensa, y partir adonde el rey Don Fernando estaba. Quien no quiso salir entonces de la plaza fué Diego de Merlo, porque había principiado la toma de ella y no quería dejarla, sino sostenerla hasta entregarla al Rey ó á su cierto mandato. Dejóse, pues, á este caballero al frente del presidio y quedaron con él Don Martín de Córdoba,

hermano del conde de Cabra, y Don Fernán Carrillo, con otros capitanes y gente de las Hermandades, provistos de cuanto necesitar podían, hasta que los Reyes dispusieran quiénes habían de guarnecer la plaza.

Así terminaron los sucesos del primer sitio de Alhama.

CAPÍTULO VI

LOS OTROS DOS CERCOS DE ALHAMA Y LA JORNADA DE LOJA

(1482)

Descontento en Granada. — Vuelve Alhama á ser sitiada. — Esforzada defensa de la plaza. — Heroísmo de los sitiados. — Acude al socorro desde Córdoba el rey Don Fernando. — Levanta el moro segunda vez el campo. — Entra el Rey en Alhama, que abastece y repara. — Regresa á Córdoba. — Preparativos para la jornada de Loja. — Opinión de los capitanes contraria á la jornada. — Empeño del Rey. — Se niega á seguir los consejos del marqués de Cádiz y del duque de Villahermosa. — Sienta su real ante Loja. — Quién era el moro Aliatar, alcaide de Loja. — Sangriento combate. — Muerte del maestre de Calatrava. — Valor y ánimo del Rey. — Levantamiento del real y triste retirada de la hueste. — Bizarrías de Bernardo Francés. — Llega á Córdoba Don Fernando con los restos del ejército. — Tercer sitio de Alhama por los moros. — Admirable conducta del gobernador Portocarrero. — Defensa de la plaza. — Acude de nuevo á socorrerla Don Fernando. — Los moros se retiran. — El Rey en Alhama. — Sus correrías por la vega de Granada y su regreso á Córdoba.

El regreso de Abul Hasan á Granada sin utilidad ni gloria, cuando se le esperaba vencedor y coronado de laureles, después de recuperada la perdida joya de Alhama, hubo de causar profundo disgusto y consiguiente agitación en el pueblo granadino, tanto por lo que era considerada la defensa y necesidad de aquella plaza, cuanto por la tensión en que

estaban los ánimos, á causa de tenerlos constantemente en vilo con sus manejos el bando de la sultana caida.

No tardaron en subir hasta el Alhambra los efluvios de aquel general descontento, y bien pronto pudo convencerse el sagaz monarca del terreno que iba perdiendo en la opinión y en el pueblo al ver el aislamiento en que le dejaban los mismos grandes del reino y dignatarios de la corte. La vuelta de Alhama sin el recobro de la plaza se consideraba como un acto de traición en el sultán, y sólo pudo éste contener la cólera y el motín, próximos á estallar, haciendo correr por la ciudad la voz de que inmediatamente volvería sobre Alhama, y no regresaría á Granada hasta ver rendida aquélla. Surtió este recurso el efecto deseado, restableciéndose la calma por el momento, aun cuando quedaron vivos el recelo y el intento; pues si efectivamente cedieron los partidarios de la desposeída sultana, que estaban ya dispuestos á romper las hostilidades, fué ante el temor de atraerse la odiosidad del pueblo imparcial, si llegaba á malograrse el salvamento de Alhama por causa de un alzamiento en Granada.

Cumplió su oferta el monarca. En cuanto supo que el marqués de Cádiz, el duque de Medinasidonia y los demás caballeros eran salidos de la ciudad de Alhama, dispuso tornar á ella con gran golpe de moros, enviando al propio tiempo órdenes terminantes á los alcaides de frontera para que hiciesen algaradas en tierra de cristianos con el objeto de distraer la atención del enemigo por varios puntos á un tiempo mismo.

Sorpresa extraordinaria fué la de Alhama al ver que reaparecían los moros en el campo. El 29 de Marzo habían partido atropelladamente, con más

apariencias de fuga que de retirada, y el 20 de Abril veíase asentado ya otra vez su real ante los muros. La nueva guarnición que había quedado de refresco y estancia en Alhama, no había tenido tiempo de hacer ni siquiera los reparos más precisos y necesarios para su defensa.

La hueste mora, que ya esta vez iba bien pertrechada y provista de todo, puso cerco muy estrecho y apretado, y comenzó á batir la plaza con empeño. Encontraron, sin embargo, briosa resistencia en aquella guarnición, que, á pesar de lo sorprendida, se mantuvo firme y entera. Los bravos capitanes Diego de Merlo, Martín de Córdoba y Fernán Carrillo, pusieron gran diligencia en su guarda, siendo siempre los primeros en el combate y alentando con su persona y con su ejemplo á los soldados, que, á su vez, se mostraban dignos de semejantes jefes. Heroicamente fueron rechazados los moros en sus primeros ataques, no obstante lanzarse al asalto con bríos y empujes superiores.

Pero ocurrió un día al amanecer, que, estando la guarnición muy fatigada á causa de haber pasado el día combatiendo y luchando, intentaron los moros un asalto por sorpresa, el cual estuvo á punto de alcanzar el éxito más cumplido. Habían descubierto los infieles un punto de la ciudad que parecía desguarnecido ó poco vigilado, no pensando sin duda los defensores que pudiera ser acometido por ser el lugar muy escarpado y lleno de precipicios. Y como, en efecto, allí, por las asperezas de las peñas y fortaleza natural del sitio, ni apenas había muro, ni tenían velas, fácil les fué á los moros caer de sobresalto en aquel punto y penetrar en algunas calles antes que fueren sentidos. Cuando el vela más cercano dió la señal de alarma, ya estaban en el interior setenta

moros bien armados, á tiempo que Abul Hasan por su parte movía su campo y amagaba el asalto por otros varios lados.

Advertida la guarnición, acudió varonilmente á la defensa, teniendo que dividirse para pelear por tres partes á un tiempo. Los moros que subían por las escalas fueron rebatidos y lanzados por las peñas abajo, ellos y las escalas: los setenta que habían llegado á penetrar en la ciudad, llevados á cuchillo por sus calles, quedando muertos los más y cautivos los otros: los que, á las órdenes del mismo sultán, asaltaban la muralla por diverso punto, rotos y rechazados. La victoria fué completa por parte de los defensores de Alhama, atribuyéndose la honra del buen éxito principalmente á la valentía y ánimo grande de dos caballeros de Sevilla, Pedro de Pineda, que fué el primero que salió á hacer rostro á los enemigos que andaban por las calles y peleó con ellos, y Alonso Ponce, deudos entrambos y de la casa del marqués de Cádiz. Y sin éstos, hubo otros muchos que cumplieron también con su deber; pues, como dicen las historias del tiempo, no se ganó menos honra en la defensa de aquella ciudad que cuando fué entrada por combate.

A pesar de sus fracasos, disponíase el rey moro á estrechar todavía más el cerco de Alhama y á combatirla hasta sojuzgarla, cuando llegó á su noticia que el rey Don Fernando en persona se acercaba al frente de poderoso ejército, forzando marchas, y entonces, como la otra vez, alzó el campo con premura y se retiró á Granada, á los pocos días de sitio.

La nueva recibida por Abul Hasan era cierta.

Don Fernando, que, según queda dicho, estaba en Adamuz cuando los caballeros de Sevilla iban al socorro de Alhama en su primer sitio, se había trasla-

dado á Córdoba, donde, mientras esperaba noticias de la empresa acometida por el duque de Medinasidonia, disponía preparativos y organizaba fuerzas, cada día más firme en su propósito de proseguir la conquista del reino de Granada. Ya se había entonces reunido con él la reina Doña Isabel, que hizo el viaje desde Medina del Campo á cortas jornadas por estar muy adelantada en su embarazo, y juntos recibieron en Córdoba á los que regresaron de Alhama con los trofeos y lauros de la victoria.

Parece, según las crónicas asientan, que hubo de moverse debate entre los caballeros llegados de Alhama y los que estaban con los Reyes, acerca de si era más conveniente arrasar la ciudad recientemente tomada, que mantenerla y guardarla. Los que sostenían la primera opinión aseguraban que Alhama, dada su situación, no se podría nunca bastecer más que á fuerza de gastos, trabajos y peligros, por los muchos lugares de moros que estaban en su circuito, siendo éste el motivo por el cual había sido desamparada, reconocida la dificultad en sostenerla, cuando ya en otros tiempos fué ganada por los castellanos. No fueron de este parecer ni el Rey ni la Reina, ésta sobre todo. Dijo Doña Isabel que bien conocía cómo en todas las guerras se recrecían los gastos, trabajos y peligros; pero que ya el Rey y ella habían deliberado de proseguir la conquista contra el reino de Granada, y pues aquella ciudad era la primera que se había ganado, entendía que sería imputado á mengua si se desamparaba.

Conocida ya la voluntad de los Reyes, no hubo más debate, y Don Fernando se dispuso á su jornada con idea de bastecer la ciudad de Alhama y realizar su proyectada correría por tierra de moros, ínterin llegaba la época de poner real sobre Loja, que era el

punto capital de su proyecto y el fin que por el momento perseguía.

Á punto todo, salió de Córdoba con lucida y numerosa hueste de ocho mil caballos y diez mil peones, tomando el camino de Ecija, yendo con él el cardenal de España, los Duques de Villahermosa, de Medinaceli, del Infantado y de Alburquerque, los maestres de Calatrava y Santiago, Don Rodrigo Téllez Girón y Don Alonso de Cárdenas, el marqués de Cádiz y el de Villena, el condestable Don Pedro de Velasco, los Condes de Cabra, de Tendilla, de Treviño, de Ureña, de Cifuentes y de Belalcázar, con otros muchos caballeros, como éstos tan principales, entre ellos Don Alonso, señor de la casa de Aguilar, Don Enrique Enríquez y Don Diego Hurtado de Mendoza.

De Écija penetró el Rey en tierra de moros, y en ella estaba ya, cuando llegó á su noticia la de que el sultán de Granada había vuelto á poner sitio á la ciudad de Alhama, lo que le hizo enderezar con más premura el camino hacia aquella plaza para socorrerla. Á su llegada, ya el rey moro era ido, abandonando por segunda vez aquel cerco, que aun había de poner y levantar por tercera.

Durante la permanencia del rey Don Fernando en Alhama, habiendo sido en ella recibido con entusiasmo y júbilo, se abastecieron los almacenes, se reparó la fortificación y recibieron favor y premio los defensores de la plaza. El cardenal Mendoza bendijo y consagró tres iglesias cristianas, en que se convirtieron las tres principales mezquitas de la ciudad, dotadas luego por la Reina con todas las cosas necesarias para el culto divino. En reemplazo de Don Diego de Merlo, que pasó á ocupar más importante puesto cerca de la persona del Monarca, fué nombrado gobernador de Alhama y general de aquella frontera Don

Luis Fernández Portocarrero, señor de Palma, que fué valeroso caudillo, caballero de gran linaje y aun de mayores merecimientos. Y, por fin, remediado y amparado todo, bien provista la plaza para más de tres meses, salió el Rey con su hueste á un alarde, como era entonces usanza, y corrió la vega de Granada, talando campos, destruyendo poblados, recogiendo cuanto halló al paso y sembrando la consternación en todas partes; hecho lo cual, se volvió con su hueste á Córdoba.

Ya de regreso á esta ciudad, comenzaron en ella los preparativos en grande escala, ó, por mejor decir, continuaron, para la empresa de Loja. Y puede decirse así, que continuaron, pues ya la Reina había puesto mano en ello con activa solicitud, ínterin duró la expedición y correría de Don Fernando. Con orden expresa de Doña Isabel se habían mandado hacer repartimientos por todas las ciudades y villas de Andalucía, de Castilla y de Extremadura, á fin de allegar abundantes provisiones de pan, vino, ganados y toda clase de víveres, procurando que se trajera la mitad á fin de Junio y la otra mitad en Julio al real que el Rey había de poner sobre la ciudad de Loja. También se circularon órdenes para que los pueblos enviasen cierto número de jinetes y peones; se mandaron traer lombardas, ribadoquines con otros muchos tiros de pólvora, y hacer cuantos aparejos fueran necesarios para el sitio, á tiempo que el Rey encomendaba á todos aquellos caballeros que con él fueron, que hiciesen venir la más gente que pudiesen de sus casas y estuvieran prestos para la jornada.

Y como los moros, por su parte, al enterarse de los preparativos que hacían los castellanos, habían enviado sus alfaquíes y embajadores á tierras africa-

nas para pedir socorros y reclutar gente del rey de Marruecos, Don Fernando y Doña Isabel mandaron armar una escuadra, que se encomendó á los almirantes Martín Díaz de Mena y Carlos de Valera y Ariaran, con encargo de que con ella cruzasen el Estrecho y anduvieran por los puertos de África, haciendo constante guerra á los moros y no dejando pasar naves de una á la otra costa.

Junta toda la gente en Córdoba el día señalado, con más las compañías de batalla que envió el señorío de Vizcaya, y otras de gente ejercitada en la guerra, que, según dice Zurita, mandaron las ciudades de Aragón, decidió el rey Don Fernando partir para su expedición de Loja. Era empresa en que el Monarca ponía gran empeño, muy empujado á ella por los consejos de Diego de Merlo, que creía de fácil éxito el logro de aquella plaza, aun cuando no era ésta ciertamente la opinión de muchos capitanes, quienes pensaban, y así lo decían, que era muy aventurada expedición, y que no estaban las cosas tan preparadas para el buen éxito como al Rey parecía.

Y así fué por malaventura, como aquellos capitanes creían.

Salió de Córdoba el Rey, sin aguardar á que llegaran todos los contingentes de las ciudades, pocos días después de haber nacido la infanta Doña María, y el 1.º de Julio de aquel año de 1482 acampaba delante de la ciudad de Loja con una hueste de ocho mil peones y cinco mil caballos, número corto de gente para empresa tan alta.

Ya después de haber pasado el Genil por la puente de Écija, á su entrada en tierra de moros, y al descubrir cuán poca gente llevaban, tornó á insistir con el Rey el marqués de Cádiz aconsejándole seguir otro camino. También el duque de Villahermosa, herma-

no del Monarca, y capitán general de la Hermandad, que era caudillo muy experto, aconsejó lo mismo: pero estaba el Rey muy puesto en seguir aquella empresa de Loja, y, más atento á indiscreciones del valor que á reparos de la prudencia, afirmóse en su proyecto, quizá por lo mismo de verse tan contrariado; que así acostumbra generalmente á suceder en cosas de la voluntad humana.

Era Loja gran ciudad, fuerte de suyo, encastillada en la cumbre de un monte, y al pie dividida su vega por el cauce del río. Consideraba Don Fernando importantísima su conquista, así para asegurar la posesión de Alhama, como para abrir y facilitar su entrada á la vega. Corre por allí el Genil, hondo y acanalado, en términos de no poder vadearse; y como los alarbes estaban apoderados de la puente, eran por lo mismo dueños de ambas riberas, pudiendo caer con presteza sobre el punto que más les conviniese. Loja, por su posición entre riscos, y por su fortaleza erizada de torres y defensas, era llamada por los árabes *la flor entre espinas*.

Asentó el real Don Fernando muy cerca del arrabal de Loja, y en lugar muy angosto y estrecho; de manera que allí no tenía su caballería campo para manejarse, ni se podía pasar de la otra banda del río sino por un vado muy peligroso, siendo los moros dueños de la puente. Hubo en realidad poco acierto y tino en disponer los reales. Dijeron los prácticos de aquella tierra, conviniendo en esto generalmente los cronistas, que en la manera de asentar el real se guardó mala orden, por haberlo sometido á los capitanes de Castilla, sin aconsejarse con los que tenían experiencia en aquella guerra, que eran los caballeros andaluces.

No quedó otro remedio, según la entrada hecha

por el ejército, sino acometer la plaza furiosamente, y así se hizo, dice Zurita, por la gente aragonesa y vizcaína, con harto daño suyo, aun cuando no fué menor el que recibieron los infieles en el combate.

Hubo en los primeros días varios y reñidos encuentros á causa de las constantes salidas de los sitiados, ya que, al decir de Martínez de la Rosa, autor que ha profundizado en el estudio de la época, ni de día ni de noche, durante el corto tiempo que permaneció el rey Don Fernando á la vista de Loja, le dejó descansar el alcaide de aquella fortaleza, quien, á pesar de contar de vida casi un siglo, se mantenía firme y entero, como añosa encina.

Era este alcaide, llamado Aliatar, un valeroso y veterano caudillo moro, que había sido en sus mocedades un pobre especiero y por sus hazañas se había elevado á los más altos cargos de la milicia. Era uno de los partidarios más ardientes y principales que tuvo el bando de la sultana Aixa, y había casado una hija con Boabdil *el Chico*, futuro rey de Granada.

Ganóse un cerro que era muy importante para estrechar el cerco, y fuéronse á poner allí el maestre de Calatrava y el marqués de Villena, su primo, con el marqués de Cádiz, que era cuñado de este último, y asentaron en él cuatro tiros de pólvora que pertenecían á aquella clase de piezas de artillería que unos llaman *rabadoquines* y otros *ribadoquines*, introducidas en Castilla por el duque de Villahermosa.

Este duque de Villahermosa, hermano bastardo del Rey, mostró en el cerco de Loja grande indignación y descontento al ver la dilación en asentar las lombardas y poner en orden el combate, y decía que con aquella manera de asiento de real no podía dejar de recibirse alguna grande afrenta por la opinión de aquellos á quien se daba más crédito. Aconsejaba el

duque que se mudase el campo é hiciesen diversas puentes en el río para poderse socorrer los unos á los otros; pero como sus advertencias, ni tampoco las de los caballeros andaluces, fueron oídas, de ahí provino sin duda que las cosas vinieran á términos tan desgraciados para la hueste sitiadora.

En un rebato que dieron al campo los lanceros y flecheros de Aliatar en combinación con un cuerpo de caballería que venía de Granada y enviaba por delante el sultán Abul Hasan, mientras acudía él en persona con numerosa fuerza al socorro de Loja, pudo verse la flaqueza del campo cristiano, cuyas estancias fueron bizarramente acometidas por los moros, que llevaban al mismo valeroso Aliatar por jefe. Dió éste con tal ímpetu y pujanza sobre los cristianos, que hubo de ponerlos en fuga, con olvido y quiebra de la honra. Acudió el primero á detenerlos Don Rodrigo Téllez de Girón, maestre de Calatrava; y había ya conseguido reanimar á su gente, volviéndola al combate, cuando fué herido por dos saetas enherboladas, y así perdió en flor la vida, que tanta gloria prometía á su patria, aquel ardidoso caballero, mancebo muy gallardo y muy querido de la nobleza castellana.

Allí perecieron con él muchos otros insignes caballeros; mas cuando los cristianos comenzaban á volver en sí, intentando rehacerse, subió de punto su turbación y sorpresa al sentirse acometidos por la espalda, viendo al mismo tiempo entrados de rebato los reales y cubierta la vega con las tropas de caballería que llegaban de Granada.

En semejante conflicto no le faltó ciertamente el ánimo al rey Don Fernando. Sintió recrecer su valor con aquella desventura y corrió al sitio de más confusión y peligro á ganar segunda vez su corona real,

como ya varonilmente la había ganado en la otra ocasión de la batalla de Toro. Espada en mano y suelta la rienda del caballo, se arrojó sobre los infieles, sin reparar siquiera si le seguían los suyos. *¡Tener, caballeros, tener!,* iba gritando á los que huían, y dando noble ejemplo, se entró por en medio de la falange enemiga, buscando la muerte en el combate antes que la vida en la fuga.

El ejemplo del Rey fué soberano, como acostumbran á ser siempre todos los que se dan desde arriba. Al correrse en medio del tumulto la voz de lo que el Rey hacía, los fugitivos volvieron á la pelea, recobrado el ánimo á tornas de la vergüenza, mientras acudían, por su parte, los caballeros todos, y entre ellos el marqués de Cádiz, al frente de sesenta lanzas, que fué corriendo donde el Rey estaba y le hizo quitar de aquel peligro para ponerse él, dando en aquella jornada pasmosa muestra de ser tan valiente caballero como quien más pudiera serlo. Todos acudieron á la voz del Monarca, y siguióse un combate terrible en que peligró muchas veces la vida de Don Fernando. Poco faltó para que en tan aciago día se perdiese aquel príncipe, y con él la salud de España. Fué triste jornada, en la que corrió con abundancia la sangre de los caballeros españoles, siendo muy corto el número de los que escaparon sin alguna herida; tanto fué lo que puso personalmente de su parte cada uno para salvar al Rey y la honra de su bandera.

De aquel rebato, que fué de gran sobresalto, hubo tanta turbación, que el desastre fué considerable, ganando los moros los cerros y puntos principales de ataque que se tenían por los cristianos y apoderándose de la artillería y de los pertrechos. *A la tarde, entendiendo el Rey cuán errado había sido el sitio y lu-*

gar que se habia escogido para combatir á Loja, y publicándose que el sultán de Granada apresuraba el socorro, mandó levantar el real, lo cual fué á 14 del mes de Julio, y se hizo con gran desorden, turbación y prisa.

Al ver que se efectuaba el levantamiento del campo, comenzando la retirada del ejército sitiador, salieron desaforados los moros en salvaje acometida; pero revolvió sobre ellos un caballero llamado Bernardo Francés, ganador de honra y prez en aquella jornada, que se había reservado con una compañía de jinetes para amparar la retirada. Bernardo Francés y los suyos, señalándose aquel día en hacer rostro á los moros, contuvieron el empuje de éstos, los fueron echando hasta el río y salvaron la hueste.

Había el Rey deliberado de ir á poner su campo junto á Riofrío, á poca distancia, y fué forzado á ir mucho más lejos, á la *Peña de los Enamorados*, en término de Antequera, siete leguas más allá de Loja.

Fué día de tanta turbación, según las crónicas, que si solos trescientos moros jinetes siguieran el alcance y dieran en la retaguardia, se hubiera hecho en los nuestros algún terrible estrago con mayor afrenta, señaladamente si les sobreviniera á tiempo el rey de Granada, que llegó otro día corriendo la tierra hasta Riofrío.

El mismo analista aragonés que en tales términos escribe, se hace cargo también de ciertas noticias que con motivo de este fracaso del Rey circularon por las villas y ciudades de la Corona de Aragón. Parece, en efecto, que de este destrozo y del levantamiento de Loja tan arrebatadamente, hubo diversos rumores entre las gentes, principalmente en Zaragoza y Barcelona, afirmando el vulgo — que suele por la mayor parte hacer muy errados juicios, y algu-

nas veces salen verdaderos, — que había sido todo *por cierta traición*, á causa de la cual se había visto el Rey de Aragón en gran peligro. Debió de circular mucho este rumor y hacerse muy consistente, cuando el rey Don Fernando se vió en la necesidad de escribir á las ciudades de aquellos reinos diciendo que todo había sido por no llevar el número de gentes que requería el cerco de Loja, así por el asiento de ella, como por las entradas y salidas de la plaza, para lo cual eran menester tres campos. También decía que faltaron los bastimentos que se habían mandado llevar al real, juntándose á todo la necesidad que tenían los de Alhama, así de gente como de mantenimientos, y que convino mudar la guarnición de capitán y soldados, según se usaba entonces con fuerzas tan importantes en frontera de enemigos, y por esto se volvió á Córdoba.

Así resulta, efectivamente.

En aquella lamentable rota, sólo con gran dificultad pudo Don Fernando salvar las siete leguas que le apartaban de Loja, *la flor entre espinas*, que punzantes y crueles las tuvo para la hueste cristiana, hasta recogerse al abrigo de la *Peña de los Enamorados*, donde llegó con su ejército destrozado, maltrecho, rendido de fatiga, acosado de hambre y de sed, cubiertos todos de polvo y sangre, y dejando por aquellos campos á sus compañeros heridos y moribundos. Los restos de la hueste sólo pudieron librarse de la activa persecución y recias embestidas de los jinetes árabes, por la arrogante y hazañosa actitud de Bernardo Francés y sus compañeros, que sostuvieron la retirada de los cristianos, cubriendo su retaguardia. Al amparo de la *Peña de los Enamorados* tuvo descanso el Rey, reparó sus fuerzas, recogió la gente dispersa ó fugitiva, pudo enviar algún socorro

á los de Alhama, sobre la cual era de temer que cayesen de nuevo los moros, y regresó en seguida á Córdoba, donde poco tardó en saber que por vez tercera el sultán de Granada había puesto su real sobre Alhama. Era evidente que esto había de ocurrir. La ocasión no podía ser más favorable para los moros, después del suceso de Loja, sobre todo por haberles llegado noticia de que la guarnición de Alhama se hallaba en aquellos momentos consternada y dividida.

Y era así. Don Luis Fernández Portocarrero, Don Pedro Ruiz de Alarcón y los demás capitanes que el Rey había dejado en guarda de aquella ciudad, esperaban confiadamente que Loja fuera tomada, consiguiendo ellos más descanso y pasando menos trabajos en sostener la plaza. Así es que al saber de qué triste manera se alzó el real y cómo había tornado el Rey para la ciudad de Córdoba, recelando que no tardarían en verse nuevamente cercados por multitud de moros, á quienes no podrían resistir, se inclinaban á la idea de arrasar las fortificaciones y desamparar la plaza. *Esta fabla que andaba de unos en otros,* dice Hernando del Pulgar, *los enflaquecia é ponia en tal miedo, que si á la hora los moros vinieran, tovieran poca ó ninguna resistencia.*

En cuanto llegó á oídos del gobernador Portocarrero la nueva de lo que pasaba en la guarnición y cómo ésta se iba desmoralizando, mandó reunir á los capitanes y gente de armas, y con valiente tono y enérgicas medidas, con seguridad de mando y valor resuelto, reprendió á unos, castigó á otros, apostrofó á todos, y consiguió detener la corriente, reuniendo á la guarnición en piña á su obediencia y mandato. Hernando del Pulgar, al dar cuenta de ello, pone en labios de Portocarrero un largo discurso, á usanza

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS GRANADA

de Tito Livio: pero bien claramente se adivina que no fué con discursos á lo Tito Livio y á lo Pulgar como el bizarro gobernador de Alhama atajó en su origen mismo la sedición y tormenta que amenazaban.

Cuando el sultán se presentó con grandes fuerzas de caballería y de infantería á las puertas de Alhama, se había ya operado la reacción en los ánimos y encontró á todos dispuestos á la resistencia y á la lucha, en talle de combatir hasta perecer entre las ruinas de la plaza, antes que rendirla. Puso el moro su real bien cerca de la ciudad, y comenzó á combatirla con empeño por algunas partes, por donde entendió que podía entrarla. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Los de Alhama resistieron con braveza y dieron glorioso ejemplo de honor y heroísmo así á presentes como á venideros.

El tercer cerco de Alhama terminó como los anteriores, y ante los muros de aquella ciudad, si gallardamente tomada en un día, gallardamente defendida en muchos, se estrellaron cuantos esfuerzos hizo la morisma.

También esta vez se acudió con premura en su auxilio. El rey Don Fernando, ganoso de alcanzar en aquellos campos lo que no tuvo la suerte de recoger en los de Loja, se apresuró á salir de Córdoba en socorro de Alhama, al frente de seis mil caballos y diez mil peones. Fué en la primera quincena de Agosto de aquel año de 1482, al mes apenas de su malaventurada empresa de Loja.

Tampoco entonces esperaron los moros al Rey de Aragón y de Castilla. Al tener noticia de su proximidad, mandó el sultán levantar su campo, tomando la vuelta de Granada, aun cuando esta vez no fué sólo la llegada de los cristianos lo que le obligó á seme-

jante determinación. Había recibido tristes nuevas de Granada, donde ardía ya la guerra civil y estaban en hostilidad los bandos.

Don Fernando llegó con su gente y su convoy de víveres, y entró en Alhama para de nuevo salvarla y abastecerla. Dejóla bien pertrechada y socorrida, y de alcaide gobernador en ella á Don Luis Osorio, tío del marqués de Astorga, que fué después obispo de Jaén, caballero de mucho valor y esfuerzo, quedando con él Antonio de Fonseca y aquel Bernardo Francés que tan bizarramente se portó en la retirada de Loja, con cincuenta caballos muy escogidos y mil quinientos soldados.

Remediada la ciudad de Alhama, no quiso Don Fernando volver á Córdoba sin antes hacer alguna correría por tierra de infieles y presentarse en la vega de Granada en arrogante alarde y talle de retar al moro. Mandó quemar en aquella empresa cuantos cortijos, alquerías y lugares halló por el camino, siendo completa la tala efectuada en las vegas vecinas de la ciudad de Granada. Un día y una noche anduvo el Rey en la vega, á son de reto, y no salió gente ninguna de la ciudad hasta la mañana que partió de aquel sitio, que salieron seiscientas lanzas para escaramuzar. Contra ellas envió al conde de Cabra y al comendador mayor de Calatrava con cuatrocientas lanzas, y trabóse con tal empeño el combate, que muy en breve volvieron los moros á recogerse, muriendo muchos en la retirada y perdiendo el estandarte que ostentaban.

Terminado este alarde y asegurada Alhama, regresó Don Fernando á Córdoba.

CAPÍTULO VII

EL DESASTRE DE LA AJARQUÍA

(1483)

Estalla la guerra civil en Granada. — Proclamación de Boabdil por los rebeldes. — Triunfa la rebelión. — Salen de Granada los partidarios de Abul Hasan. — Se retira éste á Málaga. — Dos reyes en el reino. — Disposiciones tomadas por los Reyes de Castilla. — Aseguran las fronteras y se vienen á Madrid. — Interviene Don Fernando en los sucesos de Italia. — Fué el primer monarca que nombró embajadas permanentes. — Su política en Italia. — Su política en Navarra. — Conquista de las Canarias. — Viaje del Rey á Galicia. — Los nobles andaluces proyectan una empresa á la Ajarquía, en los montes de Málaga. — Se realiza la empresa. — Derrota de los cristianos. — La noche triste de la Ajarquía. — La cuesta de la matanza. — Noble actitud del maestre de Santiago. — Combate del conde de Cienfuegos con el moro Reduán Venegas. — Quiénes fueron los muertos y cautivos. — Consternación y duelo en el país.

Á todo esto, ya se hallaba encendida la guerra civil en Granada, donde ocurrieron sucesos que vinieron á turbar profundamente la paz interior del reino.

Los partidarios de la sultana Aixa alcanzaron por fin el triunfo.

Contribuyeron á él poderosamente: la pérdida de Alhama, de donde Granada se proveía en gran parte; las tristes campañas de Abul Hasan, que siempre quedó humillado ante los muros de Alhama; las talas y correrías del cristiano por las vegas de Granada; la tardanza en acudir el sultán al socorro de Loja, atri-

buyéndose á sus indecisiones y descuidos el no haber llegado á tiempo para acabar allí con los enemigos. En estas razones se apoyaban los del bando de la sultana caída, como también decían que Abul Hasan vivía hechizado por la cristiana Zoraya, ante cuya influencia, y la de renegados traidores, mermaba su valor y se doblegaba su arbitrio, marchando así á la ruina del imperio, mientras que otra fuera la suerte de éste si llegaba á verse regido por su hijo, á quien tenían por valeroso y magnánimo.

Fué todo ello minándo conciencias y ganando voluntades, y así llegó á triunfar la rebeldía con el favor de la ocasión y el laboreo de la venganza.

Las turbaciones comenzaron en el barrio del Albaicín, que fué siempre levantisco, por vivir en él la que en nuestro usual lenguaje se llama gente del bronce. Allí habitaba la sultana Aixa y su hijo, recluídos y vigilados, en el palacio de los antiguos soberanos, al que daban nombre de Aben Habuz, y también palacio ó *casa del Gallo*, por ostentar en lo alto de su torre una figura de bronce que giraba á merced del viento. Cierta noche, advertidos sus partidarios, y con auxilio de su madre, consiguió el joven príncipe burlar la vigilancia en que se le tenía, descolgándose de un ajimez y poniéndose en seguida al frente de los de su bando.

Dicen unos historiadores que se salió aquella misma noche de Granada á uña de caballo, con muchos de sus partidarios, refugiándose en Guadix, donde fué alzado rey, volviendo entonces á la capital, mientras otros dicen que su alzamiento fué en la misma noche de la fuga, sin salir de Granada, alborotándose el pueblo y aclamándole. Lo positivo es que la rebelión, triunfante, destronó y arrojó al sultán Abul Hasan, proclamando rey de Granada, en sus veces, á

su hijo Abu Abdallá Mahomet, el Boabdil de nuestras historias, á quien por igual nombre de Boabdil se seguirá llamando en ésta, ya que sólo por él le reconocen y apellidan las crónicas y tradiciones españolas.

Todo esto pasaba estando el sultán ausente. Al cuidado de Granada había quedado en el Alhambra su visir ó primer ministro. Cuando éste tuvo noticia del movimiento, según parece, ondeaba ya en la puerta Monaita el estandarte real, que indicaba la proclamación del nuevo rey, y convocaba al pueblo á las armas.

Siguiéronse á esto terribles jornadas de lucha y de sangre. En ella se anegaron las calles de Granada, dueño el visir del alcázar, dueños los rebeldes de la alcazaba, encrudecidos todos y atentos solamente á los ímpetus de la ira y de la venganza, sin que nada pudiesen en ellos las voces clamorosas del hogar y de la patria que con sus bandosidades hundían. En uno de los encuentros quedó muy gravemente herido el visir, de cuyas resultas murió luego, y los destrozados restos del bando real hubieron de refugiarse en el alcázar del Alhambra, desde donde, arrebatando atropelladamente lo más precioso, y como lo de más precio la sultana Zoraya, joya del rey, saliéronse en busca del sultán, que llegaba de su tercer fracaso de Alhama con la rota en sus huestes y la muerte en el alma.

No atreviéndose Abul Hasan á entrar en Granada, donde imperaban ya Boabdil y su madre, fuése á recoger en Málaga, cuyo alcaide gobernador era su hermano el Zagal, quien se puso á su obediencia y ayudó á mantenerle en el trono. Dividióse entonces el reino: Baza y muchas otras ciudades siguieron el partido de Abul Hasan, que continuó gobernando

desde Málaga la parte de reino que le reconocia: mientras Loja, con su valeroso alcaide Aliatar, y otras ciudades, se unian á Granada y alzaban por rey al hijo mayor de Abul Hasan y de la sultana Aixa.

Importa aquí decir que los historiadores árabes, así los conocidos de antiguo como los que nos han sido revelados modernamente por meritorias disquisiciones de nuestros actuales arabistas, andan muy sobrios y parcos en todo lo relativo á aquellas guerras civiles de Granada. Aun en medio de esta economía de notas se contradicen á veces, como sucede algunas entre el Almaccarí, que nos dieron á conocer los orientalistas alemanes en unión con nuestro Pascual Gayangos, y el anónimo autor de unas *Narraciones* que Muller tradujo del árabe al alemán y que en castellano se conocen por la traducción de Leopoldo Eguílaz. Sin embargo, en lo principal y fundamental están conformes.

Interin ocurrían todas estas cosas en Granada, los reyes Don Fernando y Doña Isabel, que proseguían en Córdoba, provista ya y asegurada Alhama, acordaron poner fronteros en los lugares necesarios contra tierra de moros. En este sentido, dieron cargo á Don Pedro Manrique, conde de Treviño, á quien hicieron duque de Nájera, de la frontera de Jaén, y pusieron en la ciudad de Écija á Don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Enviaron también mandato á todos los adelantados, duques, marqueses, condes y ricoshombres que moraban en la frontera del reino de Granada, desde Lorca hasta Tarifa, y á todas las ciudades, villas y lugares de aquellas comarcas, que estuviesen apercibidos y enviasen sus gentes á los capitanes mayores que dejaban por fronteros con sus poderes reales, siempre y cuando fueren requeridos.

Y porque Diego de Merlo, que era asistente de Sevilla, había muerto, encomendaron la justicia y guarda de aquella ciudad á Don Juan de Silva, conde de Cifuentes.

Como la malhadada rota de Loja hizo al rey Don Fernando más cauto y previsor para lo sucesivo, comenzaron también los Reyes á ocuparse en todo cuanto podía ser necesario y útil además, conducente al objeto que se proponían, ya que acordado estaba en su ánimo y propósitos continuar la guerra de Granada hasta rendirla. Al efecto, diéronse órdenes para reformar el ramo de artillería y construir máquinas de guerra, servicio que se encomendó al duque de Villahermosa, como muy entendido y superior en ello, quien mandó fabricar en Aragón las piezas de artillería necesarias y labrar en Sierra de Constantina gran cantidad de balas de piedra, según entonces se usaban; se crearon los hospitales de campaña; se montó el servicio de postas; se formaron compañías de minadores y pontoneros, y se cuidó de surtir los almacenes con toda clase de municiones y pertrechos militares. Provistas así las cosas y cuantas más creyeron convenientes, encaminado todo á fin de que nada faltase cuando en la próxima primavera se renovaran las operaciones de la guerra, abandonaron los Reyes la ciudad de Córdoba, viniéndose á la villa de Madrid, donde querían acordar con las Cortes el medio mejor de realizar una campaña formal contra Granada, bajo plan bien meditado y con todos los recursos posibles. Fué su marcha para Madrid á últimos del año 1482.

El de 1483, que comenzó mal con el desbarate del maestre de Santiago y el marqués de Cádiz en la Ajarquía, catástrofe tremenda que hizo estremecer al reino, acabó mejor y con gloria inmarcesible, con el

triunfo de Lucena, de todo lo cual se dará inmediata cuenta; pero antes es necesario hablar de sucesos generales que en aquellos momentos absorbían á los Reyes, cuya atención y cuidados eran reclamados con urgencia, á más de los preparativos de la guerra de Granada, por otros asuntos de apremiante interés para sus reinos.

Don Fernando aprovechó el vagar de aquel invierno de 1482 á 1483 para ocuparse en cosas pertinentes á sus domínios de la Corona de Aragón. Como rey de Sicilia, hubo de intervenir en los asuntos de Italia, cuyos estados, por aquella época, andaban muy discordes, entregados á luchas y revueltas, principalmente por la guerra que el rey de Nápoles hacía al Papa y la que el mismo monarca, con su yerno el duque de Ferrara, tenían con la señoría de Venecia. Se trataba de asentar liga general entre los príncipes y potentados de Italia, y á este objeto, comunicó Don Fernando instrucciones á sus embajadores cerca del Papa, que lo fueron el obispo de Gerona Juan Margarit y Bartolomé Berí.

Sabida cosa es que Luis XI de Francia, rey de tenebrosa política, fué uno de los primeros monarcas que intervino en la que hoy llamamos política exterior; pero lo hizo de manera poco delicada, por medio de agentes secretos, ó poco menos, que no lo eran de política, sino de policía, estipendiarios á sueldo, que trabajaban en el misterio de la sombra. No así Don Fernando, que lo hizo más honrosamente, por medio de embajadores reconocidos en cargos y embajadas permanentes. Dicen que fué él quien introdujo, el primero, esta costumbre ó puso esta institución. Y es así. La tomó de Cataluña, donde de muy antiguo los embajadores, cónsules y delegados permanentes, al propio tiempo que servían para facili-

tar los asuntos comerciales, recibían la misión de conservar las buenas relaciones entre los distintos países, procurando arreglar sus diferencias por medio de negociaciones más bien que por las armas. Los embajadores de Don Fernando en la corte pontificia fueron esta vez los que abrieron negociaciones entre las partes beligerantes hasta ajustar las bases de una paz general.

Mucho dieron que hacer al Rey, asimismo, en aquella época, las cosas de Navarra, donde andaba metido también con su tortuosa política Luis XI de Francia, quien había trabajado cautelosamente para que su sobrino el rey de Navarra Francisco Febo casara con aquella Juana *la Beltraneja*, competidora de Doña Isabel á la Corona de Castilla, á pesar de ser ya entonces monja profesa en un convento portugués. Pero vino la muerte inesperada del joven monarca navarro á desbaratar este proyecto; y como entraba á sucederle en el trono su hermana la princesa Catalina, proyectaron Don Fernando y Doña Isabel un enlace de su hijo el príncipe niño Don Juan con la joven heredera de Navarra. Para esto enviaron en embajada al doctor Rodrigo Maldonado de Talavera y á Alonso de Quintanilla, cuya misión era la de combatir las intrigas de Luis XI, de Francia, contrario á este deseo de los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, quienes se entendían con el partido Beaumontés de Navarra, que trabajaba para salir de la sujeción de franceses, y juntar aquel reino con el de Aragón, según estaba en lo antiguo.

No debe olvidarse tampoco que á todas estas atenciones se unía lo de las conquistas de las islas Canarias, de que se había dado cargo á un caballero de Jerez de la Frontera llamado Pedro de Vera, que allí pasó de capitán, con la gente que pudo levantar y la

armada de que le proveyeron los Reyes; el cual capitán, no sin grandes y penosos trabajos, iba adelantando en la posesión de aquellas islas.

También entonces hubo de salir el Rey para Galicia, donde andaban muy turbulentas la facciones de aquellos hidalgos, y era necesario poner en ellas paz y concordia, mientras la Reina se quedó en Madrid al cuidado de los preparativos de la guerra contra los moros, con ánimo de emprender un viaje á Logroño ó á cualquiera otra ciudad contigua al reino de Navarra, para entender en lo del casamiento del Príncipe su hijo con la joven reina de aquella tierra.

En cuanto á lo relacionado con los preparativos de la guerra, todo marchó perfectamente. Facilitaron recursos las Cortes; en un congreso general de diputados de la Hermandad, que se reunió en Pinto, se hicieron liberales concesiones; dió el Papa bula de Cruzada, con importantes indulgencias para quienes la tomasen; acordó también subsidios de grandes sumas, que habían de hacer efectivas las rentas eclesiásticas de los reinos de Aragón y Castilla, y por parte de los Reyes y su gobierno se concertaron empréstitos con particulares, viniendo esto á reforzar cuantiosamente el Tesoro. Todo por este lado iba bien: se podían hacer en grande escala los preparativos, y se atendía á todo.

Cuando se hallaba el Rey todavía en Galicia sosegando aquellos bandos, ó inmediatamente después de su regreso, á últimos de Marzo de 1483, se tuvo noticia de lo ocurrido en los montes de Málaga, en el punto llamado la Ajarquía.

Fué gran desventura. Siglos pasaron ya, y palpita aún en Andalucía, viva y eterna, la memoria de aquella sangrienta jornada.

Hervía en la mente de muchos caballeros andalu-

ces el deseo de vengar la derrota de Loja y responder con algún acto de virilidad y energía á las algaras que continuamente realizaban los moros en tierra de cristianos. Congregáronse cierto día á este objeto el maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas, el marqués de Cádiz, el adelantado de Andalucía Don Pedro Enríquez, Don Alonso de Aguilar, Don García Manrique, el conde de Cifuentes, que era entonces asistente de Sevilla, y otros varios, disponiendo una algara en la Ajarquía, ó sea en los montes orientales de Málaga, tierra muy abastada y rica, por la labor de la seda principalmente.

Los adalides y descubridores habían dado los mejores informes, asegurando que, aun cuando la tierra era muy áspera, entre peñas y riscos, y tenía las entradas por muy angostos y estrechos pasos, luego de salvados estos puertos hallarían país muy llano, aldeas y lugares en donde podrían recogerse despojos cuantiosos y tendrían libre la salida y vuelta por la parte de la marina.

No obstante estos informes, hubo entre aquellos capitanes gran diversidad de pareceres. El marqués de Cádiz propuso que mejor sería acometer el alcázar de Málaga, cuya guarnición era escasa; y el maestre de Santiago sostuvo opiniones contrarias, por lo cual se dividieron los ánimos, si bien luego aparecieron unidos en la empresa. Se acabó por tomar acuerdo conforme al parecer de los adalides y atajadores, y se organizó una hueste con pocos infantes, aunque con un buen número de caballería, siendo éste tal, que no parecía temer ninguna resistencia ni ofensa. La gente que se reunió andaba muy alborozada con la expedición, pensando toda volverse con despojo.

En sus comienzos todo marchó con fortuna. Avanzó la hueste ordenada en tres divisiones, mandada la

vanguardia por Don Alonso de Aguilar y Don Pedro Enríquez: el centro por el marqués de Cádiz y el conde de Cifuentes; la retaguardia, que iba custodiando el bastimento, por el maestre de Santiago, y precedían á la columna los mismos adalides que habían ya explorado aquella comarca y la conocían.

Pasó la caballería todos aquellos puertos y comenzó á recorrer la Ajarquía, región abundosa, fértil y de gran regalo; y como los moros sorprendidos se retiraron á los lugares más fuertes, los expedicionarios comenzaron á cargar de despojos, llevándolo todo á sangre y fuego, y cuidando sólo de recoger riquezas y cautivos.

Viendo entonces los moros lo que pasaba, toma ron las salidas con algunos pocos de á caballo que pudieron juntar y con numerosa fuerza de infantes armados de ballestas y azagayas, á tiempo que despachaban mensajeros á Málaga, donde estaban el rey Abul Hasan y el Zagal, su hermano.

Advertidos del peligro los capitanes andaluces, trataron de recoger y acaudillar la hueste para juntarla en ordenanza de batalla. La gente estaba, empero, muy esparcida, embarazados muchos con la presa, en desorden otros, y los más de los caballeros mancebos tuvieron por gallardía llegar con imprudencia notoria á vista de la ciudad de Málaga y hacer correrías y alardes inútiles en torno de sus muros. El Zagal, gobernador de Málaga, salióles al encuentro con mucha fuerza de caballería, y entre ésta por un lado y los moros de la Ajarquía por otro, causaron verdadero destrozo en la columna expedicionaria, menos cargada entonces de valor que de despojos.

Abandonando el camino de la marina, que sólo les ofrecía un paso peligroso, ó paso de muerte cierta, entre el alcázar de Málaga y el estero del mar, volvie-

ron los cristianos á la sierra por donde habían entrado, y allí, acometidos por los moros, fueron obligados á bajar por un estrecho valle sin salida para la caballería, con pasos muy angostos, cercados de matas y peñas.

Cerró en esto la noche, tempestuosa y alterada como pocas del destemplado Marzo, y allí hubieron de pasarla los tristes, en el fondo de aquel angosto valle, que parecía destinado á ser su tumba, revueltos en montón, con los caballos y los heridos, los inútiles y sanos; sin abrigo ni misericordia; entregados á la inclemencia del tiempo y rendidos al rigor de las desdichas; entre cerros y montes coronados por alertas moros, que los fatigaban con sus gritos y aullidos y no cesaban un instante de arrojarles nubes de saetas y azagayas y en descuajar rocas y peñascos, que echaban á rodar desde las cumbres con estrépitos siniestros. Y todo esto á la lejana luz de centenares de hogueras y ahumadas, encendidas en los altos de la sierra y atizadas sin cesar por los moros, á quienes se veía circular en torno como seres diabólicos, hogueras que sólo parecían estar allí para alumbrar las tristezas de aquella terrible noche, más larga, ciertamente, por las priesas del dolor que por la lentitud de las horas.

Con las primeras del alba apareció en toda su desnudez el infortunio de aquella hueste, pocas horas antes tan potente y alentada. Todo era desbande y ruina. Muchos habían desaparecido, y allá iban dispersos por la sierra los que pudieron lograrla en la oscuridad de la noche y los azares de la fuga; otros aparecían por allí tendidos, muerto el ánimo y las fuerzas; exangües los heridos y aniquilados; hasta aquellos que aun obedecían á la mordedura de la honra y los corajes de la ira, sentíanse más valerosos

por la certitud de la muerte que por la esperanza de salvarse; los caballos inútiles y desmayados; los despojos, recogidos la tarde anterior con el atropello y la codicia del anhelo, desparcidos entonces por el suelo como cosa fútil y menguada.

En esta gran desventura, el maestre de Santiago, que se mantenía firme y sereno, se dirigió fogosamente á los suyos con estas vibrantes palabras, afortunadamente conservadas por la historia: — *Muramos faciendo camino con el corazón, pues no podemos facerlo con las armas, é no muramos aquí muerte tan torpe; subamos esta sierra como homes é no estemos abarrancados esperando la muerte é veyendo morir nuestras gentes no pudiéndolas valer.*

Y pronunciadas estas palabras, oración soberbia *pro morte,* comenzó á subir una escarpada cuesta con la espada entre dientes y asiéndose con las manos de las matas y de las piedras que halló en el tránsito. Muchos le imitaron, pero su arrojo hubo de costarles caro. Dueños los moros de la cumbre, les dirigieron sus tiros sin temor de ser ofendidos; y lanzando sobre ellos enormes peñascos, á más de dardos y saetas, bien pronto aquella fragosidad quedó cubierta de muertos y de heridos, sin contar los que vivos rodaron por aquellos despeñaderos, como sucedió, entre otros, al comendador Becerra, alférez del maestre. Allí quedaron muchos caballeros de ilustre linaje, flor de la nobleza andaluza; sólo á duras penas pudo salvarse el gran maestre de Santiago, favorecido por un guía adalid que le llevó por los más ásperos senderos, y desde aquel aciago día quedóle al monte el nombre, aun hoy conservado, de *Cuesta de la matanza.*

Al marqués de Cádiz le salvaron ciertos elches, que así llamaban á los apóstatas ó renegados, que

le conocían y sabían la tierra. Pudo salvarse, no sin correr grandes peligros, después de haber visto morir á tres de sus hermanos y á dos sobrinos, con otros muchos de sus más caros deudos y amigos.

El adelantado Enríquez y Don Alonso de Aguilar pasaron la noche entre unos peñascos, con el riesgo de ser descubiertos á cada instante, oyendo la gritería y algazara de los moros, y no pudieron hasta la mañana hallar salida.

Más sin ventura fué el conde de Cifuentes. Huyendo por desfiladeros dió en una emboscada, y seis moros caudillos se arrojaron sobre él á un tiempo. Contra los seis lidiaba el conde, vendiendo cara su vida, cuando apareció de repente el jefe de las fuerzas emboscadas, Reduán Venegas, amigo y decidido partidario del Zagal, quien apostrofó á los suyos, diciéndoles: — *Tened. ¡Seis contra uno! Esto es indigno de buenos caballeros.* Y ordenando que todos se retirasen, quedóse solo para batirse con el conde, quien hubo de rendirse á poco, vencido principalmente por la nobleza de su enemigo.

Debía de ser ese Reduán Venegas, con cuyo nombre se ha de tropezar varias veces en estas páginas, aquel moro gallardo y valeroso, de alma noble y corazón magnánimo, que dió nombre y motivo á muchos romances moriscos, donde se le ensalzó por sus hechos y su fama.

En cuanto al conde de Cifuentes Juan de Silva, una de las mejores lanzas de aquel tiempo, según las crónicas, fué llevado cautivo á Málaga y más tarde á Granada, junto con sus otros compañeros de cautiverio, tratados todos con mucha consideración y nobleza por sus vencedores; que ésta es una de las faces más salientes de aquellas guerras de Granada, guerras caballerescas y épicas, donde así por moros

como por cristianos se tenía tan á gloria vencer á quien resistía, como á vituperio humillar á quien era vencido.

En la funesta jornada y desbarate de la Ajarquía, que también se llama la batalla de las Lomas, pereció la flor de la caballería andaluza y dejó gran duelo en las familias de aquella comarca, pues apenas quedó una sin lamentar la pérdida de alguno de los suyos, cautivo ó muerto. Se calculó la baja de la hueste en más de dos mil hombres, contándose sobre ochocientos muertos, entre los que había cuatrocientos de clase y de linaje, y de ellos treinta comendadores de la orden militar de Santiago, tres hermanos del marqués de Cádiz y dos sobrinos, muchos deudos y amigos de éste, y gran número de caballeros pertenecientes á las casas de Medinasidonia, Osorio, Silva, Ponce de León, Villagarcía, Zapata, Esquivel, Guzmán y las más principales de la comarca. Los cautivos fueron mil y quinientos, entre ellos el conde de Cifuentes, un hermano del duque de Medinasidonia, otro del marqués de Cádiz, Don Bernardino Manrique y los alcaides de Morón, de Antequera, de Jerez y de Córdoba.

El mal éxito de aquella algara se imputó generalmente á traición de los adalides. Un cronista, Pulgar, dice que esto les ocurrió á los caballeros andaluces por su soberbia y orgullo, y porque la confianza que habían de tener en Dios la pusieron en la fuerza de su gente. En cuanto á otro cronista, Bernáldez, el buen Cura de los Palacios, dice piadosamente con singular crudeza: «Este desbarato hicieron muy pocos moros maravillosamente, é pareció que Nuestro Señor lo consintió, porque es cierto que la mayor parte de la gente iba con intención de robar é mercadear, más que no de servir á Dios, como fué pro-

bado é confesado por muchos de ellos mesmos, que no llevaban la intención que los buenos christianos han de llevar á la pelea é batalla de los infieles, que han de ir confesados, é comulgados, é fecho testamento, é con intención de pelear é vencer á los enemigos en favor de la santa fe cathólica, é ovo muy pocos que la tal intención llevasen.»

Tal fué aquel terrible desastre, que conmovió hondamente al país, donde no quedaron ojos que no llorasen.

Por fortuna no tardó en llegar el desquite, ya que á la triste jornada de la Ajarquía sucedió el triunfo para siempre memorable de Lucena.

CAPÍTULO VIII

EL GRAN TRIUNFO DE LUCENA

(1483)

Regocijo del pueblo granadino. — Temores y proyectos de la sultana madre. — Se decide una expedición contra cristianos. — Se ponen al frente de ella el rey Boabdil y el alhatar de Loja. — Romance morisco. — Sale de Granada la hueste. — Agüeros fatídicos. — Boabdil intima la rendición á Lucena. — Contestación que recibe. — El Alcaide de los Donceles. — Pone Boabdil cerco á la plaza. — Acude en su auxilio el conde de Cabra. — Batalla á las puertas de Lucena. — Derrota y desastre de los moros. — Esfuerzos del rey Boabdil por sostener la retirada de los suyos — Cómo y de qué manera quedó prisionero. — Muerte de Aliatar. — Consecuencias de la rota de los moros. — Quién llevó la noticia del desastre á Loja y Granada. — Consternación del pueblo granadino. — Angustias de la sultana madre. — Abandona el Alhambra y se retira al Albaicín. — Los jeques de Granada ofrecen á Abul Hasan el trono. — Vuelve Abul Hasan al Alhambra. — Júbilo en Castilla por la victoria de Lucena. — Sale para Córdoba el rey Don Fernando. — Observaciones que el autor cree pertinentes.

General fué el regocijo que causó en Granada la rota de los cristianos en la Ajarquía. No participaban de él gran cosa, sin embargo — antes les daba motivo á disgusto, — el rey Boabdil y su madre, la sultana Aixa, quienes con este triunfo de los agarenos vieron al mudable pueblo recobrar sus simpatías por Abul Hasan y por su hermano el Zagal ó el valeroso, que era entonces en la corte del Alhambra más aborrecido que el sultán mismo.

Y así fué. El recelo de Aixa y de su hijo Boabdil estaba perfectamente motivado, pues que el pueblo granadino no ponía reparo en prodigar aplausos al desposeído sultán y á su valiente hermano por la alcanzada victoria, mientras que tampoco lo tenía en murmurar abiertamente de Boabdil por verle entregado á la molicie y placeres del Alhambra, sin cuidar de los asuntos que tanto afectaban al reino.

La sagaz y astuta sultana madre, para quien más que para su hijo eran el poder y el trono, advirtió bien pronto el descontento popular, y previendo los males que pudieran seguirse, quiso acudir al remedio prontamente. Creyó oportuna la ocasión, por considerar el desánimo en que habrían caído los cristianos con el reciente desastre, y no vaciló en aconsejar resueltamente la realización de alguna empresa ruidosa que pudiera dar gloria á Boabdil y á las armas granadinas. Aceptado fué su consejo, necesario para levantar el espíritu del pueblo, y prontamente se dispuso todo.

A los pocos días, promediado apenas el mes de Abril, estaba ya formada una hueste numerosa y lucida con la flor de los guerreros de Granada, animada y resuelta á entrar por la frontera de Écija antes que pudieran reponerse de su catástrofe los cristianos. Púsose á su frente el mismo Boabdil, que era realmente animoso mancebo, y tenía por mengua, habiendo conseguido su padre tan próspera jornada, no alcanzar él por su parte otra muy señalada, á fin de que los suyos se le aficionasen y pudiera así tener á su opinión las ciudades que aun obedecían á su padre. Como consejero, como ministro y como verdadero caudillo de la hueste, contaba con su suegro Alí, á quien llamaban el alhatar de Loja, y no Aliatar, como dicen las historias, confundiendo con este ape-

llido de Aliatar la voz árabe *alhatar* ó *alatar*, que significa *vendedor de perfumes, comerciante en drogas, droguero*, porque éste era el oficio que tuvo Alí en sus comienzos y por esto se le llamaba el *alhatar*. Pero, de todos modos, Aliatar habrá que seguir llamándole, conforme así han querido las crónicas é historias que este nombre han impuesto y vulgarizado, de la misma manera que han impuesto el de Boabdil, que no se llamaba así, sino Abul Abdallah.

Alí, en efecto, comenzó por ser en sus mocedades alhatar ó comerciante en perfumes. Dedicóse después á la carrera militar, llegando á ser una de las mejores lanzas de la morisma y tan noble y estimado caballero, que casó á una de sus hijas, Moraima, con Boabdil, el cual le llevó á ser el principal de su consejo, su alguacil y ministro. Aliatar, alcaide de Loja y defensor valeroso de esta ciudad contra el rey Don Fernando, era ya entonces hombre de muy avanzada edad — hay quien le da la de noventa años, — y mantenía su espíritu tan sereno para los negocios de Estado y sus fuerzas físicas tan vivas para manejar la lanza y montar á caballo, que se le consideraba como el primero en el consejo y tan arrojado y firme como quien más en el campo de batalla.

Cuando ya todo estuvo dispuesto — y se dispuso ciertamente con premura, — Boabdil y Aliatar salieron de Granada al frente de numerosa huesta, en la que había lo mejor y más escogido de la caballería granadina. Partió el joven sultán aclamado por el pueblo, que se precipitaba á su paso vitoreándole, aplaudido por las damas, que le arrojaban flores y lazos de lo alto de los ajimeces ó terrazas, en medio de gran aparato, hirviendo la muchedumbre en entusiasmo, y seguros todos que allí iba á sucumbir el poder de los rumíes (que así llamaban á los cristianos), en

cuanto aquella gallarda hueste apareciera en el campo. Bien que lo dicen y demuestran los romances moriscos al dar cuenta.

Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgata...
.....
¡Cuánto del hidalgo moro,
cuánto de la yegua baya,
cuánto de la lanza en puño,
cuánto de la daga blanca,
cuánto de marlota verde,
cuánta aljuba de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto de espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
.....
Toda es gente valerosa
y experta para batalla,
y en medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada,
mirando las damas moras
de las torres del Alhambra...
.....
La reina mora su madre
de esta manera le habla:
—¡Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda!

Los cronistas árabes, que, como ya sobradamente queda dicho, hablan á menudo de agüeros y malandanzas, cuentan que al pasar el emir por la puerta de Elvira espantóse su caballo tordo, y al quererle sujetar tropezó su lanza en la bóveda del arco, haciéndose astillas. Á este funesto augurio no tardó en seguir otro, que tuvieron por más alarmante todavía. Y fué que á poco de haber salido de Granada la hueste, atravesó una raposa por entre las filas de los sol-

dados, saliendo ilesa y escapando á pesar de los golpes y flechazos que la dirigieron. Esto hizo que algunos caudillos aconsejaran á Boabdil que abandonase, ó por lo menos suspendiera, una empresa que se anunciaba con tan siniestros auspicios; pero el rey, enlozanado con ella, despreció tan pueriles pronósticos, y prosiguió su jornada, yendo á pernoctar á Loja para en seguida caer sobre Lucena.

Era señor de las villas de Lucena, Chillón y Espejo, Don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, sobrino del conde de Cabra, el cual, aunque muy mancebo, tenía ánimo levantado y varonil. Un historiador de la época dice que era de más seso y prudencia que suele hallarse en su edad. Avisado por almenaras, prevenidas al efecto, y advertido por adalides que tenía corriendo el campo, recibió noticia que el rey de Granada se dirigía desde Loja contra sus tierras. Tuvo tiempo, por lo mismo, para prevenirse y también para dar aviso al conde de Cabra, que se hallaba muy cerca.

Entró el sultán Boabdil talando tierras y lugares, y al ir á presentarse ante Lucena, mandó por delante á uno de sus caudillos, Ahmad ó Hamet el Abencerraje, para intimar la rendición al castillo y á la plaza, con aviso de que todos serían pasados á cuchillo si trataban de resistir. A nombre del alcaide de los Donceles, contestó así Fernando de Argote al emisario moro:—Decid á vuestro rey que, con la ayuda de Dios, le haremos levantar el cerco de Lucena y sabremos cortarle la cabeza para ponerla por trofeo en nuestros adarves.

Al recibir esta respuesta Boabdil, aceptando el reto, puso cerco á Lucena, que en las primeras furiosas acometidas del moro fué briosamente defendida por el alcaide de los Donceles y los suyos. Esperaba

el alcaide que su tío el conde de Cabra no tardaría en acudir á su auxilio, y así en efecto sucedió.

El conde de Cabra, Don Diego Fernández de Córdoba, que así se llamaba también como su sobrino, salió de Baena al primer aviso que tuvo, reuniendo cuanta gente le fué posible de Baena, de Cabra y de otros lugares vecinos, marchando apresuradamente en socorro de Lucena á tiempo que, por otro lado, se aprestaba á caer asimismo sobre los moros Don Alonso de Aguilar, señor de Sueros, impaciente por vengar la derrota de la Ajarquía.

Una mañana, al nacer el día, despertaron los moros del real al son de las trompetas y atambores con que anunciaba su llegada el valeroso conde de Cabra, que no quiso presentarse por sorpresa, sino anunciar su llegada por medio de los bélicos instrumentos. Y con hacerlo así, con sólo presentarse tan gallardamente, le cogió la acción al enemigo, haciéndole creer que venía sobre él todo el poder de Andalucía. Trabóse la pelea, ayudando el alcaide de los Donceles con vigorosa salida de la plaza, merced á lo cual pudieron juntarse las dos banderas, uniéndose las fuerzas del conde con las de su sobrino.

Briosa fué la primera acometida del moro, pero no menor ni menos firme la resistencia de los caballeros cristianos. La acción fué terrible y sangrienta, y dudoso el combate, hasta que los escuadrones de Fernando de Argote y de Luis de Godoy consiguieron romper y desordenar las filas sarracenas, y obligaron á Boabdil y Aliatar á batirse revueltos en confusos pelotones.

En esto, la aguda voz de unos clarines, partiendo de un inmediato cerro, advirtió á los muslimes que se acercaban nuevas fuerzas. Era, en efecto, la gente de Alonso de Córdoba y de Lorenzo de Porras, que

se apareció, saliendo de una cañada y unos encinares, mientras que en aquel mismo punto llegaban desolados los corredores agarenos para anunciar al sultán que allá venía á toda prisa y estaba muy cerca Don Alonso de Aguilar con gran golpe de caballeros, quien acudía, cruzando los campos de Archidona y de Iznajar, en auxilio de Lucena.

Ya entonces creció la confusión entre los moros, y comenzó la retirada. La infantería sarracena, atropellada por su misma caballería fugitiva, abandonó las acémilas cargadas con el cuantioso botín recogido anteriormente en la tala y saqueo de los lugares vecinos, y el ejército de Boabdil se dió á la fuga.

Los moros, al recogerse, habían llegado hasta un arroyo que llamaban de Garci-González, acometidos vigorosamente por los cristianos, que picaban su retaguardia. En aquel rebato, el rey Boabdil, al frente de un escuadrón de nobles granadinos, hizo rostro á la caballería del conde de Cabra y del alcaide de los Donceles, peleando bravamente para proteger en la retirada al grueso de su gente; pero al pasar ésta el arroyo, en cuyo cieno se encallaban hombres y bestias, por ser muy difícil el vado, comenzó el desbande. Bien conoció Boabdil que los cristianos eran pocos, y clamoreaba por lo mismo dando grandes voces para advertir á los suyos y detenerles en su huída. Fué inútil. Ya el terror se había apoderado de todos. Y mayor fué aún el percance, pues que el miedo, con el cual ocurre en las batallas lo que en la peste con el contagio, que alcanza hasta al más valiente, no tardó en comunicarse al grupo de los guardias reales, quienes comenzaron á flaquecer cediendo á la arremetida de los caballos de Fernando de Argote, y se pusieron en salvo, sin curar del rey, que se había quedado al mayor peligro por su causa.

Entonces, al hallarse Boabdil solo y abandonado, viendo el estrago que se hacía en su gente, apeóse de un caballo blanco en que iba, que estaba muy ricamente enjaezado, para no ser descubierto, y metióse por una espesura de matas ribera arriba del arroyo. Allí tropezó con Martín Hurtado, sencillo soldado según unos, y según otros regidor de Lucena, el cual le acometió, defendiéndose el rey con su alfanje y daga. Juntáronse otros dos infantes con el primero, y viéndose Boabdil acosado, les declaró quién era, dándose por cautivo del alcaide de los Donceles, que iba en el alcance y que llegó precisamente en aquellos momentos.

Otros cuentan el hecho de distinta manera. Dicen que al querer ocultarse el rey entre la maleza de la orilla, fué descubierto por dos ó tres soldados, y comenzó por defenderse; pero viendo tan desigual el combate y que iba allí á perecer obscuramente, les dijo que era un caballero hijo de un magnate granadino, de quien alcanzarían buen rescate si le respetaban. Hiciéronle entonces prisionero los soldados y le presentaron al alcaide de los Donceles, que le puso la banda de cautivo, y mandó conducirle con todo miramiento al castillo de Lucena, donde no tardó en descubrirse quién era, por otros cautivos moros, que al verle se arrojaron á sus plantas. Sea de esta ó de otra manera, el resultado fué que el rey Boabdil cayó prisionero de los cristianos en aquella memorable jornada, que lo fué de altísima gloria para las armas de Castilla. Ampliamente vengado quedó con ella el desastre de la Ajarquía.

La batalla de Lucena, que así tomó nombre, costó á los moros la pérdida de cinco mil hombres por lo menos, muertos ó cautivos, entre ellos muchos caballeros de la primera nobleza y dignidad de Gra-

nada, mil caballos, ricas tiendas de campaña, mil acémilas cargadas de botín y despojos de las correrías, todo lo que constituía el real, y veintidós banderas.

Otro de los importantes resultados de esta jornada, á más de la prisión del rey moro, fué la muerte de Aliatar, el suegro de Boabdil, padre de la sultana Moraima, el que fué alhatar de Loja, uno de los más altos y valerosos caudillos de la morisma, que lo tenía y consideraba como su mejor lanza, el famoso alcaide de Loja, que á las puertas de esta villa derrotó y tan castigada hubo de dejar la hueste del rey Don Fernando. También en torno de la muerte de Aliatar se ha formado la leyenda, pues cada cronista refiere el hecho de una manera distinta. Uno de ellos le hace morir caballerosamente en singular combate y pelea con Don Alonso de Aguilar, después de arrogantes palabras de reto cruzadas por ambos caballeros.

Gran ruina y motivo á profundo duelo fué para los moros aquella triste jornada de Lucena; pues los que en ella se perdieron eran los mejores y más principales caballeros de Granada, de Loja y de toda la frontera. Uno de los pocos que se salvaron fué Cid ó Cidi Caleb, sobrino del alfaquí mayor del Albaicín de Granada, de quien cuenta el Cura de los Palacios que llegó el primero, roto y maltrecho, á Loja, preguntándole las gentes que llegar le vieron: — *Caballero, ¿dó el rey y la gente?* Y respondiendo él: — *Allá quedan, que el Cielo cayó sobre ellos é todos son perdidos é muertos.*

La noticia fué recibida en Loja con pública demostración de dolor y llanto; pero mayor y más profunda sensación hizo aún en Granada, adonde la llevó el mismo Cid Caleb. Generales fueron la consternación y el luto. La gente discurría por las calles

lamentándose, las mujeres mesaban sus cabellos, y todo era gritos de dolor y angustia al recordar tanto desastre y al saber que había quedado cautivo el rey en tierra de cristianos, cosa hasta entonces sin ejemplo en los fastos de aquella monarquía, que contaba con la larga serie de más de cuarenta reyes en su trono.

Pero el suceso hubo de ser más sensible aún para la sultana madre. Aixa la repudiada veía en aquello el derrumbe de todas sus venganzas y de todas sus grandezas: un hijo cautivo en poder de cristianos, un trono volcado, el porvenir destruído, la venganza sin cumplir, sus enemigos triunfantes, el odio no satisfecho, y el más cruel de los dolores como torcedor del alma; sentirse herida como madre, vencida como mujer, humillada como reina, rota y hundida como cabeza de poderoso bando. No por esto se dobló ante el infortunio; conservó su firmeza y llamó en su auxilio á la constancia y á la sagacidad que formaban su carácter. En seguida comenzó á preparar las cosas á fin de que pasara á Córdoba una embajada, ofreciendo tal precio por la libertad del príncipe que nadie pudiera imaginarlo mayor y fuera asombro para los mismos Reyes de Aragón y de Castilla.

En tanto, el pueblo de Granada corría desbordado por las calles, clamando remedio á tantos males, apellidando venganza, y haciendo pública manifestación de que la sultana madre y sus parciales eran causa de todo por haber desposeído al sultán Abul Hasan, que entonces, y de repente, volvió á ser ídolo y esperanza de la voltaria muchedumbre. Viendo Aixa y los suyos aquellas demostraciones del pueblo, y que el partido del viejo sultán tornaba á levantar cabeza, dispuesto á todo para devolverle el trono, tuvieron por más prudente abandonar el alcázar del

Alhambra y retirarse á la Alcazaba, en cuyo barrio y en el de Albaicín contaban con simpatías y fuerzas. Esta sagaz medida de Aixa daba á entender, aunque fuera en apariencia, que desde luego renunciaba al poder y dejaba el puesto para quien el pueblo eligiera. Calmáronse con esto los ánimos, evitándose por el instante sangrientos conflictos, y entonces, dice el autor árabe del libro *Narraciones*, los grandes de Granada y los jeques de Andalucía proclamaron de nuevo al padre de Boabdil, el emir Abul Hasan Ali ben Sáad, y enviáronle á Málaga una embajada para que volviera á ocupar su antiguo trono.

Comenzaba ya á sentirse viejo y achacoso el emir, herido á más por los primeros síntomas de la dolencia que no debía tardar en privarle de la vista; pero se apresuró á aceptar la oferta, halagado en su orgullo, y sin perder tiempo, dejando el gobierno de Málaga á cargo de su hermano el Zagal, se puso en marcha para Granada en compañía de los embajadores.

Con verdadera ovación fué recibido Abul Hasan por el pueblo á su paso por Loja, y con la misma y con todos los aparatos y entusiasmos destinados á las majestades triunfantes entró luego en Granada, volviendo á ocupar su antiguo palacio del Alhambra.

Por lo tocante á Castilla y á todos los demás estados cristianos de España, la nueva de la victoria de Lucena con la prisión del rey moro fué recibida con demostraciones de imponderable júbilo. Rendido el tributo de gracias al Todopoderoso por tan brillante victoria, y acordados los honores y gracias con que premiar al alcaide de los Donceles, al conde de Cabra y demás caballeros vencedores, el rey Don Fernando partió inmediatamente para Córdoba, á fin de aprovechar aquellos momentos propicios y aquella oca-

sión tan favorable para la guerra contra los moros. La reina Doña Isabel quedó por el pronto en Castilla al cuidado de las cosas de este reino, prosiguiendo negociaciones para lo del matrimonio del príncipe Don Juan con la reina de Navarra Doña Catalina, que acabó al fin por no efectuarse.

Preciso es consignar aquí, antes de dar por terminado este capítulo, que los pueblos de Castilla y de Aragón se animaron mucho y demostraron públicamente, en todas partes, su júbilo y entusiasmo por la prisión venturosa del rey moro de Granada. El suceso era realmente de capital importancia y mucha transcendencia. Y la verdad es, bien mirado el hecho y bien fijadas sus consecuencias, que la prisión de Boabdil vino á torcer el curso de las cosas, llevándolas al menos por otros senderos hasta entonces realmente no intentados. Ya no fueron las armas y sus éxitos los que sólo trazaron camino en adelante; ya no fué únicamente á ellas á quienes se fió todo; comenzó á trabajar la diplomacia, que era terreno más abonado y laborable para el rey Don Fernando, quien, sin dejar de ser gran capitán, que lo era, y de ello dió pruebas sobradas, estaba sin embargo más á sus anchas, y más en su elemento quizá, cuando tenía por delante el vasto y utilizable campo de la política.

Á mí, al menos, me parece ver que desde aquel momento Don Fernando hizo marchar juntas, á un tiempo mismo y de consuno, las armas y la diplomacia, esperando más que de las primeras, de la última, cosa que escapó á la clarividencia de Prescott, y de otros con él, que, sugestionados por las maravillosidades de aquellas guerras, y más atentos á enaltecer á Doña Isabel que á Don Fernando, curaron poco de pesquisar en los mandamientos y en la cancillería del Monarca aragonés.

Muy poco se fijaron realmente los cronistas en este punto concreto, como que aparece muy velado y confuso entre penumbras, ya que, por otra parte, el carácter caballeresco de aquellas guerras, la gallardía de aquellos combates y los estrépitos y ruidos de tanta batalla, levantan el ánimo, lo inclinan á lo maravilloso, y ahogan cualquier otro sentimiento más inferior que aparece menguado y ruin ante la grandeza de tan épicas hazañas.

Pero alguien que disponga de tiempo y medios se hará cargo algún día de este aspecto singular y cautelado que parecieron tomar las cosas desde que cayó preso Boabdil, y especialmente, como no tardará en verse, desde que pactó en Córdoba con los Reyes su libertad y su rescate. Á quien quiera ahondar en este asunto, no le han de faltar datos, noticias y muy pertinentes documentos, olvidados en el fondo de nuestros archivos, entre otros, el de la Corona de Aragón, tan abundante y copioso, donde ocurre á veces tropezar con algo mucho más interesante que lo que se busca, sobre todo si se tiene por guía á persona tan discreta y perita como su actual archivista.

CAPÍTULO IX

EL PACTO DE CÓRDOBA

(1483)

Llega Don Fernando á Córdoba. — Se da por prisión al rey Boabdil el castillo de Porcuna. — Sale el Rey á campaña. — Abastece á Alhama. — Se apodera de Tajara y la destruye. — Tala en la vega de Granada. — Regresa el Rey á Córdoba. — Proposiciones recibidas por el Rey para el rescate de Boabdil. — Consejo reunido en Córdoba. — Diversidad de opinión entre los nobles. — Decisión de Don Fernando. — Bases y capítulos del pacto de Córdoba. — Sagacidad y política del Rey. — Caso digno de nota. — Recibe Don Fernando á Boabdil en audiencia pública. — Notables frases del Rey. — Sale de Córdoba Don Fernando. — Queda Boabdil en libertad y regresa á su reino. — La empresa de Granada fué empresa de España. — Boabdil en la Ajarquía. — Sangrientas escenas en Granada. — División del reino entre Abul Hasan y Boabdil. — Consecuencias del pacto de Córdoba y triunfo de la política de Don Fernando.

Llegó el rey Don Fernando á Córdoba en uno de los primeros días de Mayo de aquel año 1483, y entre las órdenes que comenzó á dictar, fué una de ellas la de que trajesen á Córdoba al rey Boabdil, que estaba en tierras del conde de Cabra, á cargo de éste. Mandó que el príncipe cautivo fuese preferentemente atendido, con toda consideración, cortesía y respeto, y sin querer conferenciar con él por el momento, ni proveer nada tocante á proposiciones de rescate, dió cargo de su persona á Don Martín de Alarcón, y le se-

ñaló como residencia el castillo de Porcuna, á que fué inmediatamente conducido.

Grandemente favorables eran las circunstancias para un alarde de fuerzas por tierra de moros, y quería el Rey aprovechar momentos tan propicios. La tala era una manera de hacer la guerra entonces muy en práctica. Con ella se conseguía privar al enemigo de recursos, ó disminuírselos al menos, y así, por otro lado, fogueaba el Rey sus huestes y demostraba su decisión de no suspender la conquista del reino granadino.

Después de proveer una escuadra que vigilase las costas meridionales de la península para evitar cualquier refuerzo que pudiese venir de Africa á los moros, y mandada reconcentrar toda la gente de guerra de la Andalucía, salió de Córdoba el Rey á primeros del mes de Junio al frente de seis mil jinetes y cuarenta mil infantes. Fué lo primero de todo á proveer la plaza de Alhama, renovando su guarnición, abasteciéndola y dejando allí como jefe y capitán general de frontera á Don Íñigo de Mendoza, conde de Tendilla.

Talando y quemando al paso la comarca de Ilora y Montefrío, fué luego á poner su campo sobre Tajara, que está no lejos de Alhama, porque de ella se proveían los de Loja ordinariamente, y su guarnición molestaba á la de Alhama con frecuentes correrías. Resistióse la villa, y los del castillo hicieron muy valerosa defensa matando alguna gente del real, y malhiriendo á un deudo del mismo Rey, Don Enrique Enríquez, que fué llevado para su curación á Alhama. Combatida fuertemente Tajara por algunos días, fueron entrados el lugar y el castillo por combate, y mandó el Rey arrasar la fortaleza.

Pasó en seguida con su campo á ponerse en lugar

fuerte cerca de Granada y comenzó á talar la vega, sin que salieran huestes de Abul Hasan á resistir la tala, solamente de vez en cuando algunos peones de la ciudad para hacer el daño que pudiesen entre los olivares, y muy pocos de á caballo que los acaudillaban. El real, pues, se movía con muy buen concierto y mucho orden, y la tala se hacía sin ningún peligro por parte de los cristianos y sin contrariedad de ninguna clase. Parecía cosa muy extraña y nueva no salir los moros á pelear como lo hicieran siempre, aun tratándose de huestes á aquélla superiores, y no se pudo entender la causa hasta que supo el rey que se hacía por temor de Abul Hasan al pueblo de Granada, entre el cual contaba Boabdil muchos partidarios.

Hecha con toda tranquilidad la tala, volvióse el rey Don Fernando á Córdoba pasados veinte días, y entonces fué cuando llegó la ocasión de tratar de Boabdil y de su rescate.

Hallábase el Rey solicitado á un tiempo mismo por las dos influencias contrarias de la sultana madre y del viejo Abul Hasan, pretendiendo los dos el rescate aunque, naturalmente, con idea opuesta, ya que el sultán sólo perseguía el proyecto de apoderarse de su hijo para tenerle en mayor cautiverio todavía. Procuraba Abul Hasan concertarse con Don Fernando, y al efecto comenzó por dar libertad á Don Juan de Pineda, sobrino del marqués de Cádiz, hecho prisionero en el desastre de la Ajarquía. Por conducto de este Juan de Pineda, ofreció el moro que si le entregaban á su hijo, daría libertad al conde de Cifuentes y á otros nueve caballeros más, los que Don Fernando eligiera entre los que se retenían cautivos en Granada. Pero puso otras condiciones que eran como de vencedor, y ya esto no fué tolerable

para Don Fernando, que pretendía imponer la ley y no recibirla.

Estas proposiciones fueron, pues, rechazadas.

Á más, no entraba en las ideas de Don Fernando que el cautivo fuera devuelto á su padre.

Otras fueron las proposiciones de la sultana Aixa.

Comenzó ésta por mandar una carta á su hijo, con instrucciones precisas, y envió una comisión de magnates granadinos para proponer las condiciones de la libertad de Boabdil y pedir favor contra el bando de Abul Hasan y del Zagal, fomentado poderosamente por los príncipes Alnayares de Almería y por los dos generales Venegas.

En la carta de la astuta sultana á su hijo Boabdil le encomendaba resignación, prudencia y cautela y le hacía sagaces prevenciones acerca de la conducta que debía observar con los Reyes de Castilla, á quienes llamaba grandes y magnánimos. «Que el temor —decía Aixa á su hijo—no oprima tu corazón ni aparezca en tu rostro para que así conozcan los poderosos príncipes de Castilla y Aragón que nunca pusiste en duda su magnanimidad. Diles que há tiempo que pensabas ponerte bajo su protección y recibir de sus manos el cetro de Granada, como Yusef, tu abuelo, de las de Don Juan II, padre de la augusta Doña Isabel.»

La embajada que Aixa mandó á Córdoba la componían los magnates granadinos del bando de Boabdil, Aben Comixa, Muley, alférez del pendón real, Alí Macer, Mahomad el Jebis, Mahomad Lantín y Aben Sad. Estos embajadores, con pleno poder de la sultana y de todos los grandes de su partido, pidieron á Don Fernando la libertad de Boabdil, ofreciendo el vasallaje á la corona de Castilla, un tributo anual

de doce mil doblas zahenes, y todo lo demás que luego se dirá al referir el convenio y pacto por virtud de los cuales recobró el rey moro su libertad.

Los embajadores fueron oídos; pero tomóse tiempo Don Fernando para contestar, aun cuando indudablemente su parecer, hijo de meditación profunda y de convicción arraigada, como de político sagaz y observador, era que más convenía poner en libertad á Boabdil, no dudando que por este medio se encaminaba más brevemente la conquista, peleando el hijo contra el padre, y estando el reino entre sí dividido. Pero esta opinión resultaba contraria á la de muchos grandes de su Consejo y de su ejército, quienes mantenían la de que en manera alguna debía darse rescate á Boabdil, sino retenerlo cautivo, prosiguiendo la guerra sin tregua ni descanso. Otros, en cambio, opinaban como el Rey en este punto. Ante tan encontrados pareceres, el prudente Don Fernando quiso someter la cuestión á consejo, siendo oído también el de la reina Doña Isabel, que seguía en Castilla, á la cual se despachó embajada con este propósito.

Llamado el Consejo á presencia y con la presidencia del Rey, comenzó á deliberar. El historiador Hernando del Pulgar trae la sesión con todos los detalles y pone por extenso los discursos que se pronunciaron: leyéndole, parece que se asiste á una sesión de Cortes de esta nuestra época, con público y taquígrafos. Habló el primero Don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, sosteniendo que no era conveniente admitir rescate ni dar libertad al rey cautivo, pues era mayor la utilidad que se seguiría con retenerle preso. De opinión contraria, acorde con la del Rey, fué Don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, quien se esforzó en demostrar que era mejor

política la de poner en libertad á Boabdil, y apoyó sus argumentos con el de que esto era necesario hacer cuanto antes, por exponerse de lo contrario á que las ciudades y tierras del reino de Granada que estaban en su favor, perdida la esperanza de su libertad, tornasen á la obediencia del rey su padre, como había ya sucedido con algunas.

Dividióse entre ambas opiniones el ánimo de los asistentes al Consejo, y se quedó sólo de acuerdo en acatar lo que el Rey determinase. La reina Doña Isabel envió á decir que opinaba en este punto como su esposo, y lo propio el cardenal Mendoza y los otros caballeros que estaban en Castilla en el Consejo de su soberana. La determinación del Rey fué, pues, conforme con la que sostenía en su ánimo y conciencia, y dió orden de que viniera á Córdoba el rey Boabdil, que estaba en la fortaleza de Porcuna, á fin de pactar con él y devolverle la libertad.

La concordia se asentó bajo estas condiciones: que Boabdil pusiera en rehenes á su hijo mayor, con otros doce hijos de los principales que seguían su opinión, en seguridad de la concordia: que se ofrecía á tener al Rey y Reina de Castilla por sus soberanos señores, con que no le mandasen dejar su religión; que pagaría de tributo en cada un año doce mil doblas de oro, que se llamaban *zahenes*, y valían muy poco menos de catorce mil ducados; que se obligaba á venir á Cortes, si fuese llamado; que daría cuatrocientos cautivos cristianos, trescientos de los cuales serían elegidos por el Rey y por la Reina; que por espacio de cinco años, en cada un año había de entregar sesenta cautivos más, y, finalmente, que las villas, ciudades y tierras que estaban y estuviesen por él, fuesen obligadas á dar paso seguro y mantenimientos á las gentes del Rey y de la Reina para

hacer guerra á los lugares que estaban ó estuviesen por el rey su padre.

Esto fué lo acordado en el pacto de Córdoba, y esto lo que el rey moro prometió y juró en su ley mantener y cumplir.

Las condiciones fueron bien duras y terribles para Boabdil; pero todas ellas, la última sobre todo, prueban la firmeza y sagacidad de la política de Don Fernando. Y todavía hizo más éste, en previsión de lo que pudiera favorecer á sus intentos: fué otorgar treguas por dos años á Boabdil y á todos los lugares que estaban á su obediencia ó estuviesen dentro de treinta días después de hallarse libre en su reino.

También se acordaron en el convenio los límites y territorio que había de tener Alhama, dentro del cual pudiesen discurrir libremente los cristianos.

Pacto fué que pudo demostrar todo lo que se quiera tocante á humillación y acatamiento del rey moro; pero es indudable que levanta mucho la perspicacia, habilidad política y cautela del rey de Aragón y de Castilla.

El día que Boabdil puso su firma al pie de aquella concordia, perdió el trono, que cobró Don Fernando. Éste pudo desde aquel momento pensar, y también decir, que Granada era suya.

Otro que no fuera Don Fernando lo hubiera dicho quizá, y al recoger la firma de Boabdil, hubiera exclamado en voz alta: — Granada es mía.

Don Fernando pudo pensarlo, y lo pensó seguramente; pero no lo dijo. Y quizá por no haberlo dicho fué suya Granada.

Así se hizo y asentó esta concordia, siendo de notar que Don Fernando no vió á Boabdil, ni le recibió, hasta que todo estuvo convenido y firmado. Arregladas ya las cosas, señaló día Don Fernando para la re-

cepción del monarca cautivo, y cuentan los cronistas de la época un caso, con este motivo, que es digno de nota.

Cuando el rey moro había de parecer ante Don Fernando para hacerle reverencia, todos los duques y condes y demás caballeros que estaban en su Consejo acordaron que el Rey le había de dar su mano á besar como á su vasallo, por conocimiento de señorío y superioridad. Y le dijeron:

—*Señor, pues este rey moro vos viene á facer reverencia y es vuestro vasallo, cosa razonable es que como á vuestro súbdito le deis la mano á besar.*

A lo que contestó el Rey:

—*Diérasela, por cierto, si estuviese libre en su reino, é no se la daré porque está preso en el mío.*

Y así pasaron las cosas, según resulta de lo ocurrido en el acto de la recepción.

Llegó el rey moro al palacio donde moraba Don Fernando, acompañado de todos los grandes y nobles de la corte, que por mandato del Rey fueron á recibirle. Al entrar en el salón, Boabdil dobló la rodilla ante Don Fernando y demandó que le diese su mano á besar, así porque era su señor y él el súbdito, como por el gran beneficio de la libertad que de él recibía. El Rey no se la quiso dar y se apresuró á levantarle del suelo.

Y como el intérprete que allí estaba comenzase á hablar de parte del rey moro, ofreciéndole por servidor del Rey, dándole las gracias y loando la magnificencia que con él había usado, el Rey, no sufriendo loores en presencia, atajó al intérprete, diciéndole:

—*No es necesaria esta gratificación; yo espero en su bondad que fará todo aquello que buen home é buen rey debe facer.*

También ocurrió, según cuenta el historiador Hernando del Pulgar —y es muy de notar la cosa, hacia la cual me permito llamar la atención de los lectores,— que el Rey mandó dar á Boabdil y á cincuenta caballeros moros, que habían ido á Córdoba á procurar la delibranza de su monarca, *caballos é vestiduras de paños, brocados é sedas, é otros ricos arreos, é toda la suma de dineros que ovieron menester para se reparar é tornar á su tierra.*

De los historiadores castellanos se deduce que, inmediatamente de terminadas las ceremonias oficiales, partió Boabdil para su reino; pero no debió de ser tan pronto, pues hallo que siguió todavía en Córdoba algún tiempo, hasta llegar los rehenes de que se habla en un capítulo del pacto. Lo cierto es que cuando el rey Don Fernando salió de Córdoba el 2 de Septiembre de aquel año, solicitado por asuntos de sus reinos, aun Boabdil permanecía en aquella ciudad, pues consta que en dicho día fué acompañando al Rey, á su lado, á caballo, despidiéndole fuera de puertas y dejándole camino de Guadalupe, á cuyo punto se dirigía para desde allí trasladarse á la ciudad de Vitoria, donde le esperaba la Reina. Entonces Don Fernando dió licencia á Boabdil para que pudiese volver á su reino, mientras el infante su hijo quedó como rehén en la fortaleza de Porcuna, adonde estuvo su padre, en poder y bajo la custodia de su alcaide Don Martín de Alarcón.

Antes de que Don Fernando llegara á Nuestra Señora de Guadalupe, ardía ya de nuevo, más encendida que nunca, la guerra civil en Granada. El pacto de Córdoba tuvo consecuencias y efectos inmediatos.

Así que llegó á conocimiento de Abul Hasan, en el acto, por medio de la predicación de los alfaquíes,

anduvo conmoviendo é incitando al pueblo. Boabdil fué presentado como un traidor, de cuya obediencia habían de apartarse todos, por enemigo de sus leyes y religión y por haberse sometido al cristiano, obligado á entregarle el reino. Arma poderosa fué ésta que el viejo sultán y sus mandatarios los alfaquíes supieron utilizar diestramente, de tal manera que, por el momento y bajo la impresión de cargos tan terribles, los pueblos que habían permanecido fieles á Boabdil se pasaron á su padre, quedando sólo á su favor la ciudad de Almería, adonde la sultana Aixa se apresuró á mandar como gobernador al hermano de Boabdil, Yusuf, su segundo hijo.

Salió Boabdil de Córdoba acompañado por numerosa escolta de caballeros castellanos hasta la frontera, y allí encontró á varios personajes y caudillos de su bando, que su madre la sultana envió á su encuentro para enterarle de lo que ocurría y advertirle el riesgo de caer en manos de los agentes y espías de su padre, si pensaba entrar en Granada.

Y al llegar á este punto de mi narración, decir debo con toda lealtad que faltan datos y noticias para saber lo que, por el momento, decidió Boabdil al recibir el aviso de su madre. Los historiadores árabes andan muy cautos y escriben lo menos posible sobre todo cuanto atañe á sus luchas y discordias intestinas, como si velar quisieran con el misterio del silencio los males de la nación, en vez de aumentarlos con la publicidad del escándalo, costumbre no seguida ciertamente por autores de otras partes, quizá más avisados, aunque no tan patricios. Dicen aquellos autores lo preciso solamente para hacer constar la existencia de los bandos, y con éstos la de odios profundos con que rendían y fatigaban su

patria, y callan todo cuanto pudiera ser motivo de alborozo y delectación para el enemigo.

Así, pues, no pude averiguar de cierto, por más que hube de intentarlo con pertinaz lectura y no menor rebusca, si Boabdil marchó directamente á Granada, donde penetró en secreto burlando la vigilancia de los agentes de su padre, según asientan generalmente nuestros autores, ó si, por lo contrario, como me inclino á creer por el rastro en que me pusieron ciertos documentos, torció su camino y se fué á los castillos de la Ajarquía en los montes de Málaga, donde esperó á que Granada se alzara por él, conforme así sucedió más tarde.

Y que Boabdil pudo conseguir entonces que algunos de aquellos lugares le prestaran obediencia adhiriéndose á él y aceptando la última cláusula del pacto de Córdoba, parece cosa probada, como es también cosa cierta que al presentarse más tarde el rey Don Fernando ante los muros de Vélez y de Málaga, encontró en los riscos de la Ajarquía, tan funestos un día para las armas del maestre de Santiago y del marqués de Cádiz, base y apoyo que pudo aprovechar, debidos sin duda á la preparación que sin conciencia, ó con ella, pudo hacer Boabdil en su día.

Como es cosa cierta también que Don Fernando, desde que se firmó el pacto de Córdoba, no dejó de estar un solo momento en constante relación y secreta inteligencia, por lo menos, con algunos de los que andaban alrededor del rey *Chico* de Granada y le servían. En el ya citado Archivo de la Corona de Aragón hay varios documentos que lo comprueban. Entre éstos me importa citar aquí uno, por lo que se verá más adelante; el que se halla en el registro número 3.616, folio 16 vuelto. Por él consta que Don Fernando, hallándose en la ciudad de Tarazona el 20

de Febrero de 1484, fecha del documento, mandó que le fuesen reconocidos á su tesorero Gabriel Sánchez setenta florines de oro, en oro, que por su mandato diera á Ibrahim de Robledo, criado del rey moro de Granada.

Lo cual, junto con otros documentos parecidos que existen en el mencionado Archivo referentes á cantidades facilitadas por los reinos de Aragón para atender á la guerra contra los moros, sirve también para demostrar que la empresa memorable de Granada pudo ser de Castilla — y está bien que de ella fuera, por ser de su iniciativa y convenir así á poderosos y patrióticos intereses políticos, — pero que á ella contribuyó no poco y no ciertamente con menguadas sumas el Tesoro de Aragón.

Una vez reunidas las regiones españolas, empresa fué de todas la de Granada, empresa de España por consiguiente, aun cuando al frente de ella se pusiera Castilla, cabeza de todas aquellas mismas regiones. También de España, por lo mismo, fueron luego las empresas de Italia, del Rosellón y de Navarra, aun cuando sólo fuese Aragón cabeza de ellas.

Y tornando ahora á reanudar el hilo cortado por esta digresión, que no creo del todo inoportuna, diré que el autor árabe de las *Narraciones* ó *Reseña histórica,* cuyo libro nos ha dado á conocer por medio de elegante traducción el Sr. Eguílaz Yanguas, es el único escritor, según mis noticias, que haya hablado del viaje de Boabdil ó Abu Abdallah á Vélez-Málaga y á la Ajarquía, viaje que pudo realizarse entonces, ó más tarde, pero acerca del cual no puede caber duda.

Por las escasas, pero sustanciosas referencias de este autor árabe, que no alcanzaron ni Lafuente, ni Prescott, ni los demás escritores modernos que se ocupan en las guerras de Granada, ha podido venirse

en conocimiento de que Boabdil estuvo en Vélez-Málaga, cuya ciudad se le sometió juntamente con los castillos de la Ajarquía, á quienes había brindado con la paz, y mandó que se leyera en la plaza pública el tratado con el rey Don Fernando, en el que se aseguraba que cuantos volviesen á la devoción de Boabdil y entrasen en su obediencia, serían comprendidos en el convenio de tregua, paz y alianza ajustado con él.

Divulgada entonces la noticia por el reino, comenzó nuevamente á tomar boga el partido de Boabdil, ayudando desde la capital la sultana Aixa y los jeques que con ella estaban; y sucedió, dice textualmente el árabe anónimo á quien me refiero, que *los habitantes del Albaicín, uno de los arrabales de Granada, gente desinquieta y levantisca, amiga de disturbios y revueltas y apegada á los cristianos, se alzaron en su favor. Secundados por algunos malos ciudadanos,* añade, *y por otros que, sin serlo, persuadidos de la postración del Estado, suspiraban por la paz, levantaron el estandarte de la rebelión y proclamaron sultán de Granada al emir Abu Abdallah* (Boabdil).

Las consecuencias de esta rebelión, como la llama el anónimo árabe, fueron la discordia y recrudecimiento de la guerra civil en Granada, rompiéndose con furia las hostilidades entre los del Albaicín, en que imperaba la madre de Boabdil, y los del Alhambra, en que era dueña Zoraya, la antigua cristiana Isabel de Solís, dueña también cada vez más de la voluntad y de los amores del ya viejo y achacoso Abul Hasan.

Anegóse en sangre Granada, y por algunos días todo fué en ella ruina, incendio, destrucción y muerte. Aquellos nobles y valerosos caudillos, que debían juntos haber guardado su vitalidad y fuerzas para combatir al enemigo común, caían uno tras otro en

las calles de Granada vertiendo obscura y miserablemente la sangre que la patria guardaba para su custodia y defensa. Sembradas quedaron de cadáveres calles y plazas, y allí sucumbieron, heridos por el alfanje del hermano, muchos á quienes habían respetado las lanzas enemigas.

Hacía siete días que duraba aquel sangriento combate, si briosos y feroces en su odio los de Abul Hasan, más todavía los de Boabdil, hasta que, impresionados con tanta matanza y exterminio los alfaquíes y algunos jeques granadinos, mediaron para establecer un armisticio y entrar en negociaciones, pudiendo llegar á un acomodamiento, que fué el de partir la ciudad y el reino, quedándose Boabdil con el Albaicín y ciudades como Almería y otras que seguían su obediencia, y Abul Hasan con Medina Alhambra, la gran parte de Granada que le estaba sometida y los distintos pueblos y comarcas del reino prontos á su mandato.

Así se logró poner la paz, ficticia paz, por el momento, sin contar con que parecía dibujarse en el fondo la sombra de otro tercer pretendiente al trono granadino, que se mantenía en acecho y estaba al atisbo: el hermano menor de Abul Hasan y tío de Boabdil, aquel que era llamado el Zagal por lo valeroso, alcaide de Málaga, junto á quien iba agrupándose un partido verdaderamente poderoso que le alentaba para ocupar aquel solio en que ya no podía mantenerse un rey ciego y caduco como Abul Hasan, y en el que no merecía sentarse un mancebo imprudente como Boabdil, instrumento y juguete del cristiano.

Y todo esto, aun sin contar con Don Fernando, que entonces estaba lejos, en Aragón, ocupado en las cosas de Cataluña, que le daba mucho en qué entender

con la sublevación de los *Remensas;* de Navarra, á la cual quería recobrar para sus reinos; y de Italia, en que quería decididamente imperar, pareciendo entregado exclusivamente á tanta preocupación, y sin embargo con la vista y con el alma fijas en Granada.

Como se ve, pues, el pacto de Córdoba traía consecuencias y manaba sangre.

CAPÍTULO X

VICTORIAS DE ÁLORA, COÍN Y RONDA

(1483, 1484, 1485)

Batalla de Lopera. — Recobro de Zahara. — Regreso del Rey á Córdoba. — Plan de campaña. — Toma el Rey el mando del ejército. — Conquista de Álora. — Generales de artillería. — Tala en la vega de Granada. — Mando del conde de Tendilla en Alhama. — Primer ensayo del uso del papel moneda. — Toma de Setenil por Don Fernando. — Superioridad de la artillería para la guerra contra el moro. — Intenta el Rey caer sobre Loja en sorpresa. — Desiste por consejo del escalador Ortega. — Asienta su real en Cártama. — Se apodera de esta plaza. — Cerco de Coín. — Gloriosa muerte del capitán Ruiz de Alarcón. — Hamet el Zegrí. — Rendición de Coín. — Rigor de Don Fernando con los de Benamejí. — Reconocimiento sobre Málaga. — Combate á las puertas de esta ciudad. — Muere en él el capitán Ayala. — Sitio de Ronda. — Fortaleza de esta plaza. — Es combatida con vigor. — Hazaña del alférez Fajardo. — Terror en la guarnición. — Constancia y valor de los sitiadores. — Capitulación de Ronda. — Toda la comarca se entrega al Rey. — Rendición de Marbella y otros lugares. — Regreso de Don Fernando á Córdoba.

No por estar ardiendo Granada en bandosidades se había detenido la guerra contra el moro. Todo lo contrario. Á fines de aquel año de 1483 y durante el de 1484, los cristianos hallaron ocasión de realizar varios hechos gloriosos y afortunados que les dieron prez y fama.

Fué el primero la batalla que se llamó de la Lopera ó del Lopera, por haberse dado á las márgenes de

este río. Quedó allí destrozada una hueste mora de cuatro mil infantes y mil doscientos caballos, que había ido á correr y talar los campos de Utrera. Con ella iban muchos alcaides, hombres muy principales y valerosos de la morisma: Hamet, llamado el Zegrí, caudillo de renombre y fama, jefe de una tribu montañesa, que se suponía ser la más fiera de cuantas contaban los agarenos; el veterano Bexir, de Málaga, de quien se narraban proezas; los alcaides de Álora, de Marbella, del Burgo, de Coín, de Vélez-Málaga, de Ronda, de Setenil y de muchos otros lugares.

Mandaban las fuerzas contrarias, muy inferiores, el marqués de Cádiz y Don Luis Portocarrero ó Puerto Carrero — que estaba entonces de alcaide y capitán general en Écija desde que dejó aquel cargo el maestre de Santiago, — con el alcaide de Morón y otros capitanes andaluces.

Sangrienta fué la batalla y decisivo el triunfo por parte de los cristianos. Ocurrió, según dicen, el 17 de Septiembre de 1483. Tuvieron los moros mil bajas, contando muertos y cautivos: entre los primeros, los alcaides de Álora, Marbella, Comares y Coín, y otras personas muy principales; fueron de los segundos Bexir, el de Málaga, y el alcaide del Burgo, que era gran escalador, el mismo que había escalado la fortaleza de Montecorto, cuando la tenía el marqués de Cádiz. Hamet el Zegrí pudo ganar la serranía por los campos de Lebrija é internarse en los montes con alguna de su gente, gracias á un cristiano renegado que conocía el terreno y fué su guía.

Hubo de quedar de esta vez muy turbado el reino de Granada, especialmente las comarcas de Málaga y Ronda, que perdieron la más de su caballería. En los despojos de la batalla se recobraron muchas ricas corazas, capacetes y baberas, de las que se habían

perdido en la Ajarquía, y también muchas armas y algunos caballos con sus mismas sillas, todo lo cual fué reconocido por ser de los cristianos muertos ó fugitivos en aquella jornada de malaventura. Perdieron asimismo los infieles quince estandartes, que fueron enviados á los reyes Don Fernando y Doña Isabel, á la sazón en Vitoria.

Al triunfo de Lopera siguió el de la toma de Zahara en 28 de Octubre de aquel año mismo. Aquella fortaleza de Zahara, de funesto recuerdo, comienzo que había sido de la guerra por su pérdida, fué recobrada por las fuerzas unidas de Portocarrero y del marqués de Cádiz, siendo éste el que tuvo en ello la dirección, la iniciativa y la parte más principal de la empresa. Zahara se tomó de noche, por el mismo escalador Ortega del Prado, que escaló los muros de Alhama, también á las órdenes del mismo marqués de Cádiz, quien subió al asalto por las escalas puestas por Ortega en lo hueco de unas peñas junto al muro.

Tomó el marqués de Cádiz la fortaleza de Zahara *en buena andanza y ventura,* como dice el Cura de los Palacios, siendo esta empresa muy grata para los Reyes, que le dieron entonces título de marqués de Zahara, elevando á ducado el marquesado de Cádiz. Pero siguieron los cronistas llamándole siempre marqués, no duque de Cádiz, y así también prosiguió llamándose y firmando él mismo.

Entrado ya el año de 1484, el rey Don Fernando pasó de Vitoria á Tarazona, donde tenía convocadas Cortes de la Corona de Aragón, y allí estuvo proveyendo en cosas de aquellos reinos desde mediados de Enero, en que llegó, hasta últimos de Mayo, en que partió para Córdoba.

Al llegar Don Fernando á Andalucía, ya los seño-

COMISIÓN DE MONUMENTOS - PROVINCIA DE GRANADA

res y nobles andaluces habían comenzado la guerra de aquel año, realizando en el mes de Abril una completa tala en las vegas de Málaga, por ser más temprana tierra que la de Granada, y se preparaban á mayor empresa. Así que hubo llegado el Rey á Córdoba, celebróse inmediatamente consejo, tomándose el acuerdo de adoptar un plan ó sistema natural de guerra, que consistía en estrechar el círculo del reino granadino, atacar los pequeños fuertes fronterizos, hacer incesantes talas en toda la línea, devastar los territorios más fértiles y dejar sin recursos y aisladas las ciudades principales del centro. También, aceptando el parecer del marqués-duque de Cádiz, que en obra y consejo, dice Zurita, fué de los excelentes caballeros de su tiempo, se decidió ante todas cosas que se combatiese Álora, porque era la más importante fuerza para ofender á los de Málaga y tenerlos muy encerrados y perseguidos.

Efectivamente, era de Álora de donde los cristianos recibían mayor daño, por estar en el medio del camino entre Málaga y Antequera, siendo por lo mismo, en cuanto se ganase, maravilloso puesto para sojuzgar á los enemigos de la comarca y echarlos de ella. A más, decía el marqués de Cádiz que Álora se podía ganar con poca dificultad, y teniendo aquella fuerza, defenderla con poca costa, porque los moros no tenían por costumbre hacer cavas ni valladares en torno de las fortalezas, asegurándose solamente del asiento áspero y fuerte. Y así era, en realidad. La guerra de los moros era á lanza y escudo, guerra de algaras y correrías á campo abierto, en batalla campal, y más que en el reparo y defensa de sus fortalezas, fiaban en su valor personal y en la vigilancia.

Túvose el parecer del marqués de Cádiz por el mejor, y el Rey lo aprobó en gran manera, decidién-

dose á ir en persona á comandar las fuerzas, *lo cual dió mucho ánimo y contentamiento, así á los grandes como á los menores, y á los capitanes del ejército, por haberse criado el Rey desde su niñez entre soldados y en el ejercicio de la guerra.*

La empresa se llevó á cabo con valor y con fortuna, según y conforme se proyectó en el consejo de Córdoba.

Álora fué tomada en Junio de aquel año. Y por cierto que en el combate y presa de esta plaza ocurrieron dos sucesos que merecen nota.

Fué, según parece, la primera fortaleza mora que en aquellas guerras de Granada se rindió á la artillería. Mucha era aún entonces la imperfección de esta arma poderosa y terrible; pero, reconocida su necesidad y su utilidad, no hay duda que á los Reyes Católicos se debe el gran empuje y adelanto que consiguieron darle, mejorándola notablemente y empleándola con gran ventaja en aquellas campañas. Primeramente la confiaron al cuidado del duque de Villahermosa, hermano bastardo del Rey, general de muy especiales y muy altas condiciones para el caso, y á la muerte del duque, que acaeció por aquellos tiempos, entregaron su dirección á Francisco Rodríguez de Madrid, que era muy apto y entendido. Uno de los mejores generales de artillería que tuvieron los Reyes en aquellas operaciones de la guerra fué el marqués de Cádiz.

Otro suceso fué que al rendirse esta plaza de Álora se enarbolaron en ella, juntas y enlazadas, las banderas de Castilla y Aragón, siendo quien esto dice el historiador castellano Don Modesto Lafuente en su *Historia de España,* parte II, libro IV, no habiéndolo yo visto en ningún otro autor de Aragón ni de Castilla, aun cuando así debió de ser seguramente.

Ganada Álora, se dió su tenencia como plaza tan importante á Don Luis Fernández Portocarrero, señor de Palma, y se realizó perfectamente y con gloria el resto de la empresa, conforme al plan proyectado.

Fueron reconocidos los lugares de Coín y Casarabonela, cercanos á Álora, que no debían tardar en rendirse, y en aquel reconocimiento murió de una saeta enherbolada Don Gutierre de Sotomayor, conde de Belalcázar, que era un bravo caballero muy favorecido de Don Fernando. Fué éste luego á poner su real en la vega de Granada, y llegó más cerca de la ciudad que otros ejércitos muy mayores habían llegado, sin que saliera Abul Hasan á combatirle; renovó después la guarnición de Alhama, que hubo de quedar muy abastecida, y regresó á Córdoba, donde entró triunfante, á los cincuenta días de haber salido de ella.

Los cronistas de la época aplauden mucho el mando del conde de Tendilla en Alhama durante todo aquel período, desde que le confió el Rey aquella alcaidía, según ya pudo verse en otro capítulo, hasta entonces, en que fué reemplazado por llamársele á más alto puesto. Nobles recuerdos ha dejado en realidad Don Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, nieto que fué del célebre marqués de Santillana, sobrino del gran Cardenal de España y más tarde el primer capitán general que tuvo Granada.

Á él se debió que se pusiera orden en la guarnición de Alhama y que durante su mando adquiriese reputación aquella plaza, saliendo en bien de todas sus reformas, correrías y empresas. Porque el conde de Tendilla, que demostró ser hombre de energía, de moralidad y de talento, no sólo reformó aquella guarnición, á la que mantuvo muy disciplinada, corri-

giéndola con mano firme en sus vicios y desórdenes, sino que la llevó á correrías y algaras siempre fructuosas, desafiando desde el recinto estrecho de aquella plaza todo el poder del sultán Abul Hasan y del reino granadino.

De este conde de Tendilla se cuenta, entre otros recuerdos dignos de toda loa, que uno de los medios que discurrió para acallar las quejas de los soldados por los atrasos de sus pagas, que no se les podían satisfacer en metálico por absoluta carencia de dinero, fué el de mandar hacer moneda de papel de diversos precios, altos y bajos. En cada pieza de aquel papel escribió de su puño el precio de la moneda de oro ó plata, y con esto satisfizo los atrasos y puso al corriente de pagas á todo el mundo, obligando bajo las más severas penas á que aquellos pedazos de papel ó de cartón se admitiesen en pago de cualquier artículo, y empeñando su palabra de que todo sería cambiado á su tiempo por metálico. Teníase confianza en su rectitud, y la cosa quedó aceptada y puesta en uso sin que se alzara nadie en contra. No en vano se ha dicho, pues, que éste fué el primer ensayo realizado con éxito del uso del papel moneda.

También fué muy celebrada otra disposición del conde. Como había cristianos cautivos en Granada y en otras fuerzas vecinas, que á veces tenían ocasión de fugarse de noche, perdiéndose por los campos en la obscuridad y siendo presos nuevamente al venir el día, mandó que ardiese constantemente todas las noches un farol, enarbolado en lo alto de una torre, especie de faro salvador, al tino de cuya lumbre pudieran salvarse los que buscaran refugio y amparo. Y muchos fueron los que debieron su salvación á este ardid del conde.

La campaña de este año de 1484 terminó con la

toma de Setenil y con una victoriosa correría que hicieron luego en tierra de moros las tres guarniciones reunidas de Alhama, Setenil y Zahara.

Setenil fué tomado á últimos de Septiembre por el rey Don Fernando en persona, que también se valió principalmente de la artillería para la conquista de esta plaza, la cual se dió á partido al ver sus defensores *la furia de la batería que hacían las lombardas* y cómo se horadaban los muros en que se abrían muchas brechas, cayéndose y arruinándose las torres, con gran destrozo de edificios y mortandad de gente.

Es indudable que la artillería dió especial empuje y nuevo vigor á la campaña, cambiando la forma de la guerra. Hacía gran estrago en las poblaciones y sembraba el terror entre los moros, que estaban avezados á muy diferentes usos de pelea. Por esto el Rey mandó acrecer el número de las lombardas, ribadoquines y tiros de campo, entendiendo que las defensas y reparos que entonces tenían los muros no podían resistir la gran fuerza de la batería. Así sucedía en los primeros combates, que se arrasaban prestamente los muros y torres, como fabricados que eran para sola guerra de lanza y de escudo, y del primer ímpetu hallaban los cristianos llana la entrada y abierto el camino para el asalto. No importaba á los moros el mucho trabajo en sufrir hambre y sed y pasar en los cercos toda suerte de fatigas, y eran también muy valientes en cualquier linaje de escaramuza y correría, manteniendo sus fortalezas con obstinación y heroísmo; mas como carecían de artillería gruesa para defensa de sus plazas, y sólo tenían la ligera y fácilmente manejable, de aquí que no hallasen remedio ni reparo ninguno en los combates, ante aquellas grandes máquinas é ingenios recién

puestos en uso por los cristianos. Todo lo contrario ocurría precisamente en el campo español, donde, por singular industria de Francisco Ramírez de Madrid, capitán mayor de artillería, ésta se llevaba por lugares tan fragosos y enriscados, que parecía imposible que por ellos se pudiera encaminar, subiéndola á las cimas de los montes y asentándola en las mesetas de los cerros.

La campaña no llegó á interrumpirse aquella vez con los rigores del invierno. Prosiguió viva y tenaz. Las crónicas dan cuenta de una correría del conde de Cabra y otros capitanes, que llegaron hasta las mismas puertas de Granada, en cuya vega sostuvieron empeñado combate con los moros, y casi al mismo tiempo, á últimos de Enero de 1485, salía de Sevilla el Rey con numerosa fuerza en demanda de una empresa muy arriesgada que se llevaba con todo el misterio posible.

Don Fernando, cada vez más deseoso de vengar la rota que sufrió un día ante las puertas de Loja, proyectaba apoderarse de esta plaza, cayendo allí de sobresalto, mientras hacía decir y publicar que era otro su intento, á fin de llamar la atención del enemigo sobre distinto punto. Con esta idea salió el 20 de Enero de Sevilla, donde á la sazón estaba con la Reina, dispuesto todo y dadas las órdenes convenientes para la jornada al marqués de Cádiz y á otros grandes, á quienes señaló el lugar en que debían esperarle, creyendo todos que se iba sobre Málaga.

La empresa no se realizó según había intentado el Rey, porque éste, en camino ya, comunicó su pensamiento á aquel escalador Ortega del Prado, que era de su más completa confianza, el mismo por cuyo esfuerzo, destreza y valentía se habían escalado Al-

hama y Zahara. Al decirle el Rey á lo que iba, disuadióle de ello Ortega, dándole á entender cuán vana empresa sería aquélla, porque ni las escalas se podían poner tan fácilmente como se pensaba, ni se podía acometer sin muy cierto peligro, aunque mil hombres hubiesen subido al muro. Viendo entonces el Rey que el voto de Ortega se fundaba en mayor razón, no quiso aventurar el ejército y desistió de la empresa.

Pero ya que no se intentó lo de Loja en el momento, sin que por esto abandonara el Rey su proyecto, que dejó para más adelante, poco tardó en realizarse la venturosa empresa sobre Ronda.

No dió vagar á sus armas Don Fernando. Volvió á Córdoba á reunir mayor número de gente como para empresa más vasta, y en los comienzos de Abril salió de nuevo al frente de importante hueste, una de las más numerosas y gallardas de aquel tiempo. Hay quien dice, Bernáldez, que en los peones de pelea no había cuenta y pasaban de ochenta mil, siendo más de trece mil los jinetes. Iban los señores más principales del reino y la flor de la caballería andaluza, los maestres de Santiago y de Alcántara, los duques de Medinaceli, Medinasidonia, Cádiz, Alburquerque, Alba, Plasencia, Infantado y Nájera, el Condestable de Castilla, los marqueses y condes de Ureña, de Miranda, de Haro, de Feria, de Cabra, de Benavente, de Coruña, de Treviño y muchísimos otros, el señor de la casa de Aguilar y su hermano Gonzalo Fernández de Córdoba, y los representantes de las más altas y nobles familias del reino, los Guzmán, Mendoza, Portocarrero, Palma, Estúñiga, Montemayor, Enríquez, de la Vega, Albornoz de Carrillo, Toledo, Suárez de Figueroa, Velasco, de la Cueva, Girón, Pedraza, Manrique, Pimentel y cien más.

Pareció y hasta se publicó que aquella empresa iba encaminada contra Málaga, según convenía decir á los intentos del Monarca. Movióse, efectivamente, en esta dirección la hueste, y así se logró lo que el Rey deseaba, que era conseguir que muchos moros se metieran en aquella ciudad para su mayor defensa y guarda, dejando enflaquecidas las guarniciones de otras plazas, contra las cuales no se creía que pudiera ir Don Fernando.

Sentó éste por de pronto su real en el valle de Cártama, que era á maravilla abundoso y fértil, y desde él distribuyó fuerzas para cercar y combatir tres plazas juntamente; la de Cártama, que encomendó al maestre Santiago; la de Benamejí, de que dió cargo al marqués de Cádiz, y la de Coín, á que asistió él en persona. Las tres cayeron en su poder, acabando por rendirse á partido sus defensores; pero fué la de Coín la que ofreció más dura resistencia y también, entre todas, la de más recordanza por la muerte heroica que allí fué á encontrar un famoso capitán castellano.

Cercada Coín, no tardó la artillería en aportillar y desmantelar una parte del muro, abriendo brecha, por la cual penetró temerariamente el capitán Pedro Ruiz de Alarcón con su compañía, llegando hasta la misma plaza de la villa. Era precisamente en los momentos en que el terrible Hamet el Zegrí, que acudía en auxilio de Coín, había roto animosamente las filas de los sitiadores, y atropellando gentes y peones cristianos, acababa de entrar en la plaza con su escuadrón de atezados africanos para reanimar á los que la guarnecían.

Ruiz de Alarcón se encontró entonces combatido por fuerzas superiores y envuelto en una nube de piedras y de dardos, que caían sobre él de todas par-

tes, á tiempo que resistía la furiosa acometida de los zegríes. Uno de los suyos, viéndole defenderse contra una turba de enemigos, juzgando ya inútil toda resistencia, le dijo:

—Dad la orden de retirada. Tenemos franca la brecha por donde entramos.

Y contestó el fogoso castellano:

—No entré yo aquí á pelear para salir huyendo.

Sucumbió cubierto de heridas aquel capitán valeroso, y pocos pudieron salvarse de los que con él entraron.

Á pesar del refuerzo que con Hamet el Zegrí recibió la villa, no hubo de tardar ésta en pedir capitulación. Otorgósela Don Fernando, permitiendo salir libres á sus defensores, aunque sin armas, y cuentan que Hamet el Zegrí pasó al frente de sus africanos por entre las filas cristianas, mirando á todos con desdén, arrogancia y soberbia, como si sólo él fuera allí el victorioso.

En cuanto al pueblo de Benamejí, fué teatro de una terrible escena al rendirse. Como de su guarnición formaban parte muchos moros, que después de haberse declarado mudéjares ó vasallos de Castilla habían faltado á su palabra y rebeládose, Don Fernando aprovechó la ocasión para un ejemplar castigo. Llevó su rigor al extremo de hacer colgar de los muros á más de ciento que se encontraban en aquel caso, reduciendo á esclavitud á sus familias. Quiso demostrar con esto que no tendría piedad jamás para aquellos que, habiendo llegado una vez á reconocer el poderío de Castilla, le hicieran luego traición y le fueran desleales.

Todos creían, hasta los de la misma hueste, que, tomados estos lugares, el Rey caería con todas sus fuerzas sobre Málaga. Y así pareció, en efecto, que

iba á suceder cuando se vió á Don Fernando presentarse con parte de su hueste ante los muros de la ciudad, como en disposición de sentar sus reales. Pero iba sólo á un reconocimiento, según resultó luego.

Cuentan que, al hallarse el Rey cerca de la ciudad, vióse aparecer gran número de peones que se mostraron por las huertas y olivares vecinos, al propio tiempo que se abrían las puertas de Málaga para dar salida á un escuadrón de mil jinetes al menos, que mostraban ser gente muy principal y escogida por sus trajes, por sus armas y por los arreos de sus caballos. Iba á su frente el famoso caudillo moro el Zagal, alcaide de la ciudad, hermano del sultán reinante, apoyo principal de éste en sus guerras intestinas del reino, y su próximo sucesor en el trono, como se verá más adelante.

Inmediatamente se trabó el combate, que fué muy empeñado y duro, muriendo mucha gente de uno y otro bando, sin ventaja para unos ni para otros, pues que unas veces los cristianos rechazaban á los moros hasta ponerlos muy cerca del muro, y otras veces los moros, con espingardas y con multitud de saetas que tiraban desde los olivares y huertas, hacían retraer á los cristianos del muro hasta donde habían llegado. Y tanto se fué encendiendo el combate de grado en grado, que hubo necesidad de que el Zagal por su parte, y por la suya Don Fernando, mandasen á los capitanes que hiciesen retirar su gente.

Perdió el Rey en esta escaramuza á uno de sus más adictos: el capitán Don Fernando de Ayala, heredero mayor de la casa de Ayala, que con osadía de caballero se metió tanto entre los moros hiriendo y recibiendo heridas, que acabaron por matarle.

Volvió Don Fernando para la villa de Cártama,

donde tuvo consejo de capitanes, y al siguiente día, de improviso, cuando todo el mundo creía que se iba á poner el campo sobre Málaga, tomó el ejército dirección contraria, y pasó el Rey á sentar su real sobre Ronda, antes que pudiese entrar la gente que había salido de ella, ni otra de socorro, por habérseles tomado todos los pasos á fin de evitar que pudiesen ser avisados del cerco.

Era Ronda entonces uno de los puntos más fuertes y estratégicos que tenían los moros de aquella región, capital de la serranía de su nombre, situada en país riscoso, sobre una roca cortada por un tajo que tenía á sus pies un abismo, defendida por otra parte con torreones y castillos fabricados sobre peña viva; ciudad tan favorecida por la naturaleza, que parecía hacer superfluas todas las fortificaciones del arte, considerándose como inaccesible. Por esta misma confianza se ponía poco cuidado en su guarnición, y precisamente en aquellos momentos era más débil que nunca, según confidencias y avisos secretos que tuvo Don Fernando, ocupados como se hallaban los moros de la serranía en correr con Hamet el Zegrí las campiñas de Medinasidonia y Alcalá de los Gazules, mientras que la juventud más briosa y lucida de la población, compuesta de los mancebos de Ronda, como les llamaban, había penetrado en Málaga á reforzar aquella guarnición, por suponer que sobre ella, y no ciertamente sobre Ronda, iba á caer la hueste castellana.

Supo Don Fernando aprovechar el momento, y quedó planteado el sitio de Ronda. Cuando se tuvo noticia de ello y acudieron al auxilio sus naturales, ya les fué imposible romper las líneas del cerco, que era verdaderamente formidable, pues que se puso por cinco partes, siendo sus capitanes el rey Don

Fernando, el duque de Medinasidonia, el conde de Benavente, el maestre de Alcántara y el marqués de Cádiz, que en aquel sitio dió grandes pruebas de arrojo, de valor y de pericia.

Ronda fué tenazmente combatida de noche y de día, sin tregua ni descanso, teniendo los del campo cristiano que acudir á un tiempo á los de la ciudad y á los llamados mancebos de Ronda, que habían llegado de Málaga, y que, puestos en combinación con la morisma de la serranía, daban furiosas arremetidas al campo, singularmente de noche, para entrar gente en la plaza.

Todo cuanto se hizo en defensa y salvamento de la ciudad fué inútil. Se estrelló en el valor y resolución de la gente castellana. Ronda se dió á partido el 23 de Mayo de aquel año de 1485. Dice el historiador Pulgar que *haberse ganado esta ciudad, fué cosa más digna de admiración que gobernada por razón; porque según su fortaleza é la multitud de aquellas gentes bárbaras que moraban en ella y en las serranías que son en su circuito, no se podiera imaginar por los homes de la sitiar con esperanza de la ganar en muchos tiempos é con gran multitud de gentes.*

Fué realmente breve el sitio de Ronda y rápida la caída de esta plaza, como nadie podía imaginarse, conforme dice Hernando del Pulgar; pero ha quedado de ello memoria eterna por los actos de valor, de arrojo y de heroísmo que ocurrieron y á que se dió lugar por uno y otro campo. Entre otros sucesos, fué muy señalado el del intrépido alférez Don Juan Fajardo, quien en el momento más crítico del asalto, cuando por la brecha que abrió la artillería avanzaban las huestes del conde de Benavente y del maestre de Alcántara, escaló una casa, y de tejado en tejado se fué encaramando hasta llegar á la mezquita

principal, en cuya cúpula fijó una bandera como en signo de posesión, y al pie de ella se mantuvo en guardia, desafiando las piedras y saetas que de todos puntos le arrojaban.

Este y los demás espantables sucesos que se amontonaron aquellos días, pusieron el terror en las gentes de la plaza y les ganaron el ánimo. Aquellos enhiestos torreones del alcázar de Ronda, que se alzaban soberbios y poderosos sobre los abismos y parecían desafiar las iras del cielo y de la tierra, caían desplomados á la vista de sus atónitos defensores: aquellas murallas, tan fuertes y recias como la misma peña viva en que estaban asentadas, se desalmenaban y abrían en brecha para dar paso á las tropas que subían al asalto: las casas que ofrecían antes refugio y amparo seguros á mujeres y á niños, se resquebraban entonces con estrépito, hundiéndose sobre sus moradores, á los certeros tiros de las lombardas; el agua, que jamás había faltado en los pozos, constante y abundosa, desaparecía de improviso y se marchaba por ignoradas vías, que abrían en el seno de la tierra minadores invisibles; grandes pellas de fuego, cosa nunca vista hasta entonces, arrojadas por los ingenios y los cortaos del sitiador, llegaban por los aires echando de sí tan grandes llamas y centellas, que ponían espanto en quienes lo veían, é incendiaban las casas en que se posaban: á todas horas, de día y de noche, temblaba el pavimento y sonaban estruendos insólitos, como si la ciudad fuese á hundirse y á desaparecer; las formidables hordas montañesas de Hamet el Zegrí, que se presentó á última hora, hasta aquel día invencibles, eran repetidamente rechazadas, no logrando salvar jamás la línea del cerco, y por fin, cual si fuera cosa de prodigio, aparecía repentinamente la bandera cristiana enarbolada

por Fajardo en lo alto de la mezquita mayor, como nuncio de que era llegada la hora suprema para fin y acabamiento de la raza y religión de Alá y de su profeta.

Sucesos tan extraordinarios y agüeros tan terribles consternaban á todos, y ponían pavor hasta en el corazón del más valeroso, que se encontraba con que no podía estar en parte alguna: ni en el adarve defendiéndolo, porque se hundía bajo sus plantas; ni en la calle andando, porque los muros de las casas se le venían encima; ni en el hogar recobrándose, porque bajaban á incendiarlo las pellas de fuego que corrían por los aires; ni junto á sus mujeres y á sus hijos, que, sucumbiendo á tantos infortunios, le abrumaban con lamentos, con gritos y sollozos.

Vencido por tanta aflicción, decidióse el pueblo á enarbolar bandera de parlamento, ofreciendo rendirse con tal que á unos se les permitiese pasar á Africa, á otros á Granada ó á diversos lugares de Castilla, donde pudieran vivir como mudéjares. Ofrecían también, á cambio de cierta cantidad, entregar sobre cuatrocientos cautivos que tenían en las mazmorras. Avínose á todo el rey Don Fernando, según su política. Entre los cautivos infelices, que aparecieron pálidos, macilentos, demacrados, medio desnudos y cargados de cadenas, estaban muchos encerrados allí desde la catástrofe de la Ajarquía, sobrino del marqués de Cádiz uno de ellos, deudos otros y familiares de muy principales caballeros. Quedaron los cautivos en libertad, y sus pesadas cadenas fueron enviadas por los Monarcas á Toledo y colgadas más tarde de las paredes de San Juan de los Reyes como trofeo y para perpetua memoria.

Al triunfo de Ronda siguieron otros. Los mismos historiadores árabes dicen: «Con la toma de Ronda

se sometieron á los cristianos, sin resistencia, todos los lugares adyacentes; de suerte que no quedó en el Algarbe de Málaga quien no reconociera la soberanía del rey infiel, el cual, luego de distribuir sus fuerzas en las fortalezas conquistadas, se retiró á sus estados.»

Y así fué, efectivamente, como con más detalles lo refieren nuestros cronistas castellanos. Sobrecogidos los moros por lo ocurrido en Ronda, y sabedores, por otra parte, de que aquellos á quienes el Rey aseguraba eran bien guardados, enviaron mensajeros de todas las villas que estaban en la comarca de Ronda, ofreciendo entregarse y reconocer la soberanía de los Reyes de Castilla, como se les permitiese vivir en la ley de Mahoma y guardar sus mujeres, hijos y bienes. Dió Don Fernando el seguro que se le pedía, y en su consecuencia se rindieron las villas y fortalezas al alcaide por él nombrado: la villa y fortaleza de Yunquera, á Diego de Barrasa; las del Burgo, á Pedro de Barrio Nuevo; las de Monda, á Hurtado de Luna; las de Tolox, á Sancho de Angulo; las de Gausín, á Pedro del Castillo; las de Casares, á Sancho de Saravia; y las de Montexaque, á Alonso de Barrio Nuevo. En cuanto á las fortalezas de Hinsualmara y Cardela, de la serranía de Villaluenga, se dieron al marqués de Cádiz, y las de Benaoxán, Montecorto y Audite, mandólas derribar el Rey. Todos los moradores de estas villas y lugares quedaron por siervos mudéjares de los Reyes.

Vinieron asimismo á entregarse, de la manera dicha, mensajeros y procuradores de diez y nueve villas de la serranía llamada del Arrahal, los de otras diez y siete villas y aldeas de la serranía de Gausín y los de otras doce de Villaluenga.

También se sometió, con los mismos pactos y con-

diciones, la importante villa de Casarabonela, de cuya plaza y castillo se hizo cargo Don Sancho de Rojas, enviado al efecto, y no tardó en seguir igual ejemplo la ciudad de Marbella, á la que pasó el mismo rey en persona con lo más principal de su hueste. Allí permaneció algunos días y tomó posesión de la plaza y sus fortalezas, nombrando por su alcaide á Don Pedro de Villandrando, conde de Ribadeo. Dictó varias disposiciones, distribuyó fuerzas, aceptó el homenaje de las villas de Montemayor, Cortes, Alicarate y otros diez lugares de la comarca de Marbella, y en seguida, después de un paseo militar y un reconocimiento sobre Málaga, que lo vió pasar por delante de sus muros, recelosa y recogida, fuése para Córdoba á fin de dar descanso á su ejército, que lo llevaba muy fatigado y trabajado por la dureza de los combates, por el cansancio de tanta marcha forzada á través de caminos ásperos y difíciles, y también por falta de mantenimientos, pues cuenta Pulgar que alguna vez en aquella campaña sucedió *padecer tan grande hambre, que no comian los omes ni los caballos otra cosa, salvo palmitos é yerbas.*

Don Fernando entró en Córdoba al frente de su hueste, siendo recibido con el entusiasmo y las aclamaciones del pueblo, tributo debido al triunfador después de los resultados de tan brillante campaña.

CAPÍTULO XI

LA GUERRA CIVIL EN GRANADA

(1485-1486)

Siguen las discordias entre Abul Hasan y Boabdil. — El Zagal apoya al sultán su hermano. — Boabdil se fuga de Almería. — El Zagal se apodera de esta ciudad. — Muerte de Yusuf y de muchos muslimes. — Almería por Abul Hasan. — Boabdil se refugia en Córdoba al amparo de los Reyes de Castilla. — Ratificación de tratos entre los Reyes. — Reaparece Boabdil en Granada. — Sangrientas luchas en la ciudad. — Macer el derviche. — Su alocución al pueblo. — Proclamación del Zagal. — Abdicación de Abul Hasan. — Su retirada á Mondújar. — Su muerte y enterramiento. — Sube el Zagal al trono. — Los odios de la sultana Aixa. — Convenio entre Boabdil y el Zagal. — Reparto del reino entre ambos.

Fué aquel realmente un brillante período de victorias para las armas de Don Fernando y de Doña Isabel, adelantando mucho con este motivo la guerra contra los moros de Granada; pero no hay duda que favorecían señaladamente á los cristianos las desavenencias y bandos que traían divididos á los moros y enflaquecían su poder.

Los partidos de Abul Hasan y de Boabdil seguían cada vez más enconados, y se achacaban mutuamente los desastres que sufría el imperio muslim. Como el anciano Abul Hasan yacía postrado en su lecho y

casi ciego, era sostenedor de su bando su hermano el Zagal, que tenía gran prestigio entre los moros. Algunos historiadores suponen que, más que por cuenta de su hermano el sultán, trabajaba el Zagal por la suya propia; y en verdad que los sucesos vinieron á dar visos de razón á quienes tal creían, pues que el Zagal subió bien pronto al trono de Granada, empujado por las circunstancias y por sus partidarios.

Las noticias y documentos históricos son por lo general confusos y á veces contradictorios, no permitiendo aclarar este punto concreto; aun cuando sí está claro y puede asegurarse que la conducta del Zagal fué perfectamente correcta, prestando leal y decidido apoyo á su hermano Abul Hasan, á quien sostuvo resueltamente en su derecho y en sus intereses.

Á punto estuvo una vez de terminar las discordias apoderándose de Boabdil, cuando éste se hallaba en Almería, que era donde existía el centro más fuerte de su bando.

Descuidado estaba Boabdil en Almería, junto con su hermano menor Yusuf (Muley Ben-Hagih) según le llaman las crónicas españolas, que era alcaide de aquella ciudad y capitán de aquella fuerza. Dicen algunos que también estaba á la sazón con ellos su madre la sultana Aixa, repudiada esposa de Abul Hasan. Y así parece, en efecto.

En ocasión de hallarse todos allí reunidos, dió Abul Hasan órdenes terminantes al Zagal para que fuese sobre Almería, recobrase esta ciudad y pasara á cuchillo á cuantos caudillos principales hallase en ella, incluso á sus propios hijos. Tal y tan dura debió de ser la orden por lo que luego resultó.

Encargóse el Zagal de cumplirla, contando con ciertas inteligencias que tenía en la plaza. Un alfa-

quí, traidor á Boabdil y á Yusuf, facilitó su entrada en Almería, donde penetró secretamente, adelantándose á sus fuerzas, que de acuerdo venían retrasadas.

La hueste estaba ya al llegar y pronta á estallar la conjura en favor de Abul Hasan, hábilmente encaminada por el Zagal desde su escondite, cuando llegó alguna noticia á oídos de Boabdil, quien partió precipitadamente con un escuadrón de sesenta jinetes, todos de su confianza. Y á buen tiempo fué, ya que inmediatamente después de su salida, la ciudad cayó en poder del Zagal.

Éste, al decir de las crónicas, no tuvo piedad ni perdón para nadie. Estuvo cruel y hasta inhumano. Recobró y aseguró Almería para Abul Hasan, y, en cumplimiento de las órdenes recibidas, mandó degollar á Yusuf, hijo segundo del sultán, hermano de Boabdil, y á cuantos caballeros de su bando hizo prisioneros, que fueron muchos, apoderándose de sus mujeres, de sus hijos y de sus bienes. Ejercido este acto de crueldad, de terror y de venganza, puso alcaides y justicias por el rey viejo su hermano, y así acabó con el poder de Boabdil en Almería.

Algún autor dice que Yusuf recibió la muerte de la mano misma del Zagal, y que éste mandó prisionera á Granada la sultana Aixa.

También se encuentra en otros autores (Lafuente entre ellos) que Boabdil, al salir fugitivo de Almería, se fué directamente á Córdoba, buscando refugio junto á los Reyes de Castilla, que lo acogieron con benevolencia y como amigo. El hecho no resulta probado: pero todas cuantas investigaciones hice para aclarar este punto, y no fueron pocas, inducen á creer que fué cierto.

Hubo de ocurrir esto antes de la expedición de

Don Fernando á los campos de Málaga y de la toma de Ronda. Con este motivo parece que se ratificó el tratado anterior, convenido en Córdoba á raíz del suceso de Lucena, reforzándolo Boabdil con nuevas protestas de amistad y vasallaje, por lo cual consiguió de Don Fernando que diera orden á sus caudillos de proteger á Boabdil en la guerra contra el sultán su padre, y mirar como amigos los pueblos que obedecían al rey Chico. Tal vez fué entonces, después de estas nuevas vistas en Córdoba con Don Fernando, cuando Boabdil se dirigió á Vélez-Málaga y á los castillos de la Ajarquía, mandando leer en las plazas públicas el tratado con el Rey cristiano.

Porque no hay duda ya, si alguna vez pudo ofrecerla. Hoy es cosa evidente. Boabdil, primero por sus empeños contra su padre Abul Hasan, y después por sus odios y competencia con su tío el Zagal, favoreció abiertamente en sus propósitos al Rey Don Fernando, llegando alguna vez hasta ser traidor á su ley y á su patria, como sucedió en lo de Loja, según se verá luego.

A poco de haber salido de Córdoba, reapareció Boabdil en Granada, presentándose en el Albaicín, donde la gente, desinquieta y levantisca, *amiga de disturbios y revueltas, y apegada á los cristianos,* según dice el historiador árabe, volvió á ponerse de nuevo á su favor, reanudándose la guerra civil en el seno de aquella ciudad, y tomando aún más vuelos y más empuje con la actitud, cada vez más personal y violenta, de la repudiada sultana Aixa, ansiosa de vengar la muerte de su segundo hijo Yusuf, degollado á su vista en Almería.

Encrudeciéronse los ánimos; volvió á correr la sangre por las calles de Granada; y como á cada instante llegaban noticias de rotas y desastres, fuese

exaltando el irritado pueblo granadino, que á pública voz maldecía á sus gobernantes y les imputaba todos sus infortunios. Por entonces volvió á presentarse aquel mismo derviche, que años antes había lanzado el grito fatídico *¡Ay de Granada!* en los salones del Alhambra, al llegar Abul Hasan de su empresa contra Zahara. Llamábase Macer ó Maser; era hombre de gran autoridad en las juntas populares, y pasaba por sabio y profeta. El escritor Conde, con referencia á los manuscritos árabes que tuvo ocasión de examinar, cuenta que Macer se presentó un día ante las turbas y habló al pueblo de esta manera:

—¿Qué furor es el vuestro, ciudadanos? ¿Hasta cuando seréis tan desacordados y frenéticos que por las pasiones y codicias de otros os olvidéis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mujeres y de vuestra patria? ¿Cómo así queréis ser víctimas los unos de la ambición injusta de un mal hijo y todos de dos hombres sin valor, sin virtud, sin ventura y sin cualidades de reyes? Si tanta ilustre sangre se derramara peleando contra nuestros enemigos y en defensa de nuestra cara patria, nuestras banderas llegarían como en otro tiempo victoriosas al Guadalquivir y hasta el apartado Tajo... No fàlta en el reino algún héroe y esforzado varón, nieto de nuestros ilustres y gloriosos reyes, que con su prudencia y gran corazón pueda gobernaros y conducirnos á la victoria contra los cristianos. Ya entenderéis que os hablo del príncipe Abdallah el Zagal, walí de Málaga y terror de las fronteras cristianas.

Dícese que entonces, al oir estas últimas palabras, todos gritaron á una voz: — ¡Viva Abdallah el Zagal! ¡Viva el walí de Málaga! Sea él nuestro señor y caudillo.

Y así cuentan que fué proclamado el Zagal por el pueblo, añadiendo que, noticioso de lo que ocurría el anciano y achacoso Abul Hasan, reunió en el acto su consejo y abdicó el trono en favor de su hermano.

Esta es la versión que resulta más verídica. No aquella que supone al Zagal amotinando al pueblo y presentándose á su hermano para destituirle y enviarle preso á una fortaleza.

Parece que el suceso ocurrió hallándose Boabdil ausente de Granada.

Al recibir el Zagal, que estaba en Málaga, la noticia de su alzamiento al trono, salió en el acto para Granada, acompañado de su valeroso amigo Reduán Venegas y de un crecido cuerpo de caballería, favoreciéndole la fortuna en su viaje, pues que sorprendió en una pradera de Sierra Nevada á ciento veinte cristianos que descuidadamente al pie de un arroyo gozaban de la frescura de aquellas alamedas. Eran caballeros de Calatrava que habían salido de Alhama para correr la vega de Granada por orden de su gobernador el clavero Don Gutierre de Padilla.

Estaban apaciblemente descansando después de efectuada su excursión con éxito completo, cuando el Zagal cayó sobre ellos impetuosamente. En medio del aturdimiento y de la sorpresa, defendiéronse con valor heroico, pero hubieron de ceder al número. Muy pocos se salvaron, ó ninguno. El príncipe mandó cruelmente que todos fuesen decapitados, así los muertos como los vivos, y los jinetes moros entraron en Granada llevando cada uno colgada del arzón de su silla la cabeza de un cristiano, y el Zagal la del caudillo.

Esto hizo que el pueblo granadino recibiese con mayor entusiasmo y júbilo al príncipe que iba á ocupar el trono.

No por ello acabaron las discordias. El bando de Boabdil no se dió á partido; antes bien pareció recrudecerse más todavía, pues que la sultana Aixa, verbo y alma de este bando, más aún que al que fué su esposo, odiaba al Zagal su hermano. Y sobre todo, así Aixa como Boabdil lo único que ambicionaban era el trono.

En cuanto al rey moro Abul Hasan, viejo, casi impedido, poco menos que ciego, se retiró después de su abdicación á Almuñécar, y luego definitivamente á Mondújar, donde tenía un palacio con suntuosos jardines, que había sido edén de sus amores con la hermosa Zoraya, y vino á ser entonces su refugio y retiro con la mudanza de su suerte. Allí murió bien pronto el triste, vencido por sus desdichas y dolencias, en brazos de la sultana Zoraya, que nunca le abandonó, y de los hijos Cad y Nasar que tuvo en ella.

El Cura de los Palacios dice que su cadáver, llevado á Granada en una modesta mula, fué enterrado por los cautivos cristianos en la Rauda de la Alhambra, panteón de los reyes nazaritas ó *nazeritas*, como de seguro con más propiedad dice Lafuente Alcántara, aun cuando la primera voz se haya hecho la más común y usual en nuestra lengua. El moderno historiador de Granada, Lafuente Alcántara, refiriéndose á la tradición y á noticias recogidas y documentadas de una obra inédita, dice que fué enterrado en el cerro más alto de Sierra Nevada, majestuosa cumbre de aquellos montes, superior á los espacios en que giran las tempestades, y que desde entonces es conocida por *el pico de Mulhacen*.

La muerte de Abul Hasan ó de Muley Hacen, como se le llama generalmente, supo aprovecharla la sultana Aixa en favor de su partido. Hizo correr la

voz entre los suyos de que el Zagal le había hecho envenenar para deshacerse de él más pronto, como también había intentado hacer lo mismo con Boabdil. La noticia, como suele suceder con las de su especie, tuvo el éxito más completo. Los partidos se excitaron de nuevo, y clamoreaban venganza los del Albaicin, gente muy levantisca que formaba, sólo en Granada, un núcleo de veinte mil hombres para el rey Boabdil, mientras que la otra parte de la ciudad estaba en la obediencia de su tío el Zagal. Y aunque éstos eran muchos más, los del Albaicín los combatían sin descanso, llevándoles á mal traer, y teniendo como cercado al Zagal en su alcázar del Alhambra.

En esta situación, intervinieron los alfaquíes y los más autorizados por su posición, consejo y sabiduría, conviniendo en un tratado parecido al que antes se había acordado entre Boabdil y su padre. Se concertó que el Zagal tendría Málaga, Almería, Vélez-Málaga y el territorio de Almuñécar y de la Alpujarra, donde había ejercido mandos y cuyo país le era adicto, quedando para Boabdil todo lo restante hacia el reino de Murcia, que se le había entregado por ser limítrofe á las fronteras cristianas, suponiendo que estos países habrían de ser más respetados por las relaciones del rey Chico con los Reyes de Castilla. También se convino en que los dos soberanos podían residir en Granada, siendo del Zagal el alcázar del Alhambra y de Boabdil el palacio del Albaicín.

Parece que en este convenio, el tío, previsoramente, hizo que Loja quedara de su sobrino, por creer que la conquista de Loja era lo primero que Don Fernando había de emprender. Se pensaba que así, siendo de Boabdil, se la dejaría el cristiano, pues era su vasallo por el asiento que entre sí tenían ordena-

do. Pero entendióse esto bien por Don Fernando, y supo acudir al reparo.

A tal estado de ruina y desconcierto llegó el imperio muslim en España. Así, favorecidos por la ocasión, pudieron los Reyes de Castilla avanzar sus armas y propósitos, y así es como goza el avisado favores que malogra el inadvertido.

CAPÍTULO XII

JORNADAS DE LOJA, DE ILLORA Y DE MOCLÍN

(1486)

Derrota del conde de Cabra ante los muros de Moclín. — Toma de Cambil. — Preparativos de empresa contra Loja. — Mensaje de Boabdil á Don Fernando y contestación de éste. — Entra Boabdil en Loja. — Pone sitio á la ciudad Don Fernando. — Qué caballeros iban con éste. — Quién era Lord Scales. — Batalla á las puertas de la ciudad. — Boabdil herido. — Asalto de la ciudad. — Resultan heridos Lord Scales y Hamet el Zegrí. — Jornada sangrienta. — Estragos de la artillería. — Loja pide capitulación. — Cuáles fueron las bases de ésta. — Entra en Loja Don Fernando. — Otra vez Boabdil en su poder. — Relaciones y pactos entre ambos. — Lo que dicen de Boabdil los autores árabes. — Compromisos que suponen contraídos por el rey Chico con el Rey de Castilla. — Sospechas de su viaje á Córdoba. — Falta de noticias para escribir con exactitud la historia secreta. — Regocijos en Castilla por la toma de Loja. — Regalos de la Reina á Lord Scales. — Palabras del Rey. — Sitio de Illora. — Ostentación y lujo de los caballeros castellanos. — El duque del Infantado. — Su proclama. — Asalto de la villa. — Capitulación de Illora. — Gonzalo de Córdoba. — Sitio y toma de Moclín. — Llega Doña Isabel al campamento. — Regocijo del ejército. — Se entregan los castillos de Montefrío y Colomera. — Tala en la vega de Granada. — Regreso de los Reyes á Córdoba.

Interín ocurría todo esto y andaban los moros en tanto disturbio y concierto, las armas cristianas proseguían por el camino de sus victorias, aun cuando su nueva campaña comenzó con un desastre. Túvolo el conde de Cabra, el vencedor de Lucena, en las in-

mediaciones de Moclín. Reduán Venegas, el amigo y favorito del Zagal, cayó sobre una hueste de caballeros por aquél capitaneada, y tuvo la suerte de alcanzar señalado triunfo. Derrotada por completo la hueste cristiana, apenas si pudo salvarse su capitán, el noble conde de Cabra, que escapó maltrecho y herido, mientras quedaron tendidos en el campo muchos y muy valientes caballeros.

La pena que esta rota produjo entre los cristianos, fué venturosamente compensada con la toma de Cambil (Octubre de 1485). Púsose sitio á esta plaza, que fué reciamente batida por la artillería mandada por Francisco Ramírez de Madrid, y los defensores, viendo imposible la resistencia, pidieron capitulación, que les fué concedida. Tras la toma de Cambil cayeron en poder de los cristianos muchos castillos, entre ellos los de Arenas, Mojúcar, Hiznallos y Zalia, con lo que, dice el autor árabe de la *Reseña histórica* que tengo á la vista, *el Rey cristiano estrechó de tal suerte y por todos lados al territorio musulmán, que no embestía fortaleza que no se le diera, ni llegaba á lugar que no se rindiera inmediatamente á sus armas.*

Al llegar la primavera de 1486, con todos los preparativos hechos y todas las disposiciones tomadas por los Reyes de Castilla, pudo renovarse en mayor escala la campaña contra los moros. Ocurrió lo que pensaban en Granada. Don Fernando, aunque al principio trató de disimularlo amenazando caer sobre otros puntos, acabó por dirigirse á Loja, su objetivo principal, cuya posesión constituía para él uno de sus más vehementes deseos desde el fracaso que tuvo un día á sus puertas.

Es de advertir antes, volviendo á lo del tratado entre los dos reyes moros, el Zagal y Boabdil, que en este pacto sólo hubo buena fe por parte de los sabios y

alfaquíes que mediaron para remediar las desventuras del reino, pues que en cuanto á los dos monarcas interesados, tío y sobrino, ninguno aceptó el convenio con verdadera intención de cumplirlo. Así fué que el Zagal previno desde luego á los walíes de Almería y Guadix á fin de que estuviesen dispuestos á ayudarle contra Boabdil, su sobrino, mientras que éste, por su parte, ponía en conocimiento del rey Don Fernando que la mitad del reino granadino había quedado bajo su obediencia, y que pues era su vasallo, y él y los de Loja le habían de servir, esperaba del Rey de Aragón y Castilla que se abstuviese de hacer la guerra á Loja y á los otros dominios de Boabdil, por ser éste su feudatario.

El astuto y diligente Don Fernando tuvo habilidad para dar á la comunicación de Boabdil interpretación distinta de la que éste esperaba. En primer lugar, le contestó que no estaba obligado por la concordia á dejar la empresa de Loja por la sola razón de haber aceptado Boabdil la defensa de aquella plaza, pues desde el principio siempre el Rey la sacó de aquel asiento y del número de los otros lugares que quedaban sujetos á la concordia, aunque los de Loja, por necesidad ó por otra cualquiera causa, se diesen entonces á Boabdil. Después de esto, el Rey mostrábase como ofendido y receloso de sus alianzas con el Zagal, dándole á entender que consideraba el convenio como una confederación contra Castilla, impropia de su amistad. El objeto de Don Fernando era, naturalmente, el de echar leña al fuego, es decir, el de mantener viva la rivalidad entre los dos príncipes agarenos.

Cuando ya no hubo duda de que Don Fernando avanzaba con poderoso ejército para poner sitio á Loja, Boabdil, por no dar recelos á los de esta plaza,

se apresuró á entrar en ella con un cuerpo de caballería.

Á poco de su llegada, aparecían ya en las lomas que dominan á Loja los pendones del ejército cristiano. Eran los de su avanzada ó vanguardia, compuesta de doce mil infantes y cinco mil caballos, mientras que era de doce mil jinetes y cuarenta mil infantes el total de la hueste reunida en Córdoba por disposición de Doña Isabel y Don Fernando. Mandábala en jefe el mismo Rey y llevaba por caudillos á los más principales varones, entre ellos el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, los condes de Cabra y de Ureña, Don Alonso de Aguilar, el duque del Infantado, el Adelantado de Andalucía y otros muchos ilustres campeones.

Entre los capitanes de Boabdil se contaba el valeroso y terrible Hamet el Zegrí con sus negros africanos y el gallardo Izam ben Aliatar, hijo de aquel famoso alcaide, el alhatar de Loja, que murió en los campos de Lucena.

Acompañaban al ejército cristiano Gastón de Lyon, senescal de Tolosa, con algunos caballeros franceses, y Lord Scales, conde de Rivers, unido con vínculos de sangre á la familia real de Inglaterra. Este último, según Pedro Mártir, que estaba con los Reyes, había venido acaudillando trescientos hombres, armados de arcos y hachas de armas al uso de su tierra, y era un caballero joven, rico y ostentoso, que se distinguió por su bravura y por su esplendidez.

Ya entonces formaba parte también del ejército cristiano un cuerpo de suizos, de quienes dice Pulgar que eran hombres belicosos. *Pelean á pie,* dice, *é tienen propósito de no volver las espaldas á los enemigos, é por esta causa ponen las armas defensivas en la delantera é no en otra parte del cuerpo, é con esto son más ligeros en las*

batallas. Son gentes que andan á ganar sueldos por las tierras, é ayudan en las guerras que entienden que son más justas. Son devotos é buenos cristianos; tomar cosa por fuerza repútanlo á gran pecado.

Todos estos aventureros habían venido á España, atraídos por la fama de los Reyes de Castilla, á tomar parte con ellos en las guerras contra los moros.

Asentó Don Fernando el real sobre Loja, lo cual no fué sin librar antes recia batalla con los moros que salieron de la plaza para estorbarlo. Quedó vano su intento, asentado el campo, puesto el cerco sobre la ciudad por tres partes, é hiciéronse dos puentes en el río Gudajenil, del uno y del otro lado de la ciudad, por entender que esto había sido causa del daño recibido en el primer cerco. Comenzó entonces á ser batida la plaza con toda furia y á ultranza, según la palabra tan frecuentemente usada por Zurita, y en los nueve días que se tardó en tomar el arrabal, de que provino la caída de Loja, no dejó de jugar bravamente la artillería, ni dejó de haber uno solo en que no ocurriera algún combate glorioso, donde así los moros como los cristianos tuvieron ocasión de probar su valor y gallardía.

En uno de ellos, el más señalado y sangriento, tomó parte el mismo Boabdil, que se hacía notar por su fina y brillante armadura y por su arrojo temerario, pero que, más valiente que afortunado, hubo de retirarse del campo, brotando sangre en abundancia por dos heridas que le abrieron los tiradores del marqués de Cádiz. En aquella jornada comenzó á distinguirse, entre otros capitanes y caballeros continos de la casa Real, el joven Gonzalo de Córdoba, cuyas proezas y campañas de Italia más adelante habían de resonar por todo el mundo, consiguiéndole el renombre de *Gran Capitán*.

Asaltada la ciudad por puertas y brechas, por muros y por tejados, arrollados los moros en calles y plazas y en todas vencidos, hubieron de buscar refugio en el alcázar después de cuatro horas de lucha y de matanza, y dejaron la población sembrada de cadáveres y á merced de la soldadesca cristiana, que saqueaba y degollaba á discreción y sin freno. Todos los arrabales quedaron aquel día en poder de Don Fernando, y la guarnición y habitantes recogidos en el alcázar y en un fortificado recinto de la ciudad.

El caballero inglés Lord Scales, que al frente de su cohorte había combatido armado de punta en blanco, descargando con su hacha de armas golpes tan terribles que dejaron asombrados á los más robustos montañeses, recibió en el asalto una pedrada que le arrebató dos dientes, y por unos momentos le dejó tendido en tierra sin sentidos. También Hamet el Zegrí fué herido por una lanza cristiana, después de haber visto morir á su lado á varios capitanes y á muchos de sus negros africanos. Asimismo, murieron y fueron heridos bravos caballeros del ejército real, con no pocos ingleses de Lord Scales y bastantes suizos. La jornada fué realmente de horrores y de sangre.

Siguió cada vez con más crudeza el combate para reducir el centro de la ciudad y el alcázar. Pulgar cuenta que entonces la artillería estuvo tirando por espacio de un día y dos noches seguidamente, y que cayeron algunos pedazos del muro, donde se hicieron tan grandes portillos, que se veían las casas y la gente que andaba por las calles. Por aquellos portillos mandó el Rey enderezar los ribadoquines y otros tiros de pólvora, los cuales derribaban casas y mataban hombres y mujeres, destruyendo cuanto estaba á su alcance. Las piedras que se tiraban eran tantas,

que los moros quedaron en grande turbación y no tenían espacio para remediarse, ni sabían qué consejo tomar para defenderse. Y no era tanto el dolor para ellos en ver tan gran número de muertos y heridos y el mucho destrozo de muros y casas, como la cuita de pensar en la desventura que habrían los moros si aquella ciudad se perdiese, por ser una de las más principales del reino.

Estando los infieles en esta turbación, *los maestros de artillería*, dice Hernando del Pulgar, *tiraron con los cortaos tres pellas confeccionadas de fuego, las cuales subían en el aire echando de sí llamas é centellas, é quemaron las casas do acertaron, é todo lo que alcanzaron.* Aturdidos entonces los moros, y viéndose por todas partes combatidos, no pudiendo ya más sufrir las muertes y estragos que padecían ó veían padecer á los suyos, teniendo herido á su rey y muertos ó heridos sus mejores caudillos, decidieron por fin pedir capitulación, y se enarboló la bandera de parlamento en el alcázar.

Aceptó Don Fernando, y comenzaron las conferencias. Gonzalo de Córdoba fué elegido para entenderse con Boabdil, de quien era amigo personal, por haber intimado con él cuando el arresto del monarca moro en el castillo de Porcuna. Con Hamet el Zegrí y con el alcaide de Loja trató el marqués de Cádiz. Al cabo de algunas conferencias, se convino en la entrega de la plaza y del castillo bajo las siguientes condiciones:

Boabdil dejaría el título de rey de Granada; en su lugar se le daría el de duque y marqués de Guadix, con la grandeza de Castilla, y el señorío de dicha ciudad. — Boabdil se comprometía á hacer guerra sin descanso al Zagal, su tío; pero si quisiera ir á Castilla, se le daría seguro en ella, y si quisiera pasar allen-

de, también se le aseguraría el pase. — A los moradores de Loja se les daba libertad para salir llevándose sus bienes muebles y pasar á Granada ó Africa, permitiéndoles también residir si querían en cualquiera de los reinos de Castilla, Aragón ó Valencia.

Bajo estas condiciones se ajustó la capitulación que, en nombre del Rey, terminaron el duque del Infantado, el marqués de Cádiz, el maestre de Santiago y Don Alonso, señor de la casa de Aguilar, hermano mayor de Gonzalo de Córdoba. En la capitulación se hizo constar el perdón que el Rey y la Reina de Aragón y de Castilla otorgaban al rey moro, *que había errado gravemente traspasando el juramento fecho al Rey y á la Reina de ser su vasallo é les servir con toda fidelidad.*

Entregóse la ciudad de Loja y su fortaleza á Don Fernando el lunes 29 de Mayo del año 1486; quedaron en libertad ciento cuarenta cautivos cristianos que en ella había, y se encomendó su gobierno y alcaidía á Don Alvaro de Luna, señor de Fuentidueña. El marqués de Cádiz acompañó con una escolta á los moros capitulados hasta dejarlos en lugar seguro, camino de Granada, adonde fueron los más; y Gonzalo de Córdoba acompañó al rey Chico, que salió de Loja casi desfallecido, á besar la mano á Fernando de Aragón, que lo recibió, dice Lafuente Alcántara, con la dulzura y benignidad que acostumbraba á usar con los cautivos.

Hernando del Pulgar, no el historiador y cronista tantas veces citado en estas páginas, sino el otro Hernando del Pulgar, *el de las hazañas* — que también escribió el libro titulado *Breve parte de las hazañas del Gran Capitán,* — cuenta la primera entrevista que tuvo Boabdil con Gonzalo de Córdoba y la que tuvo luego con Don Fernando.

Gonzalo de Córdoba subió al alcázar de Loja, y conducido á presencia del rey moro, lo encontró recostado sobre unos almohadones, muy abatido y quejándose de sus heridas.

Pulgar pone en boca de Gonzalo, según usanza de aquellos cronistas, un largo discurso, que así dice en extracto y en substancia:

—Muy excelente señor, dijo á Boabdil el joven cristiano, ¿qué hace vuestra señoría, que no se somete á la razón y todo lo aventura á la fortuna? Cuanto más resistáis, tanto más perdéis, porque el Rey está determinado á no alzar su hueste hasta ver el fin de su empresa. Y no debe creer vuestra señoría que su Alteza guarde odio contra vos por lo pasado, porque cuanto más en fatiga estáis, tanta más clemencia hallaréis en él. Tened, señor, creído que así como el servicio tiene presente, así toda ira y deservicio tiene olvido; por ende vuestra señoría debe ponerse en sus manos.

Boabdil contestó á Gonzalo:

—Señor alcaide, espero en Dios de os merecer ésta con las buenas obras que de vos he recibido, y pues el consejo que me dais es tan bueno, aquél obedezco. Aquí estoy, no para pedir, mas para recibir aquel partido que el Rey mi señor me quisiere dar; en cuyas manos pongo mi persona y esta ciudad. Lo que á vos, señor alcaide, pido y á su Alteza suplico, es que los vecinos y moradores y huéspedes de ella los mande mirar con piedad, conservándolos en su ley y haciendas; ca para mí no pido otro partido más de aquel que mis servicios merecerán.

Cuando Boabdil llegó al Rey, acompañado de Gonzalo, díjole, según referencia del mismo cronista:

—Muy poderoso señor, más por necesidad que por voluntad he andado fuera de vuestro servicio;

pero la clemencia que en vuestra Alteza he hallado y el infortunio que he pasado, me obliga para siempre á vuestra Alteza servir, para lo cual obligo vuestro gran poder.

El Rey, entonces, por el mismo intérprete, le contestó que ya creía que lo que había hecho era constreñido á ello más por voluntad ajena que por gana suya; pero que todo olvidado, y presentes sus suplicaciones, había otorgado lo que Gonzalo en su nombre le había pedido, y que si más quedaba de se hacer, lo mandaría proveer.

—Y porque deseo todo vuestro bien, añadió, os ruego que así como dais palabra de servir, tengáis obra para la complir; y en buen hora vos id á vuestro reino, porque vuestra ausencia no dé osadía á los vuestros para se juntar con vuestro tío y enemigo.

El mismo autor añade que Boabdil fué curado en Priego de sus heridas por físicos cristianos, y dice que luego se trasladó á Lorca para alimentar desde allí la guerra contra el Zagal, su tío; pero no lo cuentan precisamente de esta manera los autores árabes, y por cierto que conviene mucho hacer notar esta contradicción que aparece entre los escritores españoles y los árabes, ya que á ser como estos últimos dicen, las cosas toman aspecto muy distinto, y resulta algo totalmente contrario á lo que se había venido diciendo hasta ahora.

Los autores árabes que recientemente nos ha dado á conocer Eguílaz Yanguas, y á quienes en distintas ocasiones me he referido durante el curso de esta obra, narran con gran sobriedad el sitio de Loja por Don Fernando, y dicen, en síntesis, y por lo relativo al fondo, lo mismo que nuestros historiadores; pero hay que fijarse en la intención que ponen y la manera con que y como lo dicen.

El sitio de Loja, el combate á la plaza, el estrago de la artillería, la muerte de los capitanes, la rendición, todo resulta lo mismo. No así lo referente al rey moro Boabdil y á sus relaciones con Don Fernando.

Véase la traducción del texto árabe:

«El Rey cristiano se dirigió á Loja con poderoso ejército. Asistía al emir Abu Abdallah (es decir, Boabdil), un cuerpo de tropas, procedente del Albaicín, el cual, al saber su entrada en Loja, había ido á reunírsele y á cumplir á la vez los deberes de la guerra santa. Receloso el pueblo de Granada y la gente de sus cercanías que el sitio de Loja fuese un ardid del enemigo, no acudieron al socorro de la plaza. En el entretanto los cristianos apretaban el cerco con creciente rigor, comenzando á circular rumores alarmantes entre los sitiados al ver lo que pasaba, asunto convenido entre el Rey de Castilla y el emir Abu Abdallah durante su cautiverio. Esto, la toma de uno de los arrabales por los cristianos, la destrucción por la artillería de parte de las murallas de la ciudad, con muerte de sus más valientes defensores, y el convencimiento de que Granada no había de acudirles, decidieron á sus habitantes á rendirse bajo el seguro de sus personas, hijos, caballos, armas, acémilas, con todo lo que pudieran llevarse, el 26 de Chamada 1.ª del año 891 (29 ó 30 de Mayo de 1486).

»Tomada Loja, muchos de sus habitantes se refugiaron en Granada; sólo el emir Abu Abdallah se quedó en ella retenido por el Rey cristiano con el propósito de someter por medio de él toda la Andalucía, circunstancia que persuadió á los granadinos de que su entrada en aquella ciudad no había llevado otra mira que la de poner en posesión de ella al Rey de Castilla, en cumplimiento de lo pactado con él y como precio del rescate. Y habiendo dejado un presi-

dio en Loja, retiróse á sus estados el Rey de Castilla con su cautivo el sultán.»

Si lo que se desprende de estos párrafos es cierto, la conducta de Boabdil no aparece en verdad todo lo correcta que gustaría verla en aquellas guerras tan caballerosas.

Y algo debió de haber, y parece que los autores árabes están en lo cierto, pues hay noticia de ello en un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, *Historia de la casa de Córdoba* (Ms. V. 40 de la Bibl. Nac., f. 169). Según este manuscrito, en las capitulaciones ajustadas en Córdoba por los emisarios de la sultana Aixa con el rey Don Fernando para la libertad de Boabdil, se dice que éste procuraría ganar la ciudad de Loja, en cualquier poder que estuviere, por estar mejor á sus Altezas para la defensa de Alhama el ser dueños de ella.

Coincide esta noticia con lo que asientan los autores árabes. En los capítulos del pacto ó convenio de Córdoba no figura esta cláusula, como habrá podido verse al tratar de ello en este mismo libro; pero bien puede ser que algo de esto se tratara y conviniera entre Don Fernando y Boabdil, cuando éste pasó prisionero á Córdoba, después de la batalla de Lucena, ó quizá, mejor, cuando se refugió en dicha ciudad huyendo de Almería, ya que entonces se hallaba Boabdil bajo la impresión terrible de los sucesos que por segunda vez le llevaban á la corte de los reyes de Aragón y de Castilla.

Por tercera vez volvió, después de la caída de Loja, según los autores árabes citados. Ya esto no aparece tan claro, aunque es muy de tener en cuenta la opinión de quien así lo dice terminantemente. Lo que sí aparece y resulta es que en esta tercera vez, ya se celebraran las conferencias en Loja, ya en Cór-

doba, se estrecharon y afirmaron las relaciones entre Boabdil el moro y el aragonés Don Fernando, pues pronto se ha de ver cómo este último le prestó decidido apoyo en las contiendas con su tío el Zagal, auxiliándole con gente, dineros y armas. También se verá cómo después volvieron á desacuerdo y repunte, siendo entonces el Zagal quien alcanzó los favores de Don Fernando, lo cual demuestra que si bien está escrita la historia pública, caballeresca y épica de aquellas guerras de Granada, falta aún por escribir la particular y secreta. Hay que descortezar la historia para conocerla á fondo. En mi entender, Don Fernando hizo á un tiempo la guerra con las artes de la política y la esplendidez de las armas, fiando quizá en determinadas ocasiones más á la acción tortuosa de aquélla que al alcance y gallardía de éstas.

Y á tal causa se debe sin duda que alguna vez no aparezca todo lo leal y bizarro que debiera.

La presa de Loja fué gran triunfo para Don Fernando y también de no escaso contentamiento para su ánimo, por no ser de olvidar que Loja era aquella misma inexpugnable plaza ante cuyos muros vió un dia rotas sus huestes y banderas y de cuyo campo hubo de alejarse maltrecho y fugitivo. Como fué también muy dolorosa pérdida para los muslimes la de una ciudad por ellos llamada *ofensa de cristianos y defensa de fieles*, tan repentinamente trocada en sepultura de moros y alcázar de enemigos.

La reina Doña Isabel celebró en Córdoba aquel señalado triunfo distribuyendo limosnas y repartiendo dádivas y consuelos á los cautivos rescatados; mandó hacer, á más de otras funciones de iglesia, una procesión solemne, á la cual asistió á pie con la infanta Isabel y todas las damas y doncellas de su palacio; y deseando mostrar su gratitud al caballero in-

glés Lord Scales, herido en el asalto, le hizo presente de doce caballos andaluces, dos lechos con sus pabellones y cobertores de brocado de oro, ricamente labrado todo, gran cantidad de ropa blanca, y dos suntuosas tiendas de campaña para él y los suyos.

También visitó el Rey al noble extranjero y dióle consuelo para las heridas que en los combates habia recibido, *especialmente de los dos dientes que le habian botado de la boca*, dice el cronista Pulgar. *É díjole que debia ser alegre, porque la su virtud le derribó los dientes, que la edad ó alguna enfermedad le pudieran derribar. É que considerando cómo y en qué lugar los perdió, más lo facian hermoso que disforme; é que mayor precio le daba aquella mengua, que mengua le facia aquella ferida.*

Á lo cual el caballero inglés respondió, según el mismo Pulgar, que daba las gracias á Dios y á la gloriosa Virgen su madre, porque se veía visitado del más poderoso Rey de toda la cristiandad, y que recibía su graciosa consolación por los dientes que habia perdido, aunque no reputaba mucho perder dos dientes en servicio de Dios, que se los habia dado todos.

Parece que aquel valeroso caballero quedó ya con esta prueba satisfecho de guerras contra moros, porque muy poco tiempo después partió á Inglaterra, y en 1488 pasó á Francia, adonde le llevó su espíritu aventurero para tomar parte en las luchas feudales de aquel país, afiliado al bando del duque de Bretaña.

Ganada ya Loja, dictadas las disposiciones para el reparo de sus muros, convertidas sus dos mezquitas en iglesias, puesto alcaide y guarnición para su defensa, quiso el Rey Don Fernando aprovechar aquellos momentos propicios, y fué á situar su real sobre la cercana plaza de Illora. Hállase esta villa puesta en un valle donde hay una vega muy extendi-

da, y en aquel valle una peña alta que señorea todo el circuito, y en lo alto de la peña fué fundada la villa, rodeada de fuertes torres y muros. Está á cuatro leguas escasas de Granada, casi á su vista, y de esta fortaleza decían los granadinos que era su ojo derecho.

Don Fernando envió de avanzada al maestre de Santiago y al marqués de Cádiz con cuatro mil jinetes y doce mil infantes, quienes acordaron poner su campo en un cerro alto que está en la otra parte de la sierra, camino de un puerto que dicen el puerto de Lope, hacia la parte de Granada. El Rey, que llegó pocos días después, asentó su real en un lugar llamado de Encinilla y mandó repartir las estanzas en circuito de la villa, con lo cual quedó cercada por todas partes, y comenzó á ser batida de todas, principalmente por la artillería, que hizo muy grandes destrozos en ella.

En sazón ya la villa de ser asaltada, Don Íñigo de Mendoza, duque del Infantado, se presentó al Rey para pedirle que le diese cargo de combatir una parte del arrabal, y el Rey se lo concedió. El duque del Infantado, marqués de Santillana, heredero y sucesor de quien tan glorioso nombre dejó en las letras españolas, acababa de unirse al ejército con su bandera, y aun cuando ya se había brillantemente distinguido en la presa de Loja, ansiaba ocasión más oportuna y decisiva para realzar su valor y el de los suyos. Era el duque espléndido y rumboso y gastaba mucho en fausto, lujo y galas, con lo cual realmente no se diferenciaba gran cosa de los demás nobles, sus iguales y compañeros, quienes desplegaban en el campamento tanto boato y magnificencia, que Don Fernando parecía llevar consigo una corte de príncipes, en vez de una hueste de soldados.

Sus tiendas estaban adornadas con sedas costosas, ricos tapices y finísimos paños, ostentando el pendón de su casa con los emblemas y escudos de armas bordados en oro y plata; se presentaban siempre en público rodeados de pajes y escuderos vestidos lujosamente; montaban soberbios caballos de precio, con gualdrapas, paramentos y jaeces que costaban un tesoro; vivían en sus tiendas como potentados y sibaritas, con todo esplendor y lujo; cubrían su mesa con suntuosa vajilla y la abastecían con variedad y acopio de manjares exquisitos, y, finalmente, iban por la noche precedidos de guardias y con multitud de antorchas que pretendían rivalizar en luz con la del día.

Varias veces Don Fernando y Doña Isabel, tan severos en sus trajes como modestos en sus costumbres, habían intentado contener esas corrientes de ostentación y prodigalidad, y al efecto reprendían privadamente á sus más allegados, sin que jamás consiguieran ver atendidos sus consejos. Hubieron, sin embargo, de resignarse al considerar que aquellos mismos que así rivalizaban en derroches de lujo y de boato, eran los primeros en el combate y los primeros en el asalto de los castillos, prodigando su sangre y arriscando sus vidas en el campo de batalla con la misma facilidad y con más gallardía que sus tesoros en fiestas y en trajes.

El duque del Infantado, cabeza de la poderosa casa de Mendoza, y que entre todos se hacía notar por su magnificencia y su lujo, fué en Illora el primero que al frente de los suyos se arrojó al asalto. Y por cierto que estas líneas brindan ocasión propicia para rectificar lo dicho por algunos historiadores, que atribuyen erróneamente al aventurero inglés Lord Scales en el combate de Loja, la soberbia in-

vectiva que á su gente dirigió el duque del Infantado en el asalto de Illora.

En el instante de acometer éste con la gente de su bandera, los moros que estaban guardando la brecha hicieron tan brava resistencia y se batieron con tan desesperado arrojo, que los del duque vacilaron, y hasta algunos, sobrecogidos de terror, intentaron volver la espalda al peligro. Advirtió en seguida el castellano que los suyos perdían aquel fervor de ánimo que se requiere para acometer, y abocándose á ellos bizarramente, así les gritó, más que les dijo:

—*¡Ea, caballeros! ¿Qué vergüenza es ésta? Hoy es ocasión de mostrar los corazones en la pelea, como mostramos ayer los arreos en el alarde; que no es bien abundar en arreos y fallecer en esfuerzo. E doblada disfamia habriamos, habiendo tenido buen corazón para gastar, si no lo toviésemos para pelear. ¡Ea, caballeros! ¡Arremetamos contra el enemigo y no queráis que nos tengan solo por soldados de gala y de día de fiesta!*

Alentada por esta peroración la gente, arremetió á los moros siguiendo á su caudillo, que se lanzó el primero. La mitad de la gente quedó tendida en la brecha. La otra mitad, pisando cadáveres moros, coronó la posición en la que el duque enarboló el pendón de la casa de Mendoza.

Al fin los moros, que cada hora esperaban socorro, viendo que sus fuerzas fallecían y las de sus muros no los podían defender, ya que según la priesa que los cristianos daban al combate, antes serían perdidos que socorridos, alzaron bandera de parlamento y pidieron capitular. Otorgóles el Rey seguro para su persona y bienes, salvo las armas, que les obligó á dejar, y entregaron la villa, cuya guarnición era, en su gran mayoría, de negros africanos.

Mandó el Rey á uno de sus capitanes que los es-

coltase hasta ponerlos en lugar seguro, camino de Granada, adonde se retiraron; puso en Illora por alcaide á Gonzalo Fernández de Córdoba, dando orden de reparar las torres y muros que derribaron las lombardas, y abasteció la villa de armas y mantenimientos con todo cuanto juzgó necesario para su defensa.

De Illora pasó el Rey á poner su real sobre Moclín, villa que fué siempre reputada, en estimación de moros y cristianos, por una de las principales guardas que tenía la ciudad de Granada, así por lo recio de su fortificación, como por hallarse asentada en tal lugar, que daba seguridad cuando era amiga y guerra si era enemiga. Llamáronla los moros el escudo de Granada, por estar en lugar muy fuerte, como que tenía asiento en muy alto monte, y porque defendía las entradas y pasos á las huestes castellanas que iban á talar la vega de Granada.

Era muy dificultoso el combate, pues que el monte donde se asienta la villa está ceñido del río, y había entonces gran espesura de bosques por toda la sierra. Sólo por una parte se podía entrar en el monte, y los moros se consideraban muy seguros, por ser el lugar inexpugnable y defendido de muy buenas torres y muros; mas quiso Dios, según dicen las crónicas, que los maestros de artillería tirasen una pella confeccionada de las que lanzaban centellas de fuego y subían por los aires, acertando á caer en la torre de la fortaleza, donde los moros tenían en custodia toda su pólvora y munición de armas, proyectiles y provisiones, quemándose y destruyéndose todo, con espantoso desastre de personas y edificios. Puso esto tal pavor en ellos y dejóles tan sin recurso y fuerzas para todo, que se apresuraron á pedir capitulación, la cual les fué otorgada permitiéndoles salir libres de la

villa con sólo que dejasen en ella sus armas y mantenimientos, y entregasen los cristianos que tenían cautivos.

Fué considerado como maravilla y gracia divina que se ganara esta villa en tan pocos días, como lo fué también la rapidez y la felicidad de aquella campaña, ya que Loja se entregó en los últimos días de Mayo, Illora el 8 de Junio y Moclín el 17 de este mismo mes del año 1486.

En este cerco de Moclín estuvo la reina Doña Isabel, que apareció por vez primera en el campamento á ruegos de Don Fernando, quien ya varias veces había reclamado su presencia, según dice Pulgar, por creerla necesaria para *el consejo de lo que se debia facer en la guarda é proveimiento de la tierra*. La llegada de la Reina, que, á más de permanecer en el real, pasó á visitar los vencidos alcázares de Loja y de Illora, fué de gran regocijo para todos y reforzó el ánimo y los alientos de la hueste, que vió con verdadero entusiasmo á la egregia dama y á la princesa, su hija, llegar á compartir las fatigas y los peligros del campamento.

Bernáldez, el Cura de los Palacios, cuenta detenidamente la manera como se salió á esperar á Doña Isabel y cómo fué recibida. Su relación, interesante y curiosa, comunica á aquellas jornadas de gloria matices y colores de drama y de leyenda.

Salió al encuentro de la soberana hasta la Peña de los Enamorados un lucido cuerpo de caballería al mando del marqués de Cádiz, y á media legua de Moclín esperaba el duque del Infantado con brillante séquito de caballeros, en traje de toda gala. A la izquierda del camino se hallaba formada, en orden de batalla, la milicia de Sevilla con la bandera de aquella ciudad ilustre, á la cual saludó la Reina y mandó

pasar á su derecha para honrarla. Llegaron luego todas las batallas y banderas del real para hacerle acatamiento, humillándose ante ella pendones y estandartes, y fué recibida con aclamaciones, júbilo y entusiasmo de todos.

Llevaba Doña Isabel un cortejo de damas y servidores, yendo montadas las damas en mulas cubiertas de ricos paramentos y jaeces. Cabalgaba la Reina en una mula castaña, con silla guarnecida de oro y plata, enmantillada de terciopelo carmesí bordado de oro, con falsas bridas de raso, en que resaltaban letras doradas. Cubría su cabeza un sombrerito negro con plumas, guarnecido de brocado; llevaba un capuz de grana, á usanza de las damas árabes, y vestía brial de terciopelo con faldetas de brocado. La infanta Doña Isabel, su hija, iba á su lado, en otra mula castaña, guarnecida de plata con orladuras de oro; y vestía un brial de brocado negro, con capuz negro también, de la guarnición del de su madre.

Tras de ellas seguían diez damas de la corte, elegantemente prendidas y adornadas, y los caballeros y donceles del ejército iban luciendo sus mejores arreos, y haciendo alarde de gallardía y gentileza junto á las damas castellanas, contrastando con tan lujosos trajes las viejas y acribilladas banderas que se inclinaban al paso de la Reina.

En la linde del real esperaba Don Fernando á su esposa y á su hija, rodeado de nobles andaluces y de grandes de Castilla, formando un grupo de héroes. Montaba el Rey un soberbio caballo castaño muy jaezado; vestía jubón carmesí y calzas de raso amarillo: cubría su coraza una sobrevesta de brocado, y de sus hombros pendía un manto de lo mismo; ceñía al costado una muy rica espada morisca. Todos los caballeros que le acompañaban, entre los cuales se halla-

ba el inglés Lord Scales, curado ya de sus heridas, iban lujosamente vestidos; los más armados de punta en blanco, luciendo galas y armaduras y caballos con ricos paramentos.

Al aparecer la Reina, adelantóse el Rey á su encuentro, y antes de abrazarse se saludaron cada uno con tres reverencias, en que ella se destocó y quedó con una cofia, descubierto el rostro. Llegóse el Rey, la abrazó y besó en la mejilla, y luego se fué á la infanta, su hija, y la abrazó, besó en la boca y la santiguó. Trasladáronse en seguida todos á las lujosas tiendas que tenían preparadas.

Á poco de estar la Reina en el campamento salió Don Fernando para una correría de tala por la vega de Granada, á tiempo que enviaba dos divisiones de su ejército á sitiar y ganar las cercanas fortalezas de Montefrío y Colomera. Cayeron éstas en su poder, y la tala se ejecutó con brillantez y gloria, habiendo tenido que sostener reñido combate con huestes granadinas que salieron de la ciudad para oponerse á su intento. Encendióse mucho la pelea, sosteniendo toda la fuerza de su empuje el duque del Infantado con un escuadrón de quinientos caballos; y como la caballería de los moros, en gran número, arremetió con furiosa acometida, hubo necesidad de que acudieran otras haces del real, generalizándose la batalla, que fué dura y sangrienta, hasta que los moros abandonaron el campo. Murieron muchos de una y de otra parte, y de los cristianos dos muy principales y famosos caballeros, el comendador Martín Vázquez de Arce y Juan de Bustamante.

Otro día, continuando la tala, empeñóse también muy cruda batalla. El conde de Cabra y Don Martín de Córdoba, su hermano, con sus gentes, se vieron acometidos por gran multitud de moros que salieron

de Granada, y no llevaban, sin duda, lo mejor en el encuentro, cuando fué necesario que saliese la enseña real y acudiera el Rey con toda su gente á socorrer al conde y á su hermano, que estaban en muy apretado trance, rodeados de moros por todas partes. También murieron muchos en aquella jornada, en la que alcanzaron triunfo y gloria las armas del Monarca.

Zurita dice, refiriéndose á Alonso de Palencia, que en estos encuentros se señaló de muy valiente caballero Don Juan de Aragón, conde de Ribagorza, quien realizó altas proezas que alcanzaron justos premios.

Hecha la tala en circuito de Granada, con daño crecido para los moros, retiróse Don Fernando á Moclín, donde se había aposentado á esperarle la Reina, y allí, de acuerdo con ella, proveyóse á lo más urgente.

En Loja quedó de alcaide Don Alvaro de Luna, señor de Fuentidueña, nieto del célebre privado Don Alvaro de Luna, en nuestras historias tan famoso. En Illora quedó Gonzalo Fernández de Córdoba. La villa y castillo de Moclín se confió á la guarda del comendador Don Martín de Alarcón. De la villa de Montefrío se dió cargo al comendador Pedro de Rivera, y la de Colomera se entregó á un caballero de Alcalá la Real, que se llamaba Fernán Alvarez de Alcalá. En todas se dejó buena guarnición de gente, y se dió orden de reforzar las villas de Cártama y Álora, para guerrear en aquellas partes, que eran entonces fronteras á la todavía no vencida Málaga.

Se fundaron iglesias en Loja, Illora, Montefrío, Moclín y Colomera, que proveyó la Reina de toda clase de ornamentos y cosas necesarias al culto divino; abasteciéronse y proveyeron de mantenimientos, armas, artillería y gente las poblaciones conquista-

das; dióse cargo de capitán mayor de todas aquellas tierras á Don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba Don Garci Alvarez de Toledo, y á fin de ofrecer descanso á sus tropas fatigadas y preparar la campaña de otro año, regresaron los Reyes á Córdoba, donde fueron aclamados y recibidos con los honores del triunfo.

CAPÍTULO XIII

GUERRA CIVIL EN GRANADA

(1486-1487)

Boabdil en la Ajarquía. — Vélez Málaga se niega á secundarle. — Málaga le sigue. — Enojos del Zagal. — Recibe Boabdil mensajes de Granada. — Entra secretamente en esta ciudad. — Manda publicar el tratado con el Rey de Castilla. — Sangrientas luchas entre los dos bandos. — Llegan cristianos á Granada en auxilio de Boabdil. — Seguro que manda publicar Don Fadrique de Toledo al pueblo granadino. — Mensaje del Zagal á Don Fadrique. — Envía éste de embajador á Juan de Vera. — Lo que le ocurrió en el alcázar del Alhambra. — Su regreso al campo cristiano. — Noble conducta del Zagal con él. — Se renuevan los combates entre los moros. — Los del Zagal asaltan el Albaicín. — Fracaso de su empresa. — Continúa la guerra entre ambas parcialidades.

Seguía en tanto la guerra civil cada vez más viva entre los moros, y todavía fué á dar mayor caudal al incendio la reaparición de Boabdil, quien, según los escritores árabes citados, al curar de las heridas que recibió en Loja, fué con Don Fernando hasta Córdoba, y de allí, enviado por el Rey, pasó á los montes de la Ajarquía, donde ya en época anterior habia estado con el mismo intento é idéntica misión de preparar las cosas conforme convenía á los monarcas de Aragón y de Castilla.

Según parece, lo primero de todo se dirigió á Vélez, cuyos habitantes se negaron á seguirle, ale-

gando compromisos recientemente contraídos con el Zagal, su tío. Más fácilmente convenció á los de Málaga, que se inclinaron á entrar bajo su gobierno por temor al Rey de Castilla y por su ardiente deseo de paz. Desde allí mandó un emisario á las poblaciones cercanas para decirles que era portador de un tratado de paz con el Rey cristiano, y que cuantos le siguieran no serían inquietados por las hostilidades del enemigo, según expresa condición del pacto que tenía en su poder, subscrito por el mismo Monarca castellano, el cual, en garantía de su observancia, había empeñado su palabra. No todas las poblaciones dieron fe á sus promesas, aun cuando sí algunas que decidieron proclamarle.

Estableció Boabdil un simulacro de corte en la población de Vélez-Blanco, adonde acudieron muchos proscriptos de Granada, ya que el Zagal, empeñado en un sistema de terror, perseguía sin misericordia á los parciales de Boabdil, condenando á muerte á unos, encarcelando ó desterrando á otros, mientras confiscaba las haciendas de todos. Los que escapaban á la venganza del Zagal eran perfectamente acogidos por Boabdil, y con ellos y con sus Abencerrajes, que le permanecían fieles, se situó en Vélez-Blanco, de donde salía á excursiones por las comarcas sometidas á la autoridad de su rival, haciendo en ellas talas y destrozos.

En esto, como llegara á noticia del sultán el Zagal lo que ocurría en Málaga, Vélez-Blanco y todas las comarcas vecinas, dispuso enviar capitanes de su entera confianza á tomar el mando de las ciudades y villas sospechosas; y hasta se cuenta que despachó embajadores provistos de venenos sutiles para emponzoñar á Boabdil, y que éste, irritado al saberlo, mandó á decir á su tío que no aplacaría su sed de

venganza hasta ver clavada su cabeza en una puerta del Alhambra.

La gente del Albaicín de Granada, dispuesta siempre en favor de Boabdil, y siempre también movida por la sultana Aixa, cada vez más firme y rencillosa en sus odios, despachó emisarios á Boabdil, participándole que luego que se presentase entre ellos con el tratado de paz, Granada entera se alzaría en su favor y le reconocería por soberano. Al recibir el rey joven este mensaje, abandonó la Ajarquía y entró secretamente en el Albaicín con algunos de los suyos, cuando era menos esperado, sin que llegara á advertirlo su tío el Zagal ni nadie de la ciudad. Una vez en ésta, se presentó y mandó leer el convenio con el Rey cristiano en las plazas públicas del arrabal, convenio según el cual se ofrecía protección y seguridad á cuantos abrazaran la causa de Boabdil.

Mucha parte del pueblo de Granada, con todo, recordando su artera conducta en Loja—dicen los autores árabes,—no dió crédito á sus palabras, y se negó á aceptar la paz con que le brindaba. Fué la entrada de Abú Abdallah (Boabdil) en el Albaicín el 16 de Xawal del año 891 (15 de Septiembre de 1486).

Y añaden los mismos autores:

«Su tío el Zagal, que se hallaba á la sazón en el Alhambra, se retiró á la alcazaba y comenzó la guerra civil, siendo asistido el emir Abú Abdallah (Boabdil) por el Rey de Castilla, su aliado, con hombres, artillería, plata y oro, víveres, pólvora y otras muchas cosas, hasta tal extremo, que, fortalecido el brazo de la rebelión y acrecentado su poder, se renovaron las hostilidades y siguieron sin intermitencia con más fiereza y encarnizamiento que nunca.»

Y así fué.

El Albaicín se convirtió en una especie de ciuda-

dela donde se atrincheraron y fortificaron los de Boabdil. Los del Zagal pusieron estancias contra los del Albaicín, y peleaban con ellos continuamente. *E las peleas que habían, eran tan crueles, que cualquier que era tomado por la una parte ó la otra, no tenía esperanza de vida.* En efecto, ambas facciones se combatían con igual saña: no hacían prisioneros, y el que caía en manos de sus contrarios, era degollado en el acto; corría á torrentes la sangre de bizarros jóvenes musulmanes; á veces, siendo ya para ellos estrecho el recinto de la ciudad, salían á la vega y se daban batallas formales, en que murieron muchos y muy aguerridos partidarios de uno y otro bando.

Duró esto sin intermitencia alguna por espacio de cuatro meses, y más aún, ocurriendo que varias y repetidas veces entraron en la ciudad, para ayudar á los del Albaicín, fuerzas cristianas, destacadas por Gonzalo de Córdoba y Martín de Alarcón, alcaides de Illora y de Moclín, obedeciendo órdenes que recibían de su jefe superior Don Fadrique de Toledo, al cual el rey Don Fernando había comunicado instrucciones precisas en este punto. Gonzalo de Córdoba y Martín de Alarcón, que eran amigos particulares del rey moro desde que estuvo en el castillo de Porcuna, tomaron muchas veces parte personal en los combates, y por él desenvainaron su espada. Aparece indudable y evidente que entonces, á no ser por los cristianos, el bando de Boabdil hubiera acabado por sucumbir. Y no sólo dió fuerza y vigor á los moros de este bando el auxilio personal de los cristianos, sino que cobraron mayores ánimos con las palabras de Don Fadrique de Toledo, quien les envió á decir *que sirviesen al rey mozo en aquella necesidad, pues aquel era su rey verdadero; é que él, de parte del Rey é de la Reyna de Aragón é de Castilla, les aseguraba sus personas é bie-*

nes, para que pudiesen salir á cualesquier partes, é facer sus labores, é tratar sus mercaderías libremente sin daño ninguno.

Una vez sucedió, según cuentan los autores coetáneos—y es caso digno de traslado,—que Boabdil, viéndose en mucho aprieto, envió un caballero suyo, llamado Aben Comixa, con un mensaje á Don Fadrique de Toledo, pidiéndole pronto y eficaz auxilio. Contestó á este mensaje el capitán mayor de los Reyes de Castilla, presentándose en persona ante los muros de Granada al frente de numerosa tropa. Un cuerpo de caballería del Zagal, en son de paz, apareció al paso de la hueste cristiana, destacándose un caballero árabe, seguido de una pequeña escolta. Era un emisario del Zagal, encargado de proponer á Don Fadrique de Toledo una entrevista con el sultán del Alhambra, á fin de tratar alianzas con los Reyes de Aragón y Castilla, bajo condiciones más ventajosas que las estipuladas con el del Albaicín.

Don Fadrique, que tenía instrucciones del Rey para fomentar la discordia entre los dos soberanos granadinos, envió al comendador Don Juan de Vera con encargo de limitarse á oír las proposiciones del Zagal y ofrecer que serían trasladadas á los monarcas españoles.

El comendador fué recibido en el alcázar del Alhambra con toda ostentación y cortesía, como si fuera aliado y amigo; mas no dió lugar siquiera á sus conferencias con el Zagal la imprudente conducta de un fanático servidor de éste, que, al ver profanado con la presencia de un infiel el palacio de los reyes nazeritas, hubo de exaltarse y apostrofar al comendador, provocándole con pláticas inoportunas y cuestiones religiosas, hasta llegar á comparaciones indecorosas y obscenas entre la madre de Mahoma y la

Madre de Dios. Montó en cólera Don Juan de Vera al oir tales blasfemias, y, desnudando el acero, dividió de un solo tajo en dos piezas la cabeza del provocativo moro.

Ruidoso alboroto se promovió en el alcázar y extraordinaria gritería. Los muslimes echaron mano á sus alfanjes y arrojáronse sobre el bizarro castellano, que mal lo hubiera pasado sin duda y allí seguramente terminara su vida, si el Zagal en persona no hubiese acudido á tiempo para restablecer el orden, amparando á Don Juan de Vera.

Pero ya el alboroto había cundido á los patios y dependencias del Alhambra, donde estaban las tropas, por entre las cuales corrió la voz de que había cristianos en el alcázar, introducidos por renegados traidores. Atumultuada la soldadesca, y advertido el Zagal de su actitud amenazadora y fiera, apresuróse á poner en salvo al comendador, que difícilmente pudo escapar con auxilio de un disfraz, de una escolta y de un ligero caballo, consiguiendo llegar salvo, aunque maltrecho y contuso, al campo de Don Fadrique de Toledo. El caudillo castellano, enterado del suceso, envió un mensaje al Zagal para darle las gracias por su generoso comportamiento; regaló al comendador uno de sus mejores caballos, y participó lo ocurrido á los Reyes de Castilla. La reina Doña Isabel, entonces, premió con honrosas distinciones é hizo merced de trescientos mil maravedises á Juan de Vera.

Ya por el momento no volvió el sultán del Alhambra á más intentos de aproximación y alianza. Y como Don Fadrique de Toledo, al retirarse de la vega de Granada, dejó fuerzas de auxilio al rey del Albaicin, se renovaron con saña los combates en el interior de la ciudad y en sus inmediaciones. Por meses

enteros continuó aquella lucha fratricida en los barrios, en las calles, en las plazas, en la vega. Era una matanza diaria y una situación verdaderamente imposible.

Sin embargo, dicen los autores árabes, semejante estado de cosas se prolongó hasta el 27 de Moharram del año 892 (22 de Enero de 1487), en que el pueblo de Granada, con el sultán á la cabeza, resolvió tomar por asalto el Albaicín, habiendo declarado previamente los ulemas que todo el que se aliara con los cristianos ó favoreciese con su asistencia sus propósitos de sojuzgar el reino ó secundase los planes del emir Abu Abdallah (Boabdil), sería considerado como reo de rebelión contra Dios y su mensajero.

Adoptada la resolución de apoderarse del Albaicín por la fuerza de las armas, convocó el Zagal á los habitantes de Granada y á los caudillos de sus tropas y les dijo: «La sangre y la hacienda de esa gente os pertenecen; pues habiendo ayudado á los cristianos, sólo merecen la ruina y la muerte.» También llamó á los alcaides de Baza, Guadix y otros puntos, previniéndoles que en el dia convenido descendiesen del Fargue y atacasen la Puerta de Fajalauza; mientras los granadinos se abrirían paso por la Puerta de Hierro, la Puerta de Oncidir, el portillo de la Puerta de Caxtar, el portillo de Bibalbonud y la Puerta misma, el portillo del arrabal de Albaida y la Puerta de Adifaf.

«Convenido todo y llegado el momento del ataque, siguen diciendo los autores árabes, se dirigió una taifa desde la Bid Adifaf por la parte superior del rio Darro á la Puerta de Xomais, y otras taifas, respectivamente, á las puertas y portillos designados, todos á una misma hora; pero Dios se apiadó de la gente del Albaicín, pues habiendo acudido otras tan-

tas taifas de sus habitantes á las puertas asaltadas, atacaron á las del Zagal y las pusieron en dispersión. Retirados los vencidos á la ciudad, barrearon las puertas y portillos que daban al arrabal asaltado. A pesar de este descalabro de la gente del Zagal, continuó la guerra sin descanso entre las dos parcialidades.»

Y mientras tanto, iban los cristianos acrecentando su poder y de triunfo en triunfo las armas de los Reyes de Aragón y de Castilla, si bien es preciso consignar que, aun cuando ni un solo punto ni momento cesaban de pelear dentro en Granada un rey contra otro, fuera de ella hallaban los cristianos tanta resistencia, como si fuese un solo rey el que mandase y todos fuesen adictos á su voz.

CAPÍTULO XIV

LA EMPRESA DE VÉLEZ-MÁLAGA

(1487)

Reunión del ejército en Córdoba. — Casas y familias que asistieron. — Las de Castilla. — Las de Aragón, Valencia y Cataluña. — Distribución de mandos. — Marcha penosa del ejército. — Asienta el Rey su campo sobre Vélez-Málaga. — Vigorosa salida de los moros. — Peligro en que estuvo el Rey. — Se edificó una ermita en memoria del suceso. — Ordenanzas promulgadas en el campamento. — Asalto y toma de los arrabales. — Lo ocurrido en Granada á la noticia del sitio puesto á Vélez. — Crítica situación del Zagal. — Decide marchar en auxilio de Vélez. — Fracaso de su empresa. — Es derrotado por el marqués de Cádiz. — Mensaje que recibió de Granada la noche de la batalla. — Triunfo de Boabdil. — El Zagal se retira á Guadix. — Carta del rey Don Fernando á la ciudad de Palma de Mallorca refiriendo lo ocurrido en Vélez. — Palabras de un cronista árabe. — Comentarios.

Entrado ya el año 1487, que debía ser célebre para las armas de Castilla, y promediado el mes de Marzo, se había reunido en Córdoba y su comarca, por disposición y llamamiento de los Reyes, un ejército formidable que las crónicas del tiempo hacen subir á la cifra de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos. Aun cuando el contingente mayor era el de Castilla, la verdad es que todos los reinos de España concurrieron á la empresa, que era empresa verdaderamente nacional y española, pues la guerra contra el moro hallaba eco en todas partes y en todas provocaba entusiasmos.

No quedó en los reinos de Castilla una sola casa señorial ni una sola familia ilustre que no enviara su gente con el jefe de la casa ó con uno de los más caracterizados miembros de la familia, y así tuvieron representación viva y efectiva en aquellas guerras gloriosas y en aquel poderoso ejército de 1487 las casas y linajes de Mendoza, de Villena, de Alcántara, de Manrique, de Nájera, de Pimentel, de Benavente, de Téllez Girón, Ureña, Toledo, Oropesa, Cabra, Suárez de Figueroa, Feria, Osorno, León, Puertocarrero, Medellín, Villandrando, Ribadeo, Enríquez, Chacón, Aguilar, Fernández de Córdoba, Padilla, Calatrava, Hurtado, Alba, Plasencia, Medinasidonia, Medinaceli, Alburquerque, Astorga, Cuenca, Castro, Miranda, Nieva, Pliego, Fuensalida, Paredes, Alvadeliste, Monteagudo, Velasco, Guzmán, Santa Olalla, La Vega, Rojas, Cavia, Castrillo, Palma, Almaraz, Fonseca, Merlo, Carrillo, Osorio, Águila, Bobadilla, López de Ayala, Rivera, Quintanilla, Acuña y otras y otras que se tardaría en apuntar.

De Aragón, de Valencia y del principado de Cataluña fueron, entre otros que no citan las historias, Don Felipe de Aragón, maestre de Montesa; Don Juan de Aragón, conde de Ribagorza; Don Pedro Luis de Borja, duque de Gandía; Don Juan Ruiz de Corella, conde de Cocentaina; Don Serafín de Centellas, conde de Oliva; Don Diego de Sandoval, marqués de Denia; Don Juan Francés de Prócida, conde de Almenara y de Aversa; Don Pedro Maza de Lizana, Don Juan de Luna, señor de Lierta; Don Blasco de Alagón, Don Manuel de Sesé, baile general de Aragón; Don Juan de Colomo, barón de Alfagerín; Mosén Ferrer de Lanuza, señor de Zayla; Mosén Pedro de Perea, Don Juan de Ventemilla, barón de Buxens; Mosén Bernardo Gaytón, barón de Sex; Mosén Gabriel Sánchez, que

fué tesorero mayor del Rey, y como marinos—montando las galeras catalanas, que de tan poderoso auxilio fueron en las guerras de Granada y tanto contribuyeron á la guarda de las costas y á los sitios de Vélez y de Málaga,—los capitanes de mar Francisco Torrellas, Francisco de Pau, Pedro Busquets y el bizarro general almirante de las galeras catalanas Galcerán de Requeséns, conde de Trivento.

Y cada uno de estos señores que acabo de citar, cuyos nombres recogí de nuestro archivo de la Corona de Aragón y de nuestros analistas Zurita y Feliu de la Peña, *fué muy acompañado de muchos caballeros de aquellos reinos.*

Don Diego de Sandoval, marqués de Denia, llevaba *cuatrocientos fijosdalgo naturales de aquellas tierras.* El conde de Cocentaina y el de Almenara y Aversa se presentaron cada uno con una nao armada y tripulada á sus costas, y hubo á más un Miguel de Busquets, catalán, que era sin duda deudo del otro Busquets, marino, el cual apareció en las costas de Málaga con dos galeras *bien fornescidas de armas y de las otras cosas necesarias á la guerra.*

Precisamente por aquel tiempo fué cuando se publicó por los pueblos de Cataluña la famosa Bula del Sumo Pontífice concediendo especiales indulgencias á los que contribuyeran con auxilios pecuniarios á la guerra contra los moros de Granada. Es Bula famosa en los recuerdos y noticias del Principado, con la circunstancia de haber sido de seguro el primer documento de esta clase que se imprimió en nuestro país. Está redactada en catalán (*A gloria et laor de Deu tot poderós e ençalçament de nostra Santa Fe catholica*, etc.), fechada á 21 de Abril de 1487, y contribuyó esencialmente á que en todas partes de Cataluña se recogiesen sumas considerables para las guerras de Granada,

y de todas ellas fuesen caballeros y gentes con armas y recursos á tomar parte en la empresa, como sucedió en los sitios de Vélez y de Málaga.

Fueron también á formar parte de aquella poderosa hueste, según cuenta Hernando del Pulgar, á más de las gentes de caballo y de pie de todas las ciudades, villas y montañas que los Reyes enviaron á llamar, diez mil hombres de las Hermandades de Castilla y mucha gente del reino de Galicia.

La vanguardia iba mandada por Don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, con las gentes del duque de Plasencia y del duque de Medinaceli. Al frente de las distintas batallas, aparecían Don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz; el conde de Ureña, Don Alonso de Aguilar, el conde de Feria, el conde de Cabra, el clavero de Calatrava, el duque de Nájera, el conde de Benavente y Don Alvaro de Bazán. Seguía detrás de todas la batalla real, en que iba por alférez, llevando el pendón real, el conde de Cifuentes, el mismo que hicieran prisionero los moros en la triste jornada de la Ajarquía, recientemente libre de su largo cautiverio. Con esta batalla real marchaba la gente de Sevilla y de Córdoba. La retaguardia la mandaban Diego López de Ayala, Francisco de Bobadilla, Pedro de Vera y el alcaide de Morón. La artillería venía gobernada por el jefe superior de aquella arma, Don Francisco Ramírez de Madrid, ingeniero famoso, quien hubo de vencer grandes dificultades para la conducción de sus trenes, á causa de los recios temporales de aguas de aquel año, por lo cual los ríos y torrentes se habían desbordado, poniendo intransitables los caminos.

Al frente de este ejército salió de Córdoba el Rey Don Fernando el día 7 de Abril de 1487, yendo á poner su real sobre la ciudad de Vélez-Málaga, plaza

situada á orillas del mar, á cinco leguas de Málaga y al extremo de una cordillera de montañas que se extiende hasta Granada, enseñoreando un valle apacible y casi rodeado de bellas y fértiles colinas. La ocupación de esta plaza equivalía á cortar las comunicaciones entre las dos principales ciudades del reino granadino. Por ser ésta su posición, los árabes llamaban á Vélez-Málaga *la llave de Granada*.

Era cabeza de un rico y floreciente señorío, y estaba entonces defendida por torres, murallas, y alcazaba, dominada de altos cerros, en los cuales asomaban las fortalezas de Bentomiz, Homares, Zalia y Benamargosa, guarnecidas por belicosos moradores de aquellas sierras.

Nueve días de penosísima marcha le costó al Rey llegar á Vélez, con sólo las pequeñas piezas de batir, dejando tras él, retrasadas por las dificultades del camino, las lombardas y demás artillería gruesa. Hubo necesidad de ordenar una fuerza de dos mil hombres con el alcaide de los Donceles sólo para auxiliar la marcha de los trenes y abrir camino.

Acampó el Rey en el sitio que aun es hoy conocido con el nombre de *El Real*, delante de Vélez, y en seguida intimó la rendición á la ciudad, que vió por vez primera, no ciertamente sin asombro, aparecer las batallas y banderas de un ejército cristiano, á tiempo que veía también cómo surcaban sus aguas naos desconocidas, con gallardetes y banderas que no eran ni de su ley ni de sus reyes. A pesar del asombro que suceso tan inesperado hubo de causar á los moradores de aquella ciudad, que más tenía de comercial y pacífica que de batalladora, se contestó con orgullo y soberbia á la intimación del Rey de Castilla, y el alcaide Abul Cazim Venegas, ó mejor, Bulcazán Venegas, según se le llama en el auto de las

capitulaciones, salió de la plaza al frente de la guarnición y se arrojó sobre el real en furiosa acometida. Por cierto que estuvo á punto de conseguir inesperada victoria y de acabar la guerra con la prisión ó la muerte del mismo rey Don Fernando, que nunca como aquel día se encontró en más apurado trance.

Acababa apenas de instalarse el campo, y hallábase el Rey comiendo descuidadamente en su tienda, cuando oyó la gritería y el tropel de un grupo de soldados que llegaban fugitivos, alanceados por los moros que les iban al alcance. En el acto se precipitó fuera, sin más arma defensiva que un peto; montó á caballo, seguido sólo por dos ó tres de sus continos, y arremetió contra el enemigo, consiguiendo así rehacer á los fugitivos. En lo más rudo del combate, por haber arrojado su lanza contra un moro á quien derribó con ella, y cuando hacía esfuerzos inútiles para sacar su espada de la vaina, que del arzón de su silla pendía, se vió acometido por algunos infieles, que allí acabaran con él de seguro á no acudir prontamente en su ayuda el marqués de Cádiz, el conde de Cabra, el adelantado de Murcia y los capitanes Garcilaso de la Vega y Diego de Ataide, que salvaron á su soberano, y después de brava pelea ahuyentaron á los moros.

Otros dicen que fué un doncel llamado Nuño del Aguila el que se interpuso entre el monarca y sus enemigos, salvándole la vida á costa de la suya. Y esto es lo que asegura la tradición y confirman los escritores locales de Vélez-Málaga al consignar que en conmemoración del hecho, y como testimonio de gratitud, mandó el Rey edificar una ermita en el lugar del suceso, bajo la advocación de San Sebastián Mártir, donde se dió sepultura al cadáver del escudero.

Lo cierto y positivo es que Don Fernando corrió aquel día peligro de muerte, y que al reprenderle cariñosamente sus capitanes por el riesgo á que se había expuesto, hubo de contestar con sencillez *que no podía buenamente sofrir ver los suyos padescer, é no aventurar su persona por los salvar*. Noble frase después de acto tan gallardo, que al circular por el campo le conquistó simpatías y aplauso.

El escudo de armas de Vélez-Málaga representa un rey á caballo en el acto de traspasar á un moro con su lanza. Dicen que es en memoria del suceso.

En este sitio de Vélez mandó el rey pregonar unas Ordenanzas que dieron excelente resultado y fueron modelo en su clase para aquellos tiempos. Quedó prohibido jugar á dados y á naipes, blasfemar, sacar armas contra otro, mover alboroto y ruido. No se permitió la presencia de mujeres mundanas en el real; nadie podía salir á escaramuza movida por los moros sin licencia de su capitán; debía guardarse el seguro que se diese á cualquier lugar de moros en general ó á cualquier moro en particular; no se podía prender fuego á ningún monte vecino, y todos los mantenimientos que se trajesen al real por mar ó por tierra se podían vender libremente sin pagar derechos de ninguna clase. A esto se debió en gran parte la disciplina y compostura que se conservó en una hueste formada por gentes de tan diversos países.

Atento el Rey á todo, destacó fuerzas que vigilaran y defendieran los cerros de la parte de Granada; y cuando todo estuvo dispuesto, sin esperar la llegada de la artillería gruesa, que se iba retrasando en demasía, ordenó el ataque y asalto de la ciudad, comenzando por los arrabales.

Apretado fué el combate y cruel, según cuentan las crónicas. Por espacio de seis horas sostuvieron los

moros su posición, causando grave daño á los cristianos, que entre muertos y heridos perdieron hasta ochocientos hombres. Murieron algunos de sus bravos capitanes y fueron heridos, entre otros, Garcilaso de la Vega, Juan de Merlo y Carlos de Guevara. Los moros, entre quienes hubo gran matanza, viéronse obligados por fin á retraerse á la ciudad, quedando los cristianos dueños de los arrabales. Tomados éstos, mandó el Rey poner estancias contra la ciudad, que recibió segunda intimación para rendirse, á lo cual se negó bizarramente el alcaide moro, fiado en que no podían llegar al castellano los trenes de artillería gruesa y en el socorro que pensaba recibir de Granada.

El Zagal, efectivamente, quiso acudir en auxilio de Vélez-Málaga; y como las alteraciones seguían en Granada siempre vivas, propuso á su contrario y rival Boabdil una tregua, que éste rechazó, con objeto de enviar un cuerpo de tropas en socorro de Vélez. La situación del Zagal era en realidad muy comprometida y crítica, ya que se hallaba en frente de dos enemigos con quienes no podía entenderse. Por una parte, si dejaba la corte, llevándose lo mejor de sus tropas, Boabdil podía asaltarle el trono en su ausencia; por otra parte, si abandonaba á Vélez-Málaga á su propia suerte, y esta plaza sucumbía ante las armas cristianas, iba á ser sin género alguno de duda el blanco del disgusto general.

Según afirma uno de nuestros cronistas de la época (Pulgar), el Zagal envió á decir á Boabdil que se doliese de la perdición á que de día en día iban los moros; que pues los cristianos se habían metido en la huesa, el momento era propicio para caer sobre ellos; que fueran juntos á socorrer la ciudad de Vélez, y obtendrían la venganza que los árabes deseaban y los infieles temían; y, finalmente, que si él, Boabdil, acce-

día á esto, el Zagal, por su parte, dejaría el título de rey é iría como capitán bajo su bandera. Boabdil contestó á estas proposiciones que jamás concordaría con él y que sólo ansiaba vengarse. De tal modo ciega la pasión cuando domina el interés de la bandosidad, y así á una cuestión de amor propio se sacrifica el amor patrio.

El Zagal, entonces, acosado cada vez más por los alfaquíes, por los caudillos, por el pueblo y por la propia voz de su honor, que se lo exigía, se decidió á partir en auxilio de la ciudad sitiada. Con veinte mil infantes y dos mil caballos salió de Granada una noche inopinadamente, dirigiéndose á la sierra de Bentomiz por caminos excusados y marchas forzadas, dispuesto á tomar sus alturas antes que el Rey de Castilla pudiera tener noticia de su movimiento.

La empresa fué desgraciada. El último verdadero defensor que tuvo el imperio árabe en España, el que para salvar la patria musulmana lo abandonó y sacrificó todo, iba destinado á encontrarse con la derrota al arribo de su expedición y con la ruina y la pérdida del trono al regreso de ella.

Llegó felizmente y sin tropiezo con su hueste á la vista de Vélez-Málaga; se situó en buenas posiciones, sentando sus reales en el castillo de Bentomiz; pero no pudo llegar á entenderse con la ciudad sitiada, porque un correo por medio del cual daba instrucciones al alcaide, cayó en poder de Don Fernando, que se enteró de todos sus planes; ni pudo tampoco impedir, habiéndolo intentado, que llegasen al real de los cristianos los trenes de artillería retrasados por obstáculos en su camino. Y, por fin, una noche, cuando intentaba sorprender los reales castellanos, vióse á su vez y de repente sorprendido en los suyos por una fuerte división del enemigo, que iba mandada

por aquel bizarro marqués de Cádiz, que tantos y tan altos méritos contrajo en los sucesos y guerras de Granada.

Derrotado el Zagal, hubo de levantar precipitadamente el campo, más aún que con la prisa de la fuga y la malandanza de su suerte, con el acicate del dolor en el alma, pues cuéntase que en aquella funesta noche de Bentomiz, en lo más crudo de la refriega y á la luz de las hogueras esparcidas por el campo de batalla, pudo el Zagal enterarse de un mensaje, enviado de la capital, participándole que su rival Boabdil había conseguido asaltar el alcázar del Alhambra y se había proclamado único rey de Granada.

En su triste retirada de Vélez, por el camino de regreso á la que fué su corte, no cesó el Zagal de recibir nuevos avisos y nuevos mensajeros que le enteraron de lo sucedido. El cuerpo de tropas que dejó en Granada para resistir á los del Albaicín había sido destrozado; la fortaleza del Alhambra asaltada; el pueblo sometido; sus amigos más leales y adictos, jeques y caudillos principales de su bando, degollados; todo perdido. Ya el Zagal, entonces, no se atrevió á seguir su camino á Granada; retrocedió en dirección á las Alpujarras, y marchó luego con sus tropas á Guadix, en cuya ciudad contaba aún con partidarios decididos, como en Baza y en Almería, puntos que se le mantuvieron fieles en su desgracia.

Al desastre del Zagal siguió el de Vélez. Advertidos de haber llegado ya la artillería al campo cristiano, afligidos por la retirada de los suyos, cercados estrechamente por mar y por tierra, comprendieron los defensores que tenían perdida toda esperanza, y pidieron capitulación, que cumplida y generosamente les fué otorgada por Don Fernando.

Y como han ocurrido dudas y hay variedad en los

historiadores tocante al día que se entregó la plaza y á los sucesos acaecidos en el sitio, paréceme oportuno trasladar aquí la carta, por medio de la cual participó el rey Don Fernando la noticia á la ciudad de Palma de Mallorca. Se conserva en el libro de *Letras misivas* de aquella capital, y es documento interesante y muy curioso, pues que en sobria narración, y por quien más autorizadamente podía hacerlo, se refiere todo lo que de más esencial y digno de cuenta ocurrió en aquella afortunada toma de Vélez-Málaga.

Dice así:

«El lunes, segundo día de Pascua de Resurrección, con el nombre de Jesús pusimos nuestro cerco real sobre esta ciudat de Vélez-Málaga, que es de tres mil vezinos á la marina, ciudat muy fuerte y de las principales de este reyno, donde havia cinco mill moros de pelea, y plugo á Nuestro Señor, que el día siguiente á fuerza de armas entremos en el arraval, en el qual hay mill casas, no sin grant daño de los moros y alguno de los cristianos (con todo que poco). Y puesto allí nuestras stanzas operando nuestra artillería, sin la qual era imposible sin grandísimo daño combatir la ciudat, ovimos nueva como el rey de Granada venía con todo su poder á socorrer aquélla; y el día siguiente á media legua deste nuestro real descovrimos algunas batallas de moros que venían en la delantera, y allegándose en una muy alta y muy áspera sierra. Mandamos ir allá algunos de nuestras gentes, y luego fueron con ellos, é á vista nuestra pelearon; y plugo á Nuestro Señor que los moros fueran vencidos, é murieron muchos de ellos, sin recibir daño alguno los cristianos, y fuyendo se retrageron en otra más áspera montaña, donde por la fragosidat della fué imposible dañarles. El día siguiente vino allí el rey de Granada con cuatro mill peones y mill y quinientos de cavallo con intento, según fama, de morir ó socorrer la ciudat y desbaratar nuestra artillería que aun no era llegada, el qual, dos horas antes de ponerse el sol, á vista nuestra movió con sus batallas ordenadas y vino al mismo logar donde fué la primera pelea; y por ser ya boca de noche quando

allí llegaron, ni quisimos ir ni permitimos que á ellos fuese alguna de nuestra gente por los inconvenientes y peligros que la noche trahe y por estar ellos entre áspera tierra, esperando que á la mañana nos veríamos más cerca si aguardaban, salvo que de nuestro real enviamos alguna más gente á la artillería por tenerla bien segura. Y faciéndose de noche, algunos de los moros baxaron quasi junto con nuestro real con grant grita y mucha spingardería y ballestería faciendo muy grandes fuegos; é nos, por ser tal hora como dicho es, no dimos logar que alguno de nuestros capitanes fuese á ellos, é pusimos nuestras guardas é stanzas bien ordenadas, pero no pudimos tanto ordenarlas que algunos no se desmandasen arremetiendo para los moros, de manera que con espingardería y ballestería que llevaban y con algunos ribaudaquis (1) que de los guardas despararon, obrando en ello Nuestro Señor Jesu-Christo, los infieles fueron desbaratados, y los más de ellos fuyeron y..... otros se retraxeron con el dicho rey de Granada á la misma montaña de donde habían partido, y fuyendo se dejaron muchas armas y fardaje. El día siguiente llegó parte de nuestra artillería junto á esta ciudat, que las lombardas gruesas, por la grande aspereza del camino, no pudieron pasar. Los moros de la dicha ciudat, visto el desbarate de los de la sierra é vista la dicha artillería, spantados de aquélla y teniéndose por perdidos, ca por la aspereza de la tierra no creían pudiese alguno della acá venir, é luego antes de descargar cosa alguna de la dicha artillería, nos enviaron á suplicar de partido y que nos dexarían la ciudat, lo cual por ganar tiempo y por evitar la muerte de cristianos, nos plugo aceptar; y así con la ayuda del Señor, á la potencia del cual es todo de atribuir, hoy viernes que contamos XXVII del presente, la dicha ciudat se nos ha entregado, y damos orden que los moros que dentro stavan se vayan seguros adonde bien les venga. Había dentro de aquélla CC captivos cristianos, los quales en averlos redimido y sacado de poder de los infieles, ha sido obra muy meritoria y de que nuestro Señor Dios recibe grande servicio. De lo cual nos assi

(1) «Ribadoquín», culebrina de poco calibre.

como somos obligados le facemos infinitas gracias, rogándoos fagáis lo semejante, y deys orden como se fagan procesiones en esa ciudat, alabando y glorificando á Nuestro Señor de lo que fecho se ha, y suplicándole nos faga merced de llegar al fin desta sancta empresa. De lo que más adelante succeirá, por vuestro placer vos mandaremos avisar. Dat en el nuestro real delante de nuestra ciudat de Vélez-Málaga á XXVII de abril anno de Mil CCCCLXXXVII. Yo el Rey.»

Después de la rendición de Vélez, todas sus alquerías y las de la sierra de Bentomiz, juntamente con las poblaciones situadas al oriente de Málaga, incluso la fortaleza de Comares, se dieron á los cristianos; los cuales, aprovechando el prestigio y la oportunidad de tanta victoria, decidieron pasar seguidamente á poner cerco á la ciudad de Málaga. Y aquí, antes de dar por terminado este capítulo, creo oportuno trasladar también lo que, acentuando la frase, dicen á este propósito los autores árabes que tengo á la vista.

Pusieron sitio á la capital, dicen, *no obstante que, por haberse sometido al emir Abu Abdallah* (Boabdil), *se hallaba comprendida en el tratado de paz ajustado con el Rey cristiano. Sin querer hacer memoria de tal concierto acampó el infiel delante de Málaga, ampliamente aparejado de toda suerte de municiones. Antes de este suceso,* añaden, *y á la sazón de tener puesto cerco á la ciudad de Vélez, mandó el pueblo de Málaga un presente al Rey cristiano por medio de su alcaide, que era alguacil del sultán Abu Abdallah, con la mira de congraciarse con él. Acompañaban al alguacil el alcaide de Jerez, que había caído cautivo cuando la derrota de los cristianos cerca de la ciudad; pero desentendiéndose el Monarca castellano de aquellas muestras de rendimiento, persistió en su determinación, dando por toda excusa la de que Gibralfaro, fortaleza de Málaga, obedecía al sultán de Guadix,* que



así llamaron los árabes al Zagal desde que fué arrojado del Alhambra por la revolución acaecida en Granada.

Como se ve por estas líneas, el autor árabe que las escribe, aunque contrario evidentemente á la política y bando de Boabdil, pone especial empeño en hacer notar la conducta de Don Fernando, presentándola como poco correcta en aquella ocasión, ya que, sin duda alguna, Málaga estaba comprendida en el concierto.

Pero no fué el comportamiento del Rey tan desconforme con lo pactado como á primera vista se desprende de las líneas transcritas. Hubo causa que le obligó á proceder de aquella suerte.

Pocos días antes de rendirse Vélez, había pasado al real de Don Fernando el alcaide de Málaga Aben Comixa, hermano del alguacil ó ministro de Boabdil, á quien acompañaba un caballero castellano llamado Juan de Robles, que estuvo mucho tiempo cautivo en Málaga y acababa de librarse por trueque con el alcaide moro de Alora. Iba Aben Comixa á entenderse con el Rey de Castilla, en nombre de los de Málaga, como confederados que eran de Boabdil, y por consiguiente comprendidos en el pacto.

Precisamente en aquellos días ocurrió en Granada la revolución por la que el Zagal fué arrojado del trono, y muchos de los vencidos pasaron á Málaga donde aquél tenía aún raíces y en el castillo un cuerpo de tropas. Y como entendieran los partidarios del Zagal que estaba Aben Comixa en pláticas con el Monarca aragonés, aprovecharon su ausencia para mover tumulto en la ciudad, se apoderaron de la Alcazaba, dieron muerte á cuantos hallaron dentro y amenazaron hacer lo propio con los que quisieran reducirse á la obediencia de los Reyes de Castilla. Ayudó

á esto Hamet el Zegrí, caudillo famoso en aquellas guerras, á quien el Zagal había dado en guarda el castillo de Gibralfaro, donde estaba con gentes de los Gomeres, llegadas de Africa recientemente para sostener su causa.

Novedad tan honda en el ser y estado de las cosas no podía menos de influir en el ánimo y acuerdo de Don Fernando, que en el acto y resueltamente marchó con su hueste sobre Málaga. No era ocasión aquella ciertamente para mantener el concierto, tocante á Málaga al menos; y que sólo á esto se limitó el quebranto y en todo lo demás hubo de quedar el tratado incólume, lo demuestra el que, precisamente por aquellos mismos días, accediendo á instancias apremiantes de Boabdil, ordenó Don Fernando que pasara á Granada Gonzalo Fernández de Córdoba con refuerzo de mil caballos y dos mil infantes, cuyo socorro sirvió para que el rey Chico se asegurase en el trono y acabara de echar de la ciudad toda la gente que le era enemiga.

Por esta vez, como se ve, el Rey de Aragón y de Castilla fué leal á lo pactado, aunque así no aparezca del relato de los cronistas, quienes pasan directamente del sitio de Vélez al de Málaga, con lo cual queda sin decir todo cuanto de referir se acaba y Don Fernando con nota difamante por haber roto el convenio. Tan cierto es que en historia, como en todo, no se puede discurrir por impresión, ni se puede juzgar á un hombre público por lo que de él se dice y hasta por lo que él ejecuta, sin antes conocer las causas y antecedentes del acto por el cual se le somete á juicio de residencia.

CAPÍTULO XV

SITIO Y CONQUISTA DE MÁLAGA

(1487)

Opinión del reino en contra de Málaga. — Lo que esta ciudad era para los moros. — Por qué se llamaba á Granada metrópoli de ciudades marítimas. — Se presenta Don Fernando á poner campo sobre Málaga. — Se intima la rendición á la plaza. — Proposiciones que se hacen á Hamet el Zegrí. — Contestación espartana de éste. — Misión peligrosa de Hernando del Pulgar. — Queda puesto el sitio. — Primera batalla. — Muerte de Ortega del Prado. — Repetidos asaltos á los arrabales. — Llegada de la Reina al campamento. — Se estrecha el cerco. — Nueva intimación á la plaza. — Fiereza de Hamet el Zegrí. — Ataque á la ciudad. — El estandarte del marqués de Cádiz. — Batalla nocturna. — Noble acción de Ibrahim Zenete. — Peligros y fatigas del cerco. — El Zagal intenta socorrer á Málaga. — La expedición de socorro es derrotada por fuerzas de Boabdil. — Embajada de éste á los Reyes de Castilla. — Reciben también éstos á los embajadores del rey de Tremecén. — El *moro santo*. — Efecto de sus predicaciones en Guadix. — Sale para Málaga con cuatrocientos hombres. — Ataque á las estancias del marqués de Cádiz. — Prisión del *moro santo*. — Su intento de asesinar á los Reyes. — Precauciones tomadas en el real. — Hambre en la plaza. — Abundancia en el real. — El duque de Medina Sidonia. — Desesperada resistencia de la ciudad. — Peleas incesantes. — Qué máquinas de artillería se usaron en aquel sitio. — Aparece otro *moro santo*. — Asalto de las torres y toma del puente. — Consternación en la ciudad. — Embajada de los habitantes á Hamet el Zegrí. — Asegúrales éste una próxima victoria. — Batalla decisiva. — Derrota de los moros. — Hamet el Zegrí abandona la ciudad á su suerte y se encierra en el castillo. — Alí Dordux y otros moros de la ciudad se presentan en el campo. — Airada respuesta de Don Fernando. — Noble actitud de Doña Isabel de Castilla y sus deseos de perdón y clemencia. — Triunfa en el Consejo la actitud intransigente del

Rey. — Desesperación de los habitantes de Málaga. — Envían otra embajada al campo pidiendo capitulación. — Resuelta negativa de Don Fernando. — Dureza é intransigencia del Rey. — Órdenes para el asalto. — Demanda de parlamento y carta de los moros de la ciudad á Don Fernando. — Contesta el Rey por escrito. — Se entregan los habitantes á merced del Rey. — Sospechosa conducta de Alí Dordux. — Desolación de Málaga y lamentos de sus habitantes. — Entra el ejército en la ciudad. — Rendición del castillo de Gibralfaro. — Triste suerte de Hamet el Zegrí, de los defensores y de los habitantes de la ciudad. — Rescate, donación y venta de esclavos. — Libertad de cautivos cristianos. — La carta con que el Rey participó la toma de Málaga al arzobispo de Zaragoza. — Reparto de bienes y haciendas. — Regreso de los Reyes á Córdoba.

También es de notar, insiguiendo en la serie de consideraciones apuntadas al final del anterior capítulo, que las circunstancias eran muy comprometidas y sobradamente difíciles para Don Fernando, con pacto ó sin él, y que el país todo, la opinión pública, según hoy se diría, la voz del reino, como entonces se llamaba, le constreñían y apremiaban para que cayera sobre la ciudad que ya entonces se apellidaba, como hoy mismo, *Málaga la bella*. El Rey de Aragón y Castilla, virtualmente empujado por las corrientes, no podía hacer otra cosa.

Toda la esperanza de la conquista del reino de Granada y del fin de aquella guerra, que tantos hombres arrancaba á la tierra y tanto caudal al Tesoro, se ponía en la expugnación de la ciudad de Málaga, porque por su costa les llegaba á los granadinos, y á todo el reino de los moros que se tenían en defensa, el socorro de gente y provisiones de armas y caballos de los estados de Túnez y Tremecén, de Fez y Trípoli. De todas cuantas plazas poseían en España los moros, era Málaga la mejor y la más rica, la más bella en más fértil y abundante territorio, la que verdaderamente nutría y daba prosperidad, esplendor y vida

al imperio muslim de España. De ella partían las naos que llevaban hasta las apartadas tierras de Egipto y Siria los productos del comercio y de la industria del árabe español, y á ella llegaban los buques que traían el dinero de limosna para sueldo de la gente que en el país defendía en guerra santa la secta de Mahoma.

Málaga era el emporio del comercio en el reino mahometano de España; era el puerto de Granada; era el almacén y depósito de todo lo que venía para mantenimiento y representación del reino moro; y el mar era la gran vía por donde llegaban los caudales, los auxilios, los refuerzos, la gente, todo lo que el imperio muslim necesitaba para su auge, sostén y pujanza, á fin de que no pudiera venir á términos de acabamiento y ruina.

No en vano, pues, los moros llamaban á Granada metrópoli de ciudades marítimas, frase que se lee en todos los documentos é historias de aquel tiempo, y que alguien de cuenta ha criticado, por creer candorosamente que sólo puede ser metrópoli de ciudades marítimas la que tiene el mar á sus puertas mismas, como si Madrid, por ejemplo, que jamás vió el mar, no hubiese sido metrópoli de Indias, y no lo fuese aun hoy de todas las ciudades marítimas de España.

Era voz en Castilla y en España toda que no se tomaría á Granada si antes no se acababa con Málaga, por ser ésta la fuerza que sostenía el imperio árabe. Así decían que, para llegar á Granada, se tenía que pasar por Málaga. Por esto Don Fernando, aun teniendo sobre sí el compromiso del tratado de Córdoba y de Loja con Boabdil, se hubiera visto siempre precisado á intentar algo sobre Málaga para responder á la voz del reino.

Rendida ya la ciudad de Vélez, y puesto en ella su correspondiente alcaide y guarnición, como se hizo

también con las fortalezas y lugares de Bentomiz, Comares, Canillas, Narija, Xedalia, Almeixa y todos cuantos castillos siguieron la suerte de Vélez, el rey Don Fernando pasó á poner su campo sobre Málaga. Antes, empero, quiso intimar la rendición á la ciudad, y esto hizo al llegar á Besmeliana, desde donde envió dos emisarios á Hamet el Zegrí, encargados de ventajosas proposiciones para el caudillo árabe, para los demás capitanes y para los principales de la plaza.

Seductoras eran las ofertas. Si Hamet el Zegrí rendía la fortaleza de Gibralfaro, dábanle la villa de Coín y cuatro mil doblas de oro; á cada uno de sus dos capitanes, Ibrahim Zenete, y Hasán, llamado éste de Santa Cruz por haberse educado en Castilla, una alquería y dos mil doblas; cuatro mil á la guarnición del castillo; y á los de la ciudad lo que quisieran, siempre que saliesen de ella ó se trasladasen á África.

Pero Hamet el Zegrí, conocido por su fiereza y su odio á los cristianos, de carácter batallador y entero, de valor indomable, con grandes condiciones de capitán, el ánimo dispuesto siempre para la guerra y nunca el corazón para la paz, contestó gallardamente que su rey le había dado la ciudad para defenderla, no para entregarla.

Aun con esta respuesta, insistió Don Fernando en su propósito, y quiso que se hiciese una intimación pública ante el pueblo, para que todos supiesen el partido ventajoso que tendrían en caso de someterse. Dió cargo de esta misión, en realidad muy peligrosa, á Hernando del Pulgar, el de la hazaña de Alhama, y el de otra no menos famosa, realizada en Mayo de 1486 con la toma del castillo del Salar, de cuya fortaleza se apoderó con un puñado de gente en día para él de gloria inmarcesible. Recibió Hernando del Pulgar el encargo de penetrar en Málaga y entenderse

con Alí Dordux, opulento negociante de aquella ciudad, que era personaje muy influyente, adicto á Boabdil, y luego lo fué mucho más á los Reyes de Aragón y Castilla, que más tarde, por su fidelidad, le nombraron alcalde mayor sobre los demás alcaldes que quedaron gobernando en la tierra de Málaga.

Cumplió con su arriesgada comisión Hernando del Pulgar; entró en Málaga con sólo un escudero de su confianza; congregó á Alí Dordux y á otros colegas suyos, á los cuales expuso su embajada; pero ya las cosas no estaban en sazón, pues que Hamet el Zegrí se había impuesto con el terror. Triunfante la conjura de que antes se ha hablado y muerto el hermano de Aben Comixa, que era jefe del bando de Boabdil y alcaide de la Alcazaba, ésta se hallaba ya en manos de Hamet el Zegrí, quien con sus gomeres africanos y con la Alcazaba y el castillo de Gibralfaro, era entonces señor absoluto en Málaga, dueño de vidas y haciendas. Hernando del Pulgar se vió muy comprometido en la plaza, de la que con dificultad pudo salir para volver al campamento, aunque esto, tratándose de varón de tan especiales cualidades, no debía de ser cosa de mucha monta, ya que en mayores peligros y compromisos hubo de hallarse andando el tiempo, y todos los venció con el arrojo y la bizarría que señalan las historias.

Quedó puesto sitio á Málaga á primeros de Mayo de 1487, no sin antes haberse empeñado dura batalla, que hubo de iniciarse por tomar la cumbre de un monte briosamente defendido por los moros, desde donde se hubiera podido hacer grave daño á los del real. Con apoderarse de este punto, lo cual sólo se consiguió después de muy sangriento combate, los cristianos consiguieron, por una parte, guardar el real, y por otra, dominar el castillo que los moros lla-

maban de Guebelfaro, corrompido hoy el nombre en Gibralfaro.

En el combate de este monte, ó en otro de los que se sucedieron inmediatamente para ganar las torres del arrabal, pereció aquel Ortega del Prado, vencedor de Alhama y de Zahara, en quien tenía confianza absoluta Don Fernando, y cuya industria y valentía tan provechosas habían sido en aquella guerra.

Málaga quedó por fin estrechamente cercada: por mar, con las galeras catalanas de Galcerán de Requeséns, que trajeron desde Vélez todo el material de la artillería menuda; y por tierra, con las estancias y batallas oportunamente distribuídas, al mando cada una de su jefe respectivo, que eran el marqués de Cádiz, el alcaide de los Donceles, Don Diego Fernández de Córdoba; el conde de Cifuentes, el conde de Feria, el clavero de Calatrava, Don Gutierre de Padilla; el conde de Benavente, el conde de Ureña, el duque de Nájera, Don Fadrique de Toledo, Don Hurtado de Mendoza, el maestre de Santiago Don Gutierre de Cárdenas y Don Alonso de Fonseca.

Con estas estancias y otras menos importantes que se distribuyeron en los puntos intermedios, se constituyó el cerco por tierra, formando un semicírculo desde el cerro ocupado por el marqués de Cádiz hasta las torres en que se situó Fonseca. Las baterías principales se levantaron, una en la estancia del marqués de Cádiz, con cinco lombardas para batir el castillo de Gibralfaro, y otra con seis en la del maestre de Santiago, además de otros tiros en parajes diferentes considerados de importancia.

Preparado todo convenientemente, se comenzó á batir la plaza de día y de noche, sin dar punto de tregua ni de reposo, y siguiéronse continuados asaltos á las torres de los arrabales, que se tomaron con pér-

didas costosas de una y otra parte; pues si el moro peleaba con bravura y desesperación, no eran ciertamente menores el arrojo y el empeño del cristiano.

Dicen que el conde de Cifuentes fué quien primero aportilló un torreón del arrabal, por cuya brecha intentó dos asaltos, protegido en uno de ellos por el duque de Nájera y el comendador de Calatrava; mas cuando ya algunos castellanos habían izado sus banderas en el baluarte, los moros, que tenían minada aquella parte del muro, la hicieron volar, hallando así los asaltantes la muerte en el seno mismo de la victoria. Por otra brecha abierta en otro lienzo del arrabal penetraron también algunos intrépidos cristianos, y, envueltos por los enemigos en aquellas tortuosas calles, tuvieron la misma triste suerte que sus compañeros.

En los continuados ataques que se dieron á los arrabales, la pelea anduvo muy reñida. *Fué necesario,* dice el cronista Pulgar, *el esfuerzo del corazón juntamente con la fuerza de las manos, porque la pelea en aquellos lugares fué tan ferida, que no se ganó paso de aquellos arrabales que no fuese regado con sangre de los unos é de los otros.* Al fin los moros, cuando no pudieron sufrir ya más la fuerza de los cristianos, se retrajeron á la ciudad, y así quedaron los castellanos apoderados de la mayor parte de los arrabales.

Por este tiempo se declaró la epidemia en algunos pueblos de la comarca, amenazando propagarse al campamento, donde no faltaron algunos que, descontentos por este motivo y por lo largo que se hacía el sitio, desertaran pasándose al enemigo. Una vez en la ciudad, quizá para congraciarse con los sitiados, hicieron correr la voz de que el cerco iba á levantarse en vista de tanta penalidad y estrago; que la Reina, temiendo la pestilencia, escribía de continuo al Rey,

y así se lo aconsejaba; que tal era también la opinión de muchos capitanes; y con estas falsas nuevas dieron mayores bríos á los moros, que, envalentonados y soberbios, renovaron con furia las salidas y opusieron más cruda resistencia.

Y como en efecto el sitio amenazaba prolongarse y era también cierto que comenzaba á notarse algún desaliento en el real con la porfía que mostraban los de la plaza y las fatigas del campamento, Don Fernando, que en manera alguna quería alzar el sitio, decidido á perecer en él de no entrar triunfante en Málaga, acordó enviar un mensaje á la reina Doña Isabel para que con toda su corte se presentara en el campo, con sólo lo cual se daría bien claramente á entender lo resueltos que estaban los Reyes de Aragón y de Castilla á no cejar en su empresa.

Al recibir el mensaje del Rey, Doña Isabel, sin vacilación de ninguna clase, partió de Córdoba, donde estaba, y se presentó en el campamento, acompañada de Mendoza, el gran cardenal de España; del obispo de Ávila, Fr. Hernando de Talavera; de todos los de su Consejo y altos dignatarios; de su hija la infanta Isabel y de gran número de damas y caballeros de su corte, con la gala y fausto que se podía desplegar en una excursión de campo y de recreo, como despreciando el peligro ante la seguridad del éxito. Salieron á recibirla el marqués de Cádiz y el maestre de Santiago, que la escoltaron hasta su tienda, en medio de regocijo y aclamaciones generales, pues con su venida al real pareció á todos que se aliviaban los trabajos sufridos y alentaban los esfuerzos futuros.

En cuanto hubo llegado la Reina, mandó Don Fernando apretar el cerco, hacer cavas y palizadas en todos los sitios que más lo necesitaban; y como sólo había hecho maniobrar las piezas de artillería de me-

nor calibre, por no causar mayor ruina en los hermosos edificios de la ciudad, dispuso entonces que se asestaran contra la plaza los más gruesos cañones y las más grandes máquinas. Antes, empero, de romper el fuego, procedió á intimar de nuevo la rendición, dando por última vez á escoger entre someterse con las liberales condiciones que antes había comunicado, ó perder la ciudad en ruinas y quedar reducidos á esclavitud todos sus habitantes. El indómito Hamet el Zegrí contestó con rotunda y fiera negativa y despidió con aspereza á los emisarios, dándoles escolta para que ningún moro de la población pudiese hablar con ellos. En seguida publicó una alocución para exaltar á los suyos, organizó la policía y decretó pena de muerte para todo el que pronunciara sólo la palabra capitulación.

Y según lo dijo lo hizo. Una comisión de padres de familia, de negociantes y propietarios, acudió al castillo de Gibralfaro, se presentó al gobernador Hamet y le expuso varias razones respetuosamente acerca de los peligros y ruina que amenazaban á la ciudad con tan irreflexiva resistencia. Hamet oyó en silencio su razonamiento y sólo desplegó sus labios y alteró su impasibilidad para llamar á sus salvajes gomeres, á quienes dió orden de prender á todos y conducirlos á la plaza pública para ser degollados en el acto, á la vista del pueblo. Cumplido fué tan feroz mandato, y con tan ejemplar castigo los hombres más pacíficos, los mismos que nunca manejaron un arma, se presentaban á pelear en los puestos más peligrosos, toda vez que arriesgaban menos en exponer su pecho á los tiros del cristiano que en desafiar las iras de su alcaide.

Para dar comienzo al combate mandó Don Fernando disparar á un tiempo mismo todas las baterías

asestadas contra la plaza. Sonó una detonación horrenda, como nunca habían sentido igual los moradores de Málaga; retembló el suelo y pareció que la ciudad iba á hundirse entre ruinas, á tiempo que se desmantelaban las torres del castillo de Gibralfaro, que caían algunas casas y que muchas piedras del muro rodaban por el foso.

El marqués de Cádiz, encargado de batir el castillo, tenía aquel día una afrenta que vengar. Durante la tarde anterior había ido la reina Doña Isabel á visitar la estancia del marqués; y cuando éste se hallaba más ocupado en agasajar á su soberana, vió de pronto aparecer en el más alto torreón de Gibralfaro su propio estandarte, el que perdió un día en la fatal jornada de la Ajarquía y que, recogido por Hamet el Zegrí, mandó éste colgar, volcado al revés y humillado, de lo alto de una verga. Al siguiente día de este suceso, el marqués hizo jugar todas sus lombardas contra la torre hasta que consiguió desalmenarla, y aproximó sus trenes y atrincheramientos á tiro de ballesta del formidable baluarte.

Lejos de intimidarse la guarnición sarracena, intentó una salida á hora bastante avanzada de la noche. Dos mil feroces gomeres, mandados por Ibrahim Zenete, segundo de Hamet el Zegrí, asaltaron de repente la estancia del marqués de Cádiz, á tiempo que éste se había ya recogido en su tienda. En el primer momento de la sorpresa, todo fué confusión en el campo; y despavoridos los cristianos con el repentino tumulto que interrumpió su sueño, echaron á correr, sembrando la alarma por todas partes. El marqués, que á medio armar salió precipitadamente de su tienda, tuvo no poca dificultad en ordenar á los suyos y no poco trabajo en rechazar el asalto y ahuyentar al moro. Sólo lo consiguió después de brava y mor-

tífera pelea y de recibir una herida de saeta en un brazo, á raíz de haber escapado más difícilmente de otro riesgo, cual fué el de una bala de arcabuz que, atravesando su escudo, le pasó igualmente la coraza, si bien, por llegar ya fría, no le causó ningún daño.

Si al principio de este asalto nocturno, cubiertos por las sombras de la noche, pudieron los gomeres conseguir alguna ventaja, matando á varios cristianos que hallaron dormidos y luego á muchos de los que salieron fugitivos y á cuyo alcance fueron, no tardaron en tener que huir á su vez, en cuanto el de Cádiz pudo ordenar su batalla y caer sobre ellos. Más de doscientos moros quedaron tendidos en el campo, y los otros corrieron á ampararse de la ciudad, donde los metieron á lanzadas los que habían acudido al rebato, según frase de Bernáldez.

Cuéntase, á propósito de este combate, aun cuando algunos lo refieren como posterior, un lance que dió motivo á que se aplaudiera una noble acción de Ibrahim Zenete. Al penetrar éste en una tienda de cristianos, tropezó con dos ó tres mozalbetes que despertaron asustados al encontrarse frente al africano, quien se limitó á darles con el cuento de su lanza, diciéndoles: —*Ea, rapaces, id con vuestras madres.* Reconviniéndole luego los otros moros porque les había dejado ir con vida, Ibrahim contestó sencillamente— dice el cronista, vertiendo al castellano de su tiempo las palabras del sarraceno:—*Non los maté porque non vide barbas.* Al tenerse noticia de lo ocurrido, todos los del real aplaudieron el hidalgo proceder del musulmán, á quien encomia mucho Bernáldez, el Cura de los Palacios, que dice en estas ó parecidas palabras:—*Es un infiel que merecía ser cristiano.*

El sitio fué estrechándose y batida la plaza cada

vez con más tesón é insistencia. Por su parte, los moros parecían aumentar en coraje y fiereza, y fatigaban á los sitiadores con salidas repentinas y bruscos acometimientos; de modo que la pelea era incesante y continuos el peligro y la alarma así en el campo como en la ciudad, la cual era castigada de sol á sol por el fuego de las baterías del campamento y de las naves, mientras que de noche caían sobre los edificios pellas encendidas que todo lo abrasaban. Fué sitio famoso el de Málaga y esforzada defensa la de esta ciudad. No hubo, de seguro, durante aquellas guerras épicas otro cerco que más memorable fuera, ni en el que los moros mostrasen más valor y porfía, los cristianos más temeridad y empeño, más constancia y resolución Doña Isabel, más carácter y dureza Don Fernando, ni en el cual y para el cual se hicieran más costosos sacrificios por parte del pueblo y de los grandes.

Por aquel tiempo Abdallah el Zagal, que se hallaba retraído en Guadix llorando sus desdichas y desventuras, tuvo noticia de lo apurada que se hallaba la ciudad de Málaga y de cómo su capitán Hamet el Zegrí estaba haciendo desesperados esfuerzos para su sostén y guarda. Intentó entonces socorrerla sin tardanza; y aunque venido tan á menos por traiciones y rivalidades de los suyos, desmayado el ánimo y menguado su tesoro, consiguió levantar un cuerpo de caballería, y dándole por jefe un capitán aguerrido, lo envió en socorro de la plaza sitiada. Mas allí estaba en acecho para impedirlo, no ciertamente el cristiano, sino el moro mismo. Supo lo del socorro Boabdil, nunca como en aquella ocasión tan miserablemente traidor á los suyos, y mandó numerosa fuerza contra la del Zagal, á la que derrotó y deshizo cruelmente, turbando su marcha é impidiendo así

que Málaga recibiese auxilio. No tuvo Don Fernando quien mejor le sirviera en mayor caso.

Y entonces, ufano y satisfecho Boabdil como si hubiese realizado una buena y noble acción, *envió sus embajadores al Rey y á la Reina de Castilla faciéndoles saber el vencimiento que ovo contra aquellos moros que los iban á deservir.* Al propio tiempo les ofreció un rico presente de caballos árabes lujosamente enjaezados para Don Fernando, y preciosas sedas de tela y oro, perfumes orientales, elegantes vestes y joyas de labores primorosas para Doña Isabel. Más aún: los embajadores llevaban el encargo especial de cumplimentar á los Reyes por sus triunfos, y manifestarles, Pulgar es quien lo dice, *cómo era informado que en la cibdad de Málaga se disminuian los mantenimientos, é que mandasen poner grande guarda por mar é por tierra, de manera que no pudiesen ser socorridos de gente, ni de provisiones, é que con esta guarda sin otro combate habrian presto la cibdad.* Ruin embajada y miserable consejo de quien así tomaba á su cargo el ser á un tiempo mismo delator, traidor y espía. Los pactos de Córdoba daban sazonado fruto. Naturalmente había de agradecerlo Don Fernando, que así veía triunfar su política, y renovó á Gonzalo de Córdoba y demás capitanes alcaides de fortalezas contiguas á Granada, la orden de ayudar á Boabdil, facilitarle recursos y asegurar á sus súbditos el derecho de cultivar sus campos y traficar con los españoles en todo género de mercancías, excepto en efectos militares.

Otra embajada recibieron también los Reyes por aquel tiempo en su real de Málaga. Llegaron representantes del príncipe africano rey de Tremecén, que traían un presente de caballos moriscos con jaeces de oro y albornoces para el Rey, y con vestiduras de seda, ajorcas de oro y plata, joyas y perfumes

para la Reina. Su misión era la de saludar á los Reyes de Castilla, proponerles un tratado de paz y amistad, y pedirles seguro y protección para sus naves y súbditos contra los cruceros españoles del Mediterráneo. Los monarcas accedieron gustosos á esta última petición: mandaron á sus capitanes de mar que no hiciesen guerra ni daño á naves y súbditos del rey de Tremecén, y aceptaron las proposiciones de paz y amistad, mientras no se ayudase á los moros de Granada con gente, armas ni municiones. Con este mensaje despacharon á los embajadores, y contestaron al regalo con el de una bandeja de oro, en la cual se veían primorosamente esculpidas las armas reales. Algo indicaron aquellos embajadores en favor de los malagueños; pero á esto contestó Don Fernando con rotunda negativa.

En cambio de estos faustos sucesos, no tardó en ocurrir otro que pudo traer fatales consecuencias y que estuvo á punto de poner en peligro la vida de los Reyes.

Vivía en una aldea cerca de Guadix un moro anciano llamado Abraham Alguerbi, natural del reino de Túnez, conocido por *el moro santo,* pues que hacía vida de ayuno y penitencia, encerrado en la cueva de un monte, donde el vulgo suponía que era visitado por un ángel mensajero de Mahoma, que bajaba á revelarle misterios de la religión. Presentóse un día este visionario en las calles de Guadix, pálido el rostro, extenuado el cuerpo y encendidos los ojos. Convocó al pueblo en una plaza y declaró que Alá le había revelado, allá en su cueva, el medio de libertar á Málaga y de confundir á los infieles que la cercaban. Escucháronle los moros con atención, y hasta cuatrocientos de ellos, fiando en las palabras del iluminado, se ofrecieron á seguirle y obedecerle ciega-

mente. Casi todos eran de la tribu de los gomeres, rudos y salvajes, y ardían en deseos de socorrer á los de su parcialidad, que eran quienes más principalmente formaban bajo el mando de Hamet el Zegrí la guarnición de Málaga.

Los cuatrocientos, con el moro santo, se pusieron en camino para esta ciudad, marchando de noche por sendas ignoradas al través de las montañas y ocultándose de día. Así llegaron á unas alturas cerca de Málaga, y dieron vista al real cristiano. La estancia ó campamento del marqués de Cádiz, por la parte que se extendía desde la falda del cerro, frente de Gibralfaro, hasta la orilla del mar, pareció ser el punto más fácil de combatir, y así lo dispuso el moro santo. Según sus órdenes, los cuatrocientos se acercaron aquella noche al campamento y permanecieron escondidos hasta romper el día. Á esta hora, cuando apenas se divisaban los objetos, dieron furiosamente y de improviso en las estancias del marqués, con ánimo de abrirse camino hasta la ciudad. No lo consiguieron. Estaban allí los castellanos amurallando el paso; y aunque salteados por sorpresa, resistieron bizarramente y pelearon con los moros, doscientos de los cuales quedaron en el campo muertos ó prisioneros. Los doscientos restantes se dispersaron, y algunos pudieron llegar á la plaza, escurriéndose por los fosos unos, y echándose al mar los otros para ganar el muro de la orilla.

El moro santo ó el santón, según vulgarmente se llama á esos iluminados, no tomó parte alguna en el combate. Permaneció todo el tiempo á un lado, retraído, de rodillas, con las manos alzadas al cielo, como absorto y en oración, sin fijarse en lo que pasaba, cual si tuviera el espíritu en rapto, y así, en tal postura, le encontraron las gentes del marqués de

Cádiz, que rondaban en busca de fugitivos. Interrogado, contestó que Alá le había revelado todo lo que acababa de acontecer en aquel sitio, y que era poseedor de importantes secretos, los cuales sólo podía revelar al Rey y á la Reina de Castilla, si le llevaban á su presencia.

Mandó el marqués que así se hiciera, pues creyó notar en el moro algo de misterioso, y supuso que acaso era portador de algún mensaje secreto de Boabdil. Fué irreflexiva generosidad, porque sin registrarle ni atarle, arropado en su albornoz, conforme lo encontraron, se le condujo á la tienda de los Reyes, rodeado por las gentes que le llamaban el moro santo, ya que pronto había cundido por el campo la fama del supuesto profeta.

Hallábase el Rey durmiendo la siesta cuando llegaron á la tienda, y la Reina, aun cuando deseaba ver á aquel hombre singular, de quien ya le habían hablado, mandó que le guardasen hasta que el Rey despertara. Le entraron, pues, en la tienda inmediata, donde estaban algunas personas de suposición, y entre ellas, la amiga y dama de Doña Isabel, Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, que jugaba al ajedrez con Don Álvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza.

El moro, que no entendía el castellano, creyó, por el aparato y magnificencia, que le habían entrado en la tienda real, y que Don Álvaro y la marquesa eran el Rey y la Reina. Pidió entonces por señas un jarro de agua, que luego le fué traído; y levantando el brazo para tomarlo, apartó el albornoz con disimulo, soltó el jarro, tiró de un terciado ó espada corta que tenía oculta en los pliegues del albornoz, y arrojándose de improviso sobre Don Álvaro, dióle tan fiera cuchillada en la cabeza, que le postró por tierra y puso

á punto de morir. En seguida se volvió contra la marquesa, á quien tiró otra cuchillada, aunque no con igual acierto, por haber tropezado el arma con un palo de la tienda. La ceguedad del fanatismo es cien veces más cruel que el furor de la venganza.

No se le dió tiempo para más. Se arrojaron sobre él Ruy López de Toledo, el tesorero de la Reina, y un religioso llamado Fray Juan de Velalcázar, quienes le sujetaron, hasta que á los gritos y tumulto acudieron los guardias, que allí mismo le hicieron pedazos, mientras que otros acudían al socorro del herido Don Álvaro, que tardó mucho tiempo en curar y reponerse.

Alborotado en esto el real, mientras corrían todos á las armas, salió desolada la Reina á los gritos de la marquesa de Moya, y se presentó el Rey, interrumpido en su sueño, para impedir que se matara al infiel, á quien deseaba interrogar personalmente. Era tarde. Abraham había ya muerto destrozado á manos de los guardias, que en él vengaron sus iras, y sus miserables restos, puestos en un trabuco, se arrojaron, no sin imprudencia, al interior de la ciudad, gritando los artilleros á los moros que aparecían entre las almenas:

—Ahí va. Vino por tierra, y os lo mandamos por el aire.

Crueles y feroces chanzas de soldadesca con que se contestaba á otras parecidas de los moros, que, por ejemplo, al oir tañer las campanas de las capillas que para sus devociones habían establecido en el real los cristianos, gritaban á éstos:

—¡Para qué cencerros, si no tenéis vacas!

Poco después de haber caído en la ciudad los restos del moro santo, abríanse las puertas de aquélla para despedir un pollino cargado con un bulto, al

cual hostigaban algunos moros, haciéndole tomar la dirección del campo cristiano. Llevaba el cadáver de un caballero gallego, poco antes cautivado por los gomeres de Hamet, al cual habían asesinado en venganza de la muerte de Abraham. Recogieron los españoles el cadáver, que fué honrosamente sepultado, y á su vez los malagueños, después de guardar en un saco de seda los restos de Abraham, lavados con aguas de olores y envueltos en perfumes, los sepultaron con especiales ceremonias, llantos y tristezas.

Para evitar otro atentado de igual clase en el real, se ordenó que, á más de la vigilancia que se ejercía en las tiendas de los Monarcas, asistiese diariamente una guardia de cien castellanos y de cien aragoneses con capitanes expertos y órdenes terminantes, á fin de que no se permitiera andar por entre las estancias más que á quienes tuviesen á ello derecho.

A todo esto comenzaban á sentirse los rigores del hambre en la ciudad, tan estrechamente cercada como se hallaba por mar y por tierra. Hamet el Zegrí mandó recoger y almacenar las provisiones que quedaban á los particulares, haciéndose para esto detenida requisa, y racionó á los combatientes con cuatro onzas de pan por la mañana y dos por la noche. El resto de la población quedó entregada á sus propios recursos, consumiéndose primeramente los caballos y asnos, después perros, gatos, ratones y otros animales inmundos, cogollos de palmera cocidos y molidos, cortezas de árboles y hojas de parra picadas y aliñadas con aceites. Gran número de víctimas fué sacrificado por el hambre; los sufrimientos iban en aumento, y, perdida toda esperanza de socorro, la población veía ya en Hamet, más que un defensor, un verdugo.

Mientras que en la plaza escaseaban así los ali-

mentos, en el campo cristiano abundaban, junto con toda clase de recursos. Llegaban víveres de todas partes, que traían y convoyaban las galeras catalanas al mando de Galcerán de Requeséns, conde de Trivento, de quien poco hablan las historias, mereciendo más y también mayor aplauso, por los muchos servicios que prestó en aquella campaña; llegaban cada día tropas y voluntarios á reforzar el campamento, llenos todos de fe y entusiasmo; de Cataluña venían constantemente sumas cuantiosas, recogidas gracias á la Bula del Santo Padre, y presentóse en los reales Don Enrique de Guzmán, duque de Medinasidonia, con toda la nobleza de su casa y el resto de sus soldados para añadirlos al contingente de fuerzas que había enviado desde el comienzo de la campaña. También entregó el ilustre prócer veinte mil doblas de oro para gastos de la guerra, todo lo cual agradecieron los Reyes, muy gozosos y satisfechos, pues que aquel mismo día habían llegado más de cien naves cargadas de vituallas, municiones y pólvora, que era entonces precisamente lo que hacía más falta, y con toda urgencia se había ordenado traer de Valencia, de Barcelona, de Portugal y hasta de Sicilia, por haberse casi agotado con tan constante disparar de la artillería.

Á pesar de todo, la ciudad no daba indicios de rendirse. Antes bien, más porfía y más empeño mostraba en la defensa, cuanta más obstinación y constancia se ponía por el cristiano en la empresa. Hasta pareció acrecentarse la resistencia de los defensores, como si el valeroso Hamet el Zegrí hubiese logrado transfundirles su sangre y sus energías indomables. La fatiga, el hambre, las vigilias, las contrariedades, á nadie rendían ni postraban. Ni un día pasaba sin que por diversas partes hicieran salida los cercados

contra las estancias; eran continuos los rebatos, los ataques y los asaltos; á lo mejor, cuando menos se esperaba, á mitad de la noche y del descanso, aparecían de repente en medio del campamento turbas y taifas de sarracenos, como si brotaran de la tierra; no había cuartel, ni piedad, ni misericordia; se peleaba hasta con los puñales, y no se hacían prisioneros, pues que el que caía era hombre muerto; las luchas se prolongaban horas enteras; hubo una torre, en el muro, que tan pronto era tomada por los unos como por los otros, diez veces perdida y otras tantas recobrada, hasta que de común acuerdo se convino en abandonarla; llegó en ocasiones dadas á pelearse á la vez por mar y por tierra, encima y debajo de ésta, en su sobrehaz y en sus entrañas, cuando allí topaban los minadores cristianos con los árabes que contraminaban, siendo entonces los combates tanto más horribles cuanto más hondas y negras las tinieblas.

Y sobre todo, y por encima de todo, el disparar continuo y el estruendo incesante, inacabable, eterno, de la artillería que allí entonces, en aquel sitio de Málaga, apareció con toda su destructora opulencia, ya que se llevaron y ensayaron, algunos por vez primera, cuantos ingenios y máquinas se conocían y cuantos pudo inventar ó perfeccionar la pasmosa ciencia del ingeniero Francisco Rodríguez de Orena ó de Madrid, que en todas aquellas guerras prestó muy señalados servicios á los Reyes, de quienes fué generosamente recompensado.

El excelente historiador y académico Don F. Guillén Robles, en su hermoso libro *Málaga musulmana*, habla detalladamente de los cañones, máquinas y aparatos de guerra que se usaron en este sitio de Málaga. «Allí jugaron, haciendo terribles estragos, á más de los *falconetes, ribadoquines, cuártagos, búzanos,*

culebrinas, pasavolantes y *cerbatanas*, que formaban la artillería menuda y disparaban balas de hierro ó metralla, y á más también de los *cortaos* con que arrojaban las pellas de fuego, los cañones llamados *lombardas*, que echaban balas de piedra de siete arrobas de peso; *bastidas* ó torres de madera, movidas por ruedas, más altas que los muros, en las que cabían cien hombres, una de cuyas caras formaba hacia lo alto una pesada compuerta, la cual en cuanto la bastida estaba cerca de la muralla caía sobre ella, aplastando á los que cogía, y permitiendo que por la cubierta caída, como un puente levadizo, saltaran los soldados al adarve; *escalas reales*, aparato formado con gruesos mástiles, fijos verticalmente sobre tablones, también más altos que las murallas y movidos por ruedas, á cuyo extremo superior se subía por medio de cuerdas y poleas un cajón lleno de soldados, cuando la máquina podía colocarse cerca del adarve, para que fácilmente saltaran á éste; *mantas*, ó tablados muy fuertes, cubiertos de pieles frescas para que el enemigo no pudiera incendiarlos, unos verticales, otros horizontales, bajo cuyo amparo se colocaba la gente que quería aproximarse á la fortaleza; *manteletas*, ó sea mantas más pequeñas, bajo las cuales se guarecían los soldados individualmente ó por grupos; *bancos pinjados*, especie de tablazón parecida á los anteriores, á cuyo amparo se llevaba un *ariete* ó gran viga puntiaguda para horadar la muralla á fuerza de golpes; y, por fin, *trabucos*, que eran unos esqueletos de madera, en los cuales encajaba una bocina de metal, estibada con nervios de buey, cuya boca se volvía hacia atrás con un cabrestante; colocábanse en ella gruesas piedras ó barriles con materias incendiarias, los cuales se arrojaban á largas distancias, soltando de repente la amarra.»

Seguían acentuándose los apuros y miserias del pueblo malagueño, y llegaba ya el momento del desánimo, cuando apareció en la ciudad otro moro santo, sucesor del de Guadix, quien consiguió levantar los espíritus caídos é inspirar confianza al pueblo. Tradicionista docto, orador elocuente y fanático ciego, predicaba con fervor á la muchedumbre; blandía con una mano una cimitarra, empuñaba con la otra un estandarte blanco, y juraba y prometía por aquella sagrada enseña que cuantas provisiones tenían hacinadas los cristianos en sus reales servirían para sustento de los verdaderos creyentes, y que en un próximo venturoso día de victoria, que á él le sería revelado por un ángel del Profeta, las huestes de los sitiadores desaparecerían como aristas arrastradas por el viento.

Hamet el Zegrí, tan valiente como astuto, y cada día más obstinado en la defensa, se apresuró á favorecer á aquel auxiliar que tan inesperadamente se le presentaba. Aparentó creer en él como en un oráculo, y se apresuró á rodearle de toda veneración y prestigio. Mandó enarbolar en el castillo el blanco cendal del moro santo, como si fuera estandarte sagrado, y calmó la impaciencia de los habitantes, asegurando que lo tendría dispuesto todo para el combate decisivo el día que recibiera el aviso del iluminado, quien permaneció desde entonces junto al terrible alcaide, y apenas si abría los labios sólo para señalar el campo cristiano, diciendo: *¡Alá-Achbar! ¡Alá-Achbar!*

Un nuevo desastre vino á caer sobre los malagueños. Junto al Guadalmedina, en defensa de un puente que unía entrambas orillas y luego se llamó de Santo Domingo, tenían los moros dos torres, situadas una en cada extremo, que constituían una poderosa fortificación. Decidió Don Fernando apoderarse de ellas, y

dióle el encargo á Francisco Ramírez, su general de artillería.

Dura parecía la empresa y peligrosa, pero arrostrada fué con valor y empeño. Levantó Ramírez unas trincheras frente á la torre que daba al campo, emplazó varias piezas mayores y menores contra ella, protegidas por *mantas* y faginas, y rompió el fuego; pero al mismo tiempo mandaba abrir una mina que condujera hasta los cimientos de la torre. Cuando todo lo tuvo dispuesto, hizo como que se disponía al asalto. Los moros, al ver acercarse á los cristianos con escalas, sin pensar más que en rechazarlos, acudieron á la plataforma y al adarve; en aquel momento sonó una detonación horrible que estremeció la tierra, y allá volaban unos por los aires, mientras otros quedaban sepultados entre escombros. Rota la bóveda, cuarteado el edificio, en disposición de ser ya escalado el muro, los moros que sobrevivieron, llenos de pavor, huyeron á refugiarse en la torre del otro extremo; y no bien llegaron á ella, cuando aparecían ya coronadas de cristianos las ruinas de la otra, comenzando de torre á torre un combate terrible y sangriento, que duró por espacio de algunas horas, hasta que por fin se hicieron dueños los cristianos del puente y de la torre.

Y allí, pocos días después, en aquel puente, donde aún estaban vivas las manchas de sangre, sobre aquellas ruinas todavía humeantes de la torre, el rey Don Fernando, rodeado de sus nobles, adjudicaba á Francisco Ramírez de Orena, ó mejor de Madrid, que es como se le llama en la historia, los honores de la Orden de Caballería, distinción entonces de las más altas y ambicionadas.

La ruina de las torres y conquista del puente consternaron á la ciudad. Reuniéronse los más principales

habitantes, y puestos á su frente un alfaquí de mucho prestigio y el acaudalado negociante Alí Dordux, que gozaba de gran autoridad por descender de una rama de los antiguos reyes de Granada, pasaron al castillo de Gibralfaro para manifestar á Hamet que la ciudad no podía ya más con tanto estrago y ruina, y creían llegada la hora de acabar aquella resistencia temeraria, con la cual no quedaría en la plaza piedra sobre piedra. Hamet recibió á aquellos embajadores con más piedad que á los primeros, limitándose á decirles que tenía una esperanza, que el moro santo le había revelado el secreto de una victoria inmediata, y que iba á librarse el combate decisivo, cuya señal sería la desaparición de la bandera blanca del profeta que ondeaba en la más alta torre de Gibralfaro.

Efectivamente, al siguiente día tuvo lugar la batalla definitiva. Hamet el Zegrí salió de la plaza al frente de la guarnición, dispuesto á la última prueba y á jugar el todo por el todo en un asalto al campo cristiano, que era verdadera temeridad, un golpe de locura y desesperación ó un acto de sublime heroísmo. Era tan poderoso el sitio puesto por Don Fernando; tan formidable la línea de circunvalación, así de mar como de tierra; había aumentado tanto la hueste cristiana con la llegada de los últimos refuerzos, que Hamet el Zegrí no podía creer en la posibilidad de la victoria, ni aun siquiera en la de abrirse paso para una fuga. Iba, sin duda, decidido á morir con todos los suyos, á perecer en el campo con la muerte del héroe antes que hacer entrega de la ciudad con la resignación del capitulado. Si era éste su objeto, no pudo lograrlo. Y ciertamente que más le hubiera valido morir en aquel caso, pues fué triste y miserable suerte la suya.

Todos los documentos históricos están acordes en decir que el combate fué horrendo, como mayor no lo tuvieron aquellas guerras de Granada, tan abundantes en ellos. Al apuntar el día salió al campo la guarnición repartida en cuatro secciones ó batallas. Hamet el Zegrí mandaba la expedición; al frente de los cuerpos iban sus mejores capitanes, y el moro santo, con su estandarte blanco, marchaba en la vanguardia, compuesta de los gomeres más feroces. Antes de salir, el iluminado morabito arengó á los expedicionarios, prometiéndoles la victoria y diciéndoles que pensaran más en matar cristianos que en cautivarlos, por ser esto lo que había de darles mayor gloria á los ojos de Dios y del Profeta.

Amanecía, y el campo estaba aún dormido, cuando llegaron á él los moros, con sólo los velas en guardia. Arrojáronse de súbito sobre las estancias de los maestres de Santiago y de Alcántara, y fué su acometida tan valiente, que rebasaron las avanzadas, hallando ocasión para acuchillar á muchos que estaban aún entregados al sueño. Acudió todo el mundo á las armas y se trabó la pelea.

Duró la lucha por espacio de algunas horas, lucha dentro ya del campamento, donde andaban revueltos y mezclados moros y cristianos. Cuentan los cronistas que se hicieron prodigios de valor por una y otra parte; un paso de terreno se disputaba con arroyos de sangre; los cadáveres servían unos de parapeto y otros para allanar los fosos. En lo más encarnizado del combate, el moro santo, que corría frenético en todas direcciones con el estandarte sagrado, fué herido en la frente por una piedra lanzada por una catapulta, dejándole cadáver en el acto. Esto hizo desmayar á los moros, que al ver rodar por el suelo á su profeta con el pendón sagrado, emprendieron la fuga

hacia la ciudad, sin que pudieran detenerlos Hamet y los demás caudillos. El alcaide, viendo perdida su fuerza moral, impotente para contener el desbande de los suyos, se retiró también á la plaza, haciendo frente á los cristianos, que fueron persiguiéndole hasta las mismas puertas. Gran destrozo tuvieron los moros aquel día, y no fué poco el de los cristianos.

Al entrar en la ciudad derrotado, comprendió Hamet que habia también perdido el respeto y consideración del pueblo malagueño, y se encerró con su guardia de gomeres en el castillo de Gibralfaro, renunciando en el acto la alcaidía y el mando de la plaza, que era como abandonar la población, entregándola á su propia suerte. Cuentan que en un arrebato de cólera estuvo tentado á bajar con sus gomeres á la ciudad, matar á todos, hombres, niños y mujeres, y en seguida incendiar la población, muriendo entre las llamas. Hiciéronle desistir de su propósito, y entonces mandó cerrar las puertas del castillo, y allí se quedó con sus sobrinos, Ibrahim Zenete, Hasán de Santa Cruz, los gomeres que le permanecian fieles y los renegados.

Tan pronto como los malagueños se vieron libres de la tiranía de Hamet y dueños de la plaza, convinieron en nombrar una comisión, á cuya cabeza habia de ir Alí Dordux, para proponer á los Reyes la entrega de la ciudad con tal que se les diese seguro para sus personas y bienes y se les permitiese pasar á África ó vivir como mudéjares en Castilla ó Andalucía. Pasó la comisión al campo, presentóse al comendador de León, que se encargó de transmitir su mensaje, y por su mismo conducto respondió Don Fernando que era ya tarde para obtener tan ventajosas condiciones, y que otra cosa no cabía sino la de someterse á lo que él quisiera hacer de ellos, á saber:

los que á la muerte, á la muerte; é los que al captiverio, al captiverio.

Esta contestación tan cruel había sido anticipadamente tratada en Consejo Real, mostrándose en extremo duros é intransigentes el Monarca y los grandes. No así ciertamente la reina Doña Isabel, cuya opinión fué sostenida por el cardenal de España y por el obispo Fr. Hernando de Talavera. Fueron los únicos que abogaron por la clemencia y la piedad en aquella asamblea, donde hasta hubo quien propuso, según un historiador, que se hiciese con los moros malagueños un degüello general para que sirviese de escarmiento á otros; sangrienta propuesta que fué rechazada con indignación por la noble Isabel de Castilla, la cual dijo que no permitiría jamás que sus victorias se mancharan con tales actos de crueldad; hermoso rasgo de mujer, de madre, de cristiana y de reina, que nunca debe la historia olvidar y siempre el mundo bendecir.

Al ser comunicada la dura respuesta de Don Fernando á los vecinos de la ciudad, todo fué en ellos terror, indignación, quejas y llanto, tomándose atropelladamente, según ocurre en casos tales, acuerdos en que no intervienen el discernimiento y la cordura. Cuando el ánimo se turba y altera, procede á ciegas y no distingue el yerro del acierto. Fué el acuerdo el de enviar á decir al Rey de Castilla que si no se les concedía seguro para sus personas, colgarían de las almenas hasta quinientos cautivos que tenían, pondrían fuego á la población, arrojarían á las llamas sus familias, y saldrían todos á morir matando cristianos, de tal manera que la ruina de Málaga tuviera resonancia por los siglos de los siglos. A esta conminación, como era natural, contestó Don Fernando que mantenía su primera respuesta, añadiendo que como

fuese muerto un solo cautivo cristiano, serían pasados á cuchillo cuantos moros se hallasen en la plaza.

Más aplacados los ánimos, se decidió nombrar otra embajada que pasó al campo y se presentó de nuevo al comendador de León, habiéndose negado á intervenir el marqués de Cádiz, con solicitud de hablar personalmente al Rey, expresando que traía más humildes condiciones. Entró el comendador en la tienda real, é indicó á Don Fernando cuáles eran los deseos de la nueva embajada; pero el monarca, sumamente airado, contestó con aspereza:

— Dadlos al diablo, que no los quiero ver. Hacedles volver á la ciudad; no los he de tomar sino como á vencidos del todo, dándose á mi merced.

Y en seguida dió orden para que la artillería de todas las estancias disparase contra la plaza y se dispusiese la gente al asalto. En cuanto iba éste á comenzar, apareció en el adarve un moro agitando una bandera blanca de parlamento; suspendióse el fuego y salió de la ciudad Alí Dordux acompañado de catorce compatricios en representación de las catorce secciones en que estaba dividida la gente de guerra. Eran portadores de una carta, carta humilde y triste, que comenzaba de esta manera:

ALABADO DIOS PODEROSO

Nuestros Señores Reyes el Rey y la Reyna, mayores que todos los Reyes é que todos los Príncipes, ensálceos Dios. Encomiéndanse en la grandeza de vuestro Estado, é besando la tierra de debajo vuestros pies, vuestros servidores y esclavos los de Málaga, grandes é pequeños, remédielos Dios. Después desto, los servidores vuestros suplicamos á vuestro Estado Real que nos remedie como conviene hacer á vuestra grandeza, habiendo piedad y misericordia de nos, según hicieron vuestros antepasados é vuestros abuelos los reyes grandes y poderosos.

La carta seguía recordando á los Reyes la caridad que Fernando *el Santo* usó con los musulmanes de Córdoba al ser tomada esta ciudad, y la que empleó el mismo abuelo del rey Don Fernando con los de Antequera, concluyendo por pedirles la libertad y el seguro de sus personas.

El Rey se mostró inflexible. Contestó á esta carta con otra terminante y dura, que, según parece, no fué tampoco del agrado de Doña Isabel, quien seguía negándose á tanta crueldad, como si quisiera dejar toda la responsabilidad del acto á su real esposo.

Hé aquí la carta de Don Fernando:

YO EL REY

Consejo, é viejos, é vecinos de la cibdad de Málaga. Vi vuestra carta, por la cual me embiades á facer saber que me queriades entregar esa cibdad, con todo lo que en ella estaba, é que vos dejase vuestras personas libres para ir á donde quisiérades, é esa súplica, si la ficiérades al tiempo que vos embié á requerir desde Vélez Málaga é luego que aquí senté el Real, pareceria que con voluntad de mi servicio os moviades á ello; entonce oviera placer de lo facer; pero visto que habéis esperado fasta lo primero, que os podéis detener á mi servicio, no cumple os recibir de otra manera, salvo dándoos á mi merced, como determinadamente os lo he embiado á decir con vuestros mensajeros; y esto es muy menor inconveniente, que no haber de esperar más, según el estado en que estáis.

No hubo más remedio que *darse á la merced del Rey*, según los términos de la carta. Á última hora, el insistente Alí Dordux logró conferenciar con el Rey y, aunque poco, algo consiguió en favor de los malagueños, si bien éstos parece que más tarde le acusaron de traición y de haber sacrificado á todos para salvar á unos pocos suyos. No se presenta, efectiva-

mente, del todo clara y correcta la conducta de Alí Dordux, á quien resulta que se concedió licencia de permanecer en Málaga en clase de mudéjares á cuarenta familias por él designadas, quedando todos los demás cautivos y esclavos, mientras no comprasen su rescate en determinado plazo y cantidad.

Así, después de tres meses y once días de sitio riguroso y pertinaz, se entregó Málaga, y así también dió un gran paso la lucha secular que venían sosteniendo los españoles desde que enarbolaron el pendón de la cruz en la cueva de Covadonga y en la peña de Uruel. ¡Qué serie de sucesos, de azares, de victorias, de infortunios, de guerras épicas y campañas prodigiosas, desde sus comienzos en las montañas de Asturias y en los Pirineos aragoneses y catalanes, hasta sus remates y finalidades en la ciudad andaluza de orillas del Mediterráneo, Málaga la bella, aquella en que había fijado la dicha su mansión y asiento, según dicen las leyendas árabes, con sus encantos y delicias, sus alcázares y sus torres, sus jardines y palacios; aquella Málaga, sostén y provisora de Granada, de quien bien pudo decirse, como se decía luego: *¡Málaga rendida, Granada ya vencida!*

Cuando el comendador mayor de León Don Gutierre de Cárdenas entró por orden del Rey á tomar posesión de la ciudad tan heroicamente defendida por Hamet el Zegrí, Málaga la bella era sólo un hospital de miserias y desventuras. Todo era tristeza, dolor, llanto y ruina, y cuenta el historiador Pulgar que «los moros y moras que desampararon sus casas, esperando la muerte ó el cautiverio en las ajenas, tendían sus manos, y alzando los ojos al cielo decían: *¡Oh Málaga, cibdad nombrada é muy fermosa, cómo te desamparan tus naturales! ¿Púdolos tu tierra criar en la vida, é no los pudo cobijar en la muerte? ¿Dó está la fer-*

mosura de tus torres? No pudo la grandeza de tus muros defender sus moradores, porque tienen airado su criador. ¿Qué farán tus viejos é tus matronas? ¿Qué farán las doncellas criadas en señorío delicado, cuando se vieren en dura servidumbre? ¿Podrán por ventura los cristianos tus enemigos arrancar los niños de los brazos de sus madres, apartar los fijos de sus padres, los maridos de sus mujeres, sin que derramen lágrimas? Estas palabras y otras semejantes decían con el dolor que sentían en ver cómo perdían su tierra é su libertad.»

Después que la ciudad fué entregada, vivaqueando la hueste en las calles y en los zocos, dueños y posesionados los cristianos de la Alcazaba, las Atarazanas, el Castil de Ginoveses, la Mezquita Mayor, las torres y las murallas, enarbolados en la torre del homenaje de la Alcazaba el pendón de la cruzada, el guión regio, el de las Hermandades y el de la Orden de Santiago, se pensó en tomar el castillo de Gibralfaro, donde se habían encerrado los fieros berberiscos.

Era inútil la resistencia. Perdida la ciudad y dueño de ella el cristiano; rodeados de enemigos á millares; atacados por todas partes y rendidos por el hambre, hubieron de pedir partido. El Rey se mantuvo firme, negándose á todo arreglo, como no fuera el de que se entregasen á su merced. Así lo hizo Hamet para salvar al menos la vida de los suyos, y á los dos días de entregada la ciudad, los estandartes de la Cruz se alzaban en la torre de Gibralfaro.

Los desertores del ejército cristiano fueron acañavereados, horrible suplicio de aquellos tiempos, que consistía en enterrar vivos á los reos hasta medio cuerpo, sirviendo luego de blanco á los ballesteros, que disparaban sobre ellos cañas puntiagudas, endurecidas al fuego, á manera de saetas, hasta acabar

con su vida. Los renegados y algunos judíos relapsos murieron en autos de fe, que ya entonces tristemente comenzaban. Los soldados quedaron como cautivos, excluídos de rescate, y se repartieron entre los vencedores, enviándose al Sumo Pontífice, como regalo, un centenar de ellos, que el Papa incorporó á su guardia, y que más adelante fueron convertidos. Hamet el Zegrí—¡miserable suerte para caudillo tan bravo!—fué cargado de cadenas y conducido á Carmona en calidad de esclavo.

No merecía tan dura expiación aquel hombre valeroso y noble, capitán bizarro entre los árabes, con quien los cristianos habían luchado en Lopera, en Ronda, en Coín, en Loja, en todas partes, representante genuino de la raza alarbe, digno y firme sostenedor de su causa, héroe vencido, cuyo solo crimen era el de haber peleado gallardamente por su religión y por sus hermanos, de sentimientos hidalgos y entereza ejemplar, adicto á su ley y á su rey hasta el sacrificio, que por no ser traidor á los suyos despreció los honores y riquezas que le ofrecía Don Fernando antes de comenzar el sitio de Málaga, y que, por fin, al entregarse á la merced del Rey y al ser recriminado por su tenacidad en defensa de la plaza, contestó noblemente *que él había tomado aquel cargo de alcaide de Málaga con obligación de morir ó ser preso, defendiendo su ley é la cibdad é la honra del que se la entregó; é que si hallara ayudadores, quisiera más morir peleando que ser preso no defendiendo la cibdad.*

Implacable fué con él Don Fernando. También lo fué en Cataluña con aquel heroico conde de Pallars, tan nombrado en nuestras crónicas é historias por defensor de las libertades patrias.

Triste suerte tuvieron asimismo los habitantes de Málaga, todos aquellos al menos que no quedaron

comprendidos entre los favores otorgados á Alí Dordux.

Los infelices moros malagueños fueron divididos como manadas de ovejas en tres secciones. De ellas una se destinó para rescate de cristianos cautivos en Africa; otra fué repartida entre los nobles, caballeros y capitanes que concurrieron á la conquista, y la tercera fué míseramente vendida en pública almoneda ó poco menos para indemnizar al Tesoro de los gastos de la guerra. A la reina de Nápoles, hermana de Don Fernando, se le enviaron como esclavas cincuenta doncellas moras; otras treinta á la de Portugal, y las restantes distribuídas entre las damas de la corte.

Exceptuando los gomeres y hombres de armas, los demás podían ser rescatados á razón de treinta doblas por cabeza, y así lo efectuaron no pocos, con lo cual recogió abundantes sumas el Tesoro real. Bernáldez dice que los rescatados fueron once mil, aportando con esto al Tesoro trescientas treinta mil doblas, ó sea, poco más ó menos, más de ocho millones y medio de reales en nuestra moneda de hoy, esto aparte cuatrocientos cincuenta judíos que se hallaron en Málaga y que fueron rescatados aproximadamente por un millón de reales todos juntos, que satisfizo un opulento hebreo llamado Abraham, que era arrendador de las rentas reales. Los moros y moras no rescatados, que hubieron de quedar en esclavitud, ascendieron á muchos centenares.

El cronista árabe, al relatar, muy brevemente por cierto, el sitio y toma de Málaga, termina con estas líneas:

«Entrada la ciudad, el Rey cristiano cautivó á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, y apoderándose de todas sus riquezas, las repartió

entre su gente y sus capitanes. Fué su infortunio un infortunio tan grande, que afligió todos los corazones, preocupó á todas las almas é hizo derramar copiosísimas lágrimas. La toma de Málaga, á que siguió la de todas las villas y lugares de su algarbía, tuvo lugar á fines de Xaban del año 892 (mediados de Agosto de 1487).»

En todas esas narraciones de sucesos, horrores y tristezas que siguieron á la caída de Málaga, sólo una cosa levanta y eleva el ánimo, sólo una escena se nos ofrece que da gozo al corazón y contentamiento al alma, último cuadro de aquella para siempre celebrada conquista: la escena que el pueblo y el ejército presenciaron al dar libertad á los cautivos cristianos.

Los Reyes no quisieron entrar en Málaga sin antes abrir las mazmorras en que yacían aherrojados y prisioneros los cristianos cautivados.

En la puerta que se llamaba de Granada, bajo su arco de herradura, se erigió un altar, junto al cual se situaron los Monarcas rodeados de su corte. Allí, alzadas las cruces santas y las banderas gloriosas, presente el pueblo, la clerecía y el ejército, aparecieron los seiscientos cautivos á quienes se sacó de las mazmorras moriscas, macilentos todos, demacrados, apenas cubierta su desnudez con miserables harapos, y así los de uno como los de otro sexo, con los pies y brazos llagados por los hierros. Algunos habían permanecido en cautividad diez, quince y hasta más años. Cargados iban aún de cadenas al presentarse ante los Monarcas, á cuyas plantas quisieron postrarse, levantándolos el Rey y la Reina en sus brazos. Debió de ser un espectáculo conmovedor, uno de aquellos actos ternísimos y solemnes que arrancan lágrimas, pero que fortalecen los espíritus y borran muchas faltas.

Los Reyes, después de ordenar que se atendiese al regalo y sustento de aquellos infelices y que se les facilitaran recursos y medios para regresar á sus hogares, entraron en Málaga, y con el cardenal Mendoza, con sus capitanes y su corte, se dirigieron á la Mezquita mayor, purificada y consagrada en templo, y cayeron de rodillas ante el altar para dar gracias á Dios Todopoderoso, que les había otorgado aquella gran victoria de Málaga, precursora y nuncio del supremo triunfo de Granada.

Entonado el *Te Deum* por el cardenal de España, y elevados al cielo los cánticos y rezos de la oración cristiana, tan desconocidos bajo aquellas naves y techumbre, acostumbradas sólo al murmujeo de las aleyas coránicas, todos salieron en procesión á recorrer los zocos y las calles de la ciudad hasta entonces musulmana.

Allí iba, precediendo á todos, el capellán y limosnero mayor de los Reyes, que luego fué primer obispo de Málaga, Don Pedro de Toledo, llevando enhiesta la cruz de oro y plata, que es enseña gloriosa de la Iglesia primada de España. En pos, los escuderos, los pajes, los mesnaderos, los guardias, los capitanes, los religiosos de todas órdenes. En seguida, la Virgen de los Reyes, aquella misma ante la cual habían orado los Monarcas en los días más críticos y angustiosos del cerco memorable, la Virgen soberana, llevada en andas, vestida de todo amor y toda gala, y que, ornada con las ricas preseas de la Reina, asomaba por entre nubes de incienso y guirnaldas de flores. Tras de las andas, modestamente vestida, destocada, y á pie descalzo, Doña Isabel de Castilla, reina de España, amor y honra de la patria; junto á ella, armado de punta en blanco, su esposo el rey Don Fernando, el debelador de Ronda, de Vélez, de

Loja y de Málaga, que iba á serlo luego de Baza y de Granada, y agrupándose en torno de aquellos dos invictos soberanos, en multitud abigarrada y majestuosa, toda una esplendente corte de damas y magnates, de grandes y prelados, de caudillos ilustres y próceres insignes en la milicia y en la Iglesia, cerrando la procesión los recién libertados cautivos con sus cadenas al hombro.

Y todo esto, en uno de esos dias espléndidos de la tierra andaluza, como no se ven en otra parte; con la majestad soberana del sol, que lo vestía todo de luz y de color, y con la mar azul, que aquel día se acercaba tímida y respetuosa por la playa á besar cariñosamente las plantas de la ya cristiana Málaga. Y todo mientras las torres de los alcázares subyugados se coronaban con la cruz del Salvador, el estandarte de los Reyes, el pendón de la Cruzada y las señeras de los magnates; mientras las galeras empavesadas cruzaban gallardamente por delante de los muros, como para fijar su dominio en aquellos mares, llevando á rastras por las aguas las humilladas banderas agarenas; mientras la artillería, que así es voz de júbilo como de muerte, saludaba con atronantes salvas desde las fortalezas vencidas, y mientras llenaban el espacio los vítores de la multitud clamoreando á fiesta y las campanas del real tocando á gloria.

Hé aquí ahora, como documento de nota y de interés, cuyo original se custodia en el archivo de la Corona de Aragón, la sencilla carta con que el Rey Don Fernando participó la toma de Málaga á su hijo natural el arzobispo de Zaragoza, lugarteniente de Aragón.

Dice de esta manera:

EL REY

Illustre Reverendo nuestro muy caro y muy amado fijo y Lugarteniente general: La inmensa bondad de Nuestro Señor demuestra claramente por los efectos passados y presentes haver siempre tomado la mano en aquesta sancta empresa como en su propria causa. Después de ganada la ciudad de bélez Málaga posimos á VII. de Mayo nuestro cerco real por mar y por tierra sobre aquesta ciudad, que después de Granada es la más principal y fuerte deste Reyno, en que hay dos fortalezas inexpugnables, llamadas la una Gibralfaro y la otra la Alcazava; é como quier que la ciudad stoviesse muy fornecida de gente de guerra y toviesse muchos pertrechos y artillería con que continuamente porfiavan por la defender, pero el estrago que nuestra artillería fizo en Gibralfaro y en la cerca de la ciudad, y el grande daño que en muchas maneras los moros havían recebido, puso en ellos tanto terror, que aquello abueltas de la extrema fambre que tenían y la mucha gente que assí por muertes como por feridas les fallecía, obrando en ello principalmente Nuestro Señor, en cuya mano son todas las victorias, les fué forzado, no podiendo de nos obtener otra cosa, entregar nos la ciudad con las fortalezas della é con todos sus bienes, quedando todos ellos cativos. É hoy sábado á XVIII de Agosto se puso assí en obra, é fueron ende puestas nuestras reales banderas. Son stados redemidos sobre DC. cativos Christianos que tenían, cuyas ánimas stavan en peligro de se perder. Sea de todo alavado el Sanctíssimo nombre de Nuestro Señor Jhesu Christo, á quien plega por su infinida clemencia dar tal fin á este Sancto negocio, qual le plugo dar el principio y el medio. Acordamos de os lo fazer saber por el plazer que sabemos dello hauréis para que dedes gracias á Dios por la merced y beneficio que en esto han recebido todos nuestros Reynos y generalmente toda la religión Christiana. Data en la ciudad de Málaga á XVIII de Agosto del anno LXXXVII.

YO EL REY

Coloma Secretarius.

A nostri Illustre et Reverendo Archiepiscopo Cesaraugustane.

Los Reyes permanecieron algunos días en Málaga disponiendo todo lo necesario, después de tan grandiosa empresa.

Durante el cerco, los cristianos habían tenido sitiadas dos villas de la costa occidental malagueña, Mijas y Osuna. La primera existe aún con igual nombre; la segunda, no muy distante de la anterior, se llama actualmente Osunilla. El moderno historiador de Málaga, Sr. Guillén Robles, dice que los defensores de entrambos pueblos, que estaban fortificados, permanecieron constantes en la resistencia, mientras Málaga se sostuvo; pero al saber su rendición, creyendo que lo habían hecho con excelentes condiciones, entregáronse á los cristianos, pactando que se sometían á la suerte de los malagueños. Reservaron los vencedores, dice, cuál era ésta; vinieron con unas cuantas galeras á estas costas y embarcaron hasta ochocientas personas, con sus ropas, dineros y alhajas, que fueron conducidas á Málaga y al corral de cautivos con los demás.

Aparte los esclavos y cautivos, de quienes ya queda indicada la triste suerte, sobre todo para los que no tuvieron el beneficio del rescate, se procedió luego al reparto de bienes y haciendas. Los monarcas se quedaron con los alcázares y bienes propios de los sultanes granadinos, con las jabonerías, tenerías, alhóndigas, aduana, alcaicería, tiendas, baños, boticas, derechos de portazgo, paso, almojarifazgo, diezmos, cuentos de cabalgadas, tercios y cambios. Las demás propiedades urbanas y rústicas fueron destinadas á satisfacer las necesidades del municipio, á premiar los servicios prestados en la guerra y á subvencionar los que se presentaron para poblar á Málaga, que fueron principalmente vizcaínos, gallegos, castellanos, andaluces, y también portugueses, franceses,

genoveses y alemanes, á más de los muslimes que se quedaron en el barrio llamado la *Morería*, mudéjares, tornadizos, ó sea moros que se bautizaron, y judíos.

Todo esto consta en los libros de *Repartimientos*, extractados por el historiador Sr. Guillén Robles, y por estos libros se sabe que Alí Dordux, de cuya fidelidad sospecharon los suyos al mediar en la entrega de la plaza, recibió en el reparto el donativo de treinta casas. De un hijo de este Alí Dordux se cuenta que se bautizó á poco de entrada la ciudad, recibiendo el nombre de Fernando de Málaga, por haber sido su padrino el Rey, mereciendo á causa de servicios prestados muchas distinciones y mercedes, entre ellas título de hidalgo de solar conocido, con exención de toda clase de contribuciones, regidor perpetuo de Málaga y derecho al uso de escudo de armas.

Dando por concluída la campaña de aquel año de 1487, tan venturoso para las armas españolas y para su gloria, los Reyes regresaron á Córdoba, donde fueron recibidos con todos los honores y entusiasmos que se tributaron siempre al éxito y al triunfo.

Y esta vez los entusiasmos fueron tanto más vivos y calurosos, cuanto que la toma de Málaga produjo verdadera explosión de júbilo y fué de gran resonancia en toda la cristiandad.

Es que Málaga no era sólo *la bella* para los árabes. Era, en los dominios españoles, la importante, mejor dicho aún, la imperante. Al faltar esta ciudad á Granada, faltóle el elemento principal de su riqueza y la principal fuerza de su reino. Su caída completó la conquista de todas las comarcas occidentales del reino granadino, aseguró el dominio de todas las villas y fortalezas expugnadas por los cristianos en

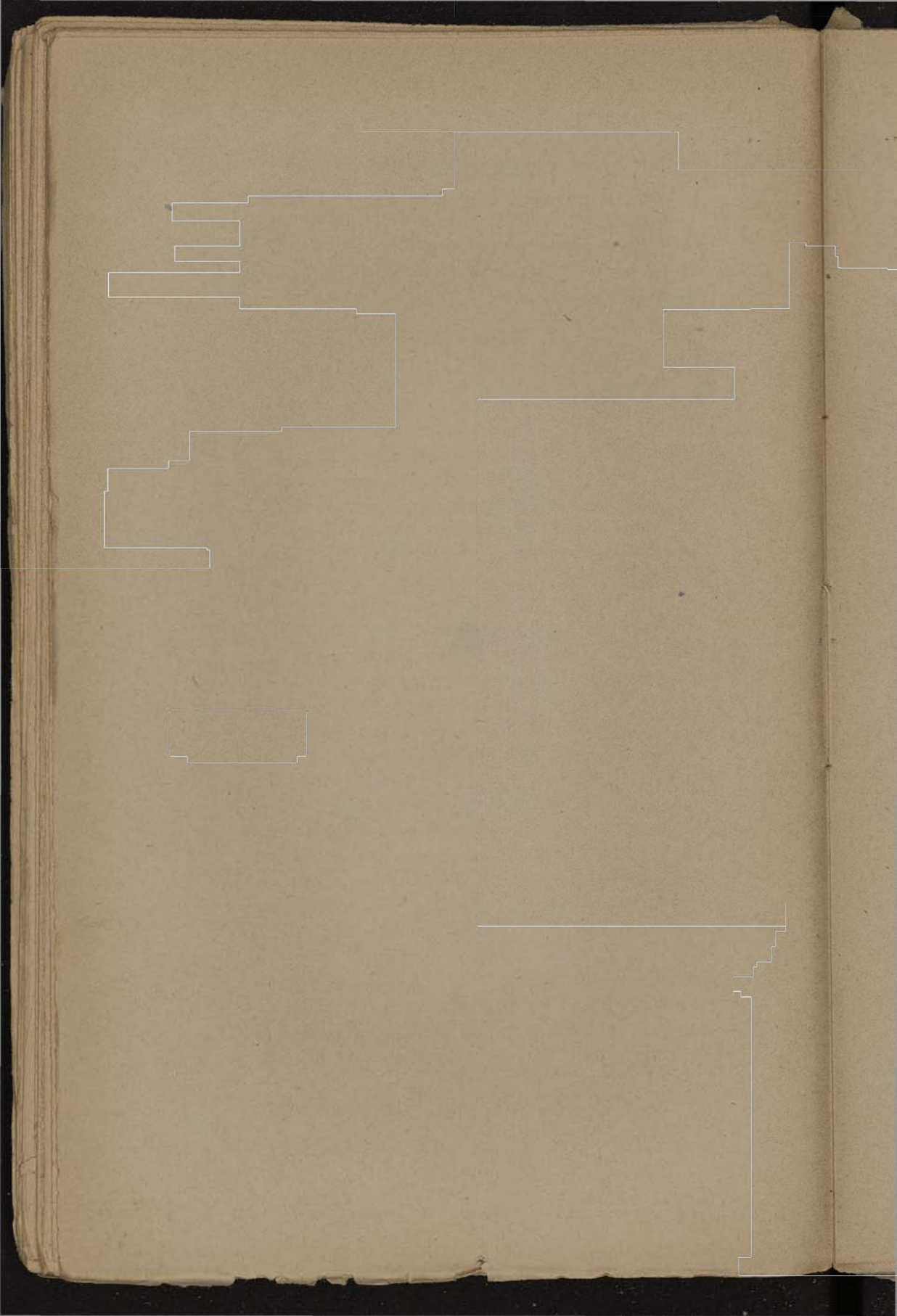
aquella región, y cerró á los moros de África la puerta de España.

Por su riqueza, por su población, por sus grandezas y suntuosidades, por sus industrias y comercio, por sus flotas en la mar y sus huestes en la tierra, Málaga era rival poderosa de la soberbia Granada.

Sus dos formidables castillos de Gibralfaro y la Alcazaba eran á un tiempo mismo guarda y sostén de los naturales, faro y guía de los navegantes, y sus enhiestas torres encumbraban hasta las nubes el estandarte de los reyes de Granada, como para demostrar su poder sobre la tierra y los mares; las murallas que ceñían la ciudad estaban defendidas por robustas torres, entre las que se consideraban inexpugnables las seis que cercaban el barrio llamado de los Ginoveses; torreadas eran también sus célebres Atarazanas, á cuyos pies iban á estrellarse las olas furientes; las colinas inmediatas á la ciudad y la hermosa vega á sus plantas extendida revelaban la laboriosidad de los labriegos moros, que metían en cultivo lugares al parecer infecundos; riquezas, hijas de un comercio activo, un clima dulce y una primavera perpetua, inclinaban á los malagueños al logro y al goce de la paz; sus campos eran huertas y jardines, con casas fuertes para seguridad de los campesinos y con suntuosos palacios para descanso y placer de los magnates. Todo era allí industria, trabajo, amor y opulencia, así en las obras del entendimiento y del arte, como en las de la labor y de la mano. Por esto anduvo cruel y despiadado el rey Don Fernando con aquellos moradores.

No es, pues, de extrañar que la caída de esta ciudad tuviese resonancia en todo el mundo, y que su ruina se considerase como precursora del fin y acabamiento del imperio.

Caída Málaga, nunca como entonces pudo considerarse cierta y verdadera la profecía del iluminado alfaquí, aquel que un día recorrió los salones del Alhambra á los gritos fatídicos y repetidos de *¡Ay de Granada!*



CAPÍTULO XVI

CAMPAÑA POR TIERRAS DE ALMERÍA Y BAZA

(1488)

El reino de Granada dividido en tres fracciones. — Boabdil sostenido por Don Fernando.—Viaje de los Reyes á Zaragoza y á Valencia.— El príncipe Don Juan es jurado por las Cortes. — Bandos en Valencia. — Los Reyes en Murcia. — Campaña de Don Fernando.—Sale para Almería. — Noticia de un documento importante. — Toma de Vera y de otras fortalezas.—Avanza Don Fernando sobre Almería.— Llegada del Zagal y fracaso de la conspiración. — Retira el Rey sus fuerzas. — Se dirige á Baza. — Combate á la vista de esta ciudad. — Emprende el Rey su retirada. — Disuelve la hueste y regresa á Murcia. — Vuelta de los Reyes á Castilla. — Sucesos en Granada. — Rebelión contra Boabdil. — Venganzas de éste.— Campaña del Zagal. — Se apodera de Níjar y de Cómpeta. — Es rechazado ante Cúllar. — Defensa heroica de esta fortaleza. — El Zagal en retirada. — Correrías de otros capitanes. — Los mudéjares de Gaucín y Ronda.

Con la conquista de Málaga quedó dividido en tres fracciones y con tres soberanos el antiguo reino granadino.

Los Reyes de Castilla dominaban toda la parte occidental y tenían asegurada su posesión con una línea de fortalezas que, comenzando en Illora y Moclín, á vista de Granada, se apoyaba en Loja y en Alhama, y terminaba en Vélez, á la orilla del mar, del que ya podían considerarse dueños, por imperar

en él las escuadras aragonesa, catalana y castellana. Los valles de la Ajarquía y de la serranía quedaban así completamente asegurados por las armas del cristiano.

El Zagal, decididamente apoyado por los príncipes Alnayares y por los Venegas, que fueron siempre sus fieles é invariables partidarios, dominaba en todo el territorio de Guadix, obedeciéndole y levantando pendones por él las ciudades y fortalezas de Guadix, Baza, Almería, la Alpujarra y hasta la misma Almuñécar, que acababa de quebrantar su fidelidad á Boabdil, proclamándose en contra suya.

Por lo que respecta á Boabdil, el *Rey Chico*, sólo ejercía una sombra de poder. Su reino estaba limitado á la ciudad de Granada, encerrado su imperio en el horizonte que se descubría desde las torres del Alhambra. Las montañas vecinas terminaban su jurisdicción.

Boabdil, por lo demás, únicamente era rey por la confianza y el apoyo que le prestaba Don Fernando, quien, como queda ya dicho, interesado en sostenerle contra el partido del Zagal, y en mantener vivas las rivalidades entre los árabes, le envió una poderosa hueste al mando de Gonzalo de Córdoba, que le afirmó en su trono, trono por otra parte á merced del Rey de Aragón y de Castilla, pues que continuaban las desavenencias de los moros, y la caída de Málaga había cambiado la faz de las cosas y enflaquecido á Granada. Por el momento, al menos, los granadinos gozaban de los beneficios de la paz, viviendo en perfecta amistad con los cristianos.

Terminada la conquista de Málaga, Don Fernando y Doña Isabel salieron de Córdoba y pasaron al reino de Aragón, llevando consigo al príncipe Don Juan y á la infanta Doña Isabel, y dejando á sus otros hijos,

Doña Juana, Doña María y Doña Catalina, en Montoro, porque en Córdoba ardía la pestilencia.

Detuviéronse al paso en Toledo y en Guadalajara, siendo recibidos en esta última ciudad con estruendosas fiestas por Don Íñigo de Mendoza, duque del Infantado. Desde Guadalajara ó de Sigüenza el Rey salió para Zaragoza, forzando la marcha, y siguióle la Reina sin alterar sus jornadas. A mediados de Noviembre (1487) estaban ya juntos los Reyes en la capital de Aragón, y entendieron en las cosas de aquel reino, que andaba algo turbado, arreglándolo todo satisfactoriamente.

De Zaragoza pasaron á Valencia, donde también habían sido convocadas Cortes. Llegaron allí en los primeros días de Marzo de 1488, y á 20 del mismo mes fué jurado por los estados de aquel reino el príncipe Don Juan como primogénito sucesor, y por rey después de los días de su padre Don Fernando.

Púsose arreglo en las cosas de Valencia, que grandemente estaba aquel reino turbado á la sazón por causa de empeñados bandos. Habían por ventura terminado los que se encendieron entre el conde de Almenara y Don Pedro Maza de Lizana; pero no tardaron en seguir otros, por culpa de Don Felipe de Aragón, maestre de Montesa, á quien ya hemos encontrado en el cerco de Málaga. Don Felipe no sirvió tanto al Rey en esta empresa, como se tuvo por deservido de él poco después que volvió al reino de Valencia, al que puso en gran turbación y daño.

Enamoraba á una dama llamada Doña Leonor de Anjou, marquesa de Cotrón, á quien cortejaba también otro caballero, Don Juan de Valterra, hijo del virrey de Mallorca; y un día en que este caballero Valterra salía por la mañana, por una puerta falsa, de casa de la marquesa, vióse acometido por el maes-

tre, que iba con gente para prenderle. Hizo armas en su defensa, y murió en la refriega. De este caso siguióse gran alteración en Valencia, así entre los caballeros y gente principal como en el pueblo, que se dividió en bandos, porque Don Juan estaba muy emparentado y era bienquisto, mientras que, por su lado, Don Felipe contaba con muchos caballeros y mucha gente popular liviana, libre y atrevida, para seguirle en cualquier empresa.

La presencia y mediación de los Reyes logró dar sosiego al reino. Entendieron asimismo en otros asuntos relativos á Aragón, á Cataluña, á tratos con el señor de Labrit, ó mejor de Albret, que estuvo personalmente en Valencia para hablarles de Navarra, á negociaciones con motivo del matrimonio de sus hijas, y á sus añejas querellas con el rey de Francia, que proponía la renovación de las antiguas alianzas de Francia y de Castilla.

Las Cortes de Valencia fueron prorrogadas para la ciudad de Orihuela en el mes de Abril (1488), y allí pasaron los Reyes hasta que, fenecidas aquéllas, se trasladaron á la ciudad de Murcia con el fin de dar orden de continuar la guerra contra los moros por las comarcas de Almería, Baza y Guadix.

Quedóse la Reina en Murcia, y el Rey salió á campaña.

Es evidente que Don Fernando iba á empresa convenida y tratada de antemano: la toma de Almería.

Así se deduce de un documento que existe en el Archivo de la Corona de Aragón (registro núm. 3.686, folio 96).

Pláceme trasladar aquí este documento por lo que tiene de curioso é importante. Está firmado por el Rey y por la Reina á veinte... del mes de Abril de aquel año de 1488, y aparece en blanco el nombre del

personaje moro con quien hubo de entenderse Don Fernando para negociar la entrega de la ciudad de Almería. La prueba es evidente: la conspiración estaba urdida y la entrega de Almería pactada. No se realizó, como se verá luego, porque el Zagal hubo de tener conocimiento y logró con su presteza desbaratar la trama; pero no cabe duda que Don Fernando había conseguido con sus artes combinar la empresa. Otra demostración de la política seguida por el Rey en aquellas guerras de Granada.

Dice así el documento:

«Don Ferrando, etc. Por quanto vos
moro del Reyno de Granada, nos embiastes fazer relación que vos stávades de yntención é voluntad de nos servir é vos juntar con algunos cavalleros moros del dicho Reyno, señaladamente con el Alcayde Yaya = Alnayar cavallero moro, para nos entregar la cibdad é fortalezas de Almería, todo ello entero é libre, ansí lo alto como lo baxo, é apoderar en todo ello los capitanes é gentes que mandaremos que lo reciban, é nos enbiastes á suplicar é pedir por merced nos pluguiese dar vos vuestro seguro para vos é para vuestra muger é fijos é fijas, é parientes, é criados, é servidores continuos comensales, é para vuestros amos é amas, que han criado é crían vuestros fijos é fijas. É nos, acatando vuestra voluntad é buen zelo con que vos movéis á ello, tovimos lo por bien con tal condición, que no en otra manera, que dentro de cinco dias primeros syguientes, contados del día que yo el Rey asentare mi Real sobre la dicha cibdad de Almería, se me entregue la dicha cibdad et fortalezas á toda mi voluntad é mandado, entera, libre é desembargada, asy lo alto como lo baxo, é sean apoderados en ella los capitanes y gentes aquien mandaremos se entregue. É ansy por esta nuestra carta, con la dicha condición, seguramos é damos nuestro seguro Real á vos el dicho

é á vuestra muger é fijos é fijas, é nietos é nietas, é á vuestros parientes, é criados, é servidores vuestros continuos comensales, é vuestros amos é amas que vos

han criado é crian vuestros fijos et fijas, para que libre é seguramente podáys vos y ellos star é morar en el dicho Reyno de Granada, é podays gozar y tener é vos aprovechar de vuestros bienes, ansy muebles commo raizes é se movientes, é para que por nuestro mandado ni por nuestras gentes é capitanes ni otros qualesquiere nuestros súbditos é naturales, ansy christianos como moros, de ningún estado, ley, dignidad ó preheminencia que sean, non seades muertos, nin feridos, nin presos, nin lisiados, nin vuestros bienes sean tomados nin ocupados, nin vos sea fecho otro mal, nin daño, nin desaguisado alguno, asy en vuestras personas como en los dichos vuestros bienes, é por esta nuestra carta mandamos á todos los prelados, magnates, duques, marqueses, condes é ricos-ombres, é á todos é qualesquiere nuestros capitanes é gentes de armas que andan por nuestro mandado, ansy por mar como por tierra, é á todos qualesquiere cavalleros é otras personas nuestros súbditos é naturales, de qualquiere ley é preheminencia ó dignidad que sean, ansy christianos como moros, que tengan, é guarden, é cumplan á vos el dicho é á vuestra muger, é fijos é fijas, é nietos é nietas, é parientes, é criados, é servidores vuestros continuos comensales, é á vuestros bienes é suyos, ansy muebles commo raizes é semovientes este nuestro sequito, é non consientan nin den logar que por persona alguna vos sea quebrantado, é contra el tenor é forma dél non vayan, nin pasen, nin consyentan y nin pasar, nin vos maten, nin fieran, nin lisyen, nin prendan vuestras personas, nin de los susodichos, nin tomen, nin ocupen, nin consyentan tomar nin ocupar los dichos vuestros bienes, ansy muebles como raizes y semovientes, nin vos fagan nin consyentan fazer otro mal, nin danno, nin desaguisado alguno en vuestras personas, nin en los dichos vuestros bienes, ca por esta nuestra carta tomamos á vos el dicho
é á la dicha vuestra muger, é fijos é fijas, é nietos é nietas, é á vuestros parientes, é criados, é servidores continuos comensales, é á los dichos vuestros bienes é suyos, asy muebles como raizes y semovientes, so nuestro seguro, é amparo é defendimiento Real. É otro sy queremos é mandamos é nos plaze, que vos el dicho
é vuestra muger, é fijos, é nietos, é parientes, é criados, é

servidores, é amas, é amos como dichos son, podáys bivir y morar libre y seguramente en el dicho Reyno de Granada con los dichos vuestros bienes, é poseer segura é pacíficamente; pero si más quisiéredes yr á las tierras é partes de allende, que lo podáys fazer; ó si quisiéredes estar, é bivir, é morar en nuestros Reynos de Castilla, ó de Aragón, ó de Valencia, que lo podáys fazer; é que en el caso que quisiéredes yr á las tierras é partes de allende, vos mandaremos dar navíos en que paséys seguramente con todos vuestros bienes muebles que toviéredes, tanto que no sean cavallos é armas; pero si más quisiéredes yr y pasar en navíos de moros, que lo podáys fazer, é vos mandaremos dar otros navíos que vos acompañen é pongan en seguridad, é queremos é nos plaze que los tales navíos de moros en que asy pasáredes, é las gentes que en ellos fueren para vos pasar, sean seguros, é que no sean muertos, presos, ni feridos, nin ocupados; é sy caso fuere que quisiérdes vender los dichos vuestros bienes muebles é non los pasar, que lo podáys fazer, é otro sy vender qualesquiere cavallos é armas que tengáys libremente; por esta dicha nuestra carta, prometemos et damos nuestra palabra et fe Real á vos el dicho

que vos ternemos é guardaremos, et mandaremos tener é guardar este nuestro seguro, segúnd y en la forma et manamiento que suso dicho es, é que no consentiremos nin daremos logar que por alguna ó algunas personas, nuestros vasallos, súbditos é naturales, ansy christianos como moros, nin de otra ley et condición que sean, vos sea quebrantado en cosa alguna, sobre lo qual vos mandamos dar esta nuestra carta, firmada de nuestros nombres et sellada con nuestro sello, fecha en la nuestra cibdad de murcia á veynte é días del mes de Abril, en el año del nascimiento de nuestro Salvador Jhesuchristo de mil et quatrocientos é ochenta é ocho años. = Yo el Rey. = Yo la Reyna. = Yo Johan de Coloma, secretario del Rey y de la Reyna, nuestros Señores, la fize scrivir por su mandado. = Sub simili forma Kalendario sygnatura et mandato fuerunt expedita alij novem.

Archivo de la Corona de Aragón. Registro núm. 3.686, fol. 96.

Tengo este documento por muy interesante. Pude hallarlo gracias á la generosa cooperación de mi excelente amigo, actual archivero de la Corona de Aragón, Don Francisco de Bofarull, digno heredero de un apellido ilustre en las letras y en la historia.

Y digo que es muy interesante este documento, para mí y para muchos desconocido hasta ahora, porque aclara nebulosidades de la historia, da la clave de misterios y secretos, y puede ser rastro para futuras investigaciones.

Por de pronto, con este texto queda explicada la expedición emprendida por Don Fernando á los campos de Almería, que, de otro modo, aparecía rara y no tenía fácil explicación.

Y otra cosa hay muy importante en esta escritura. Se cita sólo un nombre, el de un caballero árabe principal, llamado Yaya-Alnayar, que no puede ser más que el príncipe Alnayar; es decir, aquel mismo Yahía Alnayar, á quien dirigió Don Fernando una carta, que se hallará más adelante, al ocuparnos en el cerco y conquista de la ciudad de Baza. El Yaya-Alnayar de este documento es el Yahía Alnayar de la carta de Don Fernando, y los dos son el príncipe de la familia Alnayar, Cid Hiaya, con lo cual resulta (gran descubrimiento para la historia) que desde tiempo estaba el Rey de Aragón y de Castilla en relaciones secretas con el príncipe Cid Hiaya, el caudillo defensor de Baza, que luego, bautizado, fué el Don Pedro de Granada de la corte castellana.

Emplazo al lector para las páginas en que se trata de la conquista de Baza, si tiene deseos de perseguir esta investigación histórica, que juzgo muy curiosa

Atento á su idea, y confiado en el éxito de su empresa sobre Almería, salió de Murcia el rey Don Fernando y se trasladó á Lorca con un cuerpo de cuatro

mil caballos y catorce mil peones, según parece. Esparció el terror por toda aquella comarca, que aun no había sentido el rigor de las armas cristianas, y subyugó las fortalezas más soberbias, que se entregaron en su mayor parte sin resistencia.

Todo marchó bien y con ventura en aquellos comienzos de campaña. La ciudad de Vera, especie de metrópoli de la comarca, se rindió al presentarse la vanguardia del ejército, formada de buen golpe de caballería á las órdenes del bizarro marqués de Cádiz. Dióse cargo de la ciudad á Garcilaso de la Vega.

Rendida Vera, entregóse el mismo día el lugar de las Cuevas, que está muy cerca. Quedó de alcaide en él Juan de Benavides, no tardando en presentarse los alfaquíes y procuradores de Mojácar, Huéscar, Huércal, Níjar, Vélez el Blanco y Vélez el Rubio, Oria, Orce, Galera, Castilleja y otros lugares menos importantes, que se ofrecieron por mudéjares y prestaron juramento de ser fieles vasallos. Así fueron cayendo las villas y fortalezas de toda la comarca, porque, teniendo los cristianos guarnición en Vera, no podían cultivar sus campos los de aquellos valles, ya que la caballería de la hueste invasora tenía muy llana la entrada para sus correrías, y era muy poblada la tierra por su fertilidad y por regarse sus campos. Sólo quedó á los moros el lugar de Tabernas, que estaba en sitio muy áspero y fuerte.

Con auspicios tan felices y tan buena fortuna, se decidió Don Fernando á seguir adelante y penetró hasta cerca de Almería, su ambicionada presa. Pero ya los hados se le habían puesto en contra.

El Zagal, que nunca como entonces apareció más decidido y bizarro, tuvo en Guadix noticia de la conspiración pérfida que se había tramado para entregar la ciudad de Almería al Rey de Aragón y de

Castilla, y en el acto acudió con toda celeridad á evitar el peligro. Presentóse inopinadamente en Almería con una hueste que, según dicen los historiadores árabes, no bajaba de veinte mil hombres, y, enterado como al parecer estaba de la trama, mandó prender á muchos, y procedió á castigar ejemplarmente á los fautores de la traición, reanimando el espíritu de su gente.

En seguida, antes de que pudiera rebrotar la conjura, el alerta príncipe se puso al frente de su tropa más bizarra, y saliendo de la ciudad se arrojó bravamente sobre la hueste cristiana, á la que halló un tanto descuidada por la fe y seguridad que Don Fernando tenía puestas en el éxito de su empresa. Furioso y decisivo fué el ataque inesperado del Zagal; impuso respeto al enemigo, y Don Fernando se vió obligado á replegar sus fuerzas tan pronto como se enteró del fracaso.

Pero no quiso ceder el campo, aun viendo cómo se había malogrado tan tristemente su obra, é intentó correrse hacia Baza, esperando caer sobre esta ciudad por sorpresa. También fracasó en esta operación. Decididamente la suerte le era adversa por el momento.

Avisado el Zagal de los movimientos del enemigo, acudió á prevenirlos con sus intrépidos partidarios; y después de haber emboscado una fuerza numerosa de ballesteros y arcabuceros, se lanzó á provocar á la vanguardia, que capitaneaban el marqués de Cádiz y el adelantado de Murcia, Don Juan Chacón. Á la primera carga, fingió ceder el Zagal, que iba al frente de los suyos, y siguió replegándose hasta las puertas de Baza, donde permanecía oculta la celada. Avanzaban ya los del marqués de Cádiz, dándose por victoriosos y motejando á grandes gritos al infiel,

cuando de repente se desplegaron los que estaban emboscados, envolvieron á nuestra vanguardia y sembraron en sus filas el desorden y la muerte. Todo esto fué al mismo tiempo que la caballería mora se revolvía, y llena de ardor cargaba sobre los cristianos, que se encontraron entre dos fuegos.

Corrió entonces el Rey de Aragón y de Castilla con el grueso del ejército á salvar los restos de su vanguardia, y no sin esfuerzo y sin grandes rasgos de valor temerario pudo conseguir que se restableciera el equilibrio de la batalla; pero fué con pérdidas sensibles y con la muerte de muchos capitanes bizarros, entre ellos, su sobrino Don Felipe de Aragón, gran maestre de Montesa, muerto de un tiro de espingarda que le deshizo el cráneo. Era este Don Felipe aquel del cerco de Málaga, y aquel de los bandos de Valencia, que así tan desastrosamente vino á morir en los campos de Baza, pagando con su muerte prematura las culpas que pudo tener en la del infortunado amante de la marquesa de Cotrón.

Tras de aquella funesta jornada de Baza, donde al menos el valor superó al infortunio, emprendió el Rey su retirada, que se encargó de sostener Don Juan Chacón con una columna de caballería. Del Zagal se cuenta que siguió en su persecución y caminó en pos de los cristianos, á quienes embistió varias veces, hasta llegar á las orillas del río Guadalquitón, donde mejoró y tomó respiro la hueste perseguida.

Retiróse por fin el Zagal, y Don Fernando se encaminó á Huéscar, despidiendo á la gente hasta nuevo aviso. Así dió por terminada la campaña, y se trasladó á Murcia á reunirse con la Reina.

Nombrado Capitán general de los lugares ganados el señor de Palma, Don Luis Portocarrero, los Reyes de Castilla viniéronse para Toledo, en donde estaban

por el mes de Agosto, pasando á Valladolid en Septiembre.

Al llegar á Granada la nueva de las correrías realizadas en tierra de moros, alborotáronse los ánimos y creció la ira de una gran parte del pueblo contra Boabdil, á quien se acriminaba ya públicamente por calles y plazas. Se le acusaba de traidor y cobarde, se le presentaba como apóstata, y murmurábase que se sentía inclinado á convertirse, abandonando la fe y la religión de sus mayores para hacerse cristiano. Un alfaquí, venerado en Granada como santo, y que gozaba de prestigio extraordinario y tenía gran influencia en el pueblo, excitaba á éste de continuo y con sus vehementes peroraciones enardecía á la muchedumbre, llevándola á maldecir del rey *Chico* y á desear que otro monarca ocupara el trono. Era evidentemente este alfaquí un fanático iluminado, ó quizá mejor, un partidario ó agente secreto del Zagal, pues que proclamaba la necesidad de volver los ojos á éste y reunir bajo su mando todas las fuerzas vivas de la patria á fin de parar el avance del cristiano.

Fué la agitación tomando tales proporciones, y de tal manera iba acrecentándose el tumulto popular, que Boabdil, advertido por sus consejeros, decidió sobreponerse á las delicias enervadoras de su Alhambra, y se dispuso á sofocar en su cuna la rebelión. No recurrió para esto al valor y á la alteza del caudillo, sino á la perfidia y al engaño del artero. Mandó un emisario de confianza al alfaquí, cabeza del motín, y le invitó á subir al alcázar con los primates de su bando, á fin de convenir en la manera de dar satisfacciones á sus deseos.

Cayó el incauto alfaquí en el lazo. Subió al palacio con el emisario, acompañado de otros cuatro personajes influyentes en las turbas, y no bien pisaron los

umbrales del Alhambra fueron presos, siendo tan pronto el prenderlos como el decapitarlos. Sus troncos fueron arrojados á la fosa del muladar y sus cabezas ensartadas en cinco picas sobre las almenas del Alhambra á vista del pueblo y para escarmiento de rebeldes.

Calmó esta ejecución por el pronto las pasiones insubordinadas. Se impuso el terror, y varios caudillos y personajes influyentes de Granada, partidarios del Zagal, se apresuraron á dejar la ciudad huyendo el peligro. Acalláronse con esto las quejas y tumultos; quedó vivo, no obstante, el espíritu de venganza. Parece que, realizada la ejecución y paseadas al día siguiente por Granada las cabezas de los revoltosos á voz de pregón, para advertir que la misma suerte tendría todo partidario del Zagal, Boabdil dijo á una comisión que pasó á felicitarle: *De la rebelión no queda ya más que el rescoldo*. Y fué cierto; pero en el rescoldo siguió ardiendo la brasa.

El sultán de Guadix, ó sea el Zagal, que en aquellas circunstancias ardía como nunca en actividad y celo, quiso aprovechar aquellos instantes, que le parecían propicios por la reacción ejercida en el ánimo de los granadinos, por el triunfo alcanzado sobre el cristiano en los campos de Baza, y por hallarse los Reyes en Valladolid, atraídos y solicitados por urgentes asuntos de su reino de Castilla. Viendo el Zagal que le protegían el favor y la ocasión, salió de nuevo á campaña dispuesto á recobrar las fortalezas y lugares perdidos en la última correría de Don Fernando.

La villa y el castillo de Níjar tuvieron la triste suerte de caer los primeros en manos del infiel, por mala guarda, según parece, de su alcaide Bernal Francés, que se había creado reputación y nombre

en el curso de la guerra. Setenta escuderos y todos los peones que formaban la guarnición de Níjar fueron sorprendidos por la actividad del moro y pasados á cuchillo.

La misma triste suerte tuvo la fortaleza de Cómpeta, consiguiendo así los infieles el recobro de algunos lugares y el destrozo de varios destacamentos, en que fueron muertos y prisioneros muchos cristianos, tratados por el vencedor con inicua saña.

En uno de estos encuentros fué muerto un gallardo mancebo, comendador de la orden de Santiago, que se llamaba Ruy Díaz Maldonado, hijo del doctor Rodrigo Maldonado, señor de Bábilafuente, el cual, dice Pulgar, *eligió antes la muerte peleando que sufrir la vida con vergüenza fuyendo.*

Tuvo noticia el sultán de Guadix de que Carlos de Biedma, alcaide de Cúllar, en tierras de Baza, había partido á celebrar bodas con una hermosa é ilustre dama de la ciudad de Baeza, llevándose consigo para su escolta y lucimiento los mejores soldados de la guarnición. No inspiraba temor la situación del castillo, considerado como inexpugnable por su gran fortaleza, ni tampoco la villa, cercada y fortificada por grandes peñas, altas cuestas y robustos edificios; pero, aun así, con recelo se salió de ella el alcaide.

Advertido el Zagal de aquel imprudente abandono, se presentó de súbito ante Cúllar con numerosas fuerzas; y mientras el capitán Carlos de Biedma andaba turbado con sus amores, en brazos de su linda desposada, consiguió apoderarse de la villa, que pasó á saco y á cuchillo. No así, empero, de la fortaleza, á la cual se retrajeron muchos habitantes con el que hacía las veces de alcaide, Juan de Ávalos, de quien se cuenta que fué tan constante en la virtud de su valor y de sus deberes, que ni la multitud de los moros

le turbó, ni los combates enflaquecieron su ánimo, ni le vencieron los bravos rebatos dados al castillo por los infieles, que hasta, cierta vez, llegaron á apoderarse de la barrera, costando muchas muertes y trabajos el echarles de ella.

Fué señalado el combate del castillo y también muy riguroso. Cinco días con sus noches en vela duraron la fatiga y resistencia de aquellos pocos, si en número flacos, no en valor por cierto, que con Juan de Ávalos contuvieron el poder de la morisma. Y hubieran acabado por ceder y por rendir el castillo, que no alcanza lo humano á lo imposible, si no hubiese llegado á noticias del Zagal que con numerosa fuerza acudía Don Luis Portocarrero á levantar el cerco. No entrando en sus planes el de librar batalla, el sultán de Guadix mandó alzar el sitio, y hubo de vengarse con entregar la villa á las llamas.

Dió con esto por terminada la campaña, pues avanzaba ya el invierno de aquel año de 1488, que fué muy cruel y sañudo, y se retiró á Guadix, satisfecho con sus éxitos. No dejaron de serlo, pues que, á más de los que personalmente obtuvo con sus atrevidas empresas, consiguió alzar el ánimo de los suyos, que, alentados con su ejemplo y espoleados por sus órdenes, mientras él cumplía como valiente en un punto, cumplían ellos como buenos en los otros.

Así se vió que, simultáneamente con él, dos de sus bizarros capitanes, Alí Aliatar el uno, que era alcaide de la villa y fortaleza de Alhendín, y otro llamado Izan-Aliatar, que estaba en Salobreña, combatían sin tregua desde los indicados puntos á los moros de Granada y á todos los cristianos y moros de Boabdil que habitaban aquellas tierras y lugares.

Y traían cabalgadas, y cautivaban gente, y hacían

tan cruda guerra, que el capitán mayor y los otros capitanes y alcaides de las ciudades y villas de los Reyes castellanos, *no los podían resistir*, según la frase usada por el cronista.

Al mismo tiempo, los moros de Almería y de Tabernas y los del valle de Purgena, obedeciendo instrucciones del Zagal, entraban en tierras de cristianos, por las de Lorca y de Murcia, atentos sólo á la destrucción, á la matanza, al saqueo y al incendio. Tanto fué el estrago que hicieron en arrebatar ganados, en llevarse cautivos, en arruinar haciendas, en causar muertes y daños, que los Reyes hubieron de mandar, desde Valladolid, á uno de sus secretarios, con especial encargo de que los habitantes de las villas de aquellas partes se juntaran y resistieran las guerras y cabalgadas que con tan cruda saña les hacían los moros.

Y por fin, para colmo de tanto estrago y desastre, se rebelaron muchos mudéjares de Gaucín y de la serranía de Ronda, Nerja y Torrox, formando gruesas partidas rebeldes, y haciéndose fuertes en castillos, en peñas bravas y en desfiladeros, con daño manifiesto de poblaciones y campos y llevando á todas partes el odio de la raza, la ira de la venganza, la crueldad de la guerra y la tea del incendio.

El marqués de Cádiz, que á la sazón estaba en la villa de Palacios, acudió en el acto y trató de poner remedio; pero los moros de las partidas, á quienes cuadraba su vida aventurera, perseveraron en la rebelión y prosiguieron salteando y apresando ganados y gente de rescate que llevaban á sus guaridas de la sierra.

Así pasó aquel año de 1488.

CAPÍTULO XVII

COMIENZOS DE LA EMPRESA DE BAZA

(1489)

Llegan los Reyes á Jaén. — Convocatoria para reunión de fuerzas. — Sale á campaña Don Fernando.—Orden de las batallas y sus jefes.— Cerco de Zújar. — Briosa defensa del alcaide moro. — Toma de esta fortaleza. — Entrega de otras varias. — Se presenta el Rey con su hueste ante los muros de Baza. — Carácter especial de esta empresa. — Palabras de Zurita. — La situación de Baza y su huerta. — Disposiciones y órdenes del Zagal para la defensa. — Generales y caudillos moros. — Quién era y qué representaba el príncipe Cid Hiaya.— Misterios del sitio de Baza. — Especial empeño que en él tuvieron los Reyes. — Las joyas de la corona. — Documentos existentes en el Archivo de la Corona de Aragón.

Con más esperanzas de ventura se presentó el año de 1489.

Después de un invierno duro y cruel, pródigo en calamidades y desastres, apareció una primavera apacible y muy propia para los designios del rey Don Fernando, que consistían en continuar la guerra de Granada, comenzando con la expugnación de Baza.

Con este intento, los Reyes se trasladaron de Valladolid á Jaén, acompañados del príncipe Don Juan, de las infantas, del cardenal Mendoza y de muchos caballeros y oficiales de su corte y reinos. Una vez en Jaén, se hizo convocatoria á los grandes de la nación,

á los capitanes y caudillos, á los mesnaderos, hombres de armas y escuderos, á todas las fuerzas vivas del país, siendo llamados para juntarse en las ciudades de Úbeda y Baeza, y se deliberó y acordó en consejo ir á poner cerco á Baza, porque, de ganarse esta plaza importante, sería luego menos trabajosa la conquista de las ciudades de Almería y Guadix y de las demás que en aquellas partes quedaban por ganar.

Quedóse la reina en Jaén, con el príncipe, las infantas y el cardenal de España, y el Rey partió á 27 de Mayo, yendo á poner su real en Sotogordo de Quesada. Allí esperó á que estuviesen reunidas todas las gentes, jinetes y peones, para disponer el orden de las batallas.

Ordenáronse éstas de la siguiente manera:

La delantera la formaba un cuerpo de caballería al mando del alcaide de los Donceles, que iba siempre el primero para aposentar la hueste.

Mandaba la vanguardia el maestre de Santiago con sus mil ochocientos caballos, á más de las lanzas de Écija y los espingarderos de Toledo. Al frente del ala derecha iba el clavero de Calatrava, y al frente de la izquierda Don Pedro López de Padilla.

En la segunda batalla iba Don Diego López de Haro con la gente de Galicia, que era muy numerosa.

En la tercera iban los hombres de armas, jinetes y peones del cardenal de España, comandados por dos de su familia: Don Rodrigo y Don Hurtado de Mendoza.

En la cuarta, las gentes de las Hermandades, cada cuadrilla con su capitán.

Era jefe de la quinta Don Diego de Córdoba, conde de Cabra, quien tenía de segundo á Don Martín Alonso de Montemayor.

Llevaba la sexta batalla Don Enrique de Guzmán.

En la séptima iban el marqués de Aguilar y Fernán Duque.

Mandaba la octava Don Francisco de Velasco, con gente del duque del Infantado y del conde de Feria.

Componían la novena las gentes del duque de Medinasidonia y las del duque de Medinaceli con los capitanes por ellos enviados.

Al frente de la décima, con toda su gente aguerrida y batalladora, campeaba el famoso Don Alonso, señor de la casa de Aguilar.

Seguía luego la batalla real, y delante de ésta el conde de Tendilla con quinientas lanzas suyas, y otro grupo de caballería mandado por Don Martín de Acuña.

En la batalla real, y en guarda de la persona del Rey, iban cuatrocientos caballeros hijosdalgo, con su mayordomo mayor Don Enrique Enríquez, su contador mayor Don Rodrigo de Ulloa, el comendador mayor de León, Don Gutierre de Cárdenas, y otros caballeros é hijos de grandes señores de los reinos de Castilla, Aragón, Valencia y Sicilia. Iba también el marqués-duque de Cádiz con cuatrocientas lanzas y trescientos peones, y luego, cada uno al frente de un número mayor ó menor de jinetes y peones, Gonzalo Hernández de Córdoba, Alonso Osorio, Martín de Alarcón, Pedro y Hernando de Ribera, Sancho de Castilla, Garci Alonso de Ulloa, el comendador del Montijo, el alcaide de Morón, Luis de Figueredo, Bernal Francés, y otros capitanes, con fuerzas procedentes de las Asturias de Oviedo, de Vizcaya, de Alava y Vitoria, de Guipúzcoa, de Castilla la Vieja y de las Asturias de Santillana.

En las alas de la batalla real, á la derecha, el conde de Cifuentes con quinientas lanzas de Sevilla y

cinco mil peones, y á la izquierda seiscientas lanzas y cuatro mil peones de Córdoba.

Delante del fardaje, para que éste no se mezclase con la batalla real, marchaba Don Pedro Sarmiento con un grueso cuerpo de caballería y de infantería, formado con gentes de Carmona y de Andújar, y luego, como retaguardia de la hueste y reguarda del fardaje, seguían varios y muy esforzados capitanes, Don Luis Portocarrero, señor de Palma; Garcilaso de la Vega, el comendador Martín Galindo, Rodrigo de León y otros, con gentes de Jaén, de Jerez, de Úbeda, de Baeza, de Murcia y de otras diversas partes.

La hueste, en su total, pasaba de trece mil jinetes y cuarenta mil infantes, sin contar las compañías de gastadores que iban de avanzada abriendo camino y desbrozando las antiguas vías militares, llenas de maleza y obstáculos. Otros historiadores dicen que era de quince mil caballos y ochenta mil infantes.

Don Fernando, obedeciendo á un plan previsor y discreto, quiso al paso ocupar las fortalezas y castillos comarcanos, desde cuyos puntos hubieran podido los moros molestar sus reales é interrumpir las comunicaciones. Varios de estos castillos se le entregaron sin combate. No así el de Zújar, que le opuso desesperada resistencia y logró detener algunos días la marcha de tan poderoso ejército.

Era alcaide de la villa y castillo de Zújar un bizarro moro llamado Hubec Abdilar, resuelto á defender la plaza y á turbar el paso de la hueste. Había acopiado víveres y recibido refuerzos de Guadix, y para realizar más libremente su intento, expulsó de la villa y alcázar á viejos, niños y mujeres, dispuesto el ánimo para combatir á ultranza.

El Rey, que no quería dejar fuerza tan importante á su espalda, mandó poner real sobre aquella villa

de Zújar, que entonces llamaban Cúsar unos y Múchar otros, y cercóla por todas partes, viéndose obligado á coronar de avanzadas y escuchas las sierras y torres contiguas, hasta dar vista á Guadix y á Baza para evitar que fuese auxiliada por el moro.

La resistencia fué obstinada, sostenida la plaza con valor heroico. El intrépido Hubec llevó su arrojo hasta salir del castillo para pelear á campo raso con tan poderoso enemigo, y sostuvo porfiado combate con la vanguardia del maestre de Santiago y con el destacamento gallego de Don Diego López de Haro, que, no sin trabajo y pérdida de gente por ambas partes, le obligaron á retirarse á la plaza.

Diéronse los primeros asaltos, siendo rechazados los cristianos en todos ellos; pero al fin llegaron á tomar un arrabal los gallegos de Don Diego de Haro. La defensa fué entonces más desesperada por parte de los moros. Sabiendo que el Rey, irritado por tanta obstinación, no quería darles partido, deliberaron morir peleando si no podían vivir defendiendo: y ya entonces, como hombres ofrecidos á la muerte, apelaron á todos los medios que les procuraban la temeridad y el desprecio de la vida. Opusieron fuerza á fuerza, ingenio á ingenio, ira y desesperación al empuje y acometida. Una brecha que abrió la artillería se cegó con cadáveres cristianos. Entre las armas defensivas de que se valió Hubec, fué notable el artificio de unas calderas, asidas con cadenas una á otra y rellenas de fuego ó de aceite hirviendo. Giradas con esfuerzo por medio de un ingenio, estas calderas lanzaban á larga distancia el fuego, que incendiaba los aparatos de los sitiadores, ó el líquido hirviente, que caía sobre los infelices enviados al asalto.

Al ver los caballeros y capitanes del Rey cómo la tardanza sobre aquella villa de Zújar era impedimen-

to para el fin acordado de cercar á Baza, le suplicaron que recibiese á partido á los valerosos defensores de la plaza. Accedió por fin Don Fernando; mediaron parlamentos y conferencias, y Hubec, tras de honrosa capitulación, abandonó villa y fortaleza y se marchó á Baza libremente con toda la fuerza que le quedaba.

Entregáronse también al Rey, después de mayor ó menor resistencia, los lugares y castillos de Bacor, Freyla, Canillas y Benzalema, fortificaciones que servían de antemural á Baza. Una de ellas, Benzalema, no quiso rendirse sino al mismo Don Fernando, que fué en persona á recibirla, y puso de alcaide al bizarro capitán Juan de Ávalos, que tan brioso estuvo el año anterior en la defensa de Cúllar.

Abierto y desbrozado el camino, el Rey y su ejército se presentaron ante Baza.

Y aquí es preciso poner en conocimiento del lector algunos antecedentes, ya que aquel sitio de Baza, decantado y estruendoso, fué una de las empresas más culminantes de los reyes de Aragón y de Castilla. Por una y otra parte, por la del cristiano como por la del moro, se hicieron esfuerzos supremos, se emplearon muchas y cuantiosas sumas, se libraron sangrientos y desesperados combates, y fué para unos y otros aquel sitio una larga continuación de fatigas, de trabajos, de dispendios, de conflictos, tristezas y penalidades.

Y en lugar de acabar aquella empresa por la ruina, ó al menos por ser el comienzo de una serie de otros sucesos como ella tan magnos, tuvo un fin de nadie previsto, pues que concluyó con la entrega sin combate de todo lo que era reino del Zagal, término que, por lo inesperado y raro, así como por lo que tuvo de misterioso, hizo exclamar al historiador Zu-

rita, que «fué de gran admiración para los que lo vieron», añadiendo más adelante—por ignorar lo ocurrido en el fondo, ó por saberlo y no querer decirlo,—que debió de ser aquel acabamiento tan repentino, *no por la fuerza y poderío humano, según se vió, sino por don y gracia divina, en tiempo que estaban en más trabajo los que tenían cercada la ciudad que los de dentro.*

Era Baza una de las ciudades más importantes del reino de Granada, una de las más ricas, muy bien abastecida y soberbiamente fortificada. En tiempos de Cartago y Roma había sido metrópoli de los pueblos bastetanos, y está fundada en el descenso de una colina, señoreando un valle apacible de ocho leguas de largo y tres de ancho, que hoy lleva el nombre de la *Hoya,* fertilizado por las aguas abundosas que se despeñan de vecinas cumbres.

La huerta de Baza es un encanto, y en tiempo de los moros era un primor, pues que, á más del aspecto que la industria mora sabía dar á sus campos, sobre todo por la labor del agua, en que eran maestros los árabes, aparecía poblada de palacios, casas de campo y de recreo, quintas y granjas, con más de mil torreones que, en momentos de peligro y de alarma, se convertían en fortalezas temibles. La multitud de edificios y fuertes, la espesura de los árboles y el impedimento de tapias, muros, zarzales, acequias y albercas de las huertas, servían de barreras á la ciudad, amparada también por una rambla y cuesta muy agria, y formaban un laberinto muy peligroso para el invasor.

Entre los modernos historiadores, Lafuente Alcántara, uno de los que más y con más provecho profundizó en el estudio de las guerras de Granada, dice que al tener noticia el sultán de Guadix, ó sea el Zagal, de los aprestos y movimientos del rey Don

Fernando y del numeroso ejército con que avanzaba hacia Baza, adoptó medidas enérgicas para conservar esta plaza, fiel aliada suya y metrópoli de sus dominios; mandó acopiar en ella todos los víveres de que pudo disponer en algunas leguas á la redonda; constituyó en su recinto un gran depósito de municiones y armas, y difundió una proclama mandando que todos los moros, jinetes é infantes aptos para pelear, acudiesen á Baza como á un palenque en donde iba á decidirse á punta de lanza el triunfo de la fe musulmana ó la pérdida de la religión y de la patria.

Los alcaides de Purchena y Tabernas fueron los primeros en obedecer á la intimación, presentándose con sus taifas. Acudieron en seguida los montañeses de la Alpujarra, gente robusta, avezada á las fatigas de la guerra, y llegaron también muchos granadinos, altos y bajos, mal hallados con la conducta de Boabdil y ansiosos de blandir sus armas contra el cristiano.

Otro historiador moderno, el ilustre orientalista Don Leopoldo de Eguílaz Yanguas, otras veces citado en estas páginas, el que con tanta discreción y buen juicio ha compilado, en una *Reseña histórica de la conquista de Granada por los Reyes Católicos*, cuanto han escrito los cronistas árabes, dice que el Zagal reunió á toda prisa los contingentes de Almería, Almuñécar y distritos montañosos de la Alpujarra, y con ellos entró en la ciudad días antes de parecer los cristianos por ella.

Pero el Zagal no se encerró en Baza. Hubo de salir muy pronto, creyendo más conveniente su presencia en Guadix para atender á cualquier sorpresa que proyectara desde Granada su sobrino Boabdil y ordenar que por medio de cuerpos de caballería ligera fuesen molestados sin cesar los sitiadores, como así ocurrió efectivamente.

No partió, empero, de Baza sin antes dejarlo todo corriente y arreglado, provistos de víveres los almacenes, de armas y municiones los depósitos, reforzada la fortificación, levantado el ánimo de la guarnición y nombrados todos los jefes y caudillos con precisas instrucciones. Quedó por caudillo ó general de la plaza Mohamad Ben Hacen, á quien llamaban *el Veterano*, hombre ya de edad, aunque muy fuerte y aguerrido. Fué nombrado alcaide de la ciudad y sus fortalezas Abú Hamet Abdalá. Distribuídos al frente de distintas fuerzas quedaron, como generales, caudillos de valor probado y nombradía reconocida, Hubec Abdilar, el defensor de Zújar, Reduán Zafarjal, grande valedor en otro tiempo del rey viejo y entonces del Zagal, Alí Ben Zahar, Mohamad Aliatar, Hamet Aliatar y Alí Zabandón, todos guerreros esforzados.

Como general especialmente encargado de la defensa para molestar al enemigo con salidas y rebatos, dejó á su primo y cuñado Cid Hiaya ó Iahia, que otros llaman Yahia Alnayar, por ser de la poderosa y principal familia de los Alnayares, hijo de Abú Zelim ó Celim, infante de Almería ya difunto. Era este personaje descendiente en línea recta del famoso Abén Hud, y estaba casado con su parienta Cetimerien (en castellano María) Venegas, hermana de los dos generales moros Abulcacín y Reduán, hijos los tres de Don Pedro Venegas, de origen castellano, á quien se llamó *el Tornadizo* cuando se hizo moro y casó con la princesa Cetimerien, hermana del rey Jusef. Cid Hiaya había organizado en Almería y demás pueblos de su señorío un ejército de diez ó doce mil hombres que, unidos á las demás fuerzas de la guarnición, montaban un total de veintiecinco mil soldados aproximadamente.

De este príncipe, que tan activa parte tomó en los sucesos de Baza, donde en momentos llegó á ser el árbitro, no hablan una palabra ciertos historiadores muy señalados. Zurita y el Cura de los Palacios no le nombran al narrar el sitio de Baza. Pulgar, que dedica á este sitio varios largos capítulos, y que estuvo, según parece, en el real durante aquella campaña, habla sólo de un Yaya Alnayar, que se limita á citar como otro de tantos generales moros. Lo mismo hacen casi todos los demás cronistas.

Cosa rara y singular es ésta, que da motivo á gran extrañeza, pues que este caudillo Cid Hiaya, no sólo tomó parte muy principal en las jornadas de Baza, sino que fué el nervio de la resistencia más tenaz en sus comienzos, habiendo sido también, según ahora se va demostrando por los documentos que aparecen, el héroe secreto ó motor de lo que pasó en el fondo; el que dirigía á su voluntad los sucesos de aquella sangrienta tragicomedia de Baza; el que hubo de tener y manejar la clave de los misterios que obligan á que Zurita atribuya el resultado de las cosas á intervención divina.

Este príncipe moro, que fué después el Don Pedro de Granada, y Don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León, consejero y privado de los Reyes, fueron de seguro el alma de cuanto ocurría en las sombras y secretos de aquel memorable sitio de Baza, que tuvo la especial circunstancia, raras veces vista, de ser principio y fin á un mismo tiempo de una gran empresa.

Pero no hay que adelantar impresiones.

Reanudando el hilo de la narración, importa decir que si el Zagal puso tanto empeño en la defensa de Baza, no fué menor el de los Reyes en combatirla y tomarla.

C
62

Ya se ha visto con qué poderoso ejército se presentó Don Fernando ante la ciudad; ya se ha dicho cómo venía preparando la empresa desde tiempo. En ninguna tomó tanta parte ni mostró tanta actividad Doña Isabel, que se quedó en Jaén, sin perjuicio de ir luego al campamento, sólo para atender á las necesidades que tuviera la hueste, á proveerla de víveres y bastimentos y cuanto le hiciera falta, y á procurar recursos de todas clases y sumas de dinero sin medida, apelando á todo.

En el Archivo de la Corona de Aragón, donde hay más de lo que se cree y menos de lo que debiera, hallé tres documentos que aquí hacen muy al caso.

Para atender á los gastos que se ocasionaban con motivo de las guerras de Granada, y muy principalmente por lo tocante al sitio de Baza, el rey Don Fernando se dirigió á la ciudad de Valencia, en los estados de la Corona de Aragón, pidiéndole dinero y dándole en garantía, primero, un collar de su esposa la reina Doña Isabel; después, la misma corona real de la Reina, y, por fin, no bastando con ello y apremiando más y más la escasez de recursos, varias joyas y alhajas pertenecientes á entrambos.

Este último documento está firmado y fechado por el Rey en el campo puesto ante la ciudad de Baza el 24 de Noviembre de 1489, pocos días después de haber llegado al real la reina Doña Isabel, como se verá en los capítulos sucesivos.

Sabido es y notorio que estos datos, lo propio que otros publicados por Navarrete respecto á alhajas empeñadas, no significan gran cosa en el fondo, ya que dejar las joyas y alhajas en prenda sólo fué una costumbre establecida á fin de garantir la devolución del dinero. Desde Don Jaime I *el Conquistador*, que empeñó su escudo, hasta los Reyes Católicos, to-

dos recurrían á este medio para adquirir fondos. Por lo regular, la cantidad prestada sumaba infinitamente más que el valor de la joya que se dejaba en garantía. Equivalía á una palabra empeñada: el cofre de las piedras del Cid, según la leyenda. No tienen, pues, estos depósitos de alhajas, y hasta de la corona real, la importancia y transcendencia que se ha querido dar á los empeños de joyas por parte de los Reyes, según el ruido que se movió, por ejemplo, con lo de la otra leyenda de las alhajas de la Reina Católica para las naves de Cristóbal Colón.

Pero estos documentos que hoy saco á luz, significan en este punto concreto la tenacidad que ponían los Reyes en las guerras de Granada, y muy en especial los apuros que precisamente tenían para sostener el sitio de Baza.

Los documentos en cuestión están registrados en el Archivo con los números 3.610, folio 142 vuelto; 3.647, folio 78, y 3.647, folio 7.

Para curiosidad del lector, y final de este capítulo, bastará sólo que publique uno de estos documentos, el de la corona real.

Es una carta al secretario Luis de Santángel, y dice así:

Don Ferrando é dona Ysabel: al amado escrivano de Ración de casa nuestra Luys de Santangel, salut é dilección. Como vos el dicho Luys de Santangel por mandado nuestro hayáys recebido en la ciudad de Valencia, á del mes de Enero más cerca passado, de los jurados de la ciudat de Valencia é Vniversidad de aquella, todos aquellos treynta cinco mil florines doro, ó por ellos quinientos veynte cinco mil sueldos moneda Reales de Valencia, por parte y en nombre nuestro, los quales la dicha ciudat por nos fazer servicio nos ha prestado, manllevando aquellos á censal de diversas personas para en subvención de los gastos que en el cerco de la ciudad de Baça y en tomar

aquella havemos fecho, por tuhición y seguridat de los quales dichos treynta cinco mil florines, havemos puesto entre manos á la dicha ciudat é jurados de aquella vna corona de oro con diversas perlas de conto y piedras preciosas de nos la Reyna, por manos vuestras, segúnt que en la capitulación que sobre aquesto entre nosotros y la dicha ciudat y jurado é síndico de aquella ha seydo fecha y firmada, las dichas é otras cosas son más extensamente expresadas á la qual nos refferimos. Por ende con tenor de las presentes de nuestra cierta é expresamente dezimos é mandamos á vos dicho Luys de Santangel que todos los dichos treynta cinco mil florines, ó los dichos quinientos veynte é cinco mil sueldos de la dicha moneda reales de Valencia, dedes y entreguedes y paguedes realmente al Reverendo in Christo padre obispo Davila, nuestro confesor y del nuestro consejo, cobrando empero de aquell apoca ó apocas de pagua y solución y las presentes. Por las quales de la dicha nuestra cierta sciencia nos tenemos por contentos y paguados devos de los dichos quinientos veynte cinco mil sueldos, é damos á vos y á todos vuestros bienes por libre y quito dellos para agora y para siempre jamás, que con las mesmas presentes dezimos y mandamos á los maestros Racionales de nuestra corte y á sus Logares tenientes y á otros qualesquier officiales nuestros que non vos pidan cuenta ni razón dellos, y á super abundante cautela les quitamos todo poder y facultat de fazer el contrario. Data en la nuestra ciudat de Sevilla á XVI de Abril en el annyo del nacimiento de nuestro Señor mil quatrocientos noventa.

Yo el Rey. Yo la Reyna.

Domini Rex et Regina mandarunt michi Johanni de Coloma visa pro generalem thesaurarii et pro conservatore.

CAPÍTULO XVIII

EL SITIO DE BAZA

(1489)

Don Fernando ante los muros de Baza. — La batalla de las huertas. — Desastres en ella. — Muerte de Reduán, general moro, y de Juan de Luna. — Hecho heroico de Rodrigo de Mendoza. — Se retira el ejército á sus antiguas posiciones. — Consejo de capitanes para acordar el levantamiento ó continuación del sitio. — Opiniones encontradas. — Consulta á la Reina. — Su magnánima resolución. — Tala de los bosques. — Se organizan dos campamentos. — Líneas atrincheradas. — Hazaña de Hernán Pérez del Pulgar. — Embajada del Gran Turco. — Actividad en el sitio. — Terminación de las obras del campamento. — Valor y perseverancia de los moros. — Combates caballerescos. — Lo que ocurría en Granada. — Dinero mandado á Boabdil por Doña Isabel. — Esfuerzos, previsión y grandeza de alma de la Reina. — Patriotismo de las damas de Castilla. — Porfía de los moros en defensa de la ciudad. — Hidalguía y generosidad de las damas moras y su patriótica conducta. — Actos valerosos del príncipe Cid Hiaya. — Artificio de los cercados. — Lo que de este artificio pensaba y decía el Rey. — Desastres y angustias en el real. — Impaciencias por levantar el sitio. — Nueva consulta á Doña Isabel. — El rasgo de la Reina.

La ciudad de Baza estaba perfectamente preparada y dispuesta para sostener un largo sitio. Como tuvo tiempo suficiente, se había provisto de bastimentos para quince meses, y hasta la recolección de los frutos de la vega se hizo antes de sazón para que no cayeran en manos del enemigo.

Don Fernando sentó primeramente sus reales algo

apartados de la huerta por no atreverse á entrar en ella sin antes reconocerla; de manera que los cercados podían entrar y salir libremente de la plaza. No tardó en conocer que no se avanzaría si no se tomaba la huerta, el jardín ó verjel de Baza, según lo llamaban los moros, y dispuso por lo mismo que la vanguardia del ejército practicara un reconocimiento para colocar las baterías y distribuir las estancias.

Hubo de darse con este motivo una verdadera batalla, la más dura y empeñada quizá en aquel cerco, la más sangrienta también.

El maestre de Santiago, á quien fué encargado el movimiento, entró con sus batallas ordenadas por medio de la huerta, apoyado en sus flancos por las divisiones de Don Luis Portocarrero y del conde de Cifuentes. Don Fernando se situó en lo alto de un cerro para seguir los progresos del combate y desde allí disponer los refuerzos y socorros, pronto también á acudir por su parte si era necesario.

Apenas comenzó el avance del cristiano, abriéronse las puertas de Baza y empezaron á salir las huestes musulmanas. Capitaneadas iban por el príncipe Cid Hiaya, caudillo valeroso, muy conocedor del terreno, con gente que le era personalmente adicta, avezada al combate y dispuesto el príncipe á una tenaz oposición que, si no le daba la victoria, sirviera al menos para dar á conocer al enemigo los peligros y la desesperada resistencia que hallaría y con que tendría que luchar en su empresa. Este fin lo consiguió Cid Hiaya por completo.

Aquel terreno quebrado, desconocido, peligroso, que desaparecía bajo los árboles y edificios, era muy propio y acomodado para la táctica astuta y engañosa de los árabes. La caballería cristiana, hábilmente atraída por los manejos del moro, penetró en un te-

rreno desventajoso para tal arma, encontrándose sin poder maniobrar. Los capitanes mandaron entonces á los jinetes echar pie á tierra, y combatir á usanza de infantería. No tardaron los soldados en verse separados de sus banderas y capitanes, y el mismo Don Fernando, que seguía con atención los movimientos de los combatientes, dejó de ver muy pronto á las columnas que se perdieron por entre los barrancos y espesas nubes de follaje que interceptaban la vista por todas partes.

Dióse la batalla, por lo tanto, cuerpo á cuerpo y en la mayor confusión. Moros y cristianos peleaban en pelotones, sin divisar banderas, ni atender á voces de mando ni á son de trompeta. Cada grupo era un combate, cada árbol un parapeto, cada barranco un asalto, cada edificio una fortaleza que se perdía y recobraba con heroísmo.

Pero, á todo esto, los castellanos continuaban avanzando desesperadamente por entre aquel espeso laberinto en que se habían empeñado sin darse cuenta. Doce eternas horas duró la batalla, librada en el fondo de aquellos bosques y barrancos, casi en la obscuridad y en las tinieblas, sin que Don Fernando pudiera llegar á saber cuál sería el resultado de refriega tan escondida, porque las noticias de los que llegaban de ella eran muy contradictorias, por venir desalentados los unos y perseguidos los otros. También los habitantes de Baza se hallaban en situación parecida. Asomados á sus azoteas y baluartes, divisaban los grupos de los combatientes, las nubes de humo, y oían las explosiones de las espingardas, mezcladas con gritos y lamentos; pero nada podían averiguar de cierto.

Bajó la noche á interrumpir á los combatientes, y cada bando se aseguró la victoria, aun cuando resul-

tó que los moros se retiraron á las murallas de la plaza, mientras que los cristianos, habiendo avanzado y arrollado tanto obstáculo y peligro, acamparon aquella noche en las huertas, dueños del campo de batalla; pero á la mañana siguiente, viendo Don Fernando la imposibilidad de proseguir allí y mantener el terreno ganado, mandó que las fuerzas se retirasen á sus anteriores posiciones, que fué como dar la victoria á los infieles.

Tuvieron unos y otros importantes y dolorosas pérdidas. De parte de los moros sucumbió Reduán Zafarjal, uno de los capitanes más bravos del reino granadino, amigo particular de muchos caballeros castellanos, con quienes había militado en Andalucía durante la guerra del reinado de Enrique IV. Fué su muerte muy sentida en ambos campos.

En las filas de Don Fernando ocurrió un hecho heroico. Una bala disparada por un búzano con que los moros hacían fuego certero, se llevó el brazo y con él la bandera que sostenia Juan Pérez, alférez de uno de los batallones del gran cardenal de España. Iban ya los infieles á apoderarse de la insignia gloriosa, cuando el joven capitán Rodrigo de Mendoza, hijo bastardo del cardenal, y más tarde marqués del Zenete, se arrojó tras del moro que se llevaba la bandera, arrostrando el vivo fuego que se le hacía, y consiguió recobrarla, llevándola en triunfo á su campo.

Murió también en aquella pelea el mancebo Don Juan de Luna, hijo del barón de Gotor, que era caballero muy querido del Rey y de la corte.

Al dia siguiente, como queda dicho, al ver el aspecto desolador que presentaba la huerta, y al convencerse de que no podía quedar seguro el campamento en un sitio que ya los naturales le daban

nombre de *Hoya*, circuló Don Fernando la orden de retirada y sacó su ejército á paraje más abierto y conveniente. No se hizo, sin embargo, sin otra ruda batalla. Cid Hiaya, al advertir el movimiento, salió con su caballería, embistió con brío y causó daño en las filas de la retaguardia.

Con esta jornada se puso de relieve lo que deseaba el príncipe moro, que fué convencer al ejército cristiano de los muchos trabajos, fatigas y peligros que era necesario vencer para dominar á Baza y conseguir su presa. Así es que, vuelta la hueste á su antigua posición, reunióse el consejo de caudillos para deliberar acerca de la conveniencia de proseguir ó levantar el cerco. Fué de esta última opinión el marqués-duque de Cádiz, que no era sospechoso por cierto en actos de valor y arrojo, por ser una de las más altas figuras de las guerras de Granada. Apoyó su parecer en los muchos recursos que tenían los moros, en la bravura de éstos, en la fortaleza de la ciudad y la escasez de víveres en el campo cristiano. Vióse claramente que la mayoría de los generales pensaba como el marqués, devotos á su dictamen.

No así el comendador de León, Don Gutierre de Cárdenas, muy favorecido del Rey y de la Reina, y muy adicto á su casa y á sus intereses. Opinó éste que debía proseguirse la empresa, haciendo todo linaje de sacrificios, pues que, de otra suerte, se rebajaría el prestigio de los Reyes y del ejército y se daría fuerza al bando del Zagal, quien podría entonces lanzar de Granada á Boabdil, uniendo á los moros, lo cual sería destruir la obra tan hábilmente realizada por Don Fernando de mantener la discordia entre ambos bandos para así alcanzar mejor el triunfo sobre todos. Vióse claramente que el Rey se inclinaba al parecer de Don Gutierre.

No pudo el Consejo ponerse de acuerdo, y entonces, como ya había ocurrido otras veces, se decidió consultar á la Reina, que estaba en Jaén, y allí permanecía para atender á los recursos del real.

La opinión de Doña Isabel no fué vacilante ni dudosa. Sin tomar sobre ella la responsabilidad de decidir la cuestión, pues dijo que al Rey y á los capitanes tocaba resolver, según las reglas militares, la continuación ó levantamiento del sitio, encargaba que no se desconfiase de Dios, que, á través de tantos peligros, los había conducido á la realización de sus proyectos; hizo presente que nunca los moros se habían visto tan humillados ni enflaquecidos como entonces, y que nunca probablemente los castellanos podrían volver á comenzar sus campañas con tan formidables aprestos ó bajo tan felices auspicios; y concluía prometiendo que, si sus soldados querían cumplir como buenos con su deber, podían confiar en ella, que no faltaría al suyo proveyéndoles de cuanto fuese necesario, sin que jamás les faltasen ni víveres ni dinero.

Al circular por el campo la gallarda respuesta de la Reina, renació la confianza perdida, desapareció el desaliento, disipáronse los malos agüeros y alzóse el ánimo de todos á la grandiosidad de la empresa, que apareció entonces tanto más gloriosa cuanto más difícil se presentaba. Recobráronse la fe y la esperanza, que son realmente fuentes de vida, y, animados todos, se resolvió cercar la ciudad con dos campamentos. Al frente del uno quedaron el marqués de Cádiz, Don Alonso de Aguilar, Don Luis Portocarrero y los comendadores de Calatrava y Alcántara. Púsose al frente del otro el Rey, asistido por el conde de Tendilla, el maestre de Santiago y otros capitanes de importancia.

Los moros presenciaban tranquilamente las evoluciones del cristiano, confiados en que la fragosidad del terreno, y, sobre todo, la mucha extensión de las huertas y fortaleza y espesura de sus árboles, serían obstáculos insuperables para formalizar el cerco. Los sitiadores habían previsto el caso, sin embargo; y para que los dos campamentos pudieran unirse y comunicarse por medio de un foso, así como también para asegurarse la posesión de aquel terreno disputado, decidieron limpiarle de las espesas arboledas que le cubrían y proceder á una tala general. Los cercados en Baza iban á ver, con indignación y asombro, cómo desaparecían y eran estragados aquellos ricos y frondosos verjeles, que constituían la riqueza y la delicia de la ciudad.

Fué encomendada esta operación difícil y peligrosa al comendador mayor de León, Don Gutierre de Cárdenas, con un destacamento de siete mil hombres para contener y resistir las salidas que no dejarían de hacer los sitiados, y cuatro mil taladores, que comenzaron la obra devastadora, necesaria sin duda, inevitable, para salud y seguridad del real cristiano, pero impía, y cruel, y salvaje, para aquellos jardines y verjeles que representaban el trabajo de la industria humana y para aquellos árboles seculares, colosos venerables á cuyos pies se habían sucedido las generaciones. La guerra es como la política: no tiene entrañas.

A pesar de tanto número de gente empleada en la tala, era el bosque tan espeso, tal la corpulencia de los árboles, y tan vigorosas las salidas de los sitiados, que defendían aquel terreno como carne de su carne, que no adelantaba la corta más de diez pasos por día, y no quedó concluída sino al cabo de siete semanas.

Desaparecidas aquellas antiquísimas y venerables frondosidades, por tantos años gozo y defensa de la ciudad morisca, comenzaron los preparativos para poner en comunicación los dos campamentos, abriéndose al efecto un foso profundo, hacia el cual se dirigieron las aguas de las montañas, y fortificándose al mismo tiempo sus orillas por estacadas construídas con los troncos que acababan de cortarse, y con fuertes torres, además, de mampostería, levantadas á corta distancia una de otra. Así se completó el cerco de la ciudad por la parte de la vega; pero como quedaban, sin embargo, abiertas las comunicaciones por el lado opuesto de la sierra, se construyeron otras defensas de igual fuerza, consistentes en dos murallas de piedra, separadas por un profundo foso, que se extendían por los picachos y abismos de las montañas hasta tocar en los extremos de las fortificaciones del llano. Así quedó Baza encerrada dentro de una línea no interrumpida de circunvalación.

Extraña ciertamente cómo durante el curso de este penoso trabajo—en el cual estuvieron ocupados de diez á doce mil hombres bajo la dirección del infatigable comendador de León por espacio de dos meses—se mantuvo impasible y silencioso el sultán de Guadix, hallándose tan cerca, ni cómo los sitiados, que tan francas tenían la entrada y salida, según consignan los historiadores árabes, no combinaron con el Zagal algún movimiento que hubiera puesto al campo cristiano en duro aprieto. Verdad es que el Zagal se veía detenido por el recelo de dejar sus estados á merced de su rival Boabdil si él marchaba contra los cristianos; pero parece que en combinación con los sitiados de Baza y con las gentes de la comarca, no le hubiera sido difícil intentar algo.

Los castellanos, por el contrario, impacientes por

la holganza á que los reducían las operaciones del sitio, y deseosos de ejercitar su valor y sus fuerzas, se lanzaban á correrías que algunas veces, á pesar de la temeridad, coronaba la fortuna. Una de éstas fué la de Hernando del Pulgar, aquel *de las hazañas*, tan renombrado en nuestras crónicas y leyendas, y á quien no hay que confundir con el historiador del mismo nombre y apellido, tantas veces citado en este libro, aun cuando también tuvo el *de las hazañas*, en sus vejeces, alientos para empuñar la pluma, en vez entonces de la espada, harto manejada por él durante sus mocedades.

Fué muy notable la hazaña de Hernando del Pulgar.

Reunidos doscientos caballos y trescientos peones, siendo uno de los caballeros el del Pulgar, salieron un día del campamento, con permiso del Rey, y llegaron en algara y correría hasta los campos mismos de Guadix, donde incendiaron cortijos y caseríos, apresaron ganados y recogieron muchos cautivos. Regresaban ya satisfechos con su presa, cuando apareció en su persecución una fuerte columna de caballería acaudillada por los once alcaides de los castillos del Zenete.

Algunos jinetes cristianos, creyendo aventurado resistir á mayor número con la impedimenta de la presa, propusieron abandonar ésta y salvarse huyendo. Á esto se opusieron los caudillos, principalmente Pulgar; pero se encontraron con que era muy difícil subordinar aquella gente allegadiza, aventurera, sin cabeza y sin bandera cierta. Á todo esto iba acercándose la caballería enemiga. Unos optaban por resistir, por salvarse otros, se arremolinaban todos, y nadie se entendía. Los más resueltos gritaban al alférez que se adelantara con la bandera, y éste vacilaba con los

mandatos de unos y la negativa de otros. En semejante trance, Pulgar, viendo que los capitanes no alcanzaban á imponerse, que los moros se acercaban y que era segura la perdición sin un rasgo de audacia, salió al frente con su caballo, y ensartando una tira de lienzo ó una toca en la punta de su lanza, por vía de enseña, gritó á sus camaradas:

—¡Ea, hidalgos! ¿Á qué tomar armas con las manos si pensamos desarmados salir por pies? Rara vez se encuentra vencido el buen ánimo. Hoy veremos quién es el esforzado y quién el cobarde. El que quisiere pelear con los moros, no carecerá de bandera si siguiere á esta toca.

Y diciendo estas palabras, hincó espuelas y se arrojó al encuentro de los moros. Venció con su noble ejemplo la indecisión y flaqueza de los demás. Siguióle la mayoría, los otros quedaron al cuidado de la presa, y los moros que venían para acometer, se encontraron de pronto acometidos, debiéndose sin duda á este furioso ataque de sorpresa el que se desbandaran y fuesen arrollados y corridos por el campo, dejando en éste muchos muertos y en manos de Pulgar trofeos y cautivos.

Volvieron los vencedores al real cargados de despojos y contaron la hazaña del que los había conducido á la victoria con bandera improvisada. El Rey, en premio, armó caballero á Pulgar por su propia mano, al frente del ejército, y para perpetuar la memoria de tal hazaña en su linaje, le concedió escudo de armas con un león de oro en campo azul, levantando con sus garras una lanza en cuyo extremo ondea una toca, y al pie una leyenda que dice: *Tal debe el hombre ser, como quiere parecer.*

Este Hernando del Pulgar, por sus hechos caballerescos — y aun falta referir el más señalado, — ha

sido héroe popular en leyendas y romances, historias, dramas y novelas, y de su vida y hazañas se han compuesto varios libros, siendo sin duda los más importantes el publicado por el célebre Martínez de la Rosa, y el que recientemente ha dado á luz en Granada el ilustre autor Don Francisco Villa Real, escrito con erudición y acierto.

Y volviendo ya á la interrumpida narración del sitio de Baza, encuentro que llegaron al campamento dos frailes de San Francisco, quienes venían de Palestina y traían una misión para los Reyes. El Gran Turco reclamaba en favor de los moros de Granada. Pedía que se suspendiera la guerra y amenazaba de lo contrario con una vigorosa persecución de los cristianos de la Tierra Santa, con demoler los conventos y la misma iglesia del Santo Sepulcro, y no tolerar á los cristianos en sus posesiones. Oyó Don Fernando á los religiosos, y procuró mitigar las iras del sultán en términos benévolos; refirió los insultos de los granadinos, sus agresiones y violencias; dijo que como padre se veía obligado á defender á sus vasallos y á librarlos de la furia de los moros; recordó la usurpación realizada por éstos al apoderarse de territorio ajeno con auxilio de un godo traidor, y concluyó haciendo notar su tolerancia con los musulmanes sumisos y la libertad que se les daba para practicar sus ritos como mudéjares en los estados de Castilla. Para más obligarle, se brindó á mandar desde Sicilia dinero y escuadras con que ayudarle en la guerra que sostenía contra el sultán de Egipto.

Los frailes pasaron después á Jaén á ver á la reina Doña Isabel, que les habló en parecidos términos, les dió abundantes limosnas para los templos cristianos, y concedió una cantidad de mil ducados anuales para el culto de los Santos Lugares.

El sitio de Baza pareció en esto tomar alguna más animación, aun cuando nunca habían cesado los combates parciales de los moros con intento de impedir ó dificultar al menos la tala y las obras de fortificación del campamento. Según dicen los historiadores árabes, las fuerzas musulmanas de Baza continuaban todavía acampadas fuera de la ciudad, rechazando siempre victoriosamente la embestida del cristiano é impidiendo los aproches de su artillería y máquinas de guerra. Pero ya en el mes de Septiembre, añaden, estrecharon los cristianos el asedio con una muralla de madera y un gran foso, guarnecidos de guardias y peones, con objeto de estorbar la salida de la ciudad á sus defensores y la entrada en ella á los que acudían en su auxilio ó les llevaban víveres.

El Zagal, que pareció decidirse á renovar la actividad demostrada á comienzos del sitio y paralizada algún tiempo por causas desconocidas, organizó un convoy de víveres y de tropas de refresco con que acudir en auxilio de la plaza. Defendidas las recuas por una fuerte escolta, salieron de Guadix al anochecer, y caminando por sendas excusadas, se aproximaron al campamento cristiano con ánimo de entrar en Baza por sorpresa. Advertido á tiempo Don Fernando, pudo tomar disposiciones para caer sobre el convoy y malograr su éxito, y al efecto despachó á su encuentro á los condes de Tendilla y de Ureña. Lograron éstos desbaratar el convoy y rechazarlo; mas no pudieron impedir, sin embargo, que una pequeña parte entrara en la plaza con un destacamento de moros, que rompió con una carga desesperada por en medio de las trincheras.

También el príncipe Cid Hiaya, en quien no podían el cansancio ni la flaqueza, realizaba frecuentes sorpresas y ataques á las líneas enemigas, de día y de

noche, con actividad febril, con arrojo temerario, sin dar punto de reposo ni de sosiego á los castellanos.

A veces los caballeros moros salían armados á las avanzadas y desafiaban con arrogantes palabras á los sitiadores, apresurándose éstos á aceptar sus retos, con lo cual á cada momento ocurría el espectáculo de un combate singular y de un torneo de muerte, con lances peregrinos y novelescos que daban contentamiento y tema de discusión en uno y en otro campo, y luego pasaban á ser base de futuras leyendas populares. El Rey se vió obligado, según dice Palencia, á prohibir estos desafíos, en que casi siempre llevaban ventaja los moros, como más ejercitados en tal género de combates. Dictóse la prohibición á consecuencia de un lance en que quedó mortalmente herido Martín Galindo, caballero y adalid de Antequera, que había salido á combatir con un capitán del príncipe Cid Hiaya.

Mientras era teatro de estas ocurrencias el campamento de Baza, el sultán Boabdil seguía tranquilamente entregado á la blandura y molicie del Alhambra, sitio que, por otra parte, parece convidar á la indolencia. No creo que exista en el mundo otro lugar como el del Alhambra, que más induzca al reposo ni brinde más al sosiego. En aquel encanto y en aquella maravilla, con su esplendor de cielo y su esplendor de tierra, parece ser única misión del mortal afortunado la de cruzarse de brazos y pasar la vida descansando en mullidos almadraques, ocupado sólo en dirigir alabanzas al Supremo Hacedor de tierra y cielo.

No así sucedía, sin embargo, á muchos súbditos de Boabdil, que le acusaban duramente por su indiferencia y quietismo, y que, mal avenidos con lenidad tan criminosa cuando el aire se enrarecía con gritos

de guerra, acababan por salirse de Granada para ir en auxilio de sus hermanos de Baza, y dar así á su monarca noble ejemplo de virtud y de entereza. Entonces Boabdil, en venganza, mandaba demoler las casas de los fugitivos y afligir con prisiones á sus familias, ahogando en persecución y en sangre todo conato de complot y trama contra su persona ó sus actos.

Un historiador moderno, Lafuente Alcántara, sabedor de muchas cosas y secretos de aquella época, por sus rebuscas en archivos, dice que entonces, al saber esto la reina Doña Isabel....

Y tiene el lector que recoger este dato, tomando nota oportuna.

«*La reina Isabel,* dice, *con noticia de estos sucesos, remitió al rey Chico algunas sumas de dinero*, y Don Fernando redobló sus prevenciones, destacando partidas para escoltar las recuas de víveres y prender en emboscada á los voluntarios que acudieran desde Granada.»

Y lo mismo encuentro que había dicho ya en su tiempo Pulgar, y aún algo más:

«*Á este rey moro* (Boabdil) *proveía la Reina cada mes de dineros para el mantenimiento suyo é de los que con él estaban.*»

Aparece evidente, con el estudio de aquellos sucesos referidos por autores verídicos del tiempo, que la empresa de Baza hubiera terminado en una catástrofe para los cristianos, sin la actividad, la previsión y los esfuerzos de la Reina, que se acreditó en ocasión tal de mujer organizadora y verdaderamente extraordinaria. Supo atender á todo y tuvo fuerzas y talento para todo. Fué la providencia del real, y éste tuvo su sostén en ella. Discurrió medios de proveer á la subsistencia y refuerzos del ejército, acampado en

un país sin comunicaciones y sin recursos; mandó hacer nuevas levas de gente para suplir ó reforzar la del campamento; consiguió que muchos caballeros, retraídos, celosos ó disgustados, que no se habían unido al ejército, vinieran entonces á reforzarle; ordenó que se abrieran caminos, hasta uno doble, para ida y vuelta de los convoyes, por sitios escabrosos y difíciles; hizo comprar todo el trigo y cebada de Andalucía y la Mancha; organizó la conducción de víveres con tanto orden y regularidad, que no había un momento de parada en la salida y regreso de los convoyes; ideó arbitrios con que atender á los cuantiosos gastos que las operaciones costaban; recurrió á empréstitos de particulares y de corporaciones; tomó nuevos préstamos de personas opulentas, cuyos créditos se aseguraron hipotecando el real patrimonio; y como esto no fuera suficiente todavía, y aún hubiera falta de fondos, empeñó, como postrer recurso, las alhajas de su propiedad y hasta la corona real y sus joyas hereditarias. Muchas damas de Castilla siguieron el ejemplo de la Reina, vendiendo ó empeñando hasta las alhajas de sus bodas.

La conducta de la Reina en aquella ocasión, ángel de la patria, amparo del ejército y esperanza y fe de la Cristiandad, merece todos los plácemes y el aplauso de la historia imparcial, sincera y justa.

A pesar del rigor con que el sitio entonces se seguía, Baza no daba señales de enflaquecer ni de rendirse. Los mismos historiadores árabes dicen que la situación había empeorado con haber logrado los sitiadores estrechar el cerco y aproximar á la plaza sus ingenios de batir; pero aun con esto, y con haber ya tenido que retirar al interior las fuerzas que antes campeaban extramuros, con tener muy disminuídas las municiones y comenzar el escaseo de víveres, en

nadie se observó el menor síntoma de desaliento. Á medida que crecían los apuros, recrecían los alientos.

También las damas moras compitieron en generosidad y patriotismo con las de Castilla. Falto el príncipe Cid Hiaya de dinero, apeló á la generosidad del pueblo para pagar su soldada á los combatientes, y en el acto vió aparecer dinero, alhajas y vajillas de todas partes, de los altos y los bajos. Las matronas y doncellas nobles de Baza se desprendieron de sus brazaletes, ajorcas, gargantillas y collares, y los entregaron diciendo que para nada servían si el hado las condenaba al cautiverio, aunque sí para mucho si con darlas ayudaban á salvar la plaza.

No cejaban los sitiados en los trabajos y fatigas de su valerosa defensa; y el primero, el más incansable y pertinaz en la porfía, era el príncipe Cid Hiaya. Diariamente, cuando menos se esperaba, daba rebatos y atacaba las guardias avanzadas, sembrando el terror entre los sitiadores, que maldecían de aquel guerrero, á quien, sin embargo, admiraban. Cierto día cayó con tres mil caballos y dos mil infantes sobre las estancias del conde de Ureña, rompió la línea y causó gran destrozo, incendiando tiendas, matando á muchos y sembrando el pánico. Á no acudir prontamente el conde de Tendilla con Don Alonso de Aguilar y Gonzalo de Córdoba, Cid Hiaya hubiera alcanzado victoria completa, siendo quizá su resultado el alzamiento del real.

Otras veces era tanto el atrevimiento de los moros, que, atravesando el campamento cristiano, salían en busca de los convoyes que mandaba la reina Doña Isabel, y haciendo cruel matanza de cristianos, se apoderaban de las provisiones que traían. Pulgar el historiador refiere admirado la bizarría de los moros, la disciplina con que peleaban, la serenidad con que

se ofrecían á la muerte cuando sus capitanes ordenaban el ataque, y el arrojo y hasta la temeridad con que combatían.

En tal estado las cosas, cuentan las crónicas que un día pidió la plaza parlamento. Creyendo Don Fernando que pudiera ser para preliminares de entrega, eligió dos caballeros, Juan de Almaraz, cautivo en otro tiempo de Cid Hiaya y amigo suyo, pues que le hospedó en su casa durante el cautiverio, y Pedro de Paz, conocido y amigo también de Mohamad *el Veterano*.

Entraron los embajadores en Baza y no salieron hasta el siguiente día diciendo que no se les había llamado para hacerles ninguna proposición de entrega, sino que, antes al contrario, les habían hecho recorrer los pósitos y almacenes públicos, presentando ante su vista montones considerables de cereales y semillas y anchas tinajas llenas de aceite con que dar alimento á la guarnición por mucho tiempo; que, además, cada familia tenía reservas cuantiosas acopiadas por el amago de la próxima campaña; y, finalmente, que habían sido muy bien tratados y considerados, con muchas finezas por parte de Cid Hiaya y los otros capitanes.

Regresaron al campamento con un emisario de Cid Hiaya, el cual llevaba al Rey un regalo. Consistía en un hermoso caballo, con ricos jaeces, bordados en oro y piedras preciosas. Resintióse la dignidad del monarca aragonés con tan inesperado desenlace, á su previsión tan contrario, y devolvió el regalo diciendo que «los soberanos de Aragón y Castilla no acostumbraban aceptar gratuitamente regalos de amigos, y mucho menos de enemigos; que los defensores de Baza podían sostenerse cuanto tiempo les pluguiese; pero que si confiaban en la abundancia de

sus provisiones, mayor era la que tenía el ejército para no desistir en su empeño».

En el campamento causó mala impresión é infundió desaliento lo ocurrido, pues esto demostraba que, á pesar de tan largo sitio, la plaza se hallaba abundantemente provista, y no pensaba en rendirse. Don Fernando, astuto en ardides de guerra y de política, creyó interpretar la exposición de víveres hecha por los moros á la vista de sus enviados como un engaño para disimular la escasez, é hizo circular por el campo y cundir entre la tropa la voz de que los montones estaban exteriormente revestidos de trigo y semilla y abultados con materias despreciables, mientras que las tinajas contenían agua con sólo aceite en la superficie.

Lo que pensó y dijo Don Fernando para tranquilidad de su gente, es lo que cuentan de aquel suceso los historiadores, en su mayor parte. Creen que fué un ardid de guerra, una comedia bien representada por los sitiados; pero no falta, sin embargo, algún cronista que duda de estos apuros de la plaza, diciendo que mayores eran los de los sitiadores.

Y es cierto; mayores los había en el campo.

Los fríos se habían echado ya encima, y también para engañar á los sitiados y demostrarles que estaba dispuesto á mantener el sitio durante todo el invierno, Don Fernando había hecho levantar una verdadera ciudad ante la de Baza, con casas, edificios y cuarteles que sirvieran de abrigo y seguridad á la hueste. Empleando las maderas de los árboles cortados en las huertas, eleváronse varios cuarteles de piedra y barro cubiertos con ramaje, y algunos con teja, bajo un orden perfecto de simetría. En el centro se construyó un pabellón para alojamiento del Rey, edificio mayor, adornado con trofeos de guerra y con

las banderas de Castilla y Aragón unidas, emblema del *Tanto monta*.

Malaventuradamente, estas obras fueron una esperanza efímera. Apenas construídas, se recalaron con lluvias copiosas acompañadas de vendavales, y las frágiles techumbres de casi todas las casas se desplomaron, sepultando en algunas á soldados y caballos. Para mayor adversidad, se inundaron las principales estancias, y los torrentes embravecidos pusieron intransitables los caminos, con lo que se vió privado el ejército, por el momento, de las remesas de víveres que mandaba la Reina. Batallones enteros, desmayados de hambre, pasaron semanas y meses hundidos en lodo hasta la rodilla y expuestos á los rebatos del moro. Tan crudas fatigas y duros trabajos trajeron al campamento la disentería y las calenturas, acentuándose unas fiebres malignas que arrebataban en pocas horas á los más robustos. Según las cuentas y estadística que se echaron luego más adelante, cuando todo hubo terminado, resultó que en aquel sitio de Baza murieron más de veinte mil hombres, en su mayoría víctimas de enfermedades.

Don Fernando vacilaba ya y comenzaba á prestar oídos á los consejos repetidos que se le daban de levantar el cerco, para volver en mejor ocasión y más favorable coyuntura. El movimiento en este sentido era casi unánime en el campo, y de él participaban los más bravos capitanes, excepción hecha del comendador de León, Don Gutierre de Cárdenas, que insistía en sus antiguos optimismos.

En estas circunstancias vino un acto nobilísimo y un arranque patriótico de la Reina á cambiar la faz de las cosas.

Instruída Doña Isabel por cartas del Rey, su esposo, de la incertidumbre é indecisión de los caudillos

del ejército y de las penalidades y tristezas que pasaban en el real, celebró en Jaén consultas con el cardenal Mendoza y otros personajes de su consejo, y decidió marchar al campamento para levantar el ánimo de la hueste, pasando revista general al ejército, y comunicar á todos nuevos alientos con su presencia.

Fué un acto de heroísmo, como pocos ofrece la historia. No ha sido ni será nunca bastante alabado.

¿Á qué iba aquella dama ilustre al campamento, cuando las cosas andaban de mal en peor, cuando todos auguraban mal de todo, cuando al parecer hasta se habían roto las inteligencias secretas, si es que en un momento dado pudo haberlas, como todo induce á creer?

Pues iba sólo á compartir y contraer penas con el esposo, fatigas con el soldado, peligros con el capitán, sufrimientos con la hueste, tristezas con el enfermo, dolores con el herido, contagio con el apestado.

Iba á buscar quizá la ruina ante la fatalidad, la perdición ante el fracaso, la humillación ante el moro, el desprestigio ante la patria, la desconsideración ante la crítica, la responsabilidad ante la historia, la muerte ante la peste.

Y, sin embargo, fué.

Y bien le hubo en ello; que tras de su llegada al real, como si sólo á ella se esperase para cambiar de aspecto las cosas, dieron un vuelco los sucesos, se iluminaron los cielos, se abrieron los horizontes, y, con asombro general, se llegó á un éxito tan feliz como inesperado del que, aun pasados cuatro siglos, no se da cuenta la historia.

Verdad es que no se debió todo á su sola presencia, como se verá luego.

CAPÍTULO XIX

OCUPACIÓN DE BAZA, ALMERÍA Y GUADIX

(1489)

Llegada de la Reina al campamento. — Carta del Rey al príncipe Cid Hiaya. — Observaciones acerca de esta carta. — La familia del príncipe Cid Hiaya. — El palacio misterioso. — La princesa Cetimerien. — Pedro Venegas *el Tornadizo*. — Vicisitudes de su vida. — Su muerte. — El príncipe Cid Hiaya. — Nueva carta de Don Fernando. — Deducciones. — Recorre la Reina el campamento. — Rasgo caballeresco de los moros. — Se entablan negociaciones con la plaza. — Junta de moros. — Mohamad, comisionado para pasar á Guadix. — Reune el Zagal su consejo. — Su acuerdo. — Palabras del Zagal. — Capitulación de Baza. — Lo que hubo en ella de misterioso y raro. — Oferta del príncipe Cid Hiaya. — Lo que dicen los historiadores árabes. — Palabras de Zurita. — Entrega de Baza. — Mercedes y recompensas. — Se rinden varias fortalezas. — El alcaide de Purchena. — Conferencia de Cid Hiaya con el Zagal. — Envía éste un emisario á los Reyes. — Se conviene en la entrega de Almería. — Ofertas al Zagal. — Expedición de los Reyes á Almería. — Entrevista del Rey con el Zagal. — Banquete en la tienda real. — Rendición de Almería. — Llegada de la Reina. — Convenio secreto con Cid Hiaya. — Se entregan Almuñécar y Salobreña. — Cacería real. — Entrega de Guadix. — El Zagal reconocido como rey de Andarax. — Fin de la campaña de aquel año.

Partió la Reina de Jaén, descansó en Úbeda y siguió su marcha por Quesada. Cabalgaba en un palafrén con paramentos de oro, acompañada de su hija la infanta Isabel y del cardenal Mendoza. Arreo seguían Doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de

Moya, su constante amiga; Doña María de Luna, esposa de Don Enrique Enríquez, mayordomo mayor del Rey, y Doña Teresa Enríquez, que lo era del comendador mayor Don Gutierre de Cárdenas, viniendo luego gran séquito de damas, dueñas, potentados, religiosos y caballeros de la escolta. En Úbeda quedaron el príncipe Don Juan, las otras infantas sus hermanas, el arzobispo de Sevilla y los obispos de Avila y de Soria con todos los demás doctores y prelados del Real Consejo.

Los moradores de Baza, según cuenta Bernáldez, coronaron las almenas de las torres y los terrados de las casas para ver avanzar aquella brillante comitiva de damas y caballeros que salía de entre los agrios desfiladeros de las montañas, flotantes las banderas, al son de marciales músicas militares, mientras que todo era gala y regocijo en el campo, poco antes tan triste, y mientras que Don Fernando y los altos dignatarios, señores, caballeros y capitanes se adelantaban á recibir á la Reina entre vítores y aplausos.

Llegó Doña Isabel, dice Pedro Mártir, que se hallaba presente, *rodeada por un coro de ninfas, como si fuera á celebrar el himeneo de su hija; y su presencia alegró súbitamente y reanimó nuestros corazones, que desfallecían ya bajo el peso de las prolongadas vigilias, y de tantos y tan continuados trabajos y peligros.*

Fué el 7 de Noviembre cuando la real comitiva arribó al campamento, y, después de haber conferenciado con la Reina, Don Fernando escribió al príncipe Cid Hiaya la siguiente carta, que debe leerse con atención, teniendo presente el documento que existe en el Archivo de la Corona de Aragón y que he copiado en el capítulo XVI.

Dice así la carta:

EL REY

Al principal de los moros Yahia Alnayar, caudillo general de Baza y Almería.

Bien sabéis las muertes y daños que se han seguido en espacio de seis meses que há pusimos cerco á esta ciudad, así en vuestra gente como en los combatientes de mi real, y las que de nuevo se esperan, si no venís en algún honesto medio con que se excusen; lo cual há muchos días que creí oviérades echo; porque la queja que tenéis de no haber llegado á Almería al tiempo puesto el Adelantado, debéis estar cierto no fué culpa mía ni suya, sino de las muchas lluvias y de la gente del rey Muley Boabdilí, que estaba ya sobre aviso, y gelo estorbaron; porque de lo sucedido hube gran pesar, aunque después supe la venganza que habíades tomado: y lo que de otras cosas os han dicho es con ánimo dañado, y por meter mal entre mí y vos, como lo hicieron para sus malos intentos. Así os rogamos mudéis de parecer y creáis que los que fueron enemigos de vuestro padre y vuestros, lo volverán á ser si se viesen fuera de necesidad, y para la conservación de vuestro estado y bien de vuestra gente os será mejor é más seguro nuestro favor que el que agora os ofrecen con engaños para alargar la guerra á costa é daño vuestro. É debéis vos acordar del favor é ayuda que el infante Celim, vuestro padre, hubo del señor rey Don Enrique, nuestro hermano, é del trato que en la su corte se le hacía cuando andava absente por la guerra que le hacían sus enemigos, que agora buscan vuestra amistad: y con lo que acordáredes, me avisad vuestra determinación; ca holgaríamos fuese la que por estas causas esperamos, y la más segura á vuestra honra y estado.

De nuestro Real de Baza á VII de Noviembre de CCCCLXXXIX años (1489).

Y en todo acaecimiento nos avisad la respuesta con toda brevedad. — Yo el Rey.

Esta carta, cuyo original existe en el archivo de los señores marqueses de Corvera, fué publicada por el académico señor Don Antonio de Benavides en los

Apéndices de su *Memoria sobre la guerra del reino de Granada*. De allí la tomó sin duda Don Miguel Lafuente Alcántara, que la inserta también en su *Historia de Granada*.

Ya á Benavides, que era hombre de claro juicio y superior inteligencia, le llamó la atención esta carta, como también algún otro documento de los que publica en sus *Apéndices;* pero no hace acerca de ella más que una sola observación, que es también la misma, única, que aventura Lafuente Alcántara al trasladarla á su Historia, diciendo que la queja de Cid Hiaya, á que alude el Rey, «era relativa al socorro que había prometido Don Fernando por medio del adelantado de Murcia para desalojar á Boabdil de Almería, en ocasión de haberse trasladado allí en virtud del convenio con el Zagal. Éste, añade Alcántara, entró á poco con Cid Hiaya y mató al hermano de Boabdil, á lo cual hace alusion lo de la venganza».

No, no ciertamente. Así Don Antonio de Benavides como Lafuente Alcántara están en un error, error muy natural de otra parte por no haber llegado á sus manos, como la suerte hizo llegar á las mías, el documento del Archivo de la Corona de Aragón que copio y traslado en el capítulo XVI. Este documento es, sin ningún género de duda, la clave de la carta que se acaba de leer.

Evidentemente el Rey se refiere al fracaso ocurrido el año anterior en lo de Almería, ante la cual se presentó como llevamos visto, pero no sin duda con la oportunidad convenida y debida, por causa de azares de la campaña, dando este retraso ocasión á que de repente apareciera el Zagal (Muley Boabdilí), advertido ó receloso de la trama. Cid Hiaya andaba muy principalmente comprometido en la empresa, según del transcrito documento se deduce; y al ver

que Don Fernando faltaba á la cita, ó por lo menos no llegaba á tiempo, hubo de darse por resentido, y se vengó rompiendo tratos con él, para volver á la amistad del Zagal, cerca de quien acentuó seguramente sus protestas y demostraciones de fidelidad, según costumbre eterna de cuantos fueron traidores ó estuvieron á punto de consumar alguna perfidia. Hasta es posible que el mismo Cid Hiaya, al verse perdido, descubriera parte del complot al Zagal, y quizá también, por su propia autoridad, pasó á castigar á los culpables, ó á los que hizo aparecer en este concepto, ya que se le ve continuar en el favor y privanza del sultán de Guadix, seguir al frente y en el mando de Almería como alcaide, y ser luego nombrado para puesto tan de confianza como el de caudillo y defensor de Baza.

Y al llegar aquí, para mayor inteligencia del lector y de los sucesos que van á referirse, hay que ponerle en antecedentes de aquella familia Cid Hiaya, de antiguo ya relacionada con los Reyes de Castilla.

En un suntuoso palacio árabe de Granada, del que todavía creo que se conservan desmantelados restos, pertenecientes hoy á la casa del marqués de Campotéjar, vivía una joven princesa, de cuya hermosura se hacía lenguas el pueblo granadino. Parecía un palacio encantado por su silencio y su misterio, sus aéreas galerías soberbiamente ornamentadas, sus vastas estancias lujosamente enriquecidas, y sus frondosos jardines, en que campeaban árboles seculares y flores maravillosas. Moraba en aquel palacio la bella y opulenta princesa de Almería, llamada Cetimerien (cuyo nombre equivale al de María), rodeada de una servidumbre de doncellas, dueñas y esclavas, escogidas para velarla como un tesoro y solícitas en satisfacer sus caprichos y más ínfimos deseos.

Contribuían á comunicar encanto y misterio al palacio la soledad en que vivía aquella joven, el gran número de esclavas que tenía á su mandato, la fama de su hermosura peregrina, el no presentarse nunca en público más que con el rostro discretamente velado, y lo egregio de su estirpe, como que descendía de Marsilio, señor de Zaragoza y vencedor de Carlomagno, y su familia se creía con derecho á ocupar el trono de Granada. Atraídos por la fama de esta misteriosa beldad, cuyo recato era tal que pocos habían podido gozar de los hechizos de su rostro, acudieron á Granada magnates opulentos, alcaides famosos por sus proezas, príncipes de Fez, y por ella, y por alcanzar su mano, hubo fiestas y torneos, y se quebraron lanzas en la plaza de Bib-Rambla. Á todo permanecía indiferente. Nadie alcanzaba á vencer sus desdenes.

Sólo un galán encontró el camino de su corazón, y por él el de su mano. Fué un joven cautivo, hijo de noble familia castellana, quien rindió á la seductora beldad y alcanzó lo que no pudieron los caudillos más esforzados y los príncipes más egregios.

El padre de Cetimerien, Cid Yahia ó Hiaya Abraham Alnayar, en una algara que hizo por tierras de Córdoba, volvió á Granada con victoria y con numerosa presa de cautivos cristianos, entre ellos un niño de ocho años, hijo tercero de Don Egas, señor de los estados de Luque. Pedro Venegas se llamaba el muchacho, y, recogido en el palacio de los príncipes, educado en la ley de Mahoma, aprendido el árabe, y enamorado luego de Cetimerien, dió por el momento al olvido sus padres, su casa, su tierra y la lengua y religión de sus mayores.

Este fué el Don Pedro Venegas *el tornadizo* ó *el renegado,* según le llamaban los árabes; *el cautivo,* conforme decían los castellanos. Casado con la princesa

Cetimerien, tomó parte muy principal en los bandos y guerras civiles de Granada. Para ayudar á los partidarios de Jusef, hermano de Cetimerien, que era el candidato destinado al trono granadino, se entendió secretamente con el rey Don Juan II de Castilla y con su privado Don Alvaro de Luna, y le procuró su alianza. Cuando fué destronado Mohamad, á quien llamaban *el Izquierdo*, subió al trono de Granada Jusef IV, cuñado de Don Pedro, y éste pasó á ser uno de los primeros magnates del imperio. Corto fué aquel reinado. Murió Jusef y recobró el trono Mohamad *el Izquierdo*, quien adoptó una política conciliadora y logró captarse el ánimo de la facción que le había arrebatado el cetro. Perdonó y conservó en sus bienes y honores á los hijos de Jusef y á toda la familia Alnayar; mas no á Don Pedro Venegas, único á quien no se dispensó gracia. Mohamad le llamaba siempre *el renegado*, y decía de él que era un genio maligno enviado á Granada para atizar el fuego de la discordia. Don Pedro, para escapar á los odios del sultán, se despidió de su amante esposa y de sus tres hijos Aben Celim, Reduán y Cetimerien, tomó armas y caballos, pidió hospitalidad en Jaén, se reconcilió con la fe de sus padres, y murió retraído y solitario en aquella ciudad castellana. En cuanto á sus hijos y también á los de su cuñado el rey Jusef IV, siguieron siendo príncipes de Almería y poderosos en el reino de Granada.

El Cid Hiaya, nieto de Don Pedro Venegas, que es el que acabamos de encontrar como caudillo de Baza, ayudó al rey Abul Hasan en sus luchas con su hijo Boabdil, y luego al Zagal, que era su primo y cuñado. Hallándose de alcaide en Almería, reanudó antiguas relaciones de familia con los Reyes de Castilla, y, por el documento antes citado, se ve que estaba compro-

metido á entregar la ciudad de Almería á Don Fernando. No pudo ser esto, según se ha visto, y rompió de nuevo con el Rey de Aragón y de Castilla. Empero, la expresiva carta del Rey que acaba de leerse, escrita seguramente de acuerdo con Doña Isabel, y quizás á instancias de ella, pues su fecha es la misma del día en que llegó á los reales de Baza, volvió á reanudar las relaciones interrumpidas.

Se envió esta carta al príncipe árabe por conducto de Don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León, que fué en aquella ocasión el hombre de confianza y el íntimo de los Reyes, y se contestó inmediata y favorablemente, según se ve por otra que escribió el rey Don Fernando y procede también del archivo de la casa de los señores Marqueses de Corvera.

Dice de esta manera:

EL REY

Al honrado de los moros, Yahia Alnayar, caudillo general de Baza é Almería.

Mucho placer rescebimos con la respuesta que el Comendador mayor de León nos truxo, y con la que á voluntad de Nuestro Señor ha sido servido de vos dar, en la cual no debéis tener duda ni confusión, sino creer lo que tan manifiestamente os muestro para vuestro bien y de vuestra gente, y la determinación que nos ha dicho tenéis de no asentar partido alguno sin dar partido al rey de Guadix, vuestro cuñado; estamos muy ciertos que él no tendrá en esto más voluntad que la vuestra, en especial al cabo de tanto tiempo y muerte de tanta gente, no la debéis dilatar á que subcedan novedades que lo estorven, y á Dios rogamos sobre todo por la brevedad, y para el día que nos avisárades volverá el Comendador mayor de León, y todo lo que él os habló y ofreció de nuestra parte se complirá á contento vuestro.

De mi real de Baza á 15 de Noviembre de 1489.

YO EL REY.

Por mandado del Rey, *Hernando de Zafra.*

Estas cartas y documentos han venido á descubrir las negociaciones secretas entabladas entre los Reyes y el príncipe Cid Hiaya. Luego se hablará también de otros capítulos que se acordaron, con la cláusula expresa de mantener riguroso secreto en todo.

Como nada de esto llegó á noticia de los cronistas é historiadores de la época, de aquí el que cuanto pasó en adelante, con el cambio repentino de cosas en el sitio de Baza, se atribuyera á intervención divina por los unos, y por los otros á la llegada de la reina Doña Isabel al campamento.

La presencia de Doña Isabel en el real, dice Hernando del Pulgar, fué iris de paz que perturbó completamente el ánimo de los moros. *E porque fuimos presentes é lo vimos*, añade, *testificamos verdad delante Dios que lo sabe, é delante los homes que lo veyeron; que después que esta Reina entró en el real, paresció que todos los rigores de las peleas, todos los espíritus crueles, todas las intenciones enemigas é contrarias callaron é cesaron, é paresció que amansaron.* Y ocurrió como dice el cronista: desde aquel instante no se volvió á derramar una gota de sangre ni una lágrima; cesaron las explosiones de pólvora; acabaron las escaramuzas y desafíos; mitigáronse los rigores de la guerra, y sucedió una calma precursora de capitulaciones honrosas.

Á los tres días de su llegada, en una mañana apacible y clara, se dispuso la Reina á pasar revista al ejército. Puestas las tropas sobre las armas, tendidas al viento banderas y enseñas, al son de músicas militares, presentóse Doña Isabel á caballo y recorrió las filas de los combatientes con gallarda majestad y ánimo varonil, siendo aclamada con entusiasmo. Iba acompañada de su esposo, y formaban la corte marcial de los Reyes los primeros capitanes y generales de la hueste.

Dirigióse luego la comitiva al campamento del marqués de Cádiz, y todavía quiso ir la Reina más allá para inspeccionar las fortificaciones y ver el aspecto de la plaza sitiada. Ya en esto podía existir peligro, y entonces el marqués de Cádiz envió un mensajero al príncipe Cid Hiaya pidiéndole suspensión de hostilidades por unos momentos, á fin de que la augusta dama pudiera satisfacer sus deseos. Caballerosamente se apresuró á contestar el príncipe conforme se pedía; y aunque algunos capitanes de la Alpujarra manifestaron intento de salir contra la comitiva real, opusiéronse terminantemente Cid Hiaya y otros caudillos moros, diciendo que sería acción baja y ruin, ajena de almas heroicas, y que, por el contrario, era bien hacer un alarde de gala y de torneo en demostración de homenaje y cortesía á la dama.

En efecto, estaban Doña Isabel y sus damas contemplando la ciudad y baluartes de Baza, que aparecía coronada en sus alturas, azoteas, torres y mezquitas, de moras y moros atraídos por la curiosidad de admirar la cabalgada cristiana, cuando vieron abrirse las puertas de la plaza y aparecer los escuadrones más lucidos de Cid Hiaya en traje de gala, con armas resplandecientes, banderas desplegadas y músicas marciales. Al frente marchaba el príncipe con sus cabos y capitanes, jinetes todos en briosos corceles rica y vistosamente enjaezados.

Extendidas y alineadas las filas árabes, ejecutaron evoluciones á la voz de mando de Cid Hiaya, y luego, al son de una trompeta que señalaba los movimientos, fingieron una empeñada escaramuza. Avanzó la caballería, maniobrando con destreza, y los jinetes más famosos salieron al frente á ejecutar toda clase de suertes con sus lanzas y celebrar un torneo en honor de las damas castellanas. Cumplidas estas de-

mostraciones, y haciendo corteses saludos, se retiraron del campo, dejando satisfechos y admirados á la Reina y á todos los que presenciaron el brillante espectáculo.

Todo esto ocurrió, como ya se ha dicho, á los tres días de haber llegado Doña Isabel al real, y, por lo mismo, fíjese el lector, á los tres días también de enviada por Don Fernando la carta que transcrita queda en las anteriores páginas.

También en aquel mismo día del simulacro fué cuando circuló por el real la nueva de que habían comenzado negociaciones para la entrega de la plaza. Así lo puntualiza el cronista Pulgar.

Comenzaron efectivamente negociaciones públicas, aparte de las secretas que seguían su curso en la sombra y en el misterio.

Por parte de los Reyes fué nombrado el comendador mayor de León, Don Gutierre de Cárdenas, y elegido fué para llevar la representación de los moros el alcaide de la plaza, Mohamad *el Veterano*. Celebróse la conferencia, y hé aquí lo que ocurrió en esta primera y en las sucesivas, según cuentan los historiadores castellanos. Luego se verá lo que cuentan los árabes.

Habló el comendador Don Gutierre en nombre de los reyes Don Fernando y Doña Isabel, prometiendo seguridad de personas, bienes y haciendas y absoluta tolerancia de religión á los vecinos de Baza, en caso de rendirse, y muchas mercedes y recompensas al príncipe, á los jefes y oficiales moros. Mohamad respondió que no podía deliberar por sí sobre estas proposiciones; que regresaría á Baza á comunicarlas al pueblo, á los caudillos y alfaquíes, y respondería lo que acordasen.

Cid Hiaya convocó una junta de moros principales, y, previo consejo de éstos, resolvió obtener el be-

neplácito del Zagal para rendir á Baza, ó de lo contrario sostenerse peleando hasta el último trance; resolución que fué comunicada á Don Fernando, pidiéndole al propio tiempo paso y seguro en favor de Mohamad el viejo, comisionado para pasar á Guadix á entenderse con su soberano.

Marchó en efecto Mohamad á Guadix á notificar al Zagal lo acordado y la esterilidad de los esfuerzos para resistir al enemigo; y el Zagal, aquejado á la sazón de malignas y pertinaces cuartanas, juntó á los alfaquíes y ancianos de su consejo, pidiéndoles su parecer con acento triste. Hubo entre ellos suma confusión y variedad, diciendo unos que se podría demandar socorro al pueblo de Granada, por ser el cerco de Baza el último conflicto y el peligro más inminente de los muslimes españoles. Otros manifestaron que era inútil semejante paso ó cualquiera otra diligencia con los granadinos, porque éstos, seducidos por el vil interés, habían ya rehusado el socorro en otras ocasiones por no perder la protección y seguridad que les prestaban los Reyes de Castilla de algún tiempo á aquella parte, y que era resolución más prudente granjearse la clemencia del enemigo capitulando con ventaja, que provocar su enojo resistiendo sin éxito.

Inclinóse la mayoría á este último partido, y entonces el Zagal encargó á Mohamad que dijese al príncipe Cid Hiaya: «No era su voluntad que sufriese más trabajos, ni arrostrase nuevos peligros un pueblo que había padecido tanto y que había ejecutado tan memorables hazañas. *Decid á mi primo*, añadió, *que haga lo que crea más conveniente á la salvación de todos.*»

Así lo cuenta Lafuente Alcántara con referencia á un manuscrito de la casa de los duques de Granada.

Con esta respuesta capituló Cid Hiaya. Al regreso de Mohamad, fué llamado el comendador de León á nueva conferencia, y comienza aquí lo particular del caso. Ya no fué llamado para decirle sólo que se entregaba la ciudad mediante las ofertas, promesas y condiciones consignadas á nombre de los Reyes en la anterior conferencia, sino que, espontáneamente, sin nadie pedirlo ni solicitarlo, *por sólo amor á los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, por la gran virtud y nobleza de su real condición,* se les ofrecía que también, con las mismas condiciones de Baza, se les entregarían las ciudades de Guadix y de Almería, es decir, por consiguiente, toda la parte del reino de Granada que estaba en armas contra el cristiano.

Véase si no cómo lo cuenta el propio cronista Hernando del Pulgar, que no es ciertamente dudoso.

Pulgar dice que, llamado nuevamente el comendador, al regreso del embajador enviado á Guadix, así le habló el caudillo de Baza, ya no Mohamad, sino Cid Hiaya en persona:

—«Noble caballero, ni la mengua de nuestras provisiones, ni la flaqueza de nuestros muros, ni menos la de los moros que los guardamos, nos constriñen á entregar al rey Don Fernando é á la reina Doña Isabel la cibdad de Baza; pero muévenos la gran virtud é nobleza de su real condición, que pone voluntad á estos capitanes é á mí para gela entregar. E no solamente la habrá de mis manos, pero *movido con ferviente amor que tengo á su servicio, prometo á vos, noble caballero, tener tal manera, como sin trabajo ni costas las cibdades de Guadix é de Almería sean entregadas en su poder;* con tal pacto, que los moradores dellas, viviendo so el imperio de su real señorío, puedan mantener la ley de sus padres, é morar en sus casas, é poseer sus bienes.»

Naturalmente no fueron estas mismas las palabras del príncipe Cid Hiaya, porque es ya sabido que Pulgar escribía á lo Tito Livio, pero el fondo debió de ser éste indudablemente.

No hay más que leer, si no, lo que dicen los historiadores árabes recientemente conocidos por Gayangos y por la *Reseña histórica* de Eguílaz Yanguas; y hé aquí cómo lo refieren y cuentan:

«Vino el Rey cristiano en concederles cuanto pedían *(á los de Baza)*. Esto, sin embargo, había de entenderse *(es decir, las condiciones estipuladas por el Rey)* solamente con los habitantes de Baza, pero no con las fuerzas que habían ido en su auxilio de Guadix, Almuñécar, Almería y las Alpujarras, las cuales debían ser expulsadas de la ciudad antes de firmar las capitulaciones. Rechazada esta condición, se suspendieron las negociaciones por algún tiempo, aunque se convino al cabo en que, *además de Baza, fuesen comprendidos en el concierto Guadix, Almería, Almuñécar y las Alpujarras,* mediante las estipulaciones mutuamente acordadas, de las cuales algunas se hicieron públicas, manteniéndose las otras secretas. *Los nobles tomaron dinero, procurando el provecho propio.*»

Y más abajo añaden:

«En un abrir y cerrar de ojos, sin combate, ni asedio, ni accidentes, ni fatiga, pasaron á mano de los cristianos todos los dominios del sultán de Guadix, Mohammed ben Saad (el Zagal), desde las ciudades de Almería y Almuñécar hasta la alquería del Padul...

»Con razón pensaban las gentes que el sultán Mohammed ben Saad y sus alcaides habían vendido todas las ciudades y alquerías que se hallaban bajo de su obediencia, y tomado su precio en venganza del hijo de su hermano Abu Abdallah Mohammed ben

Ali (Boabdil), y de los alcaides que le seguían, los cuales, reducidos á Granada y las alquerías de su término, no tardarían, á pesar de hallarse en paz con los cristianos, en caer en sus manos, desapareciendo el islamismo de toda la tierra de Andalucía.»

Y así fué, en efecto, como estas líneas dicen. El Zagal, vencido por tanta ingratitud, tanta injusticia y tanto abandono, se abrazó como Sansón á la columna, y el templo se vino abajo.

Ahora, sabido todo esto que, poco á poco, al correr de una larga serie de años, se ha ido poniendo en claro á fuerza de pesquisas, disquisiciones y estudios, ya no son de extrañar las palabras del historiador Zurita, quien no acertaba á darse cuenta de lo que había ocurrido en aquel sitio de Baza, con solución tan inesperada y entonces tan inexplicable.

Porque decía Zurita con razón:

«Llegó al real (la Reina) en tiempo que á la gente de guerra iba faltando el dinero, mantenimiento y vestido. Con esto y *sobrar á los de dentro el bastimento,* el alcaide de aquella ciudad (Baza), con trato y concierto del rey viejo, que también llamaron el Zagal, entregó la ciudad á 4 del mes de Diciembre, *en tiempo que por ninguna fuerza ni combate se pudiera entrar,* que fué de gran admiración para los que lo vieron.

»Y no sólo se concertó de entregar á Baza, añade á continuación, pero también á Almería y Guadix...

»Alcanzóse esta victoria maravillosamente, sigue diciendo, no por la fuerza y poderío humano, según se vió, sino por don y gracia divina, en tiempo en que estaban en más trabajo los que tenían cercada la ciudad, que los de dentro; de tal manera se acobardaron y entorpecieron los enemigos, que no sólo rindieron á Baza, pero las otras dos ciudades que ha-

bían menester otro tal ejército y aparato de cerco como el pasado, hasta rendirlas.»

Zurita, por no acertar á darse cuenta de lo ocurrido, ó tal vez por saberlo y parecerle que era mejor ocultarlo, atribuyó aquel éxito tan inesperado como glorioso á intervención de la divina gracia. Es así. Nada ocurre en el mundo que no sea por don y gracia de Dios Todopoderoso; pero, esto asentado, no parece que estuvo de más el que los Reyes de Aragón y Castilla contribuyeran á facilitar el éxito de la voluntad divina con las sumas que les fueron adelantadas por Valencia y Barcelona sobre la prenda y garantía de las joyas pertenecientes á la Corona y recámara real.

Transcurridos los seis días asignados en las capitulaciones de Baza, el 4 de Diciembre entregó Cid Hiaya la ciudad y la alcazaba. Quedaron por capitán Don Enrique Enríquez, mayordomo mayor del Rey, y por alcaide Don Enrique de Guzmán, hijo del conde de Alba de Liste. La ciudad había estado cercada seis meses y veinte días.

Al día siguiente de la entrega, entraron los Reyes en Baza con mucha pompa y alegría. La mañana era nebulosa y cruda, con furiosos remolinos, y hubo de llenarse de regocijo su alma al presentárseles quinientos diez cautivos de toda edad y sexo, que gemían en las mazmorras. El gran Cardenal bendijo la mezquita mayor, dedicándola á la Anunciación, y poco después se erigió en iglesia colegial.

Ocupada Baza, llegó el instante de las recompensas, en cuyo reparto no se anduvo con escasez.

El príncipe Cid Hiaya obtuvo los más altos honores de Castilla. Abjuró la fe muslímica, siendo bautizado secretamente en la propia tienda de los Reyes, y adoptó el nombre de Don Pedro de Granada. Tam-

bién se bautizó su hijo, que era, según parece, un mancebo de gallarda apostura y relevantes dotes, tomando el nombre de Don Alonso de Granada y Venegas, este último en memoria de su abuelo y fundador de la familia, Pedro Venegas, llamado *el Tornadizo*.

Cid Hiaya, ó sea ya Don Pedro de Granada, recibió el título de grande de España, con facultad de llevar una escolta y servidumbre de veinte hombres de armas; se le concedieron privilegios especiales para ampararle en la posesión de extensos señoríos y heredamientos, transmitidos por su padre el príncipe Aben Celim, en términos de Almería y del río Almanzora, y le fué otorgada además la merced de quinientos cincuenta mil maravedís de renta en las tahas de Dalías y Marchena. Todo esto, sin embargo, y mucho más, no se hizo por el pronto, pues convenía que los moros no desconfiasen del príncipe, y era preciso que terminase el tratado con la entrega de Almería y Guadix.

Don Alonso, el hijo del príncipe, casó más adelante con Doña María de Mendoza, dama favorita de la Reina, hija de Don Francisco de Mendoza, su mayordomo.

En cuanto á Mohamad *el Veterano* y demás principales capitanes de Baza, fueron colmados de bienes, con especiales dádivas y mercedes, y los más de ellos entraron al servicio de Don Fernando, aceptando puestos en el ejército y recibiendo el bautismo.

A la entrega de la ciudad siguieron las de los castillos de Tabernas, Serón y otras fortalezas de Filabres y Bacares. Cuentan los historiadores árabes que Don Fernando derramó el oro á manos llenas para estas sumisiones, acallándose así con el sonido del oro el de las armas. Los alcaides que se presen-

taban á rendir homenaje, regresaban con cartas de seguridad para los moradores en clase de mudéjares, y con premios y mercedes personales. Al amor del cebo hubo entonces una especie de competencia entre los moros, asomando la raza degenerada, tan distinta de aquella heroica de los grandes tiempos. Parecía que se luchaba á quién era más traidor y más pronto. Hubo, por ventura, una excepción, y hay que consignarla por lo mismo.

Fué grande y noble ejemplo el del moro alcaide de Purchena, á quien llaman Ali Aben Fahar las memorias del tiempo. Parece que era un alcaide ya viejo, amante de su religión y de su patria. Presentóse á los Reyes, y les dijo, con respeto, pero con honrada franqueza militar:

—Yo, señores Reyes, soy moro y de linaje de moros, y alcaide soy de las villas y castillos de Purchena y Paterna, que me dieron á guardar. Vengo hoy aquí, no á vender lo que no es mío, sino á entregaros lo que la fortuna hizo vuestro. A no encontrarme con la flaqueza que hallo en los que me debían esforzar, la muerte sería sólo el precio que recibiera, defendiendo estas fortalezas, y no el oro que me ofrecéis para que las venda. Enviad, pues, señores Reyes, quien se haga cargo de estas fortalezas.

Admirando los Reyes los elevados pensamientos de aquel moro, le instaron para que aceptase alguna merced y le preguntaron qué es lo que podía serle agradable personalmente.

—Lo único que deseo y pido, dijo el moro, es que tengan sus Reales Señorías bajo su amparo á los moros de aquellos valles y les manden conservar en su ley y en lo suyo, y á mí me den seguro para que con mis caballeros, mi familia y mis efectos, pueda trasladarme al África.

El Rey y la Reina, dice Pulgar, que cuenta el caso, creyeron que era hombre noble y leal el que así hablaba, *é notaron aquel su propósito en el grado de virtud que se debía notar*. Dieron cargo á Diego López de Ayala, uno de los capitanes que andaban en su guarda, de recibir las fortalezas y villas de Purchena y Paterna, y entregadas que fueron, provisto Aben Fahar de su pasaporte y seguro, realizó su hacienda, fletó una barca en el más cercano puerto, y con su esposa, sus hijos y su gente, se marchó al África.

Inmediatamente después de terminado todo lo concerniente á la entrega de Baza, el príncipe Cid Hiaya se dirigió á Guadix para entenderse con su cuñado el Zagal tocante á lo demás que se había convenido en los tratos que formaban parte de las capitulaciones secretas. Cuentan los historiadores de la época que encontró al Zagal enfermo, melancólico, abatido con sus dolencias y con las adversidades de la fortuna. Entregado estaba á reflexiones tristísimas sobre el menoscabo de su grandeza, cuando apareció en su aposento el príncipe, quien le habló de esta manera, según dicen:

—«Tened confianza en la justicia y generosidad de los Reyes de Castilla y Aragón, y esperad más de ellos que de la fortuna que se os ha declarado adversa. Está escrito que la corona de Granada caiga en poder de los dos monarcas á quienes Dios ha dado reinos muy poderosos en España. Acordaos del infeliz horóscopo que á instancia de vuestro difunto hermano Muley Hacem (Abul Hasan) marcaron los astrólogos en el nacimiento de Boabdil: acordaos de que ya se cumplió parte de aquel presagio en los campos de Lucena, y creed que las estrellas señalan la pérdida absoluta del reino. Así lo decretaron los hados, y sus decretos han de cumplirse.»

Dicen que el Zagal escuchaba estas reflexiones inmóvil, con la vista clavada en Cid Hiaya, y poseído de pensamientos encontrados que lastimaban su corazón. Al cabo de algunos momentos de silencio se arrojó en brazos de su primo y cuñado, y exhalando un amargo suspiro, exclamó:

— «¡Cúmplase la voluntad de Alá! ¡Cuanto él quiere se hace y se cumple! Si Alá no hubiera decretado la caída del reino de Granada, mi mano y mi espada lo hubieran mantenido.»

La conferencia terminó conviniendo en que el Zagal enviase un emisario para asentar sus capitulaciones con los Reyes, y que luego partiera él en persona á Almería para realizar la entrega de esta ciudad. No podían las cosas marchar con más diligencia ni con más ventura por parte de Doña Isabel y de Don Fernando, con más resignación ni con más infortunio por parte del Zagal.

El emisario que, en nombre de éste, pasó al campamento de Baza para entenderse con los Reyes, fué Abdalá Solimán, alfaquí y secretario del príncipe, que también se bautizó bien pronto tomando nombre y apellido de Francisco Belbís. Presentóse con sus poderes y otorgó en 10 de Diciembre la rendición de Almería en términos análogos á los de Baza y en un plazo de veinte días, que habían de empezar á contarse desde el 3 del mismo mes. Don Fernando y Doña Isabel prometieron recibir al Zagal por amigo y aliado, conservarle el título de rey, cediéndole en herencia y señorío perpetuo el valle de Lecrín, la taha de Andarax con todas sus aldeas, alquerías y posesiones, dos mil mudéjares por vasallos, la cuarta parte de las salinas de la Malaha y cuatro millones de maravedís al año. Todo esto consta en el archivo de la casa del marqués de Corvera.

Otorgadas estas capitulaciones y asegurada la posesión de Baza, partieron los reyes á Almería para ocuparla con arreglo al mismo tratado.

Era bien entrado ya el mes de Diciembre, con sus fríos y sus nieves, cuando partió de Baza el ejército real. Iba mandada la vanguardia por el conde de Tendilla, y con ella iban los principales caudillos moros de Baza y el príncipe Cid Hiaya, bautizado ya secretamente, pero de cuya conversión nada aun se sabía. El rey Don Fernando iba mandando el centro de la hueste, acompañado de sus principales capitanes, y la reina Doña Isabel cerraba la marcha con la retaguardia, que hizo el camino á pequeñas jornadas.

Sufrieron en el viaje crudas penalidades. Arrecia-ron en aquellos días los vendavales y hubieron de sobrevenir tan copiosas nieves, que las tropas se fatigaban mucho, pereciendo de frío muchos soldados y algunos caballos. Una división mandada por el bravo marqués de Cádiz no pudo transmontar en un día las heladas cumbres de Filabres, y tuvo que pernoctar en aquellas incómodas alturas, donde pasó la noche con poderosas hogueras, que se encendieron, no tanto para reparo de los que estaban entorpecidos por el frío, como para faro salvador de los dispersos y rezagados.

El día 21 de Diciembre apareció Don Fernando ante Almería y puso su campamento en las ramblas cercanas á la ciudad, ocupando desde las inmediaciones de ésta hasta legua y media de distancia por el camino de Tabernas. La Reina llevaba un retraso de dos días.

El sultán de Guadix, que se había adelantado á todos y estaba ya en la ciudad, salió al encuentro del Rey con una escolta de bizarros jinetes árabes, entre los que descollaban el príncipe Cid Hiaya y el famoso

capitán Reduán Venegas. En el camino se les unió una comisión enviada por el Rey para adelantarse al recibimiento del sultán de Guadix y prestarle escolta de honor. La componían el comendador mayor de León Don Gutierre de Cárdenas y otros caballeros, á los que se había agregado por natural curiosidad el escritor Pedro Mártir de Angleria, que entonces seguía al ejército.

Cuentan que, advertido el Zagal de la proximidad de Don Fernando, y creyendo que su suerte de vencido le sometía á condiciones de modestia y humildad, se apeó de su caballo y anduvo á pie algún trecho. Don Fernando, que se adelantaba con espléndida comitiva, llevando á su derecha al maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas y á su izquierda al marqués de Cádiz, mostróse sorprendido de encontrar á pie al sultán; y dirigiéndose al comendador de León, á quien por el momento creyó causante de aquel acto de humillación, le dijo agriamente «que era muy grave descortesía rebajar á un rey vencido ante otro rey victorioso». En seguida indicó al moro que montase á caballo y se colocase á su lado. El Zagal hizo ademán de besarle la mano; mas como Don Fernando se negara resueltamente á ello, el sultán de Guadix besó entonces la suya propia, según costumbre de los caballeros musulmanes en presencia de su soberano, y en pocas palabras, con dignidad y cortesía, ofreció sus homenajes, respetos y obediencia al Rey de Aragón y de Castilla. Contestó muy expresiva y cariñosamente Don Fernando, quien insistió con el Zagal para que recobrase su caballo y se colocara á su izquierda, dirigiéndose entonces la comitiva á los pabellones reales que aparecían en el centro del campamento enarbolando al aire sus triunfantes banderas de Aragón y de Castilla.

El historiador Palencia y Pedro Mártir nos cuentan curiosos pormenores de aquella primera entrevista y conferencia de los Reyes, y, hablando del sultán de Guadix, dicen que era hombre de elevada estatura y de talle proporcionado, sin obesidad ni flaqueza, gallardo y noble en sus ademanes, lleno de dignidad, y que la blancura de su rostro estaba realzada con una palidez extraordinaria que le prestaba un barniz de melancolía, al que daba más carácter su mirada triste aunque penetrante. Presentóse vestido modestamente y en traje de luto; un obscuro sayo de lana, un albornoz sencillo y un turbante de extraordinaria blancura.

En la tienda real tenían preparado un banquete suntuoso que sólo fué servido á los dos soberanos, con aparato y rigurosa etiqueta. Sentáronse entrambos en dos sillas, bajo dosel, la del Zagal á la izquierda de Don Fernando. Los principales caballeros asistían de pie, y algunos ejercían el ministerio áulico. Así, pues, el conde de Tendilla ofrecía los manjares al rey Don Fernando en platos de oro, y el conde de Cifuentes los vinos en copas de igual riqueza. Don Alvaro de Bazán y Garcilaso de la Vega servían al Zagal en iguales platos y copas.

Terminado el convite, levantóse el Zagal, y dijo que le era forzoso regresar á la ciudad para los preparativos de la entrega.

Despidióse del Rey besando su propia mano, y salió de la tienda en compañía de los caballeros castellanos, que le acompañaron hasta el límite del campamento, y hasta las puertas de Almería el marqués de Villena, el comendador de León, el conde de Cifuentes y Don Luis Portocarrero.

Al día siguiente, que fué el 22 de Diciembre, se entregó Almería.

Á las señales convenidas con el Zagal, avanzó un cuerpo de tropas á las órdenes del comendador Don Gutierre de Cárdenas, que entró en la ciudad y se apoderó de baluartes y fortalezas, enarbolando en ellas las victoriosas enseñas, á tiempo que una numerosa comitiva de alfaquíes y moros ricos salía de la plaza para rendir homenaje á Don Fernando, quien, al siguiente día, 23 de Diciembre, entró en Almería con gran ostentación y fué á oír la misa y el *Te Deum* en la mezquita del alcázar, convertida en templo cristiano.

En este mismo día llegó la reina Doña Isabel con su hija la infanta, el cardenal Mendoza, su confesor Talavera y el resto de la hueste. El Zagal salió á recibirla en compañía del Rey y le ofreció sus homenajes.

También por entonces, el 25, firmó el rey Don Fernando en Almería un documento que lleva el título de *Asiento é promesa de Su Alteza*, y que se custodia en nuestro Archivo de Simancas.

Es una confirmación absoluta y terminante al príncipe Cid Hiaya de cuanto en su nombre le había ofrecido el comendador mayor de León, Don Gutierre de Cárdenas. Don Fernando le asegura y promete por su fe y palabra real que todas las ofertas hechas le serán confirmadas, recibiéndole á él, á su hijo y á sus sobrinos bajo su amparo, «é que daré á vos é á vuestro hijo acostamiento en mi casa y vos mandaré tratar y trataré como á los grandes caballeros de mis reinos, según que vuestra persona é linaje merece, é os defenderé con todo mi poder de vuestros enemigos á vos é á vuestros lugares y vasallos».

Por esta escritura se encarga á Cid Hiaya que guarde absoluto secreto sobre lo de haber recibido el santo bautismo en el misterio de su cámara real, «de manera que no lo sepan los moros hasta estar hecha

la entrega de Guadix, porque vuestra gente de guerra no vos dexe é se vaya con vuestros enemigos».

Este documento acaba de poner en claro, ya con toda la luz necesaria, lo que algunos aun pudieran encontrar obscuro.

A la entrega de Almería siguieron las de Almuñécar, Salobreña y otros lugares fortificados de la costa y del interior.

El Zagal dictó órdenes terminantes para que todos los alcaides de fortalezas prestasen vasallaje á los Reyes de Aragón y Castilla: «y no se limitó á esto sólo, dicen los historiadores árabes: él en persona y los caballeros y alcaides partidarios suyos reconocieron la soberanía del monarca castellano y se brindaron á ayudarle en su empresa contra sus correligionarios los musulmanes. Los destacamentos cristianos se apoderaron sin obstáculo ni resistencia de las montuosas Alpujarras y de sus valles apacibles y fértiles».

Durante los pocos días que los Reyes permanecieron en Almería, fueron invitados por el príncipe Cid Hiaya á una partida de caza mayor. Poseía Cid Hiaya muy cerca de la población cotos y bosques frondosos en que abundaban las fieras, sobre todo jabalíes y lobos.

El día señalado salieron de Almería la reina Doña Isabel, la reina mora, esposa del Zagal, y la infanta de Castilla.

Cabalgaban en arrogantes palafrenes, con numerosa servidumbre de damas, é iban acompañadas de Don Fernando, del Zagal, del príncipe Cid Hiaya, del maestre de Santiago, de Reduán Venegas y de muchos caballeros, así moros como cristianos. Fué lucida y accidentada fiesta, y holgaron mucho de ella damas y caballeros, que aplaudieron la cortesía, la suntuosidad y el rumbo con que la dirigió y organizó

el príncipe moro. Ocurrieron muy variados accidentes de caza, discurrieron las piezas á vista de las damas, y los caballeros, armados con venablos y lanzas, las perseguían, sujetaban y rendían. Dos jabalíes, erizados de dardos y bañados en sangre, fueron á morir á los pies de las dos reinas.

Bernáldez, el Cura de los Palacios, cuenta que un lobo enorme, acosado por los venablos de sus perseguidores y por los ataques de los perros, se dirigió hacia el mar y se lanzó á nado. Hubo, sin duda, de parecerle más humana la fiereza del mar que la del hombre. Y esto que las prescripciones muslímicas eran contrarias al ejercicio de la caza. De conformidad con ellas, decían los árabes en sus admirables proverbios agrícolas: *Todo aquel que plante ó siembre alguna cosa, y con el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, al ave ó á la fiera, ejercerá acción tan recomendable como la limosna.*

Al ver cómo el lobo se huía mar adentro, un montero cristiano, aligerándose de vestiduras, se arrojó al agua tras de él y comenzó á seguirle á nado para obligarle á volver á la playa, lo cual consiguió. Vióse entonces al rey Don Fernando adelantarse con su caballo y su lanza; é internándose en las olas hasta bañar los estribos, alcanzó á la fiera, acometióla á lanzadas y la empujó muerta á la playa. Fué muy celebrada la acción del Monarca y muy aplaudida en el banquete suntuoso con que el príncipe Cid Hiaya obsequió á sus huéspedes para coronar la fiesta.

Recibida ya por los Reyes la ciudad de Almería; fornecida de gente de armas, pertrechos y mantenimientos; encargada su guardia y capitanía al comendador de León; nombrado alcaide de ella Don Pedro Sarmiento, y dado seguro á todos los moros de la ciudad y cercanías para vivir tranquilos en la ley de Ma-

homa, decidieron partir hacia Guadix, adonde marchó de avanzada el Zagal para disponer la entrega.

Después de haberse detenido y pernoctado en Fiñana, se presentaron los Reyes ante Guadix el 30 de Diciembre. Al aparecer la vanguardia cristiana hubo alarma en la población, y hasta se atumultuó la muchedumbre, movida por los que predicaban resistencia y guerra, aun cuando el Zagal pudo calmar los ánimos y conducir las cosas á buen término. Sosegado todo, entraron los Reyes en Guadix el 31, finalizando así, tan venturosamente para ellos, aquel año que poco antes amenazaba terminar con desdichas y quebrantos. Recibidas las llaves de la ciudad, y puesta guarnición en la alcazaba y en las torres, fué nombrado gobernador Don Rodrigo Hurtado de Mendoza, y en seguida se rindieron Abla, la Calahorra, la Peza y demás lugares del Zenete.

Habiendo así cumplido noblemente con todos sus compromisos de honor, conforme al pacto secreto con los Reyes, el Zagal se despidió de éstos, y, triste y abatido, marchó á sus reducidos dominios de Andarax, donde le quedaba la mísera sombra de soberanía que á Don Fernando y á Doña Isabel plugo otorgarle. Poco disfrutó de ella, según se verá luego al contar el acabamiento que tuvo aquel hombre, cuyas gallardías de sus mejores tiempos no auguraban por cierto la postración y decadencia de sus últimos.

Terminada la gloriosa campaña de aquel año de 1489, se retiraron los augustos esposos á Jaén, licenciaron sus tropas, y pasaron á Sevilla á celebrar los desposorios de la infanta Isabel con el príncipe heredero Don Alfonso de Portugal, con quien se habían concertado bodas.

CAPÍTULO XX

PREPARATIVOS CONTRA GRANADA

(1490)

Comprometida situación de Boabdil. — Le exige Don Fernando el cumplimiento del pacto de Loja. — La asamblea de Granada decide la guerra. — Misión de Aben Comixa cerca de los Reyes. — Su fracaso. — Hábil industria de Don Fernando. — Motín en Granada. — Peligro en que se vió Boabdil. — Sale á campaña. — Sus éxitos. — Fiestas en Sevilla. — Preparativos de guerra. — Prevenciones del conde de Tendilla. — Don Fernando en campaña. — Tala de la vega de Granada. — El príncipe Don Juan armado caballero en el campo de batalla. — Noble acción del marqués de Villena. — Hazaña del conde de Tendilla. — Apoyo prestado á los cristianos por el Zagal y Cid Hiaya. — Ardid con que se tomó la fortaleza del Soto de Roma. — Terminación de la tala. — Represalia de Boabdil. — Sus correrías y éxitos. — Regresa triunfante á Granada. — Los mudéjares de Guadix. — Asamblea de caudillos moros. — Mohamad el Abencerraje. — Nueva expedición de Boabdil. — Sitio del castillo de Salobreña. — Resistencia desesperada de la guarnición cristiana. — Hazaña famosa de Hernando del Pulgar. — Boabdil levanta el sitio. — Su regreso á Granada. — Cómo se apoderó Cid Hiaya de la plaza de Adra. — Nueva tala de la vega de Granada por Don Fernando. — Se dirige á Guadix. — Su entrevista con el Zagal. — Le vende éste sus dominios y se retira al Africa. — Error de los historiadores acerca de lo ocurrido al Zagal. — Cómo y dónde terminó su vida. — Regresa á Córdoba Don Fernando. — Preparativos para la toma de Granada.

La nueva del triunfo conseguido por Don Fernando fué causa de asombro y regocijo general, no sólo en España, sino en toda tierra cristiana. Nadie acertaba á comprender cómo se había alcanzado la

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS

rendición de Baza, hallándose esta ciudad con tanto poder, y luego, en tan breve tiempo, la de Almería, y Guadix, y Almuñécar, y Salobreña, y las Alpujarras, en una palabra, todo el reino del Zagal, que tan gran enemigo había sido y tan terrible adversario, para, de repente, con sólo transcurrir un día, ponerlo todo en la obediencia del Rey, *sin entenderse la causa,* dice Zurita, *de su miedo y cobardía nunca vista en él.*

Cambió con esto el aspecto de la guerra, tomando nuevos derroteros, pues acaeció que mientras el Zagal, rey de Guadix, se convertía como por encanto de contrario acérrimo en vasallo sumiso, Boabdil, el de Granada, el favorecido y sostenido de Don Fernando, pasaba á ser su más duro y tenaz enemigo. No parece sino que, por extraña mudanza de la suerte, Boabdil en aquellos momentos recogió las energías que el Zagal abandonó á los vientos del infortunio.

No anduvo Don Fernando lento ni perezoso, ni sus éxitos afortunados turbaron por sólo un momento su actividad y diligencia: no se durmió sobre sus laureles, como otro capitán hubiera hecho acaso, y se apresuró á ordenar al conde de Tendilla que requiriese á Boabdil para el cumplimiento de las estipulaciones en virtud de las cuales obtuvo su libertad cuando el cerco y rendición de Loja. Ya se recordará que estaban reducidas á la entrega de Granada tan pronto como los cristianos ocuparan la ciudad de Guadix. Al ocurrir esto, Boabdil se comprometía á dejar su trono, retirándose con el título de duque ó marqués á una ciudad principal de Andalucía.

Según refieren los historiadores árabes, el sultán, al recibir este mensaje, reunió á los jefes del ejército, á los alfaquíes, á los nobles y á los plebeyos, y dióles cuenta de lo que pasaba y de cómo su tío el Zagal, al

entrar en la obediencia del infiel, había hecho estériles las comunicaciones de paz con éste ajustadas por Boabdil. «A nosotros, dicen que añadió, no nos queda más que someternos ó apelar á las armas.» Se decidió lo último, y se convino por la asamblea publicar la guerra santa.

Conforme con este acuerdo, pero queriendo apelar antes á las vías diplomáticas, Boabdil envió á su ministro Yusef Aben Comixa á Sevilla, con mira de conciliar el ánimo de los Reyes y justificar la resistencia que se veía obligado á oponer por la decisión unánime de los granadinos. Abén Comixa fracasó en su misión, y se efectuó el rompimiento. Don Fernando, decidido á proseguir sin tregua ni descanso la empresa de la conquista, se irritó contra Boabdil, acusándole de traidor y perjuro, le hizo responsable de la violación del tratado, y con la sabrosidad de una venganza habilidosa, escribió una carta al municipio y caudillos moros de Granada, revelando los pactos de Loja, tenidos hasta entonces en secreto, y exigiendo su puntual y perentorio cumplimiento.

Esta revelación, obteniendo el resultado que Don Fernando se prometía, alteró los ánimos de todos y provocó una tempestad de iras y denuestos contra Boabdil, que se halló en situación por demás angustiosa y difícil. Tres elementos prevalecían entonces en Granada: el de las gentes industriosas y pacíficas, comerciantes del Zacatín y de la Alcaicería, los cuales querían la paz; el de las tribus belicosas, nobles y esforzadas de la morisma, en las que parecían vinculados el orgullo y valor de las razas primitivas de los árabes, y para quienes era punto de honor y gloria defender aquel resto de la herencia de sus mayores, y el de las turbas de aventureros, renegados y advenedizos, gente desesperada y turbulenta, sin ley ni

freno, que, excitada por santones fanáticos, maldecía de los cristianos y no quería tregua ni pacto con ellos.

Estas turbas, al tener noticia de la comunicación de Don Fernando, se atumultuaron furiosas, y, apellidando venganza y guerra, se dirigieron en tropel al Alhambra, lanzando toda clase de injurias contra Boabdil, á quien trataban de traidor é infame. Dícese que tal vez hubiera sucumbido el sultán á manos de aquellas turbas desaforadas, sin la intervención enérgica de los nobles y caballeros, que lograron aquietar á la muchedumbre y restablecer el orden, anunciando que la guerra quedaba declarada y que al día siguiente mismo, puesto Boabdil al frente del ejército, saldría para una algara en tierras de cristianos.

Así fué. Asistido por los caudillos más intrépidos y por los que estaban más empeñados en sostener la gloria de Granada, Boabdil, en aquella ocasión verdaderamente valeroso y decidido, realizó varias empresas con éxito feliz y gran sorpresa del cristiano, que no esperaba ciertamente semejante resolución en el hasta entonces humillado príncipe. Los escuadrones moros corrieron en algara diversas comarcas, reanimando el decaído espíritu de los sumisos mudéjares, sorprendieron algunos destacamentos, tomaron el Padul, bloquearon los pueblos y fortalezas de Moclín, Illora, Montefrío, Colomera y hasta la misma Loja, y el sultán, con gran presa de cautivos, regresó á Granada aclamado por aquella muchedumbre misma que pocos días antes pugnaba por arrebatarle el trono con la vida.

La inesperada noticia de aquel tempestuoso alarde sorprendió á los Reyes cuando más distraídos andaban con los festejos y regocijos en que ardía Sevilla por los desposorios de la infanta Isabel con el príncipe Alfonso, heredero de la corona de Portugal. Las

fiestas se celebraban con todo esplendor y gala, y de ellas cuentan maravillas los cronistas. Acudieron los más principales caballeros de Castilla y Andalucía, de Aragón, Cataluña y Valencia, hasta de Sicilia y de las islas pertenecientes á la corona aragonesa; en las justas y torneos, el rey Don Fernando se presentó á competir con los más bizarros paladines y rompió varias lanzas, distinguiéndose por su destreza y gallardía; en las danzas se presentaron la Reina, las infantas y las damas con trajes de brocado y paño de oro, ostentando cada una de ellas un caudal de joyas; en las luminarias y demás funciones, que duraron quince días, estuvo Sevilla espléndida y fastuosa. Cuando llegaban los regocijos á su apogeo, vino la nueva de lo que ocurría con los moros de Granada. Todos se aprestaron á la venganza.

Desde el mismo palenque de la fiesta salieron los caballeros para el campo de batalla.

El conde de Tendilla fué despachado en el acto á la frontera de Alcalá la Real con cargo de capitán mayor y órdenes para repartir en los castillos cercanos á Granada capitanes de entera confianza y de valor probado, reforzar los presidios y preparar las cosas para la expedición que iba á emprender el mismo Rey en persona. Efectivamente, poco después que el conde de Tendilla partió Don Fernando, quien se proponía ceñir por el pronto sus operaciones á una tala rigorosa en la vega de Granada para disminuir los mantenimientos del enemigo en aquel año de 1490, dejando para el siguiente más formal y apretada campaña. Con cinco mil caballos y veinte mil peones descendió un día por Parapanda y Sierra Elvira talando huertas, segando mieses y destrozando molinos y alquerías. Llegó Don Fernando hasta los muros casi de la capital, mientras que la Reina,

aproximándose como en otras ocasiones al teatro de la guerra, se había quedado en Moclín.

Cuéntase que los moros que coronaban los baluartes y azoteas de Granada vieron llegar cierta mañana una escolta de batidores seguida de un grupo numeroso de caballeros, donceles y pajes, tras del cual venía un escuadrón de caballería. Detuviéronse todos cerca de la llamada acequia grande, practicaron varias ceremonias, que por su distancia no acertaron á comprender los granadinos, y luego se retiraron con el orden mismo con que habían llegado.

La ceremonia realizada por los cristianos fué la de armar caballero al joven príncipe Don Juan, de edad entonces de doce años. Quiso el Rey que su hijo recibiese la orden de caballería con toda solemnidad en el campo del honor, á vista del enemigo, expuesto á un rebato de los moros, que fácilmente hubiera podido acaecer. Fueron padrinos el duque de Medinasidonia y el marqués-duque de Cádiz, y asistieron al acto, con el mismo Rey, los adelantados de Murcia y Andalucía, Don Alfonso de Aguilar, el comendador mayor de León y otros grandes capitanes, todos como testigos. El acto terminó confiriendo el novel caballero los mismos honores de la caballería á varios mancebos sus compañeros de armas. Fué gallardo el alarde y muy celebrado el acuerdo de Don Fernando en querer que su hijo se armara caballero ante los muros de Granada, corriendo el peligro de recibir aquel mismo día su bautismo de sangre. Ocurrió esto á últimos de Mayo de 1490.

Siguió por parte de los cristianos la tala y devastación de la vega, no sin gran resistencia de los moros, que salían frecuentemente de la ciudad para combatir al enemigo, llevando algunas veces lo mejor de la jornada. En uno de estos encuentros tuvieron

los castellanos que sufrir un vigoroso ataque de la caballería mora. La gente del marqués de Villena, arrollada por una carga impetuosa, sufrió sensibles pérdidas, entre ellas la de Don Alonso Pacheco, su hermano, y la del capitán Esteban Luzón, que murió defendiéndole. El marqués mismo se vió en gran peligro, y sólo pudo salvar su vida gracias al arrojo de su camarero Soler y de algunos de los suyos. Todos hubieran perecido en aquel trance á no recibir pronto socorro con los refuerzos que destacó el rey Don Fernando al tener aviso del suceso.

Pronunciado ya en retirada el de Villena con la protección de estos refuerzos, vió á su criado Soler cercado y amagado de muerte por seis moros. No pudo verlo impasible, tanto más cuanto que era deudor de su vida al que se hallaba en riesgo semejante; y arrebatado por noble ardimiento, volvió riendas, arremetiendo contra los infieles, dos de los cuales perecieron á los botes de su lanza. Dióse en seguida á perseguir á los cuatro, que habían emprendido la fuga, y tuvo la mala suerte de que uno de éstos, llamado Hubec-Abd-el-Gabun, revolvió de repente, asestándole tal bote de lanza, que le rompió un brazo y le dejó manco para el resto de su vida. Dícese que más tarde, al verle la reina Doña Isabel, le preguntó que cómo había expuesto su vida en defensa de un criado, y que el noble caballero le contestó con estas palabras, algo semejantes á las que pronunció en Vélez Málaga Don Fernando, con motivo de un lance parecido:

— Señora, ¿qué mucho que aventurase yo una vida en defensa del que, si tuviera tres, las perdería todas por mí?

A causa de este suceso circuló el Rey órdenes para que los de la hueste estuvieran sólo á la defensiva,

cuidando de proteger únicamente los trabajos de la tala, ya que éste era el principal objeto de su correría. Y también se dictó esta medida, como ya había tenido que hacerse en el sitio de Baza, á fin de evitar lances particulares y duelos caballerescos en que muchos caballeros agotaban sus energías y se malograban, inutilizándose para los grandes combates.

Ocurrió una vez el presentarse ante las líneas un jinete moro de gallardo continente, tremolando una bandera blanca, como en signo de paz, y dando voces á los cristianos, con quienes parecía quererse poner al habla. Salieron algunos á su encuentro, y el arrogante musulmán les dijo que había venido para retar á singular combate, de caballero á caballero, al general conde de Tendilla, en la sangre de cuyo caudillo deseaba vengar la muerte de tres moros, hermanos suyos, ocasionada por aquel guerrero cristiano.

Fué en seguida llevado al conde el atrevido cartel del árabe, que resultó ser hombre de linaje, y faltóle tiempo al de Tendilla para vestir su armadura y salir al encuentro de su retador. Se efectuó el combate á la vista del campo, asistiendo muchos caballeros y capitanes. Tuvo el conde de Tendilla la buena suerte de vencer al moro y rendirle, arrojándole del caballo y obligándole, postrado en tierra, á declararse su prisionero y cautivo. Fué luego el conde á presentar el vencido al rey Don Fernando, quien se apresuró á devolver el cautivo al de Tendilla, en cuyo poder permaneció hasta la toma de Granada, en que fué puesto en libertad por artículo de capitulaciones especiales. Cuenta el hecho Mondéjar en su *Historia* de esta casa ilustre.

En esta correría de Don Fernando por la vega de Granada, que voy refiriendo, tomaron parte muy ac-

tiva el Zagal y el príncipe Cid Hiaya, quienes, como vasallos ya y súbditos de los Reyes de Aragón y Castilla, habían ido á engrosar las filas del ejército con su gente. El Zagal acudió con doscientos caballos, y con ciento cincuenta el príncipe. Pelearon siempre en primera línea con valor admirable, y estuvieron en los pasos más peligrosos, distinguiéndose por su arrojo y por la furia con que combatían á sus antiguos hermanos, lo cual hizo que en Granada hubiese un recrudecimiento de odio personal contra ellos, siendo condenados sus nombres á la difamación y al oprobio.

Cid Hiaya, en particular, tuvo ocasión de prestar al Rey un servicio de mucha importancia, siquier no se distinguiese por el fondo de honradez caballeresca que brilló generalmente en los actos de aquella guerra.

En el centro del llamado Soto de Roma descollaba una fortaleza que constituía un abrigo y un asilo para los labradores y aldeanos de la comarca. Un cuerpo de almogavares guarnecía aquel alcázar con la orden y misión de proteger los hermosos verjeles que los reyes moros conservaban allí para su retiro y esparcimiento. Era la guarnición numerosa, la vigilancia mucha, el cuidado incesante; todas las tentativas realizadas hasta entonces para tomar aquel fuerte habían resultado inútiles, estrellándose el esfuerzo cristiano ante la resolución del alcaide moro, que estaba siempre en su puesto, sin abandonarse jamás á la confianza ni al descanso.

Una tarde, al caer de la misma, vió el alcaide un fuerte escuadrón de moros que corría presuroso hacia el castillo, arreando una manada de ganado y conduciendo varios cautivos maniatados. Al llegar á la puerta, el jefe moro de aquella taifa dijo que había

hecho cabalgada en campo enemigo, arrebatando á los cristianos una parte del botín que se llevaban y haciéndoles varios prisioneros. Añadió que, perseguido vivamente por fuerzas superiores que iban á su alcance, no le era posible llegar á Granada y se refugiaba en el castillo pidiendo asilo para aquella noche. Era indudablemente un caudillo moro quien así se expresaba, y de gente mora se componía la hueste. Sin el menor recelo dió entrada el alcaide á los jinetes y al ganado; pero lo mismo fué abrir sus puertas el castillo, que precipitarse los recién llegados sobre la guarnición, haciéndola prisionera casi sin resistencia, ya que á ella no dieron tiempo la celeridad del asaltador y la sorpresa del atacado.

La supuesta partida de almogavares, corredores del campo cristiano, estaba formada de moros de Baza, y su capitán era el mismo príncipe Cid Hiaya, que con aquel ardid se había propuesto ganar una fortaleza para Don Fernando. Lo consiguió sin gran peligro. Los moros del castillo y su alcaide, víctimas de un engaño, que no de un azar en buena guerra, fueron puestos en libertad por el monarca castellano y acompañados á Granada; pero esta indulgencia no aplacó las iras de los granadinos, que, ardiendo en ellas cada vez más, acumulaban invectivas y amenazas contra el Zagal y Cid Hiaya y buscaban ocasión para vengarse de ellos. No tardaron en encontrarla.

Terminado ya con esto la tala de la vega, retiróse Don Fernando á Córdoba, después de demoler algunos fuertes, entre ellos el de Gabia, y reparar los castillo de Alhendín y de la Malaha, en los cuales puso guarnición. Los historiadores árabes dicen que regresó á su tierra *mordiéndose de cólera la punta de los dedos* al ver que Granada le escapaba de las manos. No es así. La campaña no fué desgraciada para Don

Fernando, sino todo lo contrario: consiguió su objeto, que era el de talar la vega, y el de reconocer los campos de Granada para cuando le conviniera emprender las operaciones.

Pero lo mismo fué retirarse Don Fernando, que declararse la suerte en favor de Boabdil *el Chico*. Crecido éste en iras y en espíritu de venganza, realizó con fortuna varias empresas.

Volvió á recobrar las alquerías y fortalezas tomadas por los cristianos, y cayó en su poder el castillo de Alhendin, cuya guarda tenía el famoso capitán Mendo de Quesada, terror de los moros durante cierta época. Sitiado el castillo por Boabdil, no fué socorrido á tiempo á causa de discordias surgidas en el campo cristiano. La guarnición, compuesta principalmente de arqueros ingleses que servían con Don Fernando desde el tiempo de Lord Rivers, fué pasada á cuchillo, y Mendo de Quesada cayó prisionero con todos los que pudieron escapar con vida.

La conquista de Alhendin dió nuevos alientos á Boabdil y á los suyos, quienes, á favor de una empresa hábilmente combinada, invadieron repentinamente las tierras de Alboloduy y Marchena, que eran de Cid Hiaya, y la taha de Andarax, donde el Zagal ejercía su menguada soberanía. La fortaleza de Marchena, confiada por orden de los Reyes y de acuerdo con Cid Hiaya al comendador Pedro de Calatayud, fué asaltada, rendida y desmantelada. También cayó en manos de Boabdil el castillo de Andarax, corriendo gran peligro de ser preso el mismo Zagal, que se salvó huyendo, refugiándose en Almería, abandonado de muchos de los suyos, los cuales se apresuraron á reconocer al vencedor.

Luego que cayó el castillo de Andarax en poder del sultán de Granada, tornaron las Alpujarras á su

obediencia, así como las ciudades de Berja y Dalias, cuyas guarniciones sucumbieron. Entonces, puestos alcaides y presidios en todas las fortalezas, regresó el sultán Boabdil á Granada y á su Alhambra, donde entró victorioso, con el júbilo y aplauso de los suyos, quienes, con aquella correría feliz de Boabdil, tras de tan larga serie de infortunios, vieron lucir un rayo de esperanza, y decían:—«La estrella del Zogoibi ha variado de rumbo, y nuevos triunfos de su espada han de contrariar los horóscopos adversos á que parecía ligado desde su cuna».

Poco tiempo estuvo sin embargo el sultán de Granada en posesión de la ciudad de Andarax. Caída en primeros de Julio, á últimos del mismo mes era recobrada por el Zagal asistido de los cristianos y renegados. Mucho le costó, no obstante, restablecer su autoridad. Con la correría de Boabdil y el levantamiento de sus vasallos, el Zagal vió mermar su soberanía hasta el punto de no ser ya más que una efímera sombra. Huíale de entre sus manos, y diéronle el último golpe de mano los moros de Guadix, que, sugestionados por los agentes de Boabdil, se propusieron tomar las armas clandestinamente, degollar á los cristianos y á los musulmanes aliados, y convertir aquella ciudad en un nuevo centro de resistencia. Fracasaron en sus planes porque, informado á tiempo el marqués de Villena, capitán general de la frontera, acudió con fuerzas, reforzó la guarnición del castillo y echó de Guadix á los moros sospechosos.

Mientras así cundía el fuego de la insurrección por las comarcas que fueron del Zagal, el sultán de Granada reunía á sus caudillos y capitanes en el alcázar del Alhambra y disponía, de acuerdo con ellos, una nueva empresa. Un jefe moro, de mucho prestigio, llamado Mohamad el Abencerraje, tomó activa

parte en el consejo y decidió á todos con estas palabras, que los historiadores árabes trasladan:

—El infiel nos cerca y nos tiene casi reducidos al recinto de nuestros muros. Incomunicados con el resto del mundo, no podemos reclamar de nuestros amigos de África auxilios de gente, artillería y bastimento. Abrámonos paso con nuestros alfanjes, y hagamos que la bandera muslímica ondee por segunda vez en el castillo de Almuñécar.

Aprobada con entusiasmo esta propuesta, hízose un llamamiento por público pregón al pueblo, grandes y chicos, nobles y plebeyos, para que se aprestasen á ir contra Almuñécar, y Boabdil salió de Granada, al frente de aguerrida hueste, después de la oración del viernes 18 de Ramadán (4 de Agosto de 1490). Partió el ejército muy animoso, dirigiéndose rápidamente á la costa, y se destacó al propio tiempo una columna de caballería hacia el reino de Jaén para distraer á los cristianos fronterizos y evitar que acudiesen en socorro del puesto amenazado.

La expedición no tuvo sin embargo el éxito apetecido, tal vez porque Boabdil cambió de plan, movido por avisos confidenciales que le obligaron á caer sobre Salobreña en vez de marchar contra Almuñécar, que era lo convenido. Dijeron á Boabdil que la guarnición cristiana de Salobreña se hallaba muy reducida, en gran apuro, sin víveres, sin agua, sin municiones, y que nada sería más fácil que apoderarse de aquella villa y fortaleza, sobre todo con el apoyo de los mudéjares que en ella moraban. Creyó buenamente Boabdil que su empresa contra Almuñécar sería más hacedera, si antes se hacía dueño de Salobreña. Presentóse, pues, ante esta última plaza, se apoderó prontamente de la ciudad ayudado por los mudéjares, y estrechó en el castillo á los cristianos

de la guarnición, que eran pocos efectivamente, pero que decidieron resistir con todo empeño.

La noticia del peligro en que se hallaban estos valientes cundió rápidamente por la frontera, y puso en alarma y movimiento al campo cristiano. Acudieron en seguida al socorro Don Francisco Enríquez, gobernador de Vélez, y Don Iñigo Manrique, que lo era de Málaga, y se situaron en Almuñécar, asegurando este punto, á tiempo que el conde de Tendilla, después de rechazar junto á Campotéjar la caballería enemiga destacada hacia Jaén, se corría á la vega de Granada, y el mismo rey Don Fernando convocaba en Córdoba á sus caballeros para intentar una correría que pudiera distraer á Boabdil de su aventura.

Salobreña comenzaba á verse en gran apuro, y el socorro urgía. La morisma ocupaba todo el campo, siendo, al propio tiempo que cerco opresor para los de dentro, valladar insuperable para los de fuera. Los asaltos menudeaban por parte de los sitiadores; la resistencia era dura, aunque mucha la fatiga por parte de los sitiados, y los cristianos que habían acudido al socorro sólo pudieron ocupar una isla cercana al castillo y distraer con amagos y hostilidades al enemigo cada vez que se dirigía al asalto.

En este famoso sitio de Salobreña ocurrió una de aquellas hazañas de Hernán Pérez del Pulgar, que tanto nombre dieron á este héroe esforzado. Se empeñó en llevar socorro al castillo, pasando por entre la morisma que invadía todo el campo y ocupaba todos los pasos, teniendo en gran apuro y aprieto á los cercados. Al frente de setenta escuderos de su confianza acometió Hernando del Pulgar su aventurada empresa. Fletó un barco, lo tripuló con su gente, espió una ocasión, se acercó á la costa; y una mañana, al amanecer, cuando aun las fuerzas de Boabdil

reposaban en brazos del sueño del alba, que es el más dulce y más recio de los sueños, se acercó con mucho silencio á la línea enemiga, y precipitándose de repente con sus setenta hidalgos á paso de carga, atravesó el campo como un huracán en columna cerrada hasta llegar á los muros del castillo, donde se metió por un postigo que los cercados franquearon oportunamente.

La acción fué de gran atrevimiento y riesgo. La facilidad venturosa del éxito hízola aparecer como burla sangrienta á los ojos del moro, vivamente herido en su orgullo. Por esto se cuenta que uno llamado Bexir, alférez del pendón real de Granada, dominado por la ira al enterarse del suceso, se aproximó al muro y á grandes voces llamó á Pulgar retándole á combate y desahogando su cólera en fieras amenazas contra él. Pulgar se asomó al muro; y para demostrar que la situación de los sitiados no era tan crítica como se suponía por falta de agua, arrojó á Bexir un cántaro lleno y una copa de plata por el adarve, diciéndole que los soldados de Boabdil no conocían más valor que el de dar gritos ni más fortaleza que la de fugarse.

Irritado Boabdil con lo sucedido, ordenó un asalto general. Los caudillos moros, vivamente heridos en su amor propio, formaron en el acto sus batallas y las condujeron al combate, con prevención de que no tuviesen piedad con viviente alguno del castillo ni abandonasen sus cimitarras mientras hubiera sangre que verter. Afortunadamente para los de la guarnición, que estaban rendidos de fatiga y postrados por la sed, el hambre y la falta de descanso, tuvieron la ayuda de los setenta, que con Pulgar habían entrado de refresco, y el auxilio de sus compañeros parapetados en la isleta, que no dejaban punto de reposo á

los asaltantes. Se peleó con desesperación, á fuego y á hierro, en la brecha, en los adarves, en las puertas, y los moros fueron rechazados, convenciéndose Boabdil de que no era tan fácil, como al principio le pareciera, tomar aquella ciudadela, cada vez sostenida con más desesperación y más empeño.

La muerte del arrojado general moro Mohamad Lentín, que la recibió en el momento de escalar el muro, y la de otros caudillos de prestigio, hizo desmayar á los sitiadores, creciendo su flaqueza al saber que los condes de Tendilla y Cifuentes se aproximaban á Almuñécar con numerosas fuerzas, y al aviso de que el rey Don Fernando tomaba posición con su ejército en el valle de Lecrín para cortar la retirada. En vista de esto, Boabdil se decidió á levantar sus reales y replegarse á la montaña, perseguido y picada su retaguardia por las fuerzas de Don Íñigo Manrique, tomando en seguida el camino de Granada, adonde llegó después de haber contramarchado por las vertientes de Sierra Nevada para eludir el encuentro con Don Fernando.

Así terminó aquella desventurada expedición del rey *Chico,* quien, al llegar al Alhambra, tuvo noticia de otro desastre acaecido á los suyos.

Los moros sublevados en las posesiones de la Alpujarra cedidas al príncipe Cid Hiaya, habían conseguido apoderarse de Adra, y puestos en relación con los berberiscos, sostenían el fuego de la insurrección que amenazaba extenderse poderosamente por toda la comarca. Interesados, naturalmente, el príncipe Cid Hiaya y su hijo en que el incendio no se propagara, y también, por lo mismo, en apoderarse de Adra, usaron de un artificio parecido al de que se echó mano en el Soto de Roma.

Un día los rebeldes de Adra divisaron seis embar-

caciones, empavesadas con banderas y gallardetes africanos, con rumbo hacia su puerto. Fué general la alegría que reinó en la plaza, creyendo todos que aquellos buques eran portadores de los refuerzos pedidos con instancia á los sultanes de Fez y de Tremecén. El pueblo todo salió á la playa para recibir á los marinos, y confirmáronse más y más la ilusión y la alegría general con la llegada de la galera capitana y el desembarco de una legión musulmana, acaudillada por un apuesto caballero. Agolpóse el pueblo para saludar á los recién llegados con vítores y aplausos, cuando de repente les vieron desnudar sus alfanjes y precipitarse sobre la muchedumbre hiriendo á diestro y siniestro. Levantóse un grito de indignación entre la multitud y se empeñó una refriega sangrienta.

El alcaide de Adra, al conocer el engaño y la traición, corrió á refugiarse tras los muros de la alcazaba con propósito de defenderse; pero se acercó la escuadra, arrojando toda clase de proyectiles sobre el alcázar, al propio tiempo que aparecía una hueste por la parte de tierra amenazando con el asalto.

La legión desembarcada estaba compuesta de tropa cristiana disfrazada y de moros mudéjares, capitaneados todos por Alí Ben Omar, ó, mejor dicho, Don Alonso Granada Venegas, hijo de Cid Hiaya, á quien los Reyes de Castilla habían nombrado general y almirante. En cuanto á las tropas de tierra, iban mandadas por el mismo Cid Hiaya, que acudía en combinación con su hijo, para apoderarse de Adra y acabar con aquel foco de insurrectos.

Decidido y bravo era el alcaide, celoso de su honra y reputación, hombre verdaderamente esforzado; mas, al verse estrechado de aquel modo, sin esperanza de socorro por mar y por tierra, rindió el castillo

y se entregó por avenencia. Así fué cómo se recobró la plaza de Adra, alcanzando prez y honores el príncipe Cid Hiaya y su hijo Don Alonso.

La sublevación de los moros de Andarax y de la Alpujarra, y las correrías de Boabdil, decidieron al rey Don Fernando á una nueva empresa con objeto de imponer terror al infiel y domar los espíritus insubordinados. Volvió á presentarse en la vega de Granada con mil caballos y veinte mil peones, taló los panes y las vides, arrasó las torres de la Malaha y del Soto de Roma, demolió el castillo de Alhausat y corrió toda la vega y sus confines, causando daño y arrebatando víveres y cautivos. Fué esto en los últimos del mes de Agosto.

Realizada esta excursión, se dirigió Don Fernando á Guadix, en donde había ocurrido el alzamiento de los moros. Confirmó al llegar allí todas las disposiciones tomadas por su capitán general el marqués de Villena y expulsó de la ciudad á los mudéjares, «no quedando en ella ni en sus arrabales, según dicen los historiadores árabes, dispersados como fueron por las alquerías comarcanas, ni un solo creyente». Los hogares desiertos de los moros fueron repartidos á nuevos pobladores cristianos.

Durante la estancia del Rey en Guadix acudió á visitarle y á conferenciar con él el Zagal, que llegó decidido á abandonar las tierras españolas, donde tantas luchas tuvo, tanta amargura y quebranto, principalmente en aquellos últimos tiempos de su agitada vida, cuando todo parecía conspirar en contra suya. Porque era así, en efecto. Aquel bravo caudillo de las huestes moras en tiempo de Muley Hassan, aquel competidor acérrimo de Boabdil, aquel implacable enemigo de los cristianos, tan pronto como pactó con éstos, arrastrado por sugestiones de

Cid Hiaya ó por odios á su sobrino, hubo de quedarse en la espantosa soledad de su inacción, mal visto por los suyos, mal hallado con su conciencia, á solas con sus recuerdos, en lucha abierta con las rebeldías de su espíritu indomado. Los dos mil vasallos sometidos en un principio á su señorío se le convirtieron en otros tantos insurrectos cuando Boabdil invadió con sus tropas la Alpujarra, y el triste tuvo que apelar á la fuga para burlar el enojo de los suyos y escapar á su saña. Abandonó aquellos valles inhospitalarios y se refugió en Almería; pero hasta allí fueron á perseguirle la rebeldía y la venganza, sin encontrar quizá todo el apoyo necesario en el mismo Don Fernando; y, por fin, desengañado ya y sin ilusiones de imperar en aquel reino, que sólo de nombre lo era, y en aquel suelo, que ya no juzgaba suyo, acudió á Guadix en ocasión de concurrir el monarca para reprimir el alzamiento de los mudéjares de aquella comarca. Allí, en sus vistas con el Rey, le propuso la venta de sus estados y posesiones, comunicándole el proyecto de trasladarse al Africa con su familia. Don Fernando entonces le entregó cinco millones de maravedís, con carta de paso para su viaje, y facilitó transportes á Berbería para él, para los suyos y para varios moros de posición que quisieron seguir en su destierro al que había sido sultán del Alhambra.

Creo aquí oportuna la ocasión de indicar algo acerca de la suerte que cupo á ese príncipe tan señalado en las guerras heroicas de Granada. Hasta hoy los historiadores todos, aceptando un error que de uno en otro se han ido transmitiendo, propagaron una leyenda, ó, mejor, zurcieron una novela para relatar las aventuras, infortunios y muerte del Zagal en los países africanos. Han dicho que al llegar á su nueva patria, donde pensaba pasar el resto de sus días sin

más azares ni amarguras, fué á establecerse en Fez, y que allí el califa Benimerín, entonces imperante, aquejado por la sed de oro, se informó con envidia de las riquezas aportadas por el proscripto, y sin conmiseración alguna arrebatóle sus tesoros y le mandó aherrojar en un sombrío calabozo. No satisfecho aún con esta infamia, le condenó á obscuridad perpetua, bajo pretexto de que había hostilizado á Boabdil, de quien el sultán de Fez decía ser amigo invariable, y obedeciendo sus órdenes, el verdugo le abrasó los ojos aplicándole una bacía de azófar hecha un ascua. Ciego, miserable, sin amparo en el mundo, abandonó el Zagal la corte del cruel tirano, y cubierto de andrajos, mendigando de aduar en aduar y de puerta en puerta, pudo trasladarse á la ciudad de Vélez de la Gomera. Un emir de esta tierra, su aliado en tiempos felices, se mostró humano y sensible á su infortunio; le suministró alimentos, ropa y recursos, y le proporcionó seguridad en sus dominios, donde vivió aún mucho tiempo, excitando la compasión de los musulmanes piadosos y llevando sobre su pecho un rótulo en arábigo, que decía: «Este es el rey desventurado de los andaluces.»

Tal es lo que hasta hoy se ha venido diciendo con respecto á la vida del Zagal en su última época; pero recientes investigaciones, debidas al conocimiento de nuevos historiadores árabes, y estudios especiales de Eguílaz Yanguas, presentan las cosas de manera muy distinta. Según lo que de ello resulta, después de la expulsión de los moros de Guadix y la destrucción de la fortaleza de Andarax, mandada demoler por el rey Don Fernando, Abú Abdallah Mohammed XII, el Zagal, se embarcó para Africa, llegó á Orán y de allí marchó á Tremecén, donde se estableció con su familia y servidumbre. Allí vivió por espacio de tres años

resignado con su suerte y murió entre las dos oraciones de la tarde del miércoles de la nueva luna de Xaban, año de 899 (1494). Todavía viven allí sus descendientes, siendo conocidos por los hijos del sultán de Andalucía. Estas noticias se hallan confirmadas por el autor francés M. C. Brosrelard, quien en su *Memoria epigráfica histórica sobre las tumbas de los emires Beni-Zeyan*, descubiertas en Tremecén, copia y traslada el epitafio de la lápida que cerraba el sepulcro del Zagal.

Realizada la segunda correría de Don Fernando por la vega de Granada; sometida la región de Guadix; demolida la fortaleza de Andarax, y en camino para tierras africanas el Zagal con toda su gente, regresó el monarca á Córdoba á fines de aquel año de 1490 y comenzó á ordenar sus preparativos para la empresa que proyectaba contra Granada, ciudad que, conforme dice Zurita, *quedaba ya desfigurada y deshecha como cabeza sin cuerpo y sin brazos, perdidas todas las fuerzas y defensa, y tomados los puertos de tierra y mar, que era su postrer recurso y remedio.*





CAPÍTULO XXI

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA

(1490)

La gran hazaña de Hernando del Pulgar. — El rapto de la desposada, rasgo caballeresco del conde de Tendilla. — La aventura de Rodrigo de Narváez. — Los amores de Muza.

Todavía hay que contar algún suceso de aquel año de 1490, tan fecundo en ellos. Me refiero á la hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, conocida en la historia y en la leyenda por *el triunfo del Ave María*.

Entre las proezas de Pulgar, famosas todas, ninguna como ésta, que es también la que, con ser rigurosamente histórica, más sabroso y entretenido tema dió á la tradición, á la novela, á la leyenda, á la poesía y al drama.

Conocido y celebrado era Pulgar en todas partes por su aventura de Alhama, con la que dió aliento y socorro á una guarnición desvalida; por la toma de la fortaleza del Salar, con que ganó su alcaidía y el título nobiliario que ostentan aún sus descendientes; por los sucesos de Málaga, en que supo unir la entereza del valor á la habilidad de la diplomacia, como quien sabía manejar á un tiempo la pluma y la espada; por la acción del Zenete, cuyos campos le vieron

convertir un pedazo de tela en blasón y bandera de victoria, y por el arrojo de Salobreña, donde su milagrosa entrada en la plaza fué causa de que el sultán de Granada no la ganase; empresas todas que le dieron alta prez, y por encima de las cuales aparece, como coronamiento, aquella tan grandiosa á que el pueblo dió oportuno nombre de *triunfo del Ave María*, al propagarla y darle vida inmortal en el teatro, en el drama, en la leyenda y en esos maravillosos cantos populares de nuestra España, que toda nación aplaude y todo el mundo admira.

Así que Boabdil *el Chico* hubo levantado el cerco de Salobreña, Pulgar se retiró á Alhama, primer teatro de sus glorias, donde tenía algunos bienes. Allí, en la soledad de sus ocios y de sus sueños, acariciaba el proyecto de una nueva empresa todavía más ruidosa que la de Salobreña, con haberlo sido ésta tanto, pues todo el mundo reconocía que sólo á él se debía el salvamento de aquella plaza, pronta ya á rendirse el día que Pulgar entró en ella con sus setenta escuderos.

Á poco de haber llegado Pulgar á la ciudad de Alhama, ocurrían varios sucesos que vinieron á debilitar en parte la resonancia del de Salobreña. Era lo corriente de aquella guerra, ya que en ella los hechos de armas y proezas singulares se sucedían con tal rapidez y se amontonaban con tanto empuje, que no bien ocurría alguno, ya en seguida llegaba otro á distraer la atención para llevarla á nuevo campo.

Deseoso de vengar recientes ultrajes y abatir el ánimo de los moros de Granada, por el momento muy ensoberbecidos, el rey Don Fernando se había presentado por segunda vez en aquel año de 1490 á correr la dilatada vega, que mandó entrar á hierro y

á fuego, sin compasión ni misericordia para nada ni para nadie. Había tomado muy principal parte en esta correría el capitán Gonzalo de Córdoba, á la sazón alcaide de Illora, quien una vez se aventuró tanto, y tanto se acercó á los muros de Granada, que no quiso apartarse de ellos sin dejar un recuerdo vivo y patente de su visita. Así pues, antes de retirarse, se acercó á la puerta llamada de Elvira, ahuyentando el peligro con la temeridad del arrojo, y clavó en ella su daga, que allí dejó como cartel de desafío. En seguida, después de aquel alarde gallardo, que ejecutó solo y á cuerpo descubierto, se fué serenamente á talar la parte de la vega que se le había encomendado, demolió los molinos del Genil, y aun, antes de emprender su retirada, se acercó á la otra puerta de Bibathaubín y le prendió fuego diciendo:—*Pues no tenemos harina, dejemos mohina.*

El suceso tuvo, como era natural, mucha resonancia y aumentó la fama de aquel bizarro caballero, hoy conocido por *el Gran Capitán* en todo el universo mundo. Estas y otras proezas que así de cristianos como de moros se contaban diariamente en los lances de aquella guerra memorable, excitaron el ánimo y movieron la emulación de Hernando del Pulgar que vivía ya con desplacer en sus ocios de Alhama, y dióse á meditar una empresa que no tuviese ejemplo y que, aun realizada con éxito, pareciese á todos un sueño por lo temeraria. Y como en él lo mismo era idear un proyecto que practicarlo, aun siendo desesperanzado, pensó ligarse por medio de un acto inquebrantable á fin de que no pudiera retroceder, ni siquiera en el caso dudoso de arrepentimiento ó flaqueza. Quiso cerrarse el camino de la retirada, como algo más tarde había de hacer Hernán Cortés con la quema de sus naves.

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS PROV.ª DE GRANADA

Al efecto, y al caer de una sombría tarde de Diciembre, se llegó Hernando del Pulgar á la antigua mezquita de Alhama convertida en iglesia cristiana. Allí, en el mismo umbral, puesto devotamente de hinojos, á la vista del altar sagrado, empuñando un hacha de cera blanca encendida, *hizo voto solemne de entrar dentro de Granada, ponerle fuego á su Alcaicería, y tomar posesión de su mezquita mayor, para Iglesia mayor, en que se celebrara el nombre santo de la siempre Inmaculada María, Señora nuestra y Madre de Jesucristo nuestro Redentor.*

Prestado el juramento, ya para un hombre de honor no había manera posible de retroceder.

En seguida llamó á quince compañeros de valor probado, entre amigos y escuderos, todos de su mayor confianza, y les comunicó su proyecto, aunque no por el pronto en toda su extensión y detalle. Los principales entre los llamados fueron Francisco de Bedmar, hombre de grande aliento, uno de los conquistadores de Alhama, en cuya empresa había dado muestras señaladas de su esfuerzo, cuñado de Pulgar y su compañero en muchas jornadas de aquella guerra, y luego Jerónimo de Aguilera, á quien apellidaban *el Esforzado*, Tristán de Montemayor, Diego de Baena y Montesinos de Avila, hidalgos todos y valientes si jamás los hubo, que seguían la suerte de Pulgar, durante el curso de aquella guerra, sin abandonarle jamás, con tanta lealtad como cariño.

Fué también de los llamados, como elemento principal, un converso que tenía por nombre Pedro, á quien Pulgar había cautivado en una acción que merece referirse, y que fué luego tan adicto á su señor, tan leal y tan su amigo, que por él mudó de nombre y de creencia, no le abandonó jamás, siguióle en todas sus empresas, tomó su apellido al bautizarse, le

amó como á un padre ó á un hermano, y al morir le legó todos sus bienes y haciendas.

Había sido moro de calidad y se llamaba Almanzor. Un día, hallándose Hernando del Pulgar en su castillo del Salar, recibió aviso de que se veía á lo lejos una turba de moros que llevaban presos á varios cautivos cristianos, hombres, mujeres y niños. Tan pronto fué para Pulgar oirlo, como saltar sobre su caballo, desapercibido cual se hallaba, y sin dar apenas tiempo á sus fieles hidalgos para que le siguiesen, se lanzó á rienda suelta contra los moros, gritándoles cuando á su alcance estuvo:—Soltad la presa, perros, que es Pulgar quien viene por ella.

Cosa de pasmo dicen que pareció, porque al reconocerle los infieles, diéronse á huir desapoderadamente, dejando libres á los pobres cristianos, que se quedaron bajo la guarda de unos escuderos de Pulgar, mientras éste, con algunos de los suyos, seguía al alcance de los moros fugitivos. Vino de pronto el río á atajarles el paso, y en sus aguas se ahogó más de uno de los que huían con el ansia de salvarse. Sólo permaneció á la vera misma del Genil un moro de gran cuenta, que, no habiendo podido recabar de los suyos que volvieran el rostro al enemigo y el pecho á la defensa, avergonzado de tal villanía, se acercó á Hernando del Pulgar en el momento de presentarse éste, y le dijo:

—Más quiero ser tu cautivo, que adalid de cobardes. Dispón de mi libertad y de mi vida.

A lo cual el noble Pulgar contestó hidalgamente:

—Una y otra te devuelvo, y mi amistad con ellas, si la tienes en precio.

Y tan prendado quedó el moro de aquella generosidad é hidalguía, que en el mismo punto y hora le hizo pleito homenaje de servirle fielmente por todos

los dias de su vida. Á ley de caballero cumplió desde entonces el moro Almanzor. Ya no abandonó jamás á Pulgar, á quien fué fiel, le acompañó en sus empresas, convirtióse al cristianismo tomando nombre de Pedro del Pulgar, y éste fué, naturalmente, uno de los llamados para acompañar á Hernando en su arriscada expedición la noche del 17 de Diciembre de 1490.

Reunidos todos, aprobado el proyecto con entusiasmo, gozosos de acompañar en aquella peligrosa aventura á su capitán, dispuestos á perder la vida si era necesario, la empresa quedó resuelta, y al anochecer de aquel mismo dia salió de Alhama la comitiva de los quince con su jefe Pulgar, en sendos caballos de pelea. Cuentan que al pasar por una calle silenciosa y excusada, al ruido de los caballos se asomó una vieja á un ventanillo, y conociendo al capitán y á sus acompañantes, dijo: —*¿Con Pulgar is?... La cabeza lleváis prendida con alfileres.* Palabras que desde aquel momento quedaron convertidas en adagio.

Pulgar llevaba ya prevenido un pergamino con cintas rojas y verdes, y en él escrito en latín el *Ave María*, el *Padre nuestro*, el *Credo* y la *Salve*, y más abajo, en castellano, el auto con la toma de posesión que de la mezquita de Granada hacía para convertirla en la primera Iglesia mayor cristiana. Cada jinete llevaba á la grupa de su caballo un hacecillo de atocha seca para pegar fuego á la Alcaicería ó mercado de seda, como se tenía pensado. El converso Pedro era portador del hacha de cera con que Pulgar hizo el voto, de una cuerda alquitranada y encendida, y de alquitrán en cantidad suficiente.

Por montes y barrancos, pudiendo apenas los caballos refirmar el pie en las estrechísimas sendas, y

forzados los jinetes á descabalgar de trecho en trecho para dar acción y calor á sus miembros entumecidos, se llevaron en peso aquella noche del 17 al 18 de Diciembre, que fué de las más crudas del invierno. Alboreaba ya cuando llegaron á pocas leguas de Granada, y entonces hicieron alto para pasar el día ocultos en una traspuesta del monte, donde pudieron permanecer al abrigo y sin cuidado, hasta que, amparados por las sombras primeras de la noche y por áspera niebla, que se bajó del monte, como para mejor protegerlos, descendieron al llano y tomaron la vía de Granada. Como todos conocían el terreno, y á más llevaban por guía al converso Pedro, que aun mejor que todos lo conocía, pudieron tomar por atajos que les permitían evitar los pueblos, hasta aquellos mismos en que había presidio de castellanos, y así, sin ser molestados ni sentidos, se encontraron á media noche casi á las puertas de la ciudad.

Redoblaron entonces las precauciones, y marchando á la deshilada, esguazaron el río con agua hasta el pretal de los caballos, y tuvieron la suerte de no ser oídos al pasar por frente la puerta y castillo de Bibathaubin, donde los moros tenían guardas y escuchas. Por el mismo punto por donde desemboca el Darro echándose en brazos del Genil y perdiendo su nombre, entraron aquellos bizarros caballeros, caminando de allí en adelante por el lecho del río hasta llegar sin contratiempo al último puente, bajo cuyo arco y en uno de sus recodos se recogieron y agruparon para oir en voz sumamente baja las últimas instrucciones de Pulgar. Este se hallaba dispuesto á emprender solo lo que de la aventura faltaba, dejando allí á sus compañeros para guardarle la espalda; pero hubo entre todos un revuelo al enterarse, pues no querían dejar á su jefe en el peli-

gro mayor, considerando caso de honra acompañarle. Fué aquello como un motín, que hubo de apresurarse á calmar Hernando, cediendo en parte y conviniendo en que le acompañaran seis escuderos, interin los otros esperarían allí su regreso cuidando de los caballos de todos.

Fueron los elegidos Jerónimo de Aguilera, Tristán de Montemayor, Diego de Baena, Francisco de Bedmar, Montesinos de Ávila y Pedro del Pulgar el converso, que fué el guía de la nocturna expedición por ser, como granadino, quien mejor conocía el intrincado laberinto de callejuelas que conducían á la mezquita mayor.

Desde el fondo del río saltaron los aventureros á la orilla, pasando por entre los noques de unas tenerías allí entonces existentes; y después de atravesar varias calles con precaución y recelo, sin encontrar por fortuna alma viviente, llegaron á cosa de las dos de la madrugada ante la puerta principal de la gran mezquita. Una vez allí, sacó Pulgar el pergamino que dispuesto llevaba consigo, y sobre el cual se destacaba en letras azules el augusto nombre de María. Colgóle de un puñal, que clavó en la puerta de la mezquita; y encendiendo el hacha de cera con la cuerda alquitranada que á prevención llevaba, la colocó en un hoyo del suelo, á guisa de candelero, junto á la puerta. En seguida se prosternaron todos devotamente para adorar el santo nombre de María, rezaron con piedad y sin sobresalto el *Ave María*, *Padre nuestro*, *Salve* y *Credo*, y aun se cuenta que Pulgar, con toda tranquilidad, en voz baja, oída sólo de sus compañeros agrupados, les leyó lo que estaba escrito al reverso del pergamino y así decía:

Yo, Hernando del Pulgar, alcaide de la fortaleza del Salar por los Señores Reyes Don Fernando y Doña Isabel,

en su nombre y para su real servicio, tomo posesión de esta ciudad de Granada y de esta su mezquita mayor de Mahoma para que sea Iglesia cristiana en que se venere el nombre santo de nuestro verdadero Dios, y de Jesucristo su Hijo, Señor y Redentor nuestro, verdadero Dios y hombre, y de su bendita Madre, siempre inmaculada Virgen María, Señora nuestra.

Terminado este acto, encaminóse Pulgar con los suyos á un lugar allí cercano, el de la Alcaicería ó mercado de la seda, y en el sitio que juzgó más conveniente mandó amontonar la atocha que se traía prevenida, á fin de incendiar aquel barrio, el más opulento de Granada, no dudando que desde allí se comunicaría el incendio á la ciudad toda. Pero cuando se trataba ya de prender fuego al montón, se encontraron con que Tristán de Montemayor había apagado la cuerda alquitranada, creyendo que ya no había de servir más, y con ella hiciera una cruz que clavó en la puerta de la mezquita.

Gran enojo hubo de ello Pulgar, que se arrojó sobre Montemayor, llamándole mal hombre y diciendo que por su causa perdía la ocasión de abrasar á Granada aquella noche, con lo que *me has quitado*, dijo, *la mayor hazaña que en el mundo se hubiera oído*. Ciego de cólera, iba Pulgar á atravesarle con su espada, cuando se interpuso Baena, que le contuvo, diciéndole:

—Sosiégate, y aguarda un solo instante: que lumbre he de traerte para abrasar mil veces á Granada.

Y echó á correr hacia la mezquita, seguido de otros dos compañeros, con intento de encender un manojo de atocha en el hacha que dejaran ardiendo á la puerta. Tornaban ya con la cuerda y hacha encendidas, cuando, al revolver por la esquina del Zacatín, toparon con unos guardas que de noche te-

nían los moros para custodiar aquellas ricas tiendas. Divisarlos, oír zumbar una piedra, y acometerlos Baena espada en mano, todo fué obra de un instante. Acudieron los cristianos, trabóse la refriega, y al estruendo y vocerío cundió la alarma. Temiendo Pulgar que la ciudad se alzara en armas, dió orden de retirada á los suyos; y antes de que apareciera la ronda nocturna, guiados siempre por el converso Pedro, volvieron por el mismo camino al sitio donde habian quedado sus compañeros y caballos, con tanta fortuna, que mientras la ronda acudía por la parte alta de la ciudad, ellos se deslizaban por la baja, llegando al punto de cita sin tropiezo.

Tomaron en seguida sus caballos y emprendieron la retirada por el cauce del río, no sin verse expuestos á perder su compañero Jerónimo de Aguilera, que cayó en un mal paso del que sólo con gran dificultad pudieron librarle. Todos salieron entonces disparados, sin recato ya ni silencio, que la salud estaba en la presteza, y pasaban todavía por junto á los muros, cuando oyeron el estruendo que se alzaba en la ciudad, donde ya todo estaba en alarma, creyendo que los cristianos eran dueños de ella.

Dejando así á los moros en la mayor confusión y desorden al encontrar el pergamino en la mezquita, el hacha alumbrándolo, y los montones de atocha preparados para prender fuego á la Alcaicería, los héroes de aquella hazaña cruzaban la vega y llegaban sanos y salvos á la fortaleza de Alhendín, que era presidio de cristianos, donde descansaron un poco de las rudas fatigas de la noche contando á sus compañeros de la guarnición los detalles del suceso, que eran recibidos con admiración y aplauso. Al siguiente día salieron para Alhama, cuya población alborozada los recibió en triunfo.

Tal es en breve resumen, y contado á la ligera, el suceso que tanto ha dado que hablar y escribir, penetrando desde el primer instante en las entrañas del pueblo que lo hizo suyo y popularizó en sus cantares, procurando fama eterna á Hernando del Pulgar y celebridad venturosa á sus hazañas.

Mucho se ha escrito, en efecto, sobre este suceso. De él existen historias y crónicas, cuentos y novelas, leyendas y poesías, romances y dramas. Dió motivo á páginas literarias muy selectas, y ha inspirado á grandes poetas. Lope de Vega lo recogió para asunto de dos comedias, y otra existe de autor anónimo, que se representa todos los años en el aniversario de la toma de Granada, y que unos atribuyen á Mira de Amezcua, mientras otros le dan autor más esclarecido, suponiéndola obra del rey Felipe IV.

Queriendo por mi parte ceñirme á lo estrictamente histórico al trazar este recuerdo, tuve principalmente á la vista dos obras: el *Hernán Pérez del Pulgar* de Martínez de la Rosa, libro sabroso, compuesto con gran caudal de ingenio y exquisito gusto literario, y el otro *Hernán Pérez del Pulgar* de Francisco Villa Real Valdivia, escrito con diestra pluma y juicio sereno, y que á su mucha riqueza de detalles añade abundante copia de documentos justificativos.

Al llegar hasta los Reyes de Aragón y Castilla la noticia del suceso, honraron con hidalgas mercedes á los quince escuderos que acompañaron en la empresa á Hernando del Pulgar, y á éste con mayores todavía, singularmente con la distinción, hasta entonces desusada, de concederle asiento en el coro y honrada sepultura en la catedral que se construyese, y en el sitio mismo donde realizó su hazaña, el día que la ciudad fuese ganada. Todo ello fué aumentado y significado más en vida del emperador Carlos V,

en cuyo tiempo se levantó la capilla llamada del Pulgar, que hoy existe, con su sepultura, edificada en el lugar mismo donde estuvo la puerta de la mezquita, teatro de la hazaña.

Las historias refieren á cada página empresas valerosas y heroicas que entonces se realizaron, así como relatan aventuras galantes en que el amor se adelantaba al peligro y en que tan pronto eran héroes los moros como los cristianos. Ya se llevan contadas varias en el curso de esta obra, y, sin embargo, no ha de ser ocioso el referir aquí alguna otra, con ocasión de este capítulo, introducido solamente para puntualizar el carácter de la época y ofrecer un momento de tregua y de reposo al ánimo del lector, por de más sin duda perturbado con tan continuas relaciones de encuentros y batallas, antes de finalizar la historia de aquellas sangrientas guerras que vinieron á parar en el finamiento y presa de Granada.

Se cuenta, por ejemplo, del conde de Tendilla, que en Alcalá la Real, donde residía como capitán frontero, tuvo aviso por un soldado cristiano, recientemente huído de Granada, que en un día próximo debía cruzar la linea una cabalgata enemiga. Aprovechando el aviso, salió el conde con algunas compañías ligeras de caballería, tomó posición al abrigo de Sierra Elvira, no lejos de Pinos, y destacó al capitán Alonso de Cárdenas Ulloa con cincuenta jinetes para emboscarse junto al camino que debía seguir la comitiva.

En efecto, ocurrió conforme dijo la confidencia; pero no era una partida en son de guerra y combate, sino, por el contrario, una escolta de paz que iba acompañando á una hermosa doncella granadina, llamada Fátima, sobrina de Aben Comixa, ministro del sultán, que con mucho séquito de parientes y

moros principales se dirigía á la costa de Almuñécar, al objeto de embarcarse y pasar á Tetuán, llamada á celebrar sus bodas concertadas con el alcaide de aquella plaza. Fácil fué á los cristianos sorprender á dicha comitiva pacífica, formada sólo de algunos guardias de escolta, de las doncellas que iban al servicio de Fátima, de los deudos sus acompañantes, gente toda débil y medrosa, y llevarlos cautivos al conde, que aguardaba junto á Pinos. El de Tendilla regresó con su noble cautiva á Alcalá y prestó allí á la desvalida doncella y á todos los de su séquito miramientos y consideraciones propios de tan cumplido caballero.

Al tener noticia Aben Comixa de lo ocurrido, afligióse mucho, y en el acto dió libertad á Don Francisco de Zúñiga, caballero aragonés, su prisionero, y lo despachó con una carta del mismo sultán Boabdil para el conde de Tendilla, solicitando el rescate de Fátima y ofreciendo en premio el de cien cautivos elegidos entre todos los que existían en Granada. El conde, entonces, correspondiendo á su bien adquirida fama de gentil y galante caballero, contestó poniendo en libertad á Fátima, á quien regaló algunas joyas, y púsola á las puertas de Granada, asistida por una escolta. Boabdil, prendado de esta fineza, dió suelta á veinte clérigos, á ciento treinta hidalgos castellanos y aragoneses y á algunas mujeres labradoras que tenía en su poder, mientras que Aben Comixa quedó tan agradecido, que mantuvo desde aquel día amistosa correspondencia con el conde y fué uno de los agentes más eficaces que éste puso en juego para llevar á cabo las negociaciones de la entrega de Granada.

Este nobilísimo rasgo del conde de Tendilla recuerda otro muy parecido y más célebre, por haberse

apoderado de él la poesía, que ocurriera bastantes años antes, en la sucesión de aquellas largas guerras de Granada. Fué á poco de haber sido ganada Antequera por el entonces infante Don Fernando, que tomó el nombre de la ciudad vencida, á usanza de lo que hacían los capitanes romanos en sus más famosos hechos de armas.

Era alcaide de Antequera Rodrigo de Narváez, caudillo de alto renombre, alerta siempre y celoso de guardar aquella plaza enclavada en tierra enemiga y constantemente amenazada por rebatos de atrevidos árabes, deseosos de recobrarla por asalto ó por sorpresa. Vigilaba Narváez sin descanso, y todas las noches salía en persona, al frente de una escolta, á recorrer los alrededores de la fortaleza. En una de ellas rondaba como de costumbre en compañía de varios hidalgos; y como se había alejado algo más de lo ordinario, siendo la noche apacible y tranquila, sereno el cielo, brillante la luna y profundo el silencio, quiso dar unos momentos de huelga y descanso á jinetes y caballos en la amenidad de un bosque que se hallaba camino de Álora.

Allí estaban los cristianos tendidos en perezoso descuido sobre la viciosa hierba y atentos sólo al disfrute de una de aquellas noches primaverales de Andalucía, que tanto deleite dan y tanto goce al alma, cuando el vibrar casi imperceptible de la tierra advirtió á los que sobre ella yacían el rumor del trote lejano de un caballo. Aplicaron entonces mejor su oído á la tierra los que de ésta acababan de recibir el generoso aviso de la proximidad tal vez del enemigo, y pudieron convencerse de su certeza. Un caballo, por lo menos, se acercaba, seguido de otros, sin duda. Apercibiéronse todos en el acto, embridaron prontamente, saltaron sobre sus monturas, y divi-

diéronse en dos grupos, con la prevención de que si los del uno se viesen en aprieto, tocasen un clarín para ser socorridos por los del otro.

En esta disposición, buscaron una traspuesta del terreno donde abrigarse, y allí permanecieron inmóviles jinetes y cabalgaduras, con visera calada, adarga al pecho y lanza en ristre.

Cada vez fué haciéndose más cercano el trote del caballo, y poco tardó en llegar á oídos de los emboscados la voz dulce y melancólica del jinete, que llegaba entreteniendo los ocios del camino con un cantar árabe de amores. La majestad del silencio y la soledad del sitio, la luz pálida de la luna, que imprimía á todo un color fantástico, todavía no encontrado por los artistas, las sombras de los árboles, lo perfumado del ambiente, la belleza del lugar y la transparencia del cielo, todo se juntaba para dar mayor recogimiento al ánimo y más armonía al romance, cuyo estribillo, según Jorge de Montemayor, así decía:

Allí vivo donde muero,
estoy do está mi cuidado.
En Álora soy frontero
y en Coín enamorado.

Cinco de los emboscados que formaban el puesto más avanzado, así que vieron salir de entre un grupo de sombras el caballo y el jinete moro, que era quien así cantaba, se abalanzaron á él en ímpetu furioso y dando gritos, más atentos por cierto á la codicia de la presa que al goce del canto. Tranquilo venía el moro y descuidado, gozando en sus amores, sin pensar en su peligro; pero más prontitud que la de los cristianos en atacarle, puso el infiel en recibirlos, y así fué que de un bote de su lanza derribó al primer adalid que se le presentó al alcance, al propio tiempo

que, revolviendo su caballo árabe y clavándole el acicate, saltaba por entre todos, y abriéndose paso se lanzaba á rienda suelta por el camino avante. Bien les hubo á los cristianos de la precaución antes tomada, pues que avisaron con el toque de clarín á Narváez, y á la señal pudo éste salir con sus compañeros á cerrar el paso del fugitivo, cuyo caballo cayó herido por un venablo, arrastrando al jinete consigo. Intimóle la rendición Rodrigo de Narváez, cuando el moro se levantaba desembarazándose de su montura, y vióse entonces al triste arrojar con enojo su lanza, á tiempo que prorrumpía en amargo llanto.

Era el cautivo un gentil mancebo de veinte á veintitrés años tan sólo. Iba vestido y tocado con marlota de seda ricamente adornada, lujosa capucha tunecina y bonete de grana, y no llevaba más armas que su lanza y una labrada adarga. Admirado Narváez del lujo y gentileza del joven desconocido, al par que de su mocedad, y no comprendiendo aquel llanto de niño en quien acababa de dar tan varonil muestra de valor derribando á un hombre de un bote y atropellando á cuatro, acercóse á él y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy el hijo del alcaide de Ronda, contestó el mancebo.

—¿De qué tribu eres?

—Abencerraje.

—¿Y adónde ibas á semejantes horas, más de gala que de guerra, por estas soledades?

A esta tercera pregunta ya sólo contestó el mancebo reiterando su llanto y prorrumpiendo en sollozos.

—Estos llantos, le dijo entonces Narváez con voz airada, desmienten tu linaje. Tú no eres abencerraje, pues no le hay tan cobarde ni tan flaco de espíritu

que se rinda al infortunio, ni que llore, cual lo haces tú ahora como débil mujer, en presencia de un soldado.

—Ni el cautiverio ni la muerte me intimidan, dijo entonces el mancebo suspendiendo el llanto. Lloro sólo mi negra suerte, que me aflige con el mayor de los pesares, pesar más grande que la muerte misma.

—Y ¿cuál es tu pena? Cuéntamelo, que acaso halle para ella alivio tu vencedor el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez.

Sintióse alentado el mancebo moro al oir este nombre y al ver que se hallaba en presencia de quien gozaba fama de ser uno de los más cumplidos caballeros de la hueste castellana, y no puso ya reparo en contarle brevemente su lastimosa historia y el lance de honor en que se encontraba.

—Hace años, dijo, que vivo sólo por el amor de una doncella que se llama Jarifa, hija de un enemigo de mi linaje y alcaide de la fortaleza vecina. Por ella teñí mi lanza en la sangre de tus cristianos, y ojalá hubiera podido conquistar un imperio para ofrecerlo á sus plantas. Mi fiel amiga me espera esta noche en el huerto de su castillo para huir conmigo y celebrar nuestras bodas. Jarifa aguardará en vano toda la noche sin verme aparecer, y me creerá infiel y perjuro, cuando no mal caballero y cobarde. Dime, pues, si esta desventura no merece lágrimas.

Narváez, al oir esto, sintióse movido en lo más sano del corazón, y le dijo:

—¿Juras, como caballero, regresar en seguida volviendo á mi poder, si te doy libertad para que vayas á desengañar á tu amiga, contándole tu desgracia?

—Lo juro.

—Pues toma caballo y lanza, y mañana serás conmigo en Antequera.

Diligente el moro emprendió su camino y fuese para el castillo, donde le estaba aguardando su amada Jarifa, impaciente por su tardanza y presa de mortal angustia, que con estos primores de dicción pinta uno de nuestros romances:

En estas y otras congojas
de llorar no descansaba,
y otras veces de tristeza
en su estrado se arrojaba;
y otras veces se ponia
de pechos en la ventana,
y de esta en aquella almena
el campo en torno miraba.
No le da miedo estar sola,
ni las sombras le espantaban,
ni los nocturnos bramidos
que suenan en las montañas.

Refirió el mancebo á su amiga la desventura de aquella noche, su cautiverio, y el juramento que habia prestado de tornar á poder de Rodrigo de Narváez. Jarifa, entonces, ciega de amor, le dijo que se iria con él para compartir su suerte, como su esposa y compañera de infortunio, sin que á disuadirla bastaran de este proyecto todas las reflexiones que le hizo el joven abencerraje para demostrarle las duras tristezas y penalidades del cautiverio. No hubo manera de convencerla ni de alterar en nada su generoso propósito. Recogió Jarifa sus joyas y sus ricos adornos mujeriles, y colocándose en la grupa del caballo, abrazada á su amante querido, huyó del hogar paterno.

Así llegaron ambos á Antequera, y presentándose á Narváez le ofrecieron las alhajas de la novia como prenda de rescate.

—No quiera Dios que yo acepte tal presente, contestó Don Rodrigo. Libres sois; sean estas joyas ornamento de tan gentil desposada, y añada á ellas las que yo ahora le ofrezco como regalo de boda.

Y, en efecto, hizo á Jarifa un rico donativo de alhajas, y ordenó en seguida que todos los caballeros y damas de Antequera acudieran á rendir homenaje á los leales amantes, á quienes alojó y agasajó en su morada. No contento aún, envió un mensaje al padre de Jarifa pidiendo que la perdonase, y dispuso que una lucida escolta los acompañase hasta las mismas puertas de Ronda.

De rasgos caballerescos como éstos, y de aventuras galantes, van llenos los romances de la época. Todas aquellas guerras y toda aquella Granada son así: una maravilla, un primor de tradiciones, de historias, de anécdotas y de cuentos, de aventuras amorosas y lances caballerescos que dan gozo oir, encanto recordar y deleite referir. No todo es tan rigorosamente histórico como lo que de narrar se acaba. En mucho entra la fantasía, en algo la pasión, en todo la poesía, pero descansan estos relatos sobre una base cierta y positiva. El pueblo se apodera del hecho real y lo dramatiza comunicándole alma y vida. Las mil y una noches del Alhambra resultarían un libro admirable con sólo recoger estos relatos y trasladarlos tal y como el pueblo los refiere y cuenta.

Muchos pudiera añadir á los que de contar acabo. ¿Para qué? Sería obra interminable, y á más, no fuera propia de la ocasión ni del libro. Me limitaré solamente, para terminación de este capítulo, á contar con brevedad y á vuela pluma un suceso de esta clase por corresponder á los años de 1490 y 1491, que estamos historiando, y también por referirse á un personaje moro, héroe muy señalado en los últimos días

de Granada musulmana. Se trata de Muza Abul Gozan, cuyo nombre allá vuela por romances y leyendas, caudillo muy principal, campeón aguerrido de los árabes, privado y, según los más, hermano bastardo de Boabdil, que fué, como no ha de tardar en verse, uno de los más firmes y tenaces sostenedores de la guerra.

Amaba Muza con delirio á una doncella judía llamada Esther, que habitaba un suntuoso palacio del Albaicín con su madre Sara, viuda de un general moro muy renombrado en los tiempos del padre de Boabdil y de las guerras civiles de Granada. Disfrutaba Sara de ventajosa posición por sus muchos bienes y riquezas, como también por sus íntimas relaciones con elevadas familias cristianas, á cuya religión se sentía inclinada. Era sobre todo contraria á los amores de su hija con Muza; y cuando llegó á su noticia que los amantes se veían y hablaban bajo las umbrosas alamedas del jardín de su palacio, tomó repentinamente la resolución de ausentarse de Granada, llevándose á Esther consigo y refugiándose con ella en Alhama, ya entonces ciudad cristiana, donde vivía una antigua amiga suya á ella ligada por muy estrechos lazos de amistad y confianza.

Era esta amiga Doña Elena de Castro, viuda del que fué esforzado campeón de las huestes castellanas Don Alfonso de Gutiérrez, y madre de un joven doncel, Don García, que militaba entonces á las órdenes del bravo marqués de Cádiz y daba evidentes señales de ser continuador de la gloria de su padre.

En cuanto á Esther, bellísima joven de diez y ocho años, obedeció á su madre y la siguió resignada y sumisa, muda como una estatua, y sin alma, pues que la dejó en poder de su adorado Muza. Sara, por el contrario, aborrecía de muerte á éste y también á

Boabdil, á quienes consideraba causantes de la muerte de su esposo, fallecido en defensa del bando que era enemigo de ellos. A más, sentíase Sara con gran vocación al cristianismo, y así fué que á poco de residir en Alhama, ayudando grandemente á su conversión su amiga Doña Elena y el capellán de la casa, pidió la regeneración del bautismo y tomó el nombre de Magdalena como ofrenda á sus pasados errores religiosos.

Su hija Esther, aun cuando sentía su corazón embargado por el recuerdo de Muza, de quien ya se creía olvidada, al verse sola y perdida en aquel infortunio de su alma, no tardó en seguir el ejemplo de su madre, ansiosa de hallar en brazos de la religión cristiana paz para su espíritu y consuelo para las desoladoras tristezas del alma. Esther, al hacerse cristiana, aceptó el nombre de Luisa por ser el santo que la Iglesia celebraba el día de su conversión.

Pero no halló el reposo que ardientemente anhelaba. Fué requerida de amores por García, el hijo de Doña Elena, que se enamoró de ella perdidamente, y á quien Esther—Luisa ya—no pudo corresponder, vivo como tenía siempre en su corazón el recuerdo imborrable de su árabe querido. En vano quiso desengañar á Don García, cada vez más tenaz en su amorosa insistencia; y entonces, al encontrarse sin fuerzas para pagar los amores del cristiano, perdida su esperanza de recobrar los del árabe, decidió no ser de nadie sino del claustro, en el que pensó refugiarse para terminar su vida, entregándose por completo al amor divino.

Ya en esto habían pasado dos años, de mediados del 1489 á mediados del 1490, desde el día en que la opulenta israelita Sara abandonó el palacio del Albaicín llevándose á su hija para hurtarla á los amores

del caudillo musulmán; dos años enteros que Muza empleó vanamente en buscar á su amada, enviando mensajeros por todas partes con encargo de descubrir sus huellas, cada vez más ciego en su pasión por la hermosa judía, ya que la ausencia y pérdida del bien querido, lejos de apagar su fuego, más aún lo avivaban y recrecían.

Llegó por fin á saber, después de tanto tiempo, que las fugitivas del Albaicín estaban en Alhama y que, convertidas al cristianismo, moraban en una casa fuerte de la familia de los Castro, mitad fortaleza y mitad palacio, antiguo castillo árabe, á muy corta distancia de la ciudad murada. Lo mismo fué saberlo que concebir la idea de un rapto á mano armada. Á toda costa y por cualquier medio, sin temor á peligro alguno, resolvió Muza apoderarse de aquella casa por asalto.

No le contuvo la idea de que podía tener tropiezo en el camino y encontrarse de repente con los cristianos, nunca como entonces más alerta, desde la última tala realizada por Don Fernando en la vega de Granada; no le paró tampoco el saber que todos los pasos estaban vigilados por el enemigo, dueño de los castillos más próximos á Granada, en preparación del cerco que sobre ella iban á poner los Reyes de Castilla; no le acobardó el pensar que la casa fuerte habitada por la prenda de sus amores estaría guardada seguramente por sirvientes armados, y que un toque de campana bastaría para dar el alarma á la vecina Alhama y recibir refuerzos en el acto. No, nada de esto le importaba, ni mucho menos el encontrarse con la misma muerte en mitad de su camino: lo que quería y ambicionaba era Esther, su joya codiciada, la mujer que le habían robado, robándole con ella la luz, el amor, el alma y la vida.

Salióse, pues, de Granada una tarde, al transmontar el sol, al frente de una partida de guerreros, por él escogidos uno á uno entre los más adictos y valientes de los suyos, y tomando el camino seguido por Pulgar en su aventura del Ave María, con las mismas dificultades y obstáculos, y también con la misma suerte de no ser sentido al pasar por junto á los presidios cristianos, llegó al reir del alba á un lugar cercano á la morada de Esther, y, también allí, como Pulgar, ocultó su gente en una traspuesta del monte, esperando á dar el asalto en cuanto llegara la inmediata noche.

Vino ésta con su negrura á invadir la tierra, que se llenó de sombras y misterios, y á la hora que le pareció más oportuna cayó con su gente sobre la solitaria casa. No fué tan llano ni tan fácil el asalto. El edificio, aunque no murado, tenía altos y gruesos paredones, abiertos sólo en lo más alto por unas ventanas enrejadas, con una robusta torre para su defensa, y á más, lo que Muza ignoraba, un secreto subterráneo por el que podían escapar los habitantes al ser sorprendidos.

Los vigilantes perros, con su fidelidad nunca desmentida, dieron aviso del peligro al guarda nocturno, y éste á los servidores, que corrieron á las armas, en tanto que las despavoridas mujeres, turbadas en su primer sueño, se agrupaban á medio vestir junto á la entrada del subterráneo salvador. Mientras, Muza y los suyos desde lo alto de las escalas forzaban las rejas para abrirse paso.

Cuando Muza penetró en la casa, después de empeñada lucha con los defensores, la encontró desierta. Las damas, y con ellas aquella en cuya busca iba, estaban ya lejos, tal vez en la ciudad, con la cual comunicaba el subterráneo; y como ya la campana

había dado el toque de alarma y salían fuerzas de Alhama contra los asaltantes, dióse á éstos la orden de retirada y partieron todos para Granada, adonde sólo lograron regresar maltrechos y rotos, después de peligrosos lances y de un combate sangriento con los cristianos de los castillos, que les salieron al paso, avisados por las próvidas almenaras que habían cuidado de encender los de Alhama para advertir la proximidad de fuerzas enemigas.

Nunca llegó á saber la joven doncella Esther que el escalador de su casa había sido su amante Muza con intento de rapto. Antes bien, creyó con su madre y con Elena que Dios les había salvado del peligro de caer en manos de aventureros y bandidos, guiados sólo por la codicia del robo y del asesinato, y con este motivo convirtió en voto su deseo de tomar el velo, como tributo al Señor por haberlas librado de tan fiero peligro.

Conducida al convento de damas de Antequera por su madre, comenzó su noviciado, y era ya bien entrado el año 1491, el último de Granada, cuando se acercó el momento de su profesión, tan vivamente esperado por aquella infeliz doncella.

Fué, á la sazón, cuando llegó Don Fernando con todo su poder á sentar su real sobre Granada, dispuesto á no alzar el sitio hasta rendirla, y fué entonces cuando Muza acertó á saber que aquella su Esther amada, por dos veces perdida y arrebatada á sus cariños, iba á profesar en un convento de monjas de Antequera. Y supo también al mismo tiempo que Esther le amaba, que nunca le había olvidado y que, únicamente por creerle infiel y perjuro, se hiciera cristiana amparándose de un claustro.

Comprometida era la situación de Muza en los momentos de llegar á él tales nuevas. Se hallaba al

frente de la guarnición de Granada, era uno de los caudillos de más confianza y jefe del bando que proclamaba la defensa á todo trance: sitiada estaba la ciudad, Don Fernando á sus puertas, y los combates sucediéndose sin tregua. El puesto de Muza era un puesto de honor, aun más que de peligro. No podía abandonarlo... Y, sin embargo, lo abandonó.

Salióse repentinamente de Granada, solo, sin compañía alguna, entregado á su obcecación y á su delirio; atravesó las líneas enemigas sin que nadie le turbara ni conociera, provisto de un traje de caballero cristiano, y, protegido, sin duda, por aquel Dios que deben de tener los amantes, entró en Antequera el día mismo que la bella Esther pronunciaba sus votos.

Llegaba tarde para realizar su proyecto, que era un acto de heroicidad ó de locura. Había creído que podría robar á la mujer querida, montarla á caballo, y llevársela á Granada á través de todo el ejército enemigo.

Fracasado su plan, Muza cegó. Entróse en la iglesia donde se efectuaba la ceremonia. Estaba el negro ataúd en el centro; sonaban los cantos mortuorios como nuncio de que la doncella cristiana moría para el mundo en aquel momento; vió cómo la implacable tijera cortaba la abundosa cabellera de su bien amada; oyóle pronunciar sus votos con voz trémula, y en aquel acto, desatentado y loco, atravesó el templo, ya con sola su presencia profanado, subió al presbiterio en medio del estupor y asombro de todos, y abalanzándose á Esther, clavóle un puñal en el pecho, á tiempo que decía:

—Pues no fuiste mía, no lo serás de nadie.

Y en tanto que el ángel de la eterna misericordia bajaba invisible á recoger, con el último soplo de

vida, el alma de la virgen cristiana, Muza volvía á cruzar la iglesia abriéndose paso por entre la multitud aterrada, montaba en el caballo que había dejado á la puerta, y á rienda libre salía de la ciudad enemiga, desapareciendo como el rayo.

Dos días después, sin nunca haberse sabido cómo atravesó de nuevo la línea, aparecía otra vez en Granada y en su puesto de honor y de peligro, ardiendo más que nunca en cólera y en furor contra el cristiano.

Tal es la romántica anécdota, con todas las trazas de novela, que se cuenta de aquel moro singular y valeroso que tanta parte tomó en la defensa de la ciudad, el único que se opuso á la rendición de ella, según se verá en las páginas siguientes, y que de repente desapareció al desaparecer Granada musulmana, sin que nada de él haya sabido nunca jamás la historia.

CAPÍTULO XXII

SITIO DE GRANADA

(1491)

Sale el Rey á poner cerco sobre Granada. — Qué caballeros iban con él. — Última tala de la vega. — Consejo de caudillos moros. — Palabras y actitud de Muza. — Acuerdos del Consejo. — Disposiciones de Muza en defensa de la ciudad. — Correrías de Don Fernando por los valles de Lecrín y las Alpujarras. — Combate con la caballería mora. — Batalla en el Padul. — Regreso de Don Fernando á la vega. — Comienza el sitio. — La villa de Santa Fe. — Llega la Reina al campo. — Escenas caballerescas — Combates singulares. — Batalla de la Zubia. — Versiones distintas y fábulas sobre esta batalla. — Suceso contrario para los cristianos. — Peligro en que se vió Gonzalo de Córdoba. — Su salvador. — Batalla á las puertas de Granada. — Derrota de Boabdil y apurado trance en que se halló. — Incendio en el real. — Combate y victoria de los cristianos. — La ciudad de Santa Fe. — Apuros en Granada.

A comienzos de Abril del año 1491, terminados todos los preparativos y en orden el ejército, salió el rey Don Fernando de Sevilla para pasar á poner cerco sobre la ciudad de Granada, con el decidido propósito de no levantarlo hasta rendirla.

La hueste cristiana, fuerte de cuarenta mil infantes y diez mil caballos (otros dicen que de mayor número), se presentó en la vega, partida en dos divisiones, que llegaron por Loja la una y la otra por Alcalá la Real é Illora, juntándose en el puente de

Pinos. El Rey era el caudillo de esta campaña, y la Reina se quedó en Alcalá con las infantas Doña María, Doña Catalina y el príncipe Don Juan, habiendo marchado la infanta Doña Isabel á reunirse con su esposo en Portugal, terminadas las bodas y fiestas de Sevilla.

Asistían al Rey, entre otros, el marqués-duque de Cádiz, el maestre de Santiago, el marqués de Villena, duque de Escalona, los condes de Cabra, Tendilla, Cifuentes y Ureña, Don Alonso de Aguilar y muchos más. Zurita observa y consigna que los grandes y señores de Castilla no fueron por su persona á este cerco, por las grandes fatigas que habían padecido en los años pasados, aun cuando enviaron sus capitanes y gentes, y también las suyas muchas poblaciones de Castilla.

Las tropas cristianas, á su llegada, con el Rey al frente, hicieron un alarde y dieron un paseo militar por la llanura, que fué la postrera tala que se hizo en la vega, arrasando cuanto encontraron á su paso y entrándolo todo á sangre y á fuego. Alborotados los moros de Granada, quisieron salir y caer sobre el enemigo, que con tanta arrogancia los retaba, y sólo se contuvieron con la noticia de que Boabdil celebraba consejo en el alcázar del Alhambra, á que habían sido convocados los caudillos y personajes más principales de la ciudad, para convenir en los medios más conducentes á la mejor defensa.

Cuentan los árabes que cuando allí estuvieron todos reunidos, así les habló Boabdil, el primero:

—Vosotros sois el amparo del reino; vosotros los destinados á vengar, con el auxilio de Alá, las injurias hechas á nuestra religión, las muertes de nuestros amigos y parientes y los ultrajes de nuestras hijas y esposas; disponed lo que más convenga en

esta guerra, que de vosotros depende nuestra libertad, la salud común y la seguridad de la patria.

Tomó después la palabra el visir Abul Cacim Abdel Muleh, y presentó un estado de las provisiones acopiadas en los almacenes de guerra, sin contar los depósitos de particulares, y una matrícula de todos los mozos en aptitud de manejar las armas, deslizando al paso algunas palabras de duda y de recelo, pues que dijo entre otras cosas:

—Mucha es la gente; pero ¿qué podemos esperar de unas turbas licenciosas, que amenazan enfurecidas durante la paz, y huyen y se esconden en los instantes supremos del peligro?

Al oir estas palabras, que parecían querer conducir la discusión por cierto y determinado camino, es fama, y aun hay quien lo autoriza, que allá sonó en seguida la voz airada de Muza Abul Gozan, reconocido como el jefe de los intransigentes de Granada, de los que querían la defensa de la ciudad á todo trance, y á todo trance la guerra sin cuartel con los cristianos.

—No hay que desconfiar, cuentan que dijo Muza, si nuestras fuerzas son dirigidas con valor y con inteligencia. Tenemos legiones de infantes y también bravos escuadrones de caballería, acostumbrados todos á medir sus lanzas en reñidos combates, y tenemos veinte mil mancebos, cuya inexperiencia en las armas se suple con el ardor que inflama sus corazones. La patria tiene aún defensores, y nuestra será la victoria en definitiva si no cedemos á cobardes flaquezas y sabemos defendernos como cumple al honor y exige la patria.

Comunicáronse los entusiasmos de Muza á la mayoría de sus compañeros del consejo, y fueron tomados varios acuerdos, no sólo para resistir, sino también para salir al encuentro del enemigo y arro-

jarlo de la vega. Abul Cacim quedó encargado de las armas, provisiones y alistamientos. Á Muza se le confió el mando general de la caballería, la defensa de las puertas y la dirección de las escaramuzas y ataques contra los sitiadores. Naim Reduan y Mohamad Aben Zaide fueron nombrados sus ayudantes; Abdel Kerim el Zegrí y otros capitanes quedaron para la defensa de la muralla de la ciudad; los alcaides de la Alcazaba y Torres Bermejas siguieron al frente de sus respectivas fortalezas, y dióse á Mohamad Zair Ben Atar el mando de una división de caballería ligera, con especial encargo de molestar al enemigo, sorprender sus escoltas y convoyes y no dejarle un momento de tregua ni reposo.

Semejantes medidas levantaron el ánimo de los granadinos y les dispusieron á una resistencia desesperada. Muza, que era el héroe del pueblo y el único que entonces dominaba á las muchedumbres, tomó varias disposiciones que aumentaron su popularidad y le dieron aplauso. Como las puertas de Granada permanecían cerradas y fortalecidas con cerrojos y gruesas palancas desde la reciente aparición de los cristianos, mandó abrirlas de par en par, diciendo que aquella precaución era inútil por indicar debilidad y miedo, y que no había baluarte más fuerte que el de los pechos musulmanes. Á este fin mandó situar en cada puerta un retén de tropa veterana; organizó un servicio de tres mil jinetes, que tuviesen siempre ensillados sus caballos y ceñidas sus armas para lanzarse al combate en ocasiones inesperadas, y estableció una disciplina y policía severa en la ciudad para refrenar á los díscolos y sofocar todo germen de discordia.

Enterado Don Fernando de la disposición de los ánimos en la ciudad, comprendió que debía dar tre-

gua para el desfogue de aquellos entusiasmos y tiempo para la calma de los espíritus irritados, y dispuso que por el pronto se tomasen todos los pasos á fin de impedir que los sitiados recibieran subsistencias, viéndose precisados á rendirse por hambre. Y como de los valles de Lecrín y de la Alpujarra era de donde principalmente recibía provisiones la ciudad, pues la vega había ya quedado asolada y destruída con tanta tala, determinó hacer una correría de destrucción por aquellos lugares.

Al efecto fué destacado el marqués de Villena con una división de diez mil infantes y mil caballos, con cargo de penetrar en los valles de Lecrín y acabar con todo; pero como entendía Don Fernando que se podrían juntar de la Alpujarra treinta mil moros de pelea, movió su real para hacer espaldas á la gente del marqués, á fin de ayudarle en cualquier trance, y tomó la vía del Padul, siguiendo sus huellas.

Al pasar de Granada para la Alpujarra, salió de aquella ciudad á dar en la retaguardia la caballería mandada por Mohamad Zahir Ben Atar, deseoso de cumplir con las instrucciones y mando que acababan de confiarle, y hubo una sangrienta pelea y dura jornada. Los condes de Cabra y Tendilla sostuvieron todo el peso de la acción, y dieron contra los infieles con tal furia, que los pusieron en huída.

Todo el campo cristiano pasó en seguida al Padul sin otro accidente, y allí encontraron al marqués de Villena, que volvía con gran presa. En cumplimiento de las órdenes recibidas, el marqués había tomado de sobresalto muy descuidados á los moros y destruído nueve aldeas, con muerte de quinientos infieles y abundante presa de ganados y cautivos. Aun pareció poco á Don Fernando, y después de parar un día en el Padul, dispuso seguir adelante, hasta llegar

al corazón de aquella Alpujarra, comarca montuosa, hasta entonces inviolada, donde vivían los moros de más resistencia, de natural salvaje y ánimo duro.

Al emprender su marcha recibió aviso el Rey de haber salido aquella noche de Granada, por la sierra, tres valerosos capitanes con mucha gente de caballo y de pie, ballesteros los más, á tomar un paso áspero y peligroso, con objeto de impedir que la gente del real siguiera adelante. No por ello se detuvo el Rey. Fuese para el paso con el marqués-duque de Cádiz y con los grandes que estaban en el campo, y lo tomó después de muy crudo combate y de haber desbaratado á los moros, á quienes echó del puesto. Así pasó adelante la vía de las Alpujarras, y destruyó otros quince lugares. Hubo la gente del ejército muy buen despojo, por estar aquella tierra muy bien guardada y ser muy rica, y tener por cierto sus moradores que primero se perdiera Granada que allí les entrasen enemigos.

Al ver la facilidad con que sometía el país y le castigaba, que era su principal objeto, aun acarició Don Fernando la idea de seguir el avance. No fué, sin embargo, posible. Por un lado se apartaba mucho de su centro de operaciones y retrasaba demasiado el sitio de Granada; por otro tuvo noticia que un verdadero ejército de moros, llegado de Lanjarón, había tomado posiciones inexpugnables junto al puente de Tablate, que formaba un solo angosto y reducido paso sobre un tajo profundísimo, lo cual le obligaría á una batalla de éxito dudoso, que fácilmente pudiera convertirse en desastre, si los moros granadinos acertaban á cerrarle la retirada. Decidió por lo mismo retroceder hacia el Padul, dejando el ameno valle de Lecrín sembrado de ruinas y de cadáveres, y con gran presa de cautivos, botín y ganados, volvió á presen-

tarse en la vega de Granada, aunque muy molestado en su retirada por la caballería de Mohamad, tenaz en su osadía.

De regreso á la vega y perseverante en su resolución de no abandonar la ciudad sin destruirla ó rendirla, Don Fernando estableció el sitio, que fué á 26 de Abril, y puso sus reales en la alquería del Gozco, donde en pocos días labró un gran recinto murado, rodeado de fosos, á que llamó Santa Fe. Así lo dicen los historiadores árabes *(Reseña histórica de Eguílaz)*, y así también, de la misma manera, Zurita en el capítulo 87 del libro 20.

Los demás historiadores, por regla general, no mencionan la fundación de Santa Fe sino más adelante, después de un incendio en el campamento, según se verá luego. Me limito á consignar el hecho, bajo la autoridad de los historiadores citados.

Y Zurita añade: *Estuvo el edificio* (de Santa Fe) *en fin del mes de Mayo deste año en tal estado; y daban en él tanta prisa, que en espacio de un mes y medio se puso de suerte que estaba para esperar toda afrenta, de manera que sin algún empacho se podia el Rey hallar libre para entender en otras cosas, sin que esta empresa de Granada le tuviese embarazado y atado como hasta este tiempo.*

Y *entretanto que se labraba la villa fuerte*, añade más abajo el mismo autor, *hizo el Rey cercar su real de paredes y cava, como lo tenía por costumbre en los demás cercos, y siendo fortalecido, la Reina fué á él desde Alcalá la Real, y llevó consigo al príncipe y á la infanta Doña Juana, sus hijos, y fué la Reina aposentada en una tienda del duque de Cádiz, que era la mejor que habia en el campo.*

Resulta, pues, que mucho antes de que la Reina llegase al real, estaba ya edificándose, por orden de Don Fernando, la villa, después ciudad de Santa Fe,

la cual, según los historiadores árabes, se construyó con los materiales de las alquerías que el Rey mandó demoler, *disponiendo que estos materiales fuesen transportados en carretas á la ciudad que estaba edificando, cuya construcción él mismo inspeccionaba.*

Fué recibida la Reina en el campo con el mismo regocijo y entusiasmo que las otras veces. Llegó con todos los honores, escoltada por muchos grandes y caballeros que fueron á su encuentro, y se aposentó en una magnífica tienda de seda y oro que el marqués-duque de Cádiz usaba en sus expediciones militares, desde los cercos de Álora y Ronda, y de la cual dice el cronista Bernáldez que *era la mayor, pieza por pieza, que había en el real, é de las más fuertes é gentiles del mundo.*

Llegó precisamente Doña Isabel cuando el sitio estaba más empeñado y convertido el campamento del Gozco en palenque de escenas caballerescas. Sucedíanse los combates uno tras otro entre musulmanes y cristianos, habiendo llegado éstos á apoderarse de todas las torres de las alquerías cercanas á Granada, excepción por el pronto de la de Alfacar, á la cual embistieron repetidamente y con porfía, sin más resultado que el de perder gran número de gente, defendida como estaba bizarramente por fuerzas musulmanas. Menudeaban también, sin interrumpirse apenas, los combates particulares, ya que los mancebos granadinos, diestros en todo ejercicio de pelea, excelentes jinetes, y molestados por los banquetes espléndidos con que en las tiendas del marqués de Cádiz y demás señores se celebraban las victorias cristianas, salían diariamente, solos unas veces y otras en bandas ó en grupos, para provocar á los caballeros castellanos á singular combate.

Y todavía estos lances caballerescos y estos arran-

ques de jóvenes entusiastas subieron de punto al llegar al campo las damas que vinieron con Doña Isabel, pues se dice que éstas gozaban en asistir al espectáculo de tales torneos y premiaban con finezas y con aplausos el valor, el arrojo, la gallardía de los combatientes, así fuesen moros como cristianos. El palenque estaba siempre abierto, ocasión no faltaba, estímulos sobraban, era vivo en unos y en otros el deseo; se iba á un torneo como á unas cañas, y á un desafío á muerte con galas y rumbo como á una boda. Tandas de mancebos árabes, con armaduras lujosas, llegaban hasta las trincheras y arrojaban carteles de reto sellados con sus anillos. De un jinete moro se cuenta que un día picó espuelas á su caballo, salvó fosos y empalizadas, pasó como un rayo por entre las tiendas, y después de haber clavado su lanza junto al pabellón de la misma reina Doña Isabel, se volvió sin ser alcanzado en su veloz carrera, á rienda suelta, por los varios caballeros que tras él se precipitaron, deseosos de castigar su arrogancia. El Rey ordenó con este motivo que hubiese más vigilancia, y prohibió los desafíos empeñados con las provocaciones y carteles de los moros.

Ocurriósele un día á la Reina hacer una correría, como en el sitio de Baza, para ver á Granada desde el punto más cercano posible, y pusiéronse á sus órdenes los marqueses de Cádiz y de Villena, los condes de Tendilla, Ureña y Cabra, Don Alonso de Aguilar y Don Alonso Fernández, señor de Montemayor y Alcaudete. Fueron también con Doña Isabel el Rey, el príncipe, la infanta Doña Juana y algunas damas. Iba también el embajador francés, según parece, con la comitiva, y ésta se dirigió á la Zubia, risueña aldea que asoma sobre un recuesto á izquierda de la ciudad.

Esta excursión de la Reina fué causa de la famosa batalla llamada de la Zubia, que se ha contado con diversas versiones y de muchas maneras, bastante alejadas de la verdad algunas, y otras con trazos de novela y detalles de pura fantasía. La manera como la han contado los historiadores de más crédito es la siguiente:

Acordado que fué el lugar de la Zubia como el más conveniente para que la Reina pudiese satisfacer su deseo de ver la ciudad, el marqués de Villena, el conde de Ureña y Don Alonso de Aguilar, se colocaron con sus caballos en la falda de la colina cercana á la aldea, mientras que el marqués de Cádiz, los condes de Tendilla y Cabra y el señor de Montemayor tendieron sus gentes delante de la misma población, vuelto el rostro á la ciudad enemiga. Todo ello para seguridad completa de la familia real y su séquito. La Reina se aposentó en una casa, la mejor del lugar, y con sus hijos y damas se recreaba en contemplar desde las ventanas á Granada con sus palacios y jardines, cuando de repente vino á turbar la paz de su goce el son de roncos atabales moriscos y también la vista de una hueste mora, que avanzaba con banderas desplegadas y á paso acelerado hacia la Zubia, no ya con traje de gala y aparejo de fiesta, según ocurrió en Baza, sino con aire y en demanda de combate. Era una división compuesta de algunos batallones de infantería, armados de ballestas y arcabuces, de una sección de artillería con dos gruesos tiros de pólvora, y del llamado escuadrón noble de Granada, al que pertenecía la flor y gala de la juventud granadina.

Ante aquel aparato guerrero turbáronse las damas, y aun la Reina sintió haber comprometido aquel lance, por lo cual, y con el deseo de evitar desgra-

cias, despachó un mensaje al marqués de Cádiz advirtiéndole que excusase la pelea, pues nunca podía ella consentir que se derramaran sangre y llanto por un capricho suyo. Obedientes el marqués y demás caballeros al real mandato, permanecieron por largo tiempo inmóviles en sus líneas, desatentos á las provocaciones de la caballería enemiga y sordos á los retos y amenazas de los soldados musulmanes; y entonces los moros, ansiando mover aquellas estatuas de hierro que inmobles se mantenían ante ellos, mandaron disparar la artillería, cuyos certeros tiros ocasionaron algún daño en las filas cristianas. Dispuso el marqués que fueran varias lanzas á trabar escaramuza con los artilleros y los ahuyentaran. No se consiguió el objeto. Los lanceros castellanos, acometidos por mayores fuerzas, volvieron grupas, briosamente perseguidos por el enemigo, y ya no hubo paciencia en los cristianos para sufrir aquella nueva provocación, ni manera posible de contenerlos en los límites recomendados por la Reina.

Poco tardó en hacerse general la pelea. Entraron en combate, según parece, todas las divisiones castellanas. La batalla fué dura, una de las más empeñadas y sangrientas que hubo en el cerco, á la hora de más calor, en pleno mediodía, bajo los rayos ardientes de aquel sol de Granada que abrasa, con lo cual y con el polvo y la fatiga hubieron las gentes de padecer mucho. Dícese que el marqués de Cádiz dió con mil doscientos caballos una de aquellas terribles cargas, tan célebres de la guerra, con que tantas veces arrolló al árabe, sin embargo de ser éste superior al castellano en el ejercicio de la caballería. Cejaron los jinetes musulmanes al pronto; y aunque se repusieron en seguida, volviendo á la carga, no se lo permitió el desbarate de la infantería mora, que se des-

concertó por completo é impidió maniobrar á la caballería.

El éxito estuvo ó, al menos, pareció estar dudoso por algún tiempo, á juzgar por la ansiedad mortal de los que desde las ventanas del caserío de la Zubia asistían, sin ver más que los remolinos de polvo en que estaban envueltos los combatientes, sin oír más que gritos de guerra y lamentos de heridos entre aquel estruendo terrible levantado por el chocar de las armas y el trotar de los caballos, los tiros de arcabuces, los silbidos de ballesta y los disparos de la artillería. No es, pues, de extrañar que aquellas damas, atemorizadas y piadosas, presas de angustia creciente, cayeran de hinojos implorando del Dios de las misericordias victoria para los suyos.

Sus votos fueron oídos. Ganóse la batalla. Se apoderaron los castellanos de las piezas de artillería, quinientos moros perecieron, mil y quinientos quedaron cautivos y heridos, y los demás, fugitivos y en desorden, lograron entrar en Granada por la puerta de Bibathaubín, aunque acuchillados por los cristianos, que les fueron al alcance hasta los umbrales.

Concluída la acción y recogidos los despojos, presentáronse los caudillos vencedores á rendir homenaje á los Reyes y á sincerarse por el incumplimiento de sus mandatos. Merecieron sólo muestras de gratitud por su valor y arrojo, y al ser el marqués de Cádiz felicitado por la Reina, se limitó á contestarle:

—Señora, á Dios y á la buena ventura de V. A. se debe sólo la victoria.

Libre y asegurado el campo, salió de Zubia la regia comitiva y regresó al campamento del Gozco.

Esta fué la célebre acción conocida generalmente en las historias por la batalla de la Zubia, á que algunos dan nombre de *Batalla de la Reina*.

Sobre ella se ha discutido largo y tendido por los autores. Suponen algunos, y han conseguido hacerlo creencia general, que la Reina y su comitiva corrieron grave riesgo en esta batalla y sólo se libraron escondiéndose entre unos laureles é implorando á San Luis, rey de Francia, que con su intercesión pudo salvar á todos. La tradición está viva, y los viejos laureles allí todavía, en la Zubia, tradicional y piadosamente conservados. Esto es cierto. Lo que no tiene certitud alguna es la tradición. La propagó Pedraza poniéndola en curso de publicación, que es como decir en olor de santidad; pero vinieron luego otros autores á desmentirla y á demostrar su inexactitud con comprobantes y documentos justificativos, de esos que no admiten réplica. No es cierto que la Reina fuese á la aldea con pocos caballeros, según cuentan, y que los moros, teniendo aviso, salieran y los desbarataran, ni que ella entonces, viéndose perdida, se escondiera al pie de un laurel y llamara en su favor á San Luis, rey de Francia, que la libertó milagrosamente. La Reina no se vió en tal peligro; fué con ella lo mejor de la caballería del real y lo más escogido de sus capitanes, y el templo que mandó edificar á San Luis fué porque la ayudase en la conquista de Granada, levantando esta iglesia como otras muchas de España. El caso ocurrió según y como se acaba de referir, ni más, ni menos.

Los que escriben y celebran la victoria de la Zubia suelen omitir la terrible y sangrienta represalia que tomaron los moros aquella misma noche de la batalla tan gloriosamente ganada por las armas cristianas.

No se consideraban satisfechos con la victoria, sin embargo de ser tan completa, el conde de Ureña, Don Alonso de Aguilar, su hermano Gonzalo de Córdoba, Diego Castrillo y algunos otros, hasta cincuen-

ta entre todos. Así es que concertaron salir aquella misma noche, y ponerse en emboscada para sorprender á los moros, que sin duda no dejarían de bajar al campo de batalla para reconocerlo y llevarse los cadáveres. Armaron, pues, su celada, según habían convenido acertando á descubrirlos un moro que se había subido á un álamo para explorar el terreno, y que en seguida fué á dar conocimiento á los suyos. Esto hizo que aquellos caballeros cayeran en el mismo lazo que pretendieron tender.

Cuando menos podían imaginarlo, por lo seguros que estaban, y cuando las tinieblas de la noche no les permitían distinguir siquiera los movimientos del enemigo que acechaban, se hallaron de pronto cercados y embestidos por fuerzas superiores. Furiosos los moros y excitados por el suceso del medio día, no daban cuartel ni lo recibían, no iban á recoger botín y hacer cautivos; iban á matar tan sólo á todo cristiano que se les pusiera por delante, para vengar su derrota de aquel día. Los castellanos, con la sorpresa de verse atacados cuando pensaban ser los agresores, se desconcertaron, se deshicieron y emprendieron la fuga, cruelmente acuchillados en aquella tenebrosa obscuridad, que no les permitía reconocer el terreno ni saber el rumbo que habían de tomar en la retirada.

Tristán de las Casas, alcaide de Osuna, y Juan Rodríguez Manjarrés, murieron en defensa de su señor el conde de Ureña, que á duras penas pudo salvarse, herido y contuso. Varios jinetes perdieron sus caballos, y al pretender huir á pie, se metieron en unas hazas invadidas por el agua de las cercanas acequias, que vertían los labradores en tales casos, y allí perecieron acuchillados. Gonzalo de Córdoba, que también había perdido su montura, solo y á pie,

cayó en una acequia de la que difícilmente pudo salir cubierto de lodo, y aquel hubiera sido el último día del futuro vencedor de Italia, impedido de huir por el peso de su armadura y el infortunio de tan sangrienta noche, á no tropezar con Íñigo de Mendoza, deudo de su hermano Don Alonso de Aguilar, que, al verle en tan lastimoso trance, le prestó su caballo, diciéndole:

—Tomadlo, señor, ca de pie non vos podréis salvar, lo que yo sí; y si muero, acordaos de mi mujer y de mis hijas.

Y, en efecto, tomó el caballo Gonzalo, cabalgó y pudo salvarse; pero también el triste Mendoza, héroe del honor y mártir de la lealtad, allí quedó implacablemente alanceado por los moros.

Pudieron por fortuna salvarse además, como Gonzalo de Córdoba y el conde de Ureña, Don Alonso de Aguilar y el comendador de Calatrava, aunque no sin riesgo y cual ellos maltrechos y contusos; y perecieron, en su mayor parte, los hidalgos y escuderos que iban en su compañía. Fué tremendo desastre y turbó con su nueva la alegría y regocijo que reinaban en el campo por la brillante jornada de la Zubia. En cuanto á Gonzalo de Córdoba, fiel á la honrada memoria de su salvador Mendoza, señaló una pensión á su viuda y dotó con largueza á sus hijas.

Á los pocos días, en los primeros del mes de Julio, tuvieron las armas de los Reyes un suceso favorable, que dió crédito al ejército y esperanza á todos.

Hasta entonces se había limitado Don Fernando, en sus anteriores excursiones por la vega de Granada, á sitios un poco apartados de la ciudad, sin dañar á los jardines y palacios más cercanos á ella, que habían sido en tiempos más venturosos teatro de zambras y fiestas de la corte granadina. Creyó llega-

da el Rey la ocasión de dar á conocer á los moros su inquebrantable voluntad de arruinar á Granada si pronto no se rendía, y dispuso, por lo mismo, que fueran arrasados aquellos hermosos sitios de recreo en implacable tala, y se buscara así medio de hacer salir á los enemigos, cargar sobre ellos en batalla cerrada y acosarlos hasta la ciudad, para que sus soldados pudieran entrar revueltos en confusión con los perseguidos. Fué informado Boabdil de este designio por un mudéjar que tenía comunicación con el real, y se dispuso á presentar rostro al peligro. Por de pronto decidió aceptar el reto, y salir en persona, al frente de su caballería, al encuentro del cristiano, luchando en campo abierto rey contra rey y ejército contra ejército.

Con tal ocasión Hernando de Baeza cuenta muy curiosos detalles. Fué este Hernando de Baeza amigo íntimo de Boabdil y de muchos moros principales. Residía en Granada, al lado de la familia real, en la Alhambra, como trujimán ó intérprete, y, testigo presencial de los sucesos é interviniendo en ellos, nos ha dejado un libro muy importante sobre las personas y los hechos de la época y de *las cosas que pasaron entre los reyes de Granada y los de Castilla*. Su obra, escrita con mucha parcialidad, esto sí, en favor de Boabdil y alabanza de los árabes, contiene datos de gran interés, detalles sumamente curiosos, y da explicación de ciertos actos que sin su libro, verdadera clave, no alcanzan á comprenderse.

Baeza dice que en el día del suceso que se va á narrar, Boabdil á primera hora lavó y perfumó su cuerpo como solían hacer los moros de alta dignidad en los momentos de salir para el combate, vistió su arnés, y en la antesala del salón de Comares se despidió de su madre, de su esposa y de su hermana.

Aixa, su madre, le echó su bendición y le dió á besar su mano; en seguida Boabdil abrazó y besó á su esposa, á su hijo y á su hermana, y entre los sollozos y lágrimas de aquellas damas y de muchas dueñas y doncellas de su servidumbre, montó á caballo y marchó al frente de sus escuadrones.

Ya en esto el ejército cristiano avanzaba por la parte de Albolote, con Don Fernando á la cabeza, y había comenzado reciamente la tala en las viñas y olivares, por los contornos del sitio donde hoy se levanta la Cartuja. Al divisarse las dos huestes, cristiana y musulmana, Boabdil, con valor y arrojo, se fué el primero sobre el enemigo y cargó con su caballería, después de haber destacado sus compañías de peones hacia la parte alta, con objeto de que pudieran molestar al cristiano desde las huertas, al abrigo de sus árboles y valladares.

No acompañó la suerte al arrojo y valentía del rey moro, que peleó bizarramente en primera línea. Su infantería desmoralizada y su caballería menguada tras de tanto reiterado combate, no pudieron resistir la superioridad de las fuerzas enemigas y tuvieron que replegarse: la primera corrió á guarecerse en las alturas de Nivar y Víznar; la segunda retrocedió á la ciudad, arrastrando con ella á su monarca, que hubo de defenderse personalmente de algunos jinetes contrarios que le iban encima, y estuvo á punto, como en Lucena, de caer en nuevo cautiverio. Pudo sólo salvarse recogiéndose dentro de la ciudad á rienda suelta. Siguieron los castellanos el alcance de los moros hasta muy cerca de la plaza, adonde hasta aquel día nunca llegó tanta gente de cristianos combatientes, y entraron sin escalas ni artillería una torre que tenían los infieles junto á la acequia grande.

Fué esta muy señalada jornada, dice Zurita. Que-

daron los moros en este día tan amedrentados y fueron descubriendo tanto su terror, que mostraban tener presente su perdición, porque no les faltaba á los nuestros sino combatir la ciudad, y aquel día era fenecida la guerra.

Dueño ya del campo Don Fernando y sin obstáculo, mandó talar olivares y viñedos, destruyendo molinos y caseríos, y dejando yermas aquellas propiedades fecundas, hasta entonces cultivadas con tanto primor y esmero, como que constituían el encanto y la riqueza de Granada. Por parte de los cristianos fué insignificante la pérdida sufrida aquel día venturoso para sus armas, y, por lo que toca á personas notables, sólo murió en la pelea un caballero del reino de Valencia, llamado Don Ramón de Rocafull, que se puso en lugar donde quedó atajado y le alancearon los moros. El embajador del rey de Francia, presente á esta batalla, quedó maravillado, dice Zurita, del modo de pelear y del esfuerzo y osadía de los moros.

Dos días después de este feliz suceso, ocurrió un lance tan peligroso, que puso á los vencedores en aventura de recibir muy sensible daño, cuando tan confiados estaban en que iba á fenecer la guerra. Una noche se declaró de repente un incendio en el campo cristiano, tomando en seguida alarmantes proporciones, pues que se abrasaron muchas tiendas y pereció gran riqueza en ellas.

Al principio la alarma fué mayor, por creerse que los moros habían sido los autores del fuego, con intención de aprovechar los primeros momentos de desorden para asaltar el campo. Ya luego se averiguó que el incendio era casual, sin arte del enemigo. Lo ocurrido fué que la Reina, al retirarse á su lecho después de haber rezado sus horas, según tenía por cos-

tumbre, mandó á una doncella de la servidumbre apartar una luz cuyo resplandor la molestaba y le impedía conciliar el sueño. Tuvo la doncella la indiscreción de colocar la luz cerca de unas cortinas de seda que ondulaban con el viento, y prendió en el acto la llama, convirtiendo bien pronto la suntuosa tienda real en una hoguera, y comunicándose á los pabellones inmediatos con celeridad espantosa.

Al verse la Reina envuelta en fuego, tomó un cofrecito donde guardaba su correspondencia, y corrió á la tienda del Rey, que salió á medio vestir con una adarga y una espada y las corazas en el brazo, creyendo que era rebato de moros. La infanta Doña Juana fué con la Reina, y el príncipe acompañado por un escudero á la tienda del conde de Cabra, quien con toda su gente y la de su primo Don Alonso de Montemayor se puso en guarda del príncipe, por estar su aposentamiento á la salida del real. Con ellos se juntó en seguida el Rey, al que acompañaban muchos caballeros y gente, que al primer grito de alarma se fueron á él, y también salió el marqués de Cádiz la vía de Granada, con tres mil caballos, cuando más ardía el fuego, y púsose en el puesto por donde se esperaba el mayor peligro si los moros acometieran el real en momentos de tanta turbación y rebato.

Á todo esto el incendio, crecido con la furia del viento que aquella noche hacía, fué extendiéndose por grande parte del campo, antes de que pudiera dominarse, reduciendo á pavesas las estancias del tío del rey Don Enrique Enríquez, del comendador mayor de León, del tesorero Rodrigo de Ulloa, del secretario Juan de Coloma y de otros muchos señores que estaban junto á las tiendas reales. Se quemó el alfaneque del marqués de Cádiz, donde estaba la Reina,

y salvóse el pabellón, aun cuando ardió gran parte de la recámara, perdiéndose muchas alhajas y vajillas de alto precio.

Los Reyes pasaron á aposentarse en las tiendas del arzobispo de Sevilla, y luego en un magnífico pabellón que se apresuró á enviar desde Illora Doña María Manrique, esposa de Gonzalo de Córdoba, con muchas ropas y demás cosas necesarias, por lo cual decía después donairosamente la Reina á Gonzalo:

—Gonzalo Fernández, sabed que alcanzó el fuego de mi cámara en vuestra casa; que vuestra mujer más y mejor me envió que se quemó.

La gran suerte que hubo aquella noche del incendio fué el quietismo absoluto de los moros. Vieron la claridad repentina que iluminó la ciudad y la vega, oyeron el son de las cajas y clarines, y corrieron á sus baluartes; pero creyendo que aquellas columnas de fuego y humo eran un artificio nocturno para sorprenderlos, permanecieron quietos, vigilando sólo al abrigo de sus murallas. Los detalles del desastre y conflicto sólo llegaron á su conocimiento cuando estaba ya todo dominado, al clarear del día, y entonces fué su pena al pensar en la ocasión perdida y en su malaventura por no haberla aprovechado. Sonrióles al menos la esperanza de que este desastre pudiera hacer levantar el campo cristiano, y se regocijaban por ello, cuando, luego de salido el sol, vieron avanzar al ejército enemigo con banderas tendidas y músicas marciales, en son de parada, y mejor aún de reto, como para demostrar que el incendio de las tiendas era sólo un accidente pasajero, sin importancia alguna para quebrar sus ánimos ni torcer su voluntad.

Efectivamente, aun cuando todos, magnates y soldados, pasaron en vela y en trabajo aquella terrible noche de fuego en el real, quiso el Rey continuar la

tala comenzada, según lo tenía dispuesto antes del incendio, para que no cobrasen ánimo los enemigos. Por esto, acalladas con punto de honra las fatigas y desventuras de aquella noche terrible, las huestes castellanas se acercaron más que nunca á las murallas de la ciudad en aquella mañana, y más que nunca demostraron valor, serenidad y arrogancia.

Como los moros estaban muy apercibidos y repartidos por sus estancias, no quisieron soportar en silencio aquel reto audaz, y desde sus murallas afrontaban á los cristianos y les befaban; y como siempre fueron las voces incentivo de las armas, no tardaron en irse unos con otros á las manos. Arremetieron los sitiadores á un punto de la muralla que parecía flaco, resistiendo muy animosamente los moros y generalizándose la pelea por varios lados. «Fué este día de gran afrenta, dice Zurita, y de ambas partes se recibió mucho daño.» La jornada fué para las huestes de Don Fernando. Se entró por combate y se derribó otra torre de las de la acequia Gorda, y llegó á hacerse por completo la tala á las puertas de la ciudad, á pesar de la desesperada resistencia que opusieron los moros, amparados por su fortaleza y su mucha ballestería y espingardería. El denuedo de los cristianos fué superior á todo, y pudieron retirarse á su campo, cumplido su objeto, con victoria.

Por causa del incendio del real fué el levantarse la ciudad de Santa Fe, según dicen los historiadores. La ciudad se estaba ya levantando, si hay que dar crédito á Zurita y á los cronistas árabes, á quien antes me referí. Lo que sí es indudable es que ya entonces, con la lección del peligro, se dió mayores proporciones al plan y se ejecutó con celeridad maravillosa. Todos contribuyeron á la obra, grandes y

pequeños; los altos señores, los concejos de las ciudades, los caballeros de las Órdenes se encargaron de las fábricas, y en poquísimo tiempo, en poco más de dos meses, pudieron ver los moros levantarse una ciudad cercada de fosos, con cuatro puertas y una plaza de armas en el centro. Cada cuartel recibió el nombre del fundador, y quisieron algunos que el título de la ciudad fuese Isabela, en honor á la Reina querida. No prosperó la idea, principalmente quizá por haberse opuesto la modestia de Doña Isabel, y conservó por lo mismo su nombre de Santa Fe, con el cual ha llegado hasta nuestros tiempos.

No hay duda que la feliz idea del levantamiento de esta ciudad fué de gran decaimiento para el ánimo de los moros, que estaban en la creencia de que los rigores del invierno entorpecerían las operaciones del sitio y obligarían á los Reyes á levantar su campamento del Gozco. Dícese que Boabdil fué uno de los que más se aterraron al ver cómo así se alzaba una ciudad para asedio de otra, y al adquirir por ello el convencimiento de que sus hados adversos y las funestas profecías de su niñez marcaban la hora de su ruina.

Es de advertir también que mientras Santa Fe se estuvo levantando, ni un solo día cesó la lucha ni calló el estruendo de las armas. Cuando los combates no eran á las mismas puertas de Granada, eran por las cercanías. Las historias refieren las continuas excursiones y correrías que hacían el marqués-duque de Cádiz, el de Villena, los comendadores y otros caudillos, para saltear los convoyes que iban á Granada desde las Alpujarras, consiguiendo casi siempre salir victoriosos en sus empresas, con lo cual recibían los moros tanto daño, que estaban del todo desconfiados de remedio, con extrema necesidad de to-

das las cosas, y asomando ya en Granada, con los horrores de la anarquía, las desventuras del hambre.

Don Fernando, en el interin, cuidaba muy especialmente de la obra de Santa Fe, á la que atendía como cosa principal, llevando gran prisa en que se terminara.

Dice Zurita, único historiador en quien hallé esta versión, que el Rey y la Reina tenían acordado levantar el cerco, porque en principios del mes de Septiembre pensaba el Rey partir, llamado con urgencia por otros asuntos del reino, señaladamente los que afectaban á la Corona de Aragón. Las cosas de Italia exigían poderosamente su atención, y el Sumo Pontífice le reclamaba con empeño para que en ellas le ayudara. Sin embargo, aun cuando ciertas ofertas del Papa, hechas por conducto de Don Bernardino Carvajal, obispo de Badajoz, que hacía en Roma oficio de embajador de España, fueron muy admitidas, no estaban las cosas de este país de manera que el Rey se pudiese ocupar, tan asiduamente como requería el caso, en las de Italia, ni con inteligencia siquiera del Sumo Pontífice, hasta acabar del todo la guerra con los moros, mayormente estando los condados de Rosellón y Cerdaña en poder de los franceses.

Vino á añadirse á esto una nueva contrariedad, que fué de mucha amargura y tristeza para los Reyes. Recibióse en el campamento, á raíz del incendio, la funesta nueva de la muerte del príncipe Don Alfonso de Portugal, ocurrida á consecuencia de una caída de caballo, en lo más vivo de las fiestas que se celebraban por sus desposorios con la infanta Doña Isabel, hija de los Reyes de Castilla. El suceso consternó á éstos. Quedaba viuda su hija, apenas casada, en los albores y principios de su enlace, y destruída

la obra política fundada por los Reyes en la base de aquel matrimonio, que estrechaba las relaciones entre Portugal y España.

Por fortuna, en compensación de estas contrariedades, los asuntos de Granada tomaban cada día aspecto más risueño y grato para los Reyes. El hambre se hacía sentir con fuerza en la plaza; la anarquía asomaba en ella su monstruosa cabeza; el decaimiento de los sitiados crecía por instantes; iban perdiéndose las fuerzas vivas de la ciudad; las energías de Boabdil habían desaparecido; se sentían sin fe y sin medios sus consejeros, y todo se juntaba para demostrar que era ya llegado el instante supremo de la caída del reino musulmán.

Así lo tenían decretado los inexorables destinos.

CAPÍTULO XXIII

RENDICIÓN DE GRANADA

(1491)

La rendición de Granada según los historiadores árabes. — Consejo en el alcázar. — Tristezas de Boabdil. — Abul Cacim comisionado para dirigirse á los Reyes. — Tregua de hostilidades. — Quiénes fueron los comisionados para entender en los tratos. — El hijo de Boabdil en rehenes. — Conferencias, dónde y cómo se celebraban. — Capitulaciones convenidas. — Artículos secretos. — Boabdil reúne el Consejo. — Actitud y protesta de Muza. — Su resolución. — Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba. — Tumultos y motines en Granada. — Alocución de los Reyes al pueblo granadino. — Carta de Boabdil á Don Fernando. — Aben Comixa en el real. — Concierta con los Reyes la entrega de Granada. — Se decide que sea el 2 de Enero de 1492. — Exigencias de la sultana Aixa. — Acceden los Reyes. — Se conviene en la entrega y en el ceremonial de la misma. — Rendición de Granada.

Para que pueda el lector de esta obra formar juicio claro y preciso de los sucesos en aquellos instantes supremos y decisivos de la rendición de Granada, considero oportuno comenzar este capítulo con el traslado de algunas páginas que pido prestadas á la interesante obra de Eguílaz Yanguas: *Reseña histórica de la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos, según los cronistas árabes*. Por ella se verá, juzgado por los árabes mismos, cuanto ocurrió en los últimos días de aquella ciudad y cómo vino á caer fatalmente en su perdición.

Es, además, de sumo interés la relación que se traslada, por algo que hay en ella y que en vano se buscaría en los historiadores castellanos. Por esto me permito señalar algún pasaje con letra bastardilla, con intento de fijar la atención. Así, después de leído, se podrá apreciar mejor todo lo que ha de añadirse, según los demás historiadores, ó documentos recientemente descubiertos, ya en contrario, ya en aclaración ó desarrollo del relato.

Escriben así los árabes:

«Los encuentros entre musulmanes y cristianos se sucedían sin interrupción; unas veces en tierra de Alfacar, otras en la de Pulianas, otras en la de Maracena, ya en las de Tafia, Yamur, el Jaragüi, Armilla Aflum, el Rebite y río de Monachil, ya en otros lugares próximos á Granada. En todos estos combates pereció la flor del ejército musulmán, quedando muchos de sus guerreros inutilizados por las heridas. Pero las pérdidas de los cristianos fueron el doble.

»A favor de la obscuridad de la noche salían los peones granadinos á merodear al campamento infiel, y emboscándose en los caminos, por donde conducían sus convoyes, los asaltaban, haciendo presa en sus caballos, mulas, asnos, vacas y carneros, hombres y otras cosas. Hasta tal punto llegó la abundancia de carne en la ciudad, que un arrelde se compraba por un dirhem. Prolongóse la guerra aún por espacio de siete meses entre ambos ejércitos con tantas pérdidas de una y otra parte, que al cabo de ellos había perecido en el campo de batalla la inmensa mayoría de la caballería é infantería musulmana. En este tiempo retiróse á las Alpujarras la mayor parte de los vecinos de Granada, preocupados con el hambre y el temor al enemigo. Los caminos, que ponían en comunicación á esta ciudad con las Alpujarras,

iban por la Sierra Solera (Sierra Nevada). Por ellos eran conducidos á Granada toda suerte de artículos de comer, como trigo, cebada, escandía, aceite, pasas y otros muchos frutos y mantenimientos. Debilitábase y empequeñeciase, sin embargo, la ciudad en hombres y víveres. Llegado el mes de Moharran del año 897 (Noviembre de 1491), comenzó el invierno y, habiendo caído nieve sobre la sierra, interceptó los caminos de las Alpujarras, con cuyo motivo se apocaron las provisiones en los zocos de Granada, aumentóse la carestía, murieron muchos de hambre y creció el número de mendigos. Mientras tanto, reposaba el enemigo en su ciudad y campamento y proveíase de las cosas necesarias para su sustento, viniendo á ser de día en día la condición de los sitiados más penosa y desesperada, por no serles dable salir á la vega para labrar y sembrar. En este tiempo cesaron las hostilidades de ambos ejércitos.

»Cuando entró el mes de Safar del año referido (Diciembre de 1491) se empeoró hasta tal punto la situación del pueblo á consecuencia del hambre y de la mengua de provisiones, que muchas personas acomodadas sintieron sus efectos. En vista de estado tan doloroso, reuniéronse los dignatarios principales de la corte y la gente del común con los alfaquíes, alamines, jeques, alarifes, los caballeros que aún quedaban del ejército y cuantos tenían autoridad en Granada; y habiendo comparecido ante el Emir Mohammed ben Alí (Boabdil), le hicieron presente la situación del pueblo, la estrechez en que se hallaba, los horrores del hambre y la poquedad de las subsistencias. Manifestáronle que la ciudad era tan grande como menguados sus mantenimientos; que el día no lejano en que se consumiesen no era posible renovarlos, estando, como se hallaban, intransitables los

caminos de las Alpujarras, de donde les venían las provisiones y las frutas; que la flor de los caballeros había perecido ó quedado inútil á consecuencia de sus heridas; que ya no podían contar con los frutos y cereales del campo, porque la gente dedicada á su cultivo había sucumbido en los combates; que de sus hermanos, los musulmanes de África, no había acudido ni uno en su auxilio. En cambio, añadieron, el enemigo ha labrado una ciudad y vive cerca de nosotros; sus fuerzas se aumentan, mientras las nuestras disminuyen; á él vienen socorros de su tierra, en tanto que nosotros no recibimos ninguno. Estamos ahora en la estación del invierno y, hallándose divididas y debilitadas sus fuerzas, ha suspendido las hostilidades. Si entramos ahora al habla con él, nos escuchará y concederá lo que le pidamos; pero si nos mantenemos en el estado en que estamos hasta la estación de la primavera, reunirá sus ejércitos, y no pudiendo oponerle más que nuestra debilidad y flaqueza, se negará á nuestras demandas y quedaremos sin seguro nosotros y nuestra ciudad, de la cual han desertado muchos que conducen al enemigo sobre nuestras emboscadas y les sirven de exploradores. Contestóles el Emir Mohammed: «Resolved lo que os parezca y tomad el partido que convenga más á vuestra salud.» En un pensamiento nobles y plebeyos, acordaron mandar embajadores al Rey de los cristianos. Entonces se dió comienzo á las negociaciones y se convino en ajustar una capitulación en los mismos ó parecidos términos á la de Guadix, con algunos artículos adicionales, *como el de que el señor de Roma garantizara la estricta observancia de todos y cada uno de los que se acordasen, antes de que fuesen puestos los cristianos en posesión de la Alhambra y de las otras fortalezas y castillos de la ciudad,*

y de que el Rey de Castilla se obligara bajo de juramento, prestado según fórmula de su religión, á cumplir fielmente lo que se pactase.

»Muchos del común creyeron que el Emir de Granada, su alguacil y sus alcaides habían convenido previamente con el Rey cristiano la entrega de la ciudad; pero que, temerosos de las iras populares, emplearon la estratagema de reservarse el concierto, hasta que al cabo vino el pueblo á pedirles lo mismo que ellos tenían ya pactado. Á esto se debió la suspensión de las hostilidades en aquellos días.

»Llegados los legados á la presencia del Rey cristiano, lo hallaron con tantos deseos de avenencia, que accedió á cuanto le pidieron, *sin más excepción que la de que el Papa garantizase lo capitulado, pues se dice que, cuando vino el momento de discutir este artículo, ganaron los cristianos á los emisarios musulmanes dándoles una cantidad considerable de dinero á fin de que se hiciera caso omiso de él.*

»De los 67 artículos que comprendía la capitulación, los principales fueron los siguientes: seguridad para sus personas, mujeres, hijos, animales, campos cultivados, jardines y tierras labrantías y cuanto fuese de su pertenencia; que pudieran continuar viviendo en sus lugares, casas, habitaciones y domicilios; que se les mantendría en su Xara (ley religiosa), por la cual y no por otra alguna serían juzgados; que las mezquitas y los bienes de su pertenencia se conservarían en el mismo estado en que estaban; que ningún cristiano entraría en casa de los musulmanes ni les haría fuerza; que no les serían designados por gobernadores ningún musulmán ó judío que no hubiere ejercido antes cargos públicos por nombramiento del sultán; que serían puestos en libertad los cautivos hechos en la guerra de Granada, con especialidad los

nobles y jefes designados expresamente en la capitulación; que los cautivos musulmanes que hubieran logrado escaparse de las manos de sus dueños y refugiádose en Granada, no les serían devueltos, obligándose el Rey á reintegrarles su precio; que á los que quedasen en Granada no se les impondrían más tributos que el azaque y el diezmo; que quien quisiera salir de ella, podría vender sus bienes en el precio que á bien tuviese, sin fraude ni engaño, á cristianos ó musulmanes; que el que se resolviera á pasar á África, podría igualmente enajenar su hacienda y llevarse sus alhajas, siendo conducido por las naves del Rey al punto que deseara de tierra musulmana, sin tener que pagar flete (1) ni cosa alguna por el tiempo de tres años; que expirado este plazo, el musulmán que quisiera emigrar, daría, además del flete, el diezmo de lo que llevase; que nadie podría ser preso por delito ajeno; que no se forzaría al que hubiese abrazado el islamismo á hacerse nuevamente cristiano, y que si algún musulmán se hubiese cristianizado, se le darían algunos días de plazo para que lo meditase y, transcurridos que fueran, comparecería ante un juez musulmán y otro cristiano, y si se negase á volver al islamismo, sería mantenido en su resolución; que no se castigaría al musulmán que durante la guerra hubiera muerto á algún cristiano, ni se le quitarían los despojos alcanzados en ella; que los musulmanes quedaban horros del alojamiento de tropas cristianas, y que no serían compelidos á prestar el servicio de bagajes contra su voluntad; que no se les aumentarían los tributos establecidos, y que se

(1) Así lo dice el autor anónimo, en armonía con nuestros cronistas. En Almaccari se lee que tenían que pagarlo. — *(Nota de Eguílaz Yanguas.)*

les alzarían los que con marcada injusticia se les habían recientemente impuesto; que ningún cristiano se subiría al muro para atalayar las casas de los musulmanes, ni se le permitiría entrar en ninguna de sus mezquitas: que los musulmanes podrían discurrir libremente por tierra de cristianos con seguro de sus personas y bienes; que no les pondrían señales, como lo hacen con los judíos y mudéjares; que no se les quitaría el almuédano, ni serían interrumpidos en la zalá, ni se les vedaría ninguna de las prácticas de su religión; que se castigaría á quien se mofase de ellos; que durante dos años cumplidos no pagarían tributo; que *el señor de Roma garantizaría con su firma la capitulación* (1), con otras condiciones semejantes que se omiten en gracia de la brevedad.

»Acordadas estas capitulaciones y garantida su fiel observancia, mediante el juramento que, según su religión, exigieron los legados musulmanes al Rey de Castilla, tomaron la vuelta de Granada, donde fueron leídas al pueblo, el cual le dió su asentimiento, sometiéndose y proclamando por su rey al Monarca cristiano, á quien se hizo saber podía ir á tomar posesión de Medina Alhambra y de Granada.»

Las cosas pasaron, en efecto, poco más ó menos según cuenta el relato que se acaba de leer. Están en lo esencial conformes los historiadores todos y los

---

(1) Que este artículo de la capitulación, de que se hace caso omiso en el original castellano que se conserva en el Archivo de Simancas, fué realmente acordado y concertado, es evidente, pues en una minuta que se conserva en dicho Archivo, entre las peticiones que hizo á los Reyes Católicos el Alcaide Bexir en nombre de Boabdil, se lee: «Primeramente suplica á Sus Altezas quel privillejo que se dió al Rey é á los moros, é las capitulaciones, supliquen Sus Altezas á nuestro Santo Padre que lo confirme *como en ello se asentó*. Sigue un decreto al margen que dice: *Que les place.*» V. Salvá y Sáinz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. VIII, p. 437.—*(Nota de Eguílaz.)*

documentos de la época. Hay, sin embargo, que añadir ó completar algo á lo que la relación dice.

Es indudable que los rigores del hambre atormentaban ya de tal manera á la ciudad sitiada, que hacian la vida imposible; pero lo es también que con el hambre entró en ella la anarquía. Vagaban por la ciudad las turbas exasperadas lanzando gritos de odio y muerte contra los ricos y poderosos, amenazaba un saqueo general, y con ello el desorden llegó á su colmo. Fué entonces cuando los moradores de Granada se presentaron á Boabdil en la forma que dice el relato, y parece que el sultán hubo de reunir á sus consejeros y capitanes, requiriéndoles para que discurrieran medios de satisfacer á la ciudad en los peligros que amenazaban interior y exteriormente.

El alcaide Abul Cacim el Malih hizo una triste pintura del estado de las cosas, y los ancianos y alfaquíes convinieron en que sólo quedaba el medio de entregarse ó morir. Conformes los consejeros, acordaron que el mismo Abul Cacim saliese con poderes de Boabdil á pactar avenencias con los cristianos. Dícese que Boabdil permaneció unos momentos silencioso, como aquejado de vehementísima pasión de ánimo: al fin interrumpió su silencio, y accedió al voto de la asamblea.

Fué, pues, Abul Cacim el que se presentó á los reyes Don Fernando y Doña Isabel, obteniendo de ellos benévola acogida y consiguiendo que se pactara una tregua de setenta días, á comenzar el 5 de Octubre, durante los cuales pudiera convenirse en los tratos. Para entender en éstos por parte de los Reyes, fueron designados su secretario Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba, y por parte de Boabdil el citado Abul Cacim, el wacir ó visir Aben Comixa y el gran Cadí.

Dícese que ya entonces, para asegurar su fe, el sultán de Granada entregó en rehenes á su propio hijo, que fué llevado á Moclín y confiado al conde de Tendilla, como capitán general de frontera, quien le mandó tratar con todo esmero y regalo.

Los comisionados de una y otra parte tuvieron frecuentes conferencias para ponerse de acuerdo. Se celebraban éstas en el lugar de Churriana, reuniéndose secretamente á las altas horas de la noche, y avisando, quienes primero llegaban, con ahumadas ó por medio del espía y confidente Hamet Holeilas. Hubo muchos debates y ocurrieron grandes dificultades, siendo entonces sin duda cuando más dió que hacer el artículo relativo á la mediación del Papa, de que nos habla el relato árabe. Pudo ser ó no cierto lo de haberse ganado á los comisionados moros con regalos. Esto se ha dicho siempre de todos los negociadores por los disgustados ó intransigentes. Lo que hay de cierto es que Don Fernando, sagaz y político, no se manifestó esquivo y ayudó á que las cosas se arreglaran.

Puestos ya de acuerdo, redactaron las capitulaciones, que los Reyes de Castilla firmaron en 25 de Noviembre, y que el lector podrá encontrar en el archivo de Simancas, habiendo convenido también en otras secretas, compuestas de 16 artículos, y reducidas á asegurar á Boabdil, á su esposa Moraima, á su madre Aixa, á sus hermanos y á Zoraya, la viuda de Muley Hacem ó Abul Hasan, todas las huertas, tierras, hazas, molinos, baños y heredamientos que constituían el patrimonio real, con facultad de venderlo por sí, ó por procuradores, en cualquier tiempo. Aseguraron además á Boabdil la posesión de sus riquísimos bienes patrimoniales dentro y fuera de Granada, y cediéronle por juro de heredad para sí y para

sus descendientes las tahas de Berja, Dalias, Marchena, Boloduy, Luchar, Andarax, Ugíjar, Órgiva, Jubiles, Ferreiras y Poqueira, con todos los derechos y pechos de sus pueblos. La fortaleza de Adra quedó reservada para Sus Altezas. También se estipuló que se dieran treinta mil castellanos de oro á Boabdil el día de la entrega.

Extendidas estas capitulaciones y recogida la firma de los Reyes, pasaron á Granada Abul Cacim y Hernando de Zafra para que, á su vez, el sultán las ratificara y firmara. Reunió Boabdil su *Mexuar* ó Consejo, y presentó las capitulaciones.

Cuéntase que algunos de los ancianos moros allí presentes se sintieron profundamente conmovidos y derramaron lágrimas ante aquel amargo trance en que los ponía su suerte adversa. Hubo después de la lectura momentos de profundo silencio, entregados todos al dolor y á la tristeza; y se recogían ya las capitulaciones para presentarlas á la firma de Boabdil, cuando sonó tonante la voz de aquel mismo caudillo Muza, que prorrumpió en estas palabras, al decir de Conde, que es quien lo cuenta:

—Dejad para niños y para damas delicadas ese llanto inútil; seamos hombres, y tengamos corazón para derramar sangre y no lágrimas; hagamos un esfuerzo desesperado; ofrezcamos nuestros pechos á las lanzas enemigas, y hallemos honrosa muerte en el campo de batalla: seguidme; yo estoy pronto á acaudillaros; ejecutemos una proeza que haga famosos nuestros nombres mientras dure el mundo, y por la cual nos cuente la posteridad en el número glorioso de los que murieron por defender su patria, y no en el de los que conservaron su vida para presenciar su entrega.

Calló Muza, y un largo y triste silencio prevaleció

en la asamblea. Al fin Boabdil exclamó con tono de abatimiento y resignación:

—Cúmplase la voluntad de Dios. El ánimo y las fuerzas faltaron en la ciudad y en el reino para resistir á nuestros poderosos enemigos. El cielo decretó la ruina de la patria bajo el horóscopo infeliz de mi nacimiento.

Después de estas palabras desconsoladoras del sultán, se disponía ya el Consejo á prestar su asentimiento, cuando todavía volvió á levantarse Muza para decir en irritado tono de cruel sarcasmo:

—Hacéis muy bien en oír con paciencia y serenidad esas condiciones mezquinas y en bajar el cuello al duro y perpetuo yugo de una vil servidumbre.

Y trocando la ironía en heroico ardimiento, añadió:

—Si blasonáis de nobles, no os queda más recurso que el de los pechos nobles, y es la muerte. ¿Pensáis que los cristianos serán fieles á lo que os prometen y que el Rey de la conquista será tan generoso vencedor como feliz enemigo? Os engañáis. Nos amenazan tormentos y afrentas, robos, ultrajes, opresión, intolerancia y hogueras. Os lo repito: corramos á morir, defendiendo nuestra libertad: la madre tierra recibirá lo que produjo, y al que falte sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra.

Siguió el mismo profundo silencio en la asamblea; y viendo Muza que no podía vencer la irresolución de sus compañeros, dirigióse á todos con ademán soberbio, diciéndoles:

—Quedaos, pues, los que teméis la muerte.

Y saliéndose airado del salón, tomó armas y caballo, partió á escape violento por la puerta de Elvira, y nunca más pareció.

Podrá no ser cierta la cosa, pero es bella.

La cuenta Lafuente Alcántara, que la halló en el libro de Wáshington Irving, quien á su vez la tomó de Conde en su *Historia de la dominación árabe en España*, cuando Conde gozaba de popularidad y crédito. Hoy no se presta tanta autoridad á este autor, y se ponen reparos á algunos pasajes de su hermoso libro, con lo cual quizá se peca de injusticia; pues si bien es cierto que hay algo que parece novelesco en la narración — tan rica, sin embargo, y tan abundante en noticias, — también lo es que aquellas guerras de Granada, aun aceptadas en toda la desnudez de la verdad histórica, se prestan por su carácter caballeresco y su sabor poético á todos los encantos de la novela y del poema. Podrán aparecer como romancescos, y serlo acaso en realidad, algunos sucesos, por la manera pintoresca y gallarda con que á veces se escriben, pues que á ello se prestan; pero no hay duda de que en los consejos de Boabdil, tal como estaban las cosas y los ánimos, debió de pasar con Muza, ó con otro, algo muy parecido á lo que Conde refiere.

Lo cierto es que la sesión del *Mexuar*, al presentar Boabdil las capitulaciones, hubo de ser larga y penosa y ofrecer dificultades y debates, pues sabido es que Hernando de Zafra, que fué con Abul Cacim, y se quedó oculto en el alcázar del Alhambra, tuvo que estar esperando toda la noche á que aquélla terminara. Y tanta fué la tardanza, que los reyes Don Fernando y Doña Isabel, al ver transcurrir las horas de aquella eterna noche sin que regresara su secretario con la ratificación, hubieron de entrar en recelos de alguna perfidia ó alboroto de los moros, y despacharon á Gonzalo de Córdoba para que fuese á Granada en averiguación de lo ocurrido y en busca y socorro de su secretario.

Partió Gonzalo acompañado de dos ó tres hombres de su confianza—alguno dice que fué Hernando del Pulgar uno de ellos,—entró en Granada por un portillo reservado, que era el paso de los comisionados para sus secretas reuniones, y amanecía ya cuando llegó al Alhambra con sus compañeros, sin tropiezo alguno. Acababa el Consejo ó *Mexuar* en el momento precisamente de su llegada, y encontró á Boabdil, que con Abul Cacim y los alfaquíes Elchorrad y Elpequeni, estaba enterando á Hernando de Zafra de lo ocurrido en la asamblea. Aprobadas y ratificadas por el sultán las capitulaciones, Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba regresaron á los reales de Santa Fe para calmar la incertidumbre de los Reyes y darles cuenta de todo.

Poco tardó en circular por Granada, á despecho de Boabdil y de sus ministros, la noticia de que se andaba en tratos clandestinos con los cristianos, y hasta que estaba ya acordada la capitulación, debiendo hacerse la entrega de la ciudad en el término de muy contados días. La nueva produjo sensación y extraordinaria efervescencia, dando motivo á tumultuosas manifestaciones de los intransigentes. Un iluminado, que vivía solitario en una cueva, entregado á actos de penitencia, y á quien tenía el pueblo en opinión de santo, salió á recorrer las calles de Granada y excitó á las turbas con enérgicas predicaciones, exhortando á los buenos musulmanes á defender la patria y acabar con Boabdil y los traidores que la vendían. Fué esto causa de perturbación y tumulto. Hasta veinte mil hombres se alistaron y armaron en poco tiempo, y en su mayoría recorrían las calles, conducidos por el iluminado santón, dando voces de muera á Boabdil y á los traidores, y pusieron tanto pavor en todos, que se cerraron las casas y las tien-

das y el sultán se atrincheró en el alcázar. Calmóse al fin el tumulto á causa de haber desaparecido repentinamente el santón fanático, por obra misteriosa, sin duda, de agentes secretos, y amparado Boabdil por la paz de aquellos momentos, bajó á la ciudad, arengó al pueblo y restableció el orden.

Los Reyes tenían noticia de cuanto pasaba en Granada por Abul Cacim y Aben Comixa, que les daban de todo circunstanciada cuenta. Así, pues, al enterarse de la excitación y tumultos de aquellos días, dirigieron desde sus reales de Santa Fe una alocución á los granadinos para brindarles con la paz y amenazarles con un escarmiento igual al de Málaga si persistían en su intransigencia.

Así transcurrió todo el mes de Diciembre sin que los moros vieran brillar ni la más pequeña luz de esperanza. La irritación pública crecía con el hambre, la población era diezmada por las enfermedades, y no venían de África los socorros que anunciaban los interesados en sostener la guerra. Boabdil llegó á temer que antes de cumplirse el plazo asignado para la entrega estallase un movimiento insurreccional que condujera al desorden, al asesinato y al saqueo, en cuyo caso las primeras víctimas habían de ser indudablemente el sultán y sus consejeros. Receloso de esto, escribió una carta á Don Fernando para proponerle que se adelantara el plazo de la entrega, y fué portador de la carta el visir Aben Comixa, que llevaba también encargo de ofrecer al Rey, como presente, dos caballos árabes, lujosamente enjaezados y una cimitarra de subido precio.

Cumplió Aben Comixa su misión; presentóse á los Reyes, y concertó con ellos que se verificase la entrega el día 2 de Enero próximo, y no más adelante, como parece que estaba convenido, y en seguida

se pasó á tratar de algunas cuestiones relacionadas con el ceremonial con que los Reyes debían recibir al sultán y á los miembros de su familia. Porque ocurría algo que por el pronto podía entorpecer la buena marcha de las cosas.

Parece que Aixa, la madre de Boabdil, altanera y soberbia así en la adversidad como en la fortuna, había dicho terminantemente que como sultana madre no consentiría que su hijo se sometiera á la humilde etiqueta de besar la mano de los Reyes vencedores, y protestó de que si en esto no se variaba el ceremonial, apelaría á medios que estaban en su mano para prolongar la resistencia y excusar tal afrenta á su hijo y á los suyos. Ni Don Fernando ni Doña Isabel tuvieron empeño en sostener este punto de etiqueta. Accedieron fácilmente, y se acordó que Boabdil saliese á caballo, que hiciera leve acatamiento y ademán de sacar el pie del estribo para apearse, lo cual bastaría para que Don Fernando detuviera su acción y le recibiese como correspondía á su alto nacimiento. Con esto se acallaron las cavilosidades de la sultana madre.

En lo que sí permanecieron tenaces los Reyes fué en exigir, según lo pactado, que el día antes de la entrega hubiesen de estar en los reales de Santa Fe quinientas personas en rehenes con el visir Aben Comixa, y éstos habían de ser, á más del hijo de Boabdil, que ya estaba, hijos ó hermanos de los más principales de la ciudad y del Albaicín. Los rehenes permanecerían doce días en tercería, y todos, incluso naturalmente el infante hijo del rey moro, recobrarían su libertad en cuanto el Alhambra y la ciudad estuviesen en poder de los Reyes. También se acordó que al ir á hacerse cargo del Alhambra, las fuerzas cristianas entrarían por las puertas de Bibalachar y

Bignedi, por fuera de la ciudad y no por dentro de ella, con el objeto de evitar cualquier accidente ó provocación de las turbas.

Convenido así todo y dispuesto, llegó, por fin, el fausto día 2 de Enero, y con él el de la rendición de la plaza.

CAPÍTULO XXIV

OCUPACIÓN DE GRANADA

(1492)

Pregones en el real anunciando la rendición de Granada. — Sale el rey Don Fernando con el ejército. — Envía un destacamento para ocupar el alcázar del Alhambra. — Encuentro del cardenal Mendoza y de Boabdil. — Palabras de éste. — Se presenta Boabdil al Rey y le entrega las llaves de Granada. — Hace donación de su sortija y sello al conde de Tendilla. — Simpatías que despertó en todos. — Se presenta á la Reina. — El cardenal Mendoza procede á la ocupación del Alhambra. — Impaciencia de los Reyes. — Aparece en la torre de la Vela la cruz del Cardenal. — Los Reyes y el ejército se postran de rodillas. — Suben al alcázar los Monarcas y su comitiva. — Maravillas de los alcázares. — El tesoro del Alhambra. — Regreso de los Reyes al campamento. — Disposiciones tomadas por Don Fernando. — Libertad de los cautivos. — Indultos de reos. — Regocijo general. — Solemne entrada de los Reyes y ejército en Granada. — Rendición de las Alpujarras. — Fin de la guerra.

Al lucir el sol del 2 de Enero de 1492, día para siempre glorioso y memorable en la Cristiandad, tres cañonazos, disparados desde los baluartes del Alhambra, dieron á los Reyes de Aragón y Castilla la señal convenida de que podían proceder á la ocupación de Granada, y al mundo la nueva de que el imperio musulmán acababa de fenecer en España.

La noticia de la entrega se había circulado la noche anterior, en los reales de Santa Fe, por públicos

pregones. Mandaba el Rey al ejército que estuviese apercibido para la mañana siguiente, que cada uno fuese con sus armas á guardar sus banderas, y que nadie, así jefe como soldado, se atreviese á abandonar las filas para entrar en Granada, bajo pena de muerte. También se prevenía á todos que vistieran de rigorosa gala, y así los Reyes, como toda la familia real, abandonaron aquel día el luto que vestían por la inesperada muerte del príncipe de Portugal, esposo de la infanta Doña Isabel.

Puesto el rey Don Fernando al frente del ejército con rico atavío, los grandes y caballeros aderezados de fiesta, al aire las banderas, recogida la gente y ordenadas las batallas, movió de su real para Granada así que los cañonazos retumbaron por los ámbitos de la vega, y á cierta distancia de la ciudad hizo alto para disponer que un ala de su hueste, ya prevenida, se adelantase á tomar posesión del Alhambra. En virtud de esta orden, cumpliendo con el pacto de no atravesar la ciudad, avanzó el gran cardenal de España Don Pedro González de Mendoza, escoltado por tres mil infantes y un lucido cuerpo de caballería, y asistido por el comendador Don Gutierre de Cárdenas, con otros prelados, hidalgos y escuderos, cruzó el Genil por los sitios mismos en que hoy se levanta el puente llamado de San Sebastián, y subió por la cuesta de los Molinos y carril de los Mártires á la explanada de este nombre, que llevaba entonces el de Abahul.

Acertaba á salir en aquel momento por la puerta de la torre de los Siete Suelos, acompañado de cincuenta caballeros de su linaje, casa y servidumbre, el sultán Boabdil, que echó pié á tierra al ver al cardenal y se adelantó hacia él. Descabalgó también el prelado y salióle al encuentro, recibiéndole con

respeto y benevolencia. Se dice que ambos se apartaron un poco de sus respectivas comitivas y estuvieron hablando en secreto algún rato, hasta que al separarse y al ir á tomar cada uno su caballo, dijo al cardenal el moro:

— Id, señor, en buen hora y ocupad esos alcázares míos en nombre de los poderosos Reyes á quienes Dios, que todo lo puede, los ha querido entregar por sus merecimientos y los pecados de los moros.

Sensible el cardenal Mendoza al infortunio, como varón de alma noble, dirigióle algunas palabras de consuelo y le ofreció su propio aposento para el tiempo que permaneciese en Santa Fe.

Aceptó Boabdil la oferta; añadió que para él no había ya consuelo en la tierra, y despidiéndose del prelado con ademán de profunda tristeza, montó en su caballo, y seguido por su comitiva, bajó por el mismo carril de los Mártires al encuentro de Don Fernando.

Esperaba éste al sultán, con un cuerpo de caballería, á la margen del Genil, muy cerca de una mezquita que luego se purificó y transformó en ermita de San Sebastián. En cuanto Boabdil llegó á presencia del Rey, quiso apearse; mas Don Fernando, cumpliendo con lo prometido, le contuvo y rehusó darle á besar la mano, según el moro solicitaba. Acercóse á él Boabdil, se inclinó como en ademán de besarle el brazo derecho, y le presentó dos llaves de las puertas principales del Alhambra, diciéndole al propio tiempo con semblante abatido:

— Tuyos somos, Rey poderoso y ensalzado. Estas son, señor, las llaves de este paraíso. Recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.

Tomó Don Fernando las llaves y contestó al príncipe infortunado:

— No dudes de nuestras promesas ni te falte el ánimo en la adversidad: lo que la suerte te ha quitado será resarcido por la amistad.

Boabdil preguntó entonces cuál era el caballero á quien se encargaba del gobierno ó tenencia de Granada, y al decirle que era Don Íñigo de Mendoza, conde de Tendilla, allí presente, dirigióse á él, y quitándose una sortija de oro con una inscripción árabe que ceñida llevaba á su dedo, se la presentó, diciéndole:

— Con este sello se gobernó á Granada. Tomadla para que la gobernéis, y Dios os haga más venturoso que á mí.

Parece que aquel día Boabdil se conquistó las simpatías de cuantos le vieron, despertando vivísimo interés en todos. Tenía entonces sobre treinta años, poco más ó menos; era de noble y gallarda figura, pues que el epiteto de *Chico* le fué aplicado por su edad y no por su estatura; tenía recia y poblada barba, color pálido, hermosos ojos negros, buena y gentil presencia; iba modestamente vestido, como de luto, en señal sin duda del que llevaba en el alma; se distinguía por su modestia, rayana en humildad, que es para algunos signo infalible de crueles infortunios, y aparecía por su traje, por sus ademanes, por su semblante y compostura, como rodeado de una aureola de tristezas.

Siguió Boabdil camino de Santa Fe adelante con toda su comitiva; y como en ella iban su esposa y su madre, al pasar éstas por delante de Don Fernando se inclinaron silenciosamente con grave cortesía, á la cual contestó el Rey con la misma gravedad. Poco después encontraron á la reina Doña Isabel, que estaba esperándolos cerca de Armilla con muchas damas y caballeros de su casa y corte, al frente de numerosa

escolta. Recibiólos Doña Isabel con todas las muestras de sincero afecto, y, como para templar la pena de aquellos príncipes infortunados, les devolvió á su inocente hijo, guardado en rehenes desde que se firmaron las capitulaciones.

Así llegó el sultán de Granada á los reales de Santa Fe, donde se aposentó, escoltado por un cuerpo de caballería al mando de Hurtado de Mendoza, hermano del gran Cardenal, á quien Don Fernando dió encargo de su hospedaje y regalo.

Mientras tanto el cardenal Mendoza y las gentes á sus órdenes habían llegado al Alhambra, cuyas puertas encontraron abiertas de par en par y en sus umbrales al alcaide Aben Comixa, encargado de hacer la entrega. Las tropas musulmanas rindieron las armas y cedieron las torres y baluartes al destacamento de los cristianos. Y entre tanto la ciudad yacía envuelta en sepulcral silencio, sin oirse la menor voz, el menor grito, el menor eco, como si en ella no hubiese seres vivientes, como si en vez de una ciudad de animación y vida fuese sólo una mansión de soledad y muerte.

En los pormenores y detalles de la ocupación del alcázar se invirtió mucho tiempo. Por esto Doña Isabel, subida á una eminencia del campo de Armilla, y Don Fernando á caballo junto á la que es hoy ermita de San Sebastián, fatigaban en vano sus ojos, tenazmente fijos en las torres del Alhambra, donde habían de aparecer la enseña cristiana y el pendón de los Reyes de Aragón y de Castilla.

Iban pasando las horas, horas eternas, si las hubo nunca.

Consumidos por la fiebre de la impaciencia y por el torcedor inhumano del recelo, comenzaban ya á creer en algún accidente funesto, cuando de repente

vieron centellear á los rayos del sol la cruz de plata, alzada por el cardenal Mendoza, y ondear por los aires las banderas, que agitaban los caudillos, á tiempo que el grito de *¡Granada, Granada, por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel!* lanzado por los reyes de armas, cruzaba los espacios en alas de la gloria.

Las voces de los heraldos no pudieron llegar al sitio donde estaban los Reyes, pero oyólas su corazón, y en el suyo también todo el ejército.

El grito de *¡Granada, Granada!*, que hizo caer de rodillas á la hueste entera, vibra aún cada año, repetido por el heraldo, en los espacios luminosos de aquella ciudad insigne. El *¡Granada, Granada!*, del 2 de Enero de 1492 resonó en toda la cristiandad, como en toda retumbó el grito de *¡Jerusalén, Jerusalén!* que dió el primer cruzado al descubrir la ciudad santa, y como en todo el mundo se oyó, y sigue oyéndose todavía, el grito de *¡tierra, tierra!* que antes de terminar aquel mismo año de 1492 había de dar el arriscado nauta en las tenebrosas soledades del Océano, al divisar la luz reveladora de un nuevo mundo.

El momento fué solemne. Una verdadera tempestad de vivas y salvas resonó por todos los ámbitos de la vega; los ecos, acostumbrados sólo hasta entonces á repetir voces de maldición, lamentos de dolor y gritos de combate, repetían ahora aclamaciones de triunfo y entusiasmo; la Reina, con las lágrimas del gozo, que las tiene tan dulces como amargas son las del duelo, caía de rodillas para dar gracias al Altísimo, y también, á corta distancia, se apeaba el Rey del caballo y se postraba de hinojos, con los grandes y caballeros y el ejército en masa, á tiempo que su capilla real entonaba el *Te Deum*, y sonaban las músicas marciales, y ondeaban las banderas por los aires.

Adelantóse luego la Reina á incorporarse con su esposo, y tomaron ambos el camino mismo que había llevado el cardenal hasta las puertas del Alhambra. El ejército quedó tendido en el campo de los Mártires. En el arco de la puerta llamada de la Justicia, acerca de la cual hay tantas y tan bellas tradiciones, aguardaban á los monarcas el cardenal Mendoza, Don Gutierre de Cárdenas y Aben Comixa. El Rey había dado á Doña Isabel las llaves, que las pasó á su vez al príncipe Don Juan, éste al cardenal, y luego quedaron en manos del conde de Tendilla, nombrado alcaide del Alhambra y capitán general de Granada.

Cumplidas las ceremonias oficiales, los Reyes y su séquito numeroso de damas y caballeros pasaron á recorrer el alcázar y á tomar posesión de Medina Alhambra, según la llamaban los árabes, recreándose en discurrir por los salones, galerías y jardines de aquel palacio maravilloso. Se embelesaban con sus salones de alabastro y oro, oían y aplaudían los sutiles conceptos de las leyendas y versos escritos en sus paredes, que Gonzalo de Córdoba, como tan conocedor del árabe, les traducía, y se informaban minuciosamente de todos los demás alcázares y excelsos sitios de recreo que tenían los reyes moros, de cuyos encantos y riquezas se hacían lenguas los que iban acompañando á las damas en esta visita.

Eran estos palacios y sitios de recreo el Generalife, Daslarosa, los Alijares, Daralhorra, Axares, Ainadama, Daraluet, Daralbaida, Alcazarxenil, Daraseid, Darabenal y las almunias ó jardines de recreo de las reinas moras. Ya muchos de estos alcázares han desaparecido. De algunos sólo queda el nombre, y hasta se ignora á punto fijo el sitio donde se alzaron. De otros aún se hallan restos. El Generalife es el que vive aún, como el Alhambra, siendo admiración de

cuantos lo visitan. Todos juntos formaban entonces un grupo de palacios, como jamás los tuvo rey alguno.

En todos ellos había riquezas y joyas en abundancia; pero ningún tesoro como el que existía y se guardaba en el del Alhambra, según dice el historiador Almaccari en el tomo II de su libro *Analectes*.

Dice que el tesoro de la casa ó palacio Nazarita era copioso en toda suerte de preciosos rubíes, perlas de gran tamaño, zomordas singularísimas, turquesas de gran valor, toda suerte de adargas de combate, equipos militares defensivos, armas cortantes, instrumentos primorosos, utensilios peregrinos, collares de perlas en pedazos, sartales de aljófares para los cabellos; arracadas, que aventajaban á los alcordes ó pendientes de María (la Copta, concubina de Mahoma) en claridad, brillantez y hermosura: espadas, únicas por su invención y raras á maravilla, de bien templadas hojas, con su marca peculiar y exornadas de oro purísimo: poderosas lorigas de malla, de apretado tejido, que preservan á los guerreros en el día del combate, y cuyo preclaro origen se remonta á David, él enviado de Dios (según se lee en el Alcorán, á él se le debe la invención de la cota de malla); corazas holgadas de vestir, adornadas de oro, de fábrica indiana, con sobrevestas de brocado; cascos con orlas doradas, incrustadas de perlas é intercaladas de esmeraldas con rubíes en el centro; cinturones plateados, anchos de forma y esmaltados en su superficie; adargas de ante, sólidas, sin poros, dulces al tacto y renombradas por su impenetrabilidad; arcos, sin mezcla de color, semejantes en su forma á una media luna, de costados en curva, que afrentan á las pestañas y aun á los preciadísimos instrumentos de cuerdas de cobre; almimbares de abalorio; ataifores

de Damasco, cuentas de cristal, zafas de la China, copas grandes del Irac, vasos de Tabaxir, y otras muchas cosas que ni es posible describir ni enumerar.

Y aunque, con ocasión de los disturbios y revueltas civiles, todo este tesoro vino á menos, aún debía de quedar mucho de él cuando Boabdil evacuó sus alcázares del Alhambra.

Al fenecer el día en que tomaron posesión de Medina Alhambra, los Reyes regresaron con sus tropas y corte al campamento de Santa Fe.

Desde aquel momento Don Fernando, según leo en los historiadores árabes, dispuso que en el Alhambra y en sus alcázares y muros se hicieran las obras de reparación de que andaban necesitados, á fin de afirmarlos, fortalecerlos y mejorar sus construcciones; mandó que se abriesen calzadas, y fué tal su solicitud en esto, que diariamente iba al Alhambra, regresando al anochecer á sus reales. Dió orden también para abastecer la fortaleza con gran cantidad de víveres, pólvora y artillería.

El día 3 de Enero fué de regocijo y gloria. En este día salieron quinientos cautivos que gemían entre cadenas y llegaron al campo que hoy se llama del Triunfo, donde, formados en procesión y cantando letanías, se presentaron á los Reyes, de quienes recibieron dádivas y consuelos. Los augustos esposos, con esta ocasión, concedieron varias gracias é indultos, entre éstos el del escudero Pedro de Gasca, condenado á muerte el día antes por haber entrado en Granada, desobedeciendo lo prevenido en los pregones reales. Fué también perdonado Don Gaspar de Espés, conde de Esclafana, á quien se tenía preso en Córdoba dos años hacía por suponerse que, siendo virrey de Sicilia, más había usado de oficio de tirano

y corsario contra los sicilianos, que de lugarteniente y virrey de un monarca justiciero.

Una de las primeras disposiciones tomadas por el rey Don Fernando fué la de nombrar para Granada un Ayuntamiento compuesto de moros adictos y escogidos entre los más respetables, y puso á su frente como cabeza y potestad al cadi Mohamad Ben Addilmet el Chorut, con lo que no sólo le dió regimiento á la ciudad, sino también seguridad y confianza.

Cuando el Rey tuvo tomadas todas las medidas que creyó convenientes, y aquietado su espíritu del temor de una perfidia de los musulmanes, decidió verificar su entrada solemne y la del ejército en la capital que fué de los árabes.

Aunque la hueste de los Reyes durante el cerco y toma de Granada constaba de doce mil caballos y cuarenta mil infantes — y aun hay quien concede número mayor, — no parece que acompañase toda ella á los Monarcas el día de su entrada triunfante en la ciudad morisca. Empero, hubo de entrar sin duda en sus miras la de hacer alarde de sus fuerzas para infundir terror y tener á raya aquella gente levantisca, de quien andaba el rey Don Fernando muy receloso, y por lo mismo acordó llevar de cortejo á la mayor y más granada parte de sus huestes, con sus más renombrados capitanes al frente.

La solemne entrada de Don Fernando y de Doña Isabel en la ciudad de Granada se verificó el 6 de Enero de 1492, festividad de los Reyes.

Era la mañana hermosa, clara y despejada; brillaba el sol con todas sus galas y esplendores, y pusiéronse los Monarcas en movimiento, con numeroso y lucido séquito de damas, grandes prelados y señores.

Abría la marcha una escolta de caballeros cubiertos de arneses bruñidos y jinetes en hermosos caba-

llos encubertados. Seguía el príncipe Don Juan taraceado de joyas y diamantes, á cuyo lado cabalgaban en mulas el gran cardenal de España, revestido de púrpura, y fray Hernando de Talavera, obispo de Avila y arzobispo electo de Granada. Venian en pos la Reina y las damas y dueñas de su corte, y luego desfilaba el ejército al compás de pífanos y cajas, con banderas tendidas, llevando al Rey á su cabeza.

Formaban la delantera del ejército castellano el alcaide de los Donceles, la gente del duque de Alburquerque y los mariscales con uno de los alcaides. En la vanguardia iban el maestre de Santiago con los caballeros de su Orden y casa y la Hermandad, y en sus alas derecha é izquierda respectivamente los contingentes de los duques de Plasencia y de Medinaceli. Arreo marchaba el marqués de Cádiz con la gente de Gonzalo Mexía, figurando como jefes de la tercera batalla los famosísimos conde de Ureña y Don Alonso de Aguilar. Componían la cuarta la gente del arzobispo de Sevilla con la de Pedro de Vera y del alcaide de Morón; la quinta, la del duque de Medinasidonia y Pedro de Vera, apareciendo como cabeceras de la sexta y séptima el maestre de Calatrava y el conde de Cabra, seguidos de la gente del cardenal Don Pedro González de Mendoza, que componía la octava batalla. Mandaba la novena el duque de Nájera, yendo por cabecera de la décima el conde de Benavente, el alcaide de Atienza y Don Alvaro de Bazán. Las fuerzas de la batalla real, compuesta (como la delantera, vanguardia, segunda, tercera, sexta, séptima y octava batalla) de infantería y caballería, la formaban un buen golpe de lanzas y nutrida cantidad de peones gallegos, asturianos, vizcaínos, guipuzcoanos y montañeses, figurando respectivamente en las alas los contingentes de Sevilla y Córdoba. Daban cortejo al

guión cuatrocientos caballeros continuos y gente de Corte de Sus Altezas, con doscientos de Jerez y correspondiente dotación de infantes, encargados de la custodia y guarda del fardaje. Finalmente, formaban la zaga ó retaguardia Francisco de Bobadilla con la gente de Jaén y Andújar, y Diego López de Ayala con la de Úbeda y Baeza. La artillería, que entró en Granada por distinto camino que el Rey, escoltada por gran número de escuadrones y peones, iba mandada por aguerridos capitanes, siendo de notar el maestre de Alcántara y el conde de Feria.

La comitiva entró por la puerta de Elvira, siguió adelante hasta la Calderería, pasó por la calle que hoy se denomina de San Juan de los Reyes, y llegó á la mezquita de los Conversos, que fray Hernando de Talavera purificó y convirtió en parroquia con el título de San Juan de los Reyes. Desde aquel templo bajaron todos á la Plaza Nueva, y subiendo por la agria cuesta de Gomeres, llegaron al Alhambra.

Una vez allí, los Reyes tomaron asiento en un trono que tenía dispuesto el conde de Tendilla en el grandioso salón de la torre de Comares, y recibieron en corte, dando á besar su mano á los caballeros españoles y á los magnates moros que acudieron á la ceremonia.

Ya desde aquel día, según parece, los Monarcas quedaron aposentados en el alcázar del Alhambra.

Granada fué dividida en varios cuarteles, á cargo de capitanes valerosos, que recogieron las armas y establecieron buena policía y vigilancia exquisita, sin mortificar á los habitantes ni turbar sus ritos.

Los mismos historiadores árabes no pueden menos de ensalzar la conducta de Don Fernando en aquella ocasión, y dicen que «otorgó el Rey de Castilla á los musulmanes tantos favores y distinciones, que celo-

sos de ello los cristianos les decían: — Más glorificados y honrados que nosotros estáis vosotros ahora por nuestro Rey».

«Y en efecto, añaden, les dispensaba tributos y administraba justicia, aunque todo era artificio y engaño por su parte, pues lo que en realidad se proponía era retenerlos en su tierra y que no se marchasen. Ante esta conducta del Rey de Castilla, creció la esperanza en el pueblo, y en la creencia de que sería duradera, resueltos á vivir con los cristianos, compraron toda suerte de bienes, á buen precio, á aquellos que decidieron trasladarse al África.»

Cuando supieron los habitantes de las Alpujarras la rendición de Granada, enviaron emisarios á los Reyes, acogiéndose á la capitulación y declarándose sus vasallos.

Ni un solo lugar quedó á los musulmanes en toda la Andalucía.

Así cayeron Granada y su imperio.

La dominación extranjera, que se alzó poderosa y avasalladora en 711 á orillas del Guadalete, concluyó en 1492 á orillas del Genil y el Darro.

«Estaba reservado, dice Zurita, el loor y merecimiento de tanta gloria al primero que puso en tan gran unión los reinos de España, sin la cual no parecía poderse sojuzgar el reino que sustentaban en ella los infieles, pues hasta el fin se defendieron con tanta fuerza y resistencia, que si no se siguiera la división que hubo entre los mismos moros, por cuya causa cesaron los socorros que les venían de Africa y Berbería, y con estar las fuerzas de España unidas, la conquista de aquel reino fuera harto más peligrosa y difícil.»

Y es así en realidad, como dice Zurita. Lo indicó y adivinó bien nuestro analista insigne en esta delica-

da y discreta observación, que otros no hicieron ni se cuidaron de apuntar siquiera.

Pero no es esto sólo. Hay que notar más.

Ya en otros discursos y memorias de mi labor, sujeto á una idea patriótica que convertí en doctrinal de mi vida y canon de mi conducta, vine diciendo que tiene Granada para los españoles algo de lo que tuvo Roma para el universo.

No es solamente una ciudad de luz y amor, que se alzó un día como faro rutilante para luego trocarse en luminar iridiscente de salvamento y esperanza; es toda una conjunción de astros, parhelio maravilloso, que hechiza al surgir en la infinidad de la historia y en la realidad de la vida. Son tales los asombros que causa, los respetos que infunde, y tales también los recuerdos gloriosos de esta ciudad, viuda de tanto honor y grandeza, que se llega á ella como á un templo y se encuentra en su atmósfera de luminarias y resplandecencias lo que no se halla acaso en otra parte alguna, como no fuere en Roma: horizontes que no se hicieron para los ojos, aunque sí para las almas.

Sucesos vió realizar á un tiempo que sobresalen entre los más grandes que registran las historias. En ella se alzó y cayó un imperio, reapareció y se consolidó una nación y se levantó un mundo.

Allí, con el último califa, se derrumbó el poderío muslim, asegurando para siempre en Europa el cristianismo triunfador, y allí fué también donde, con el gran revelador, apareció la manifestación de un nuevo mundo, que desde allí, desde los reales de Santa Fe y de los salones del Alhambra, partió á descubrir por las tenebrosas soledades de mares ignotas el argonauta intrépido.

Vió, pues, Granada hundirse un imperio en el

abismo y surgir del abismo otro imperio mayor y más esplendoroso, el del Nuevo Mundo, que quizá guarda en los misterios de su seno los destinos futuros del género humano.

Y también allí es donde se afirmó y consolidó la unión de las regiones españolas, constituyéndose la España de nuestros días.

Pudo darse la unión por realizada con el matrimonio de los reyes Don Fernando de Aragón y Doña Isabel de Castilla; pero la unión verdadera, la fusión, la compenetración, la nación española, esto no alcanzó su solidaridad hasta que las escuadras catalanas se presentaron en las aguas de Málaga, ante los muros de Gibralfaro y hasta que confundieron sus armas y mezclaron su sangre aragoneses y castellanos en esa vega que se extiende á las plantas de Granada y en esa ciudad de Santa Fe, que recuerda la Santa Fe donde puso su campamento el conde de Barcelona, conquistador de Lérida.

¡Bendita sea, pues, y glorificada para siempre más, en los siglos de los siglos, la ciudad ingente de Granada!

CAPÍTULO XXV

CONCLUSIÓN

La toma de Granada es recibida con júbilo en todas partes. — Fiestas con que fué celebrada en Roma. — Representación de una *comedia*. — Su argumento y su autor. — La historia y la leyenda. — Lo del *suspiro del moro* resulta una fábula. — Residencia de Boabdil en Granada. — Se traslada á Andarax. — Su vida en el campo. — Se le invita á vender sus haciendas y pasar al África. — Su repugnancia á dejar las tierras españolas. — Traición de Aben Comixa. — Se decide Boabdil á partir para África. — La muerte de su mujer. — Su arreglo con los Reyes. — Se embarca. — Su llegada á Fez. — Su estancia en aquel reino. — Su muerte en el campo de batalla es una fábula. — Cómo murió y dónde fué enterrado. — Suerte de varios moros. — Vida aventurera de Aben Comixa. — Suerte de la sultana Zoraya y de sus hijos. — Suerte del príncipe Cid Hiaya y su familia.

No pueden ni deben darse por terminadas las páginas de estas guerras heroicas, sin decir algo relativamente á la suerte que tuvieron los caudillos y personajes en ellas más visibles, y á esto se dedicará el capítulo último de este libro.

La conquista de Granada tuvo resonancia por todo el mundo entonces conocido. En todas partes se recibió la nueva con explosiones de júbilo y fiebres de entusiasmo. Los dietarios de las principales ciudades españolas, Córdoba, Sevilla, Toledo, Valladolid, Barcelona, Zaragoza, Valencia y tantas y tantas, nos han transmitido con abundancia de pormenores y palpitantes demostraciones de gozo las reseñas de

las fiestas populares con que se celebró la caída del imperio musulmán y el fenecimiento de la raza y dinastía que pretendían avasallar á España.

También en las naciones extranjeras se festejó la presa de Granada con todos los alborozos con que puede conmemorarse el acontecimiento nacional de interés más vivo. En las memorias y recuerdos escritos de muchas ciudades del extranjero aun viven los ecos del regocijo universal que produjo el triunfo de la Cruz, y se sabe que en ninguna fué el júbilo tan expansivo como en Roma, ni en ninguna quizá rayaron á más altura los entusiasmos. Hubo en la capital del mundo cristiano suntuosas fiestas de iglesia, vistosas luminarias, juegos y danzas en las plazas públicas, torneos á la usanza morisca, procesiones religiosas, carreras, danzas, sortijas, y todavía, para que nada faltase á tan generales demostraciones de alegría, hubo corridas de toros, *á los cuales mataban jóvenes ligeros con dardos ó con espadas.*

Pero la función en Roma más saliente y la que más alcanzó el favor del público fué la representación de una *comedia*, primera obra escénica que en el mundo se compuso para celebrar la conquista de Granada, ya que hasta mucho más tarde no aparecieron las que de este asunto se escribieron en España. Es todo un acontecimiento literario digno de nota el de la representación de una obra dramática en la corte pontificia á últimos del siglo XV.

Un ilustre compañero mío en la Academia, persona muy superior, que tiene adquirida justa fama de maestro, Don Juan Facundo Riaño, hizo estudios y pesquisas oficiales referentes á esta comedia, á su autor, á su representación, etc., etc., y me ha parecido que era oportuno publicarlos en estas páginas, ya que la ocasión no puede ser más propicia.

Debe notarse en primer lugar la rapidez desarrollada en tan corto espacio de tiempo como media desde el 2 de Enero al 21 de Abril, en que se puso en escena. Hubo de llegar la noticia á Roma desde Granada, componerse el drama, estudiarlo los actores, ensayarse, arreglar todo lo conveniente, entender en cuanto trae consigo empresa de esta clase, y construir el teatro, el cual se levantó á expensas del cardenal Rafael Riario, á quien la obra fué dedicada.

Escribióse el drama en latín, lengua entonces literaria é internacional, y fué su autor Carlos Verardo de Cesena, cubicularío pontificio, que resulta ser también el mismo autor de otra obra dramática que más tarde compuso y puso en escena con ocasión del atentado cometido por un loco en Barcelona, por el mes de Diciembre de 1492, contra el Rey Don Fernando.

La *comedia* comienza con un *Prefacio* de bastante interés. Siguen el *Argumento* y *Prólogo*, ambos en verso jámbico, y ya luego llega la obra dramática, en diálogo, sin división de actos. El extracto del argumento es este:

Desconfiando el rey moro del estado de sus asuntos, celebra Consejo. Llega un embajador turco ofreciendo que el emperador invadiría la Sicilia para apoyar por este medio indirecto á los granadinos. Cobra alientos Boabdil al saber esto, y dispone un suntuoso banquete; pero turba su regocijo un embajador que anuncia el propósito del rey cristiano de atacar inmediatamente la ciudad. Nuevamente se levanta el ánimo de Boabdil al recibir cartas y mensajes del rey de África, que le promete considerables auxilios, y se decide entonces á enviar un ejército moro en contra del cristiano, para que contenga su avance. Derrotadas las tropas de Boabdil, éste se abate y amilana,

viniendo á aumentar su terror el misterioso sueño que le refiere una mujer anunciándole catástrofes espantosas. Perdida ya toda esperanza, el rey moro se ampara de la clemencia de sus adversarios, entregándose él mismo con la ciudad, y Don Fernando y Doña Isabel, coronados de gloria, se apoderan de Granada y del reino.

Representóse esta obra en Roma, ante toda la corte pontificia, ocupando la Silla de San Pedro Inocencio VIII, en el año del nacimiento del Salvador 1492, el día undécimo de las calendas de Mayo, es decir el 21 de Abril, y por consiguiente á los tres meses y días de la misma toma de Granada.

Y ahora ya, pasando á otro asunto, después de consignar lo dicho como dato muy interesante y señalar á Carlos Verardo como el primer autor y poeta que llevó al teatro el asunto de la conquista de Granada, vamos á ocuparnos de Boabdil, para decir lo que fué de su suerte y vicisitudes, como ya en capítulos anteriores se habló de lo que había sido del Zagal y de los suyos.

También ha tenido Boabdil su leyenda, como la tuvo el Zagal, y como se desmintió ésta, hay que desmentir aquélla.

Y es en verdad muy sensible, porque es bello lo del *Suspiro del moro*, que ha inspirado obras inmortales en la poesía, en la novela, en el drama, en las bellas artes: y es bello lo de la muerte del último rey de Granada en el campo de batalla, peleando como un héroe, á orillas del Guadal Hawit, y perdiendo la vida por la causa del califa de Fez, su protector y su amigo.

Todo es bello y hermoso; pero no es verdad.

Y cuidado que no hablo yo así en desdén ó menosprecio de lo que es la leyenda y cómo debe consi-

derarse en los estudios históricos. Nadie más que yo amante de ella, pues sé bien que acostumbra á suceder no pocas veces que la leyenda es la historia, así como ocurre otras que la historia es la leyenda.

La historia la hacen los diplomáticos, y los políticos, y también, hasta hace muy poco tiempo, los cronistas de los reyes, mientras que la leyenda la hace el pueblo sobre hechos reales y positivos, á que da valor, proporciones y forma.

Quizá, pues, lo mejor de la historia es la leyenda, como lo mejor de la poesía son los cantares del pueblo. ¿Qué gran poeta llegó nunca jamás á lo que llega el pueblo, á veces, en un solo cantar? ¿Qué historia, al amplificar un hecho, al pintar un héroe, llegó á hacer comprender el hecho y el héroe como lo explica y lo hace comprender la leyenda?

Sirve todo esto para decir que, en este punto concreto, lo que hasta hoy ha sido historia, resulta ahora leyenda.

En efecto, todos los historiadores sin distinción, y copio uno de los últimos, el más célebre, dicen que Boabdil permaneció algunos días en los reales de Santa Fe, servido y regalado espléndidamente, hasta que los Reyes tomaron posesión de Granada y consideraron asegurada su tranquilidad. Despidióse entonces y se retiró con su familia, con sus palaciegos y visires y gran séquito de criados á la taha de Andarax.

Caminando hacia esta comarca, tuvo que subir una cuesta en que termina el horizonte de la vega por la parte del Mediodía en dirección del Padul y valle de Lecrín. Es una breve colina, desde cuya cumbre se divisan Granada y su Alhambra, y se recrea la vista contemplando todo el ámbito de su

anchurosa y feracísima vega, las aguas copiosas de sus ríos y las montañas majestuosas que la circundan. Esta eminencia es, precisamente, el último punto desde el cual se ofrece la ciudad á la vista del viajero; porque al transponer, y á muy pocos pasos, cambia del todo el aspecto de la campiña, y sólo se columbran eriales y parajes desamparados, sin árboles, sin agua y sin verdura. Boabdil, al llegar á aquella elevación, refrenó su caballo y se detuvo embebecido mirando con emoción tristísima la ciudad de las hermosas torres, centro en otro tiempo de su grandeza. El monarca infeliz alivió la amargura que rebosaba en su pecho derramando algunas lágrimas y exclamando:

—*¡Allahú Akbar!* ¡Dios es grande!

Y picó los ijares de su caballo, dando con hondos suspiros el último adiós á Granada. Aixa, su madre, al advertir la debilidad del hijo, le reprendió entonces, diciendo:

—Haces bien en llorar como mujer, ya que no tuviste valor para defenderte como hombre.

Uno de los visires quiso prestar algún consuelo al afligido príncipe, y le dijo:

—Considera, señor, que los grandes infortunios, tolerados con resignación, hacen tan famosos á los hombres como las prosperidades y bienandanzas.

Á lo cual replicó Boabdil:

—¿Cuáles igualan á las extraordinarias adversidades mías?

Los moriscos llamaron desde entonces *Feg Allah Akbar* á la colina que Boabdil regó con sus lágrimas, y los cristianos la han llamado y llaman *El Suspiro del Moro*.

Así se cuenta, así se ha escrito y repetido, así lo reprodujeron todos los historiadores, así lo han po-

pularizado cronistas, poetas, novelistas, dramaturgos, artistas y pintores.

Y, sin embargo, no es verdad.

Lo único que hay de cierto y positivo es lo siguiente:

Boabdil desde los reales de Santa Fe no marchó á la taha de Andarax, sino que se trasladó con los Reyes á Granada, aposentándose en la Alcazaba, en cuyas habitaciones se acomodó con su familia, y donde podía estar seguro y bien guardado, mientras que Don Fernando y Doña Isabel ocupaban el alcázar del Alhambra.

Allí permaneció mucho tiempo. Hasta bastante después, no ocurrió su viaje á los dominios que se le habían asignado, cuando ya no era ocasión ni momento para la escena referida.

Fué el primero en contar lo del *Suspiro del Moro* el famoso obispo de Guadix y después de Mondoñedo, cronista del emperador Carlos V, en sus hermosas y célebres *Cartas Familiares*. Dijo que se lo había contado un morisco, y lo refirió tal y como luego lo han repetido todos, con la poesía y belleza del suceso y el aparato, grandeza y majestad del sitio y del momento; pero aun antes de que las *Cartas Familiares* se conocieran ni se pensara en escribirlas, ya un continuador de la *Crónica de los Reyes Católicos* de Pulgar había escrito lo siguiente:

«Este día (el de la entrada en Granada de los Reyes Católicos) fizo el rey moro dos actos de tristeza; é fueron, que tienen por costumbre los reyes moros quando pasan algún río de poca agua, que los caballeros moros le cubren los pies é los estrivos con los suyos, é él no lo quiso consentir, é quando suben alguna escalera, dexan los alpargates, é gelos lleva el más principal moro que allí está, lo qual él no quiso

consentir. É como fué á su casa, que era en el Alcazaba, entró llorando lo que había perdido: é díxole su madre que pues no había seydo para defenderla como hombre, que no llorase como mujer.»

Llegó un momento en que ya no convino al rey Don Fernando que siguiese Boabdil en Granada, siquiera estuviese tan cuidadosamente guardado como estaba en la Alcazaba, y entonces fué cuando Boabdil se trasladó á su nueva residencia, retirándose á Cobda, lugar de la taha de Andarax, con toda su familia y gente, aun cuando Don Fernando retuvo á su lado á los infantes Yusuf y Ahmed, á quienes conservó como en rehenes, receloso de un alzamiento de los naturales de la tierra en favor de Boabdil su padre.

Todas las noticias coinciden en decir que el último rey de Granada vivía tranquilo y descuidado en su posesión de Cobda, con su madre Aixa, con dos ó tres de sus mujeres, de las que era Moraima la preferida, con el que fué su ministro Jusef Aben Comixa, con varios de sus amigos, individuos de su familia, servidumbre, riquezas y criados. Tenía como una pequeña corte, estaba rodeado de comodidad y lujo, no le faltaban recursos, y para distraer sus ocios y desparcir sus penas, andaba constantemente ocupado en la caza de liebres con galgos ó de pájaros con halcones. Algunas veces también se entregaba á ejercicios de equitación, y hacía excursiones á caballo, y guardaba vida prudente y retraída sin relación con los árabes y sin mezclarse en nada.

Los Reyes permanecían muy atentos á todo lo que Boabdil hacía, y estaban muy enterados de sus paseos por el valle, de sus cacerías, de sus conversaciones, de sus detalles domésticos, hasta de sus proyectos y pensamientos. Uno de los que le hacían traición, comunicando todo á los Reyes, era, según

parece, su propio ministro y amigo Aben Comixa, quien estaba en íntimas y secretas relaciones con Hernando de Zafra, secretario de Don Fernando.

En Diciembre de 1492, ya fuera por haberse comenzado á notar síntomas de disgusto entre los moros, ó por convenir á los Reyes que Boabdil se alejara, lo cierto es que el destronado sultán de Granada recibió un mensaje en que, á vuelta de muchas demostraciones de afectos y cariños, se le proponían las bases de nuevas capitulaciones para enajenar sus estados y hacienda y trasladarse al África. Al reparar en lo que se esperaba de él, Boabdil manifestó explícitamente su desagrado, y dijo que estaba muy contento y satisfecho en su retiro y que no quería apartarse de él. «He dado mi reino, dijo, para estar en paz, y no pienso ir á otro ajeno á estar en cuestiones, y mayormente bajo la seguridad de alárabes.»

Insistieron entonces los Reyes, y aun influyeron en el ánimo de Boabdil por medios más eficaces. Convencido por fin el infortunado príncipe de que su permanencia en la Alpujarra despertaba recelos é inquietudes, trató de ir personalmente á la corte, que entonces estaba en Barcelona, para conferenciar con los Reyes y sincerarse, y dispuso su viaje para Febrero (1493). Don Fernando, que rehusaba la entrevista con el príncipe, escribió á Hernando de Zafra para que entorpeciese con sagacidad el viaje, y así consiguió hacerlo el ardidoso secretario, que se hallaba á la sazón en Granada.

A todo esto, mientras se buscó y halló manera de distraer á Boabdil, impidiendo su viaje á Barcelona, se encontraba en esta ciudad, sin que la historia nos diga cómo ni por qué, el antiguo confidente Aben Comixa, quien, diciéndose apoderado del sultán y representante suyo, entró en tratos con los Reyes y

concerto con ellos la venta de los bienes y hacienda de Boabdil.

Reconocerse debe que no fué un rasgo de política noble el otorgamiento de la escritura con Aben Comixa y el compromiso en que luego se puso á Boabdil de ratificar tan grave capitulación. Aben Comixa vendió toda la hacienda en veinte y un mil castellanos de oro, estipulando también para sí condiciones muy ventajosas, y regresó á Andarax para notificar al príncipe granadino las resoluciones tomadas á nombre suyo. Cuéntase que al presentarse Aben Comixa á su señor, le habló de esta manera:

—Vuestra hacienda traigo vendida. Ved aquí el precio de ella. Quise alejaros del peligro, porque los moros no dejarán de aventurarse á proyectos insensatos con vuestra presencia, os acarrearán compromisos y pesadumbres, y ni vos ni los que os sirven tendrán seguridad, ni podrán dejar de perder lo poco que han salvado de este naufragio general. Dejad, señor, esta tierra donde fuisteis rey, y en la cual no tenéis esperanza de volverlo á ser, y partid á Berbería, donde podréis comprar mejor hacienda y vivir con más seguridad y descanso.

Dícese que Boabdil, sorprendido con estas palabras y con la lectura del grave contrato extendido sin autorización suya, tuvo un arrebato de ira y empuñó una espada, decidido á matar á su oficioso y pérfido ministro. Á duras penas pudo éste evitar el peligro, desapareciendo y ocultándose por el momento.

Nuevos consejos y manifestaciones prudentes de Abul Casim el Malih y otros moros principales, convencieron al desventurado príncipe y le obligaron á convenir en lo que deseaban los Reyes, como para él lo menos dado á sinsabores. Fué, pues, Abul Casim el Malih encargado de esta misión, con poder espe-

cial, y se modificaron algunas cláusulas de las convenidas con Aben Comixa, aunque siempre sobre la base de las principales, que eran la venta de los bienes y la emigración al Africa. En virtud de este contrato, Boabdil vendió sus haciendas y recibió el importe, que ascendió á nueve millones de maravedises.

En el archivo de Simancas se conserva la carta autógrafa, fechada en Andarax á 8 de Julio de 1493, que Boabdil escribió á los Reyes, aceptando las condiciones de contrato convenido por medio de Abul Casim. La ha publicado, con la traducción, en su obra, tantas veces citada, el que es verdadero maestro señor D. Leopoldo Eguílaz Yanguas, á quien deben mucho las ciencias históricas por sus luminosos estudios.

Dice así la traducción:

«Alabanza á Dios. Al Sultán y á la Sultana, mis huéspedes. Yo el Emir Mohammad ben Alí ben Nazar, vuestro criado. Llegó á mí de (parte) de Vuestras Altezas la capitulación con todos los artículos que, por iniciativa vuestra, pactó mi criado el alcaide Abul Casim el Malih, firmada de vuestro puño y letra honrados y sellada con vuestro sello glorioso, conforme á esta que recibiréis. Y yo cumpliré fielmente mi palabra y juro que me complazco en ella con palabra de lealtad, como buen criado, y verás ésta firmada de mi mano y sellada con mi sello á fin de manifestar la autenticidad de lo que digo y de que seré fiel en su cumplimiento. A 23 de Ramadán, el engrandecido, año 898 (1493). Yo, su escritor, Mohammad ben Alí ben Nazar me complazco y acepto todo lo que en este documento se contiene, considerándolo como inquebrantable y lo recibo de las manos de mis huéspedes el Sultán y la Sultana, cuya vida sea duradera.»

Cuando Boabdil estaba ya ultimando los preparativos para pasar al África, tuvo la pena de perder á

una de sus esposas. Esto le hizo retener algún tiempo su viaje, á fin de rendir los honores fúnebres á la muerta y acompañar su cadáver á la *rauda* ó cementerio real, que existía entonces en el palacio y castillo de Mondújar. La *rauda* ó panteón de los reyes y príncipes moros estaba, como es sabido, en el alcázar del Alhambra y ocupaba la parte alta del campo llamado de la *Asabica*, en el lugar mismo donde hoy se levanta el *Hotel de Wáshington*. Cuando los Reyes ganaron á Granada, Boabdil les pidió permiso para llevarse á Mondújar los restos de los reyes sus antepasados, y en los jardines y parque de aquel palacio suntuoso, antigua residencia de los sultanes Nazaritas, levantó un nuevo panteón ó *rauda*.

Cumplidos los últimos deberes con la que fué su esposa, dispuesto ya todo, Boabdil se despidió de aquellos lugares donde habia reinado, y se embarcó en compañía de su madre y toda la familia real, con sus hijos, que hasta hace poco habían permanecido en rehenes, con sus amigos más caros que quisieron seguirle á la emigración y con una numerosa comitiva compuesta de mil ciento treinta personas. El secretario de los Reyes, Hernando de Zafra, le acompañó hasta dejarle en los buques dispuestos para el pasaje.

Después de una travesía feliz, Boabdil llegó á las costas de Melilla, y de allí pasó á Fez, donde fué muy bien recibido por el sultán Muley Hamet, que se declaró su amigo y protector.

Lo que después de esto vinieron contando los historiadores hasta ahora se reduce á lo siguiente:

Treinta y cuatro años vivió en Fez el destronado rey de Granada, servido con las consideraciones de príncipe, y consolado, en cuanto era posible, de la pérdida de su grandeza. Allí labró un elegante alcázar parecido al Alhambra. Al cabo de aquel tiempo,

su mala estrella, que parecía ya eclipsada, relució para justificar su inexorable y adverso sino. Su amigo Muley Hamet se vió comprometido en una guerra cruel, y Boabdil hubo de ponerse decididamente á su lado. Tomó parte en ella, y en un combate terrible y sangriento, empeñado á orillas del Guadal Hawit, después de batirse como un héroe, tuvo la mala suerte de ser derrotado y muerto, siendo arrastrado su cadáver por la corriente del río. Así, dicen los historiadores, así concluyó Boabdil, el príncipe Zogoibi, que, para ser en todo desventurado, pereció á manos de bárbaros, y ni el cielo de su patria ni tierra amiga cubrió su cadáver insepulto.

Tal es lo que hasta ahora vino diciéndose; pero hoy resulta que tampoco la cosa es verdad, y que todo es una pura novela.

Véase si no lo que dice el autor árabe:

«Llegado que hubo Boabdil á Melilla, se dirigió á Fez, donde, lamentando su abatida fortuna y afligido por lo que le había pasado, se estableció con su familia é hijos, habiendo labrado algunos alcázares á imitación de los de Andalucía, que yo vi y visité. Murió Boabdil en Fez el año 940 (1533), Dios le haya perdonado, y se le dió sepultura enfrente de la *almosela* (oratorio) que hay á la salida de Bab ex-Xeria (Puerta de la Ley). Dejó dos hijos, Yusuf y Ahmed, cuyos descendientes residen ahora en Fez, pues cuando estuve en esta ciudad el año de 1037 (1628) hice amistad con su familia, de la cual había miembros que se hallaban reducidos á la extremidad de vivir de los fondos de los faquires y mezquinos, siendo contados en el número de los mendigos. No hay fuerza ni poder sino en Dios, el excelso, el grande.»

En vista de tan expresivo testimonio, hay que considerar como fábula la de haber perecido Boabdil

en la batalla del río Guadal Hawit, batalla que ocurrió por cierto en 1536, y por consiguiente, tres años después de la muerte de Boabdil.

Poco falta ya que decir para dar por terminado este libro.

La mayor parte de los moros ricos, aquellos, sobre todo, que tuvieron mandos militares y estuvieron en las filas de los combatientes, rehusaron permanecer en España bajo el yugo del vencedor. Todos ellos pasaron á tierras extrañas; muchos llevaron á Fez sus industrias, sus riquezas y aun su táctica militar. El califa los recibió con suma benevolencia y les confirió mandos militares de importancia, y de algunos se sabe que defendieron bravamente las playas, atacadas por los marinos españoles en los reinados de Doña Juana y de Carlos V. Otros se fijaron en Túnez, y no pocos se establecieron en Alejandría y principales ciudades de Oriente. Allí viven sus nietos y conservan los apellidos mismos españoles, y aun hay quienes guardan los títulos de sus fincas y hasta las llaves mismas de sus casas de Granada.

La suerte de Aben Comixa, el antiguo ministro de Boabdil, fué bien distinta de la de sus amigos y compañeros. El consejero del sultán de Granada, el embajador cerca de los Reyes, el que tanto contribuyó y tanto puso de su parte para realizar la obra magna de la paz, se convirtió al fin de su vida en un miserable y aturdido aventurero. Rechazado por Boabdil después de la escena del contrato, se amparó de la reina Doña Isabel; pidió el bautismo, se hizo cristiano, tomó el nombre de Don Juan de Granada y se metió fraile; se cansó de la vida monástica, se desbautizó, colgó el hábito y se hizo corsario; en una galera veneciana llegó á Bujía, se presentó como musulmán al rey Abderramán, y tuvo suerte para

atraerse su voluntad; fué su favorito y su secretario, y consiguió que le nombrase gobernador de Argel; en Argel se entendió con el almirante español Pedro Navarro, y fraguó una conspiración para entregarle la ciudad; finalmente, cuando todo estaba ya dispuesto, se enteró Abderramán de la conjura y mandó colgar á su infidente favorito.

Así terminó su vida Aben Comixa.

De los otros personajes que figuraron en estas guerras, y cuya suerte puede interesar al lector, ya se ha dicho todo.

Para algunos, sin embargo, hay que completar ciertos detalles.

Zoraya la sultana, viuda de Abul Hasan, la mujer encantadora, á quien por su peregrina belleza se dió nombre de *Lucero del alba*, mereció en los últimos tiempos de Boabdil toda clase de respetos y consideraciones. En los capítulos de la entrega de Granada hay una cláusula especial para ella y para sus hijos, y se sabe que éstos fueron protegidos por Boabdil, quien les cedió para su propiedad y goce las tahas de Órgiva y Júbiles agregadas á su señorío.

La reina Doña Isabel supo también atraerse á Zoraya, y consiguió de ella que tornara á la religión de su infancia, recobrando el nombre de Isabel de Solís.

También fueron bautizados los dos infantes Cad y Nazar, que tomaron los nombres de Don Fernando y Don Juan de Granada.

Así la antigua sultana Isabel, como sus hijos, permanecieron en Granada y en la Alpujarra hasta fines de 1499, en cuyo año hubo síntomas de rebelión, y fué entonces cuando los Reyes consideraron prudente que se alejaran, yéndose á Castilla, donde les dieron rentas superiores y título de infantes.

Don Fernando de Granada casó con una dama

ilustre, Doña Mencía de Sandoval y de la Vega, señora de Tordehumos. Fué muy desgraciado en este enlace, por ser ella de costumbres livianas, y murió sin sucesión.

En cuanto á su hermano Don Juan de Granada, casó con Doña Beatriz de Sandoval, hija del conde de Castro y prima hermana de la anterior. Más feliz que su hermano, tuvo noble descendencia, y los duques de Granada son los que hoy conservan la estirpe y el recuerdo de los hijos de Abul Hasan y de su hermosa compañera Zoraya, la rumía ó esclava cristiana á quien Dios otorgó tan providencial destino en las guerras de Granada.

Del príncipe Cid Hiaya queda dicho que al bautizarse tomó el nombre de Don Pedro de Granada Venegas. Fué nombrado de la Orden y Caballería de Santiago, y obtuvo el destino de Alguacil mayor de Granada. Su hijo Don Alonso (antes el infante Alí Omar Aben Nazar) casó con la bella Doña María de Mendoza, dama de la reina Doña Isabel, y de este matrimonio nació un hijo, Don Pedro de Granada Venegas, que, enlazado con Doña María Renjifo de Avila, tuvo larga descendencia, entroncando con las más altas y más nobles familias de España. Su descendencia radica hoy en los marqueses de Campotéjar, que guardan en su maravilloso palacio del Generalife la memoria de sus progenitores.

Y ya con estas noticias podemos dar fin y venturoso acabamiento al libro de las guerras de Granada.

FIN

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Este libro de Las Guerras de Granada *pertenece á* Los Reyes Católicos, *obra escrita por el Sr. Balaguer para la* Historia de España *que se publica bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia.*

ÍNDICE

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO. — *Las dos «Cavas»*. — La voz de la tradición. — El nombre de Granada. — Florinda la *Cava*. — Isabel de Solís: quién era. — Rara coincidencia entre ambas. — Luchas entre la sultana Aixa y su favorita. — Aixa es repudiada y el sultán eleva á su favorita al trono. — Pronósticos y augurios. — El alfaquí iluminado 5

CAPÍTULO II. — *Granada árabe*. — Granada antigua: sus torres, fortalezas, murallas, alcázares, palacios, monumentos. — Sus tradiciones, excelencias, memorias y recuerdos. — El alcázar del Alhambra: su grandeza y suntuosidades. — Las golondrinas de Granada 11

CAPÍTULO III. — *Los primeros años de un reinado*. — Señales de infortunio para el reino de Granada. — Ocupa el trono Abul Hasan. — Rebelión de los alcaides. — Noble conducta de el Zagal. — Pacificación del reino. — El Zagal nombrado alcaide de Málaga. — Prosperidad de Granada. — Relaciones corteses entre moros y cristianos. — Desafío de Don Diego de Córdoba á Don Alonso de Aguilar. — Palenque dispuesto en Granada para el duelo. — Revista militar en la Asabica. — Inundaciones en Granada. — Batalla de damas. — Aixa la *Horra* é Isabel de Solís la *Zoraya*. — Repudio de la sultana Aixa. — Triunfo de Zoraya, que es elevada al trono. — Fiestas por las bodas reales. — Triste terminación de los festejos. — Pronósticos y agüeros..... 17

CAPÍTULO IV. — *La batalla tenebrosa de Alhama* (1481-1482). El sultán entregado á los placeres del harén. — Los nego-

Páginas.

cios de Estado en manos del primer ministro. — Embajada de los Reyes de Castilla. — Arrogante respuesta del sultán. — Los Reyes castellanos la reciben como guante de desafío. — Una frase del Rey Don Fernando. — Los bandos de Granada. — El sultán rompe las treguas, marchando sobre la plaza de Zahara. — Se apodera de ella por sorpresa. — La matanza y desolación de Zahara. — Regreso del sultán á Granada. — Tristezas del pueblo. — El alfaquí iluminado. — Reciben los Reyes de Castilla la noticia de la pérdida de Zahara. — El marqués de Cádiz. — Sus conferencias con Diego de Merlo. — Se proponen tomar la plaza de Alhama. — Lo que era esta ciudad. — Comunican su proyecto á otros caballeros de Andalucía. — Se realiza la expedición. — Noche de la batalla tenebrosa. — Valerosa defensa de los moradores. — Se apoderan de la ciudad los castellanos. — Luto y consternación en Granada. — Romances moriscos..... 29

CAPÍTULO V.—*El primer cerco de Alhama* (1482).—Reciben los Reyes en Medina del Campo la noticia de la toma de Alhama. — Fué el rey Don Fernando quien inspiró la empresa. — Sale el Rey para Andalucía. — Qué caballeros le acompañaban. — Lo ocurrido en Granada. — Sale el Sultán con poderosa hueste. — Se presenta ante Alhama. — Primer asalto de los moros rechazado. — Queda establecido el sitio. — Los moros intentan cortar el agua á los sitiados. — Apuros en la plaza. — Fracaso de una tentativa en su auxilio. — Crecen los apuros en la ciudad. — Hernando del Pulgar se ofrece á ir en busca de socorro. — Su conferencia con el marqués de Cádiz. — Realiza su peligrosa empresa. — Su llegada á Antequera. — Reune gente y víveres, y vuelve para Alhama. — Alarma y terror de la gente al divisar el campamento moro. — Resolución y energías de Pulgar. — Convence á su gente, y cruzando temerariamente por entre los infieles, llegan á Alhama. — Socorro que se previene en Sevilla. — El duque de Medinasidonia. — Sus rivalidades con el marqués de Cádiz. — Su hidalgo comportamiento. — Reune hueste y acude en socorro de Alhama. — Quiénes le acompañaban. — Por qué no fué el Rey con la hueste de auxilio. — Lo que el duque de Alburquerque dijo al Rey y lo que éste le contestó. — Los moros le-

Páginas.

vantan el sitio de Alhama.— Llega la hueste de socorro.— Reconciliación del marqués de Cádiz con el duque de Medinasidonia. — Queda salva Alhama y abastecida..... 47

CAPÍTULO VI. — *Los otros dos cercos de Alhama y la jornada de Loja* (1482). — Descontento en Granada. — Vuelve Alhama á ser sitiada. — Esforzada defensa de la plaza. — Heroísmo de los sitiados. — Acude al socorro desde Córdoba el rey Don Fernando. — Levanta el moro segunda vez el campo.— Entra el Rey en Alhama, que abastece y repara.— Regresa á Córdoba. — Preparativos para la jornada de Loja. — Opinión de los capitanes contraria á la jornada. — Empeño del Rey. — Se niega á seguir los consejos del marqués de Cádiz y del duque de Villahermosa. — Sienta su real ante Loja. — Quién era el moro Aliatar, alcaide de Loja. — Sangriento combate. — Muerte del maestre de Calatrava. — Valor y ánimo del Rey. — Levantamiento del real y triste retirada de la hueste. — Bizarrías de Bernardo Francés.— Llega á Córdoba Don Fernando con los restos del ejército. — Tercer sitio de Alhama por los moros. — Admirable conducta del gobernador Portocarrero. — Defensa de la plaza. — Acude de nuevo á socorrerla Don Fernando. — Los moros se retiran. — El Rey en Alhama. — Sus correrías por la vega de Granada y su regreso á Córdoba..... 63

CAPÍTULO VII. — *El desastre de la Ajarquía* (1483).— Estalla la guerra civil en Granada. — Proclamación de Boabdil por los rebeldes. — Triunfa la rebelión. — Salen de Granada los partidarios de Abul Hasan. — Se retira éste á Málaga. — Dos reyes en el reino. — Disposiciones tomadas por los Reyes de Castilla. — Aseguran las fronteras y se vienen á Madrid. — Interviene Don Fernando en los sucesos de Italia. — Fué el primer monarca que nombró embajadas permanentes. — Su política en Italia. — Su política en Navarra.— Conquista de las Canarias.— Viaje del Rey á Galicia. — Los nobles andaluces proyectan una empresa á la Ajarquía, en los montes de Málaga. — Se realiza la empresa. — Derrota de los cristianos. — La noche triste de la Ajarquía. — La cuesta de la matanza. — Noble actitud del maestre de Santiago. — Combate del conde de Cienfuegos

Páginas.

con el moro Reduán Venegas. — Quiénes fueron los muertos y cautivos. — Consternación y duelo en el país..... 81

CAPÍTULO VIII. — *El gran triunfo de Lucena* (1483). — Regocijo del pueblo granadino. — Temores y proyectos de la sultana madre. — Se decide una expedición contra cristianos. — Se ponen al frente de ella el rey Boabdil y el alhatar de Loja. — Romance morisco. — Sale de Granada la hueste. — Agüeros fatídicos. — Boabdil intima la rendición á Lucena. — Contestación que recibe. — El Alcaide de los Donceles. — Pone Boabdil cerco á la plaza. — Acude en su auxilio el conde de Cabra. — Batalla á las puertas de Lucena. — Derrota y desastre de los moros. — Esfuerzos del rey Boabdil por sostener la retirada de los suyos. — Cómo y de qué manera quedó prisionero. — Muerte de Aliatar. — Consecuencias de la rota de los moros. — Quién llevó la noticia del desastre á Loja y Granada. — Consternación del pueblo granadino. — Angustias de la sultana madre. — Abandona el Alhambra y se retira al Albaicín. — Los jeques de Granada ofrecen á Abul Hasan el trono. — Vuelve Abul Hasan al Alhambra. — Júbilo en Castilla por la victoria de Lucena. — Sale para Córdoba el rey Don Fernando. — Observaciones que el autor cree pertinentes..... 97

CAPÍTULO IX. — *El pacto de Córdoba* (1483). — Llega Don Fernando á Córdoba. — Se da por prisión al rey Boabdil el castillo de Porcuna. — Sale el Rey á campaña. — Abastece á Alhama. — Se apodera de Tajara y la destruye. — Tala en la vega de Granada. — Regresa el Rey á Córdoba. — Proposiciones recibidas por el Rey para el rescate de Boabdil. — Consejo reunido en Córdoba. — Diversidad de opinión entre los nobles. — Decisión de Don Fernando. — Bases y capítulos del pacto de Córdoba. — Sagacidad y política del Rey. — Caso digno de nota. — Recibe Don Fernando á Boabdil en audiencia pública. — Notables frases del Rey. — Sale de Córdoba Don Fernando. — Queda Boabdil en libertad y regresa á su reino. — La empresa de Granada fué empresa de España. — Boabdil en la Ajarquía. — Sangrientas escenas en Granada. — División del reino entre Abul Hasan y Boabdil. — Consecuencias del pacto de Córdoba y triunfo de la política de Don Fernando..... 111

Páginas.

CAPÍTULO X. — *Victorias de Álora, Coín y Ronda* (1483, 1484, 1485). — Batalla de Lopera. — Recobro de Zahara. — Regreso del Rey á Córdoba. — Plan de campaña. — Toma el Rey el mando del ejército. — Conquista de Álora. — Generales de artillería. — Tala en la vega de Granada. — Mando del conde de Tendilla en Alhama. — Primer ensayo del uso del papel moneda. — Toma de Setenil por Don Fernando. — Superioridad de la artillería para la guerra contra el moro. — Intenta el Rey caer sobre Loja en sorpresa. — Desiste por consejo del escalador Ortega. — Asienta su real en Cártama. — Se apodera de esta plaza. — Cerco de Coín. — Gloriosa muerte del capitán Ruiz de Alarcón. — Hamet el Zegrí. — Rendición de Coín. — Rigor de Don Fernando con los de Benamejí. — Reconocimiento sobre Málaga. — Combate á las puertas de esta ciudad. — Muere en él el capitán Ayala. — Sitio de Ronda. — Fortaleza de esta plaza. — Es combatida con vigor. — Hazaña del alférez Fajardo. — Terror en la guarnición. — Constancia y valor de los sitiadores. — Capitulación de Ronda. — Toda la comarca se entrega al Rey. — Rendición de Marbella y otros lugares. — Regreso de Don Fernando á Córdoba..... 127

CAPÍTULO XI. — *La guerra civil en Granada* (1485-1486). — Siguen las discordias entre Abul Hasan y Boabdil. — El Zagal apoya al sultán su hermano. — Boabdil se fuga de Almería. — El Zagal se apodera de esta ciudad. — Muerte de Yusuf y de muchos muslimes. — Almería por Abul Hasan. — Boabdil se refugia en Córdoba al amparo de los Reyes de Castilla. — Ratificación de tratos entre los Reyes. — Reaparece Boabdil en Granada. — Sangrientas luchas en la ciudad. — Macer el derviche. — Su alocución al pueblo. — Proclamación del Zagal. — Abdicación de Abul Hasan. — Su retirada á Mondújar. — Su muerte y enterramiento. — Sube el Zagal al trono. — Los odios de la sultana Aixa. — Convenio entre Boabdil y el Zagal. — Reparto del reino entre ambos..... 147

CAPÍTULO XII. — *Jornadas de Loja, de Illora y de Moclín* (1486). — Derrota del conde de Cabra ante los muros de Moclín. — Toma de Cambil. — Preparativos de empresa

Páginas.

contra Loja. — Mensaje de Boabdil á Don Fernando y contestación de éste. — Entra Boabdil en Loja. — Pone sitio á la ciudad Don Fernando. — Qué caballeros iban con éste. — Quién era Lord Scales. — Batalla á las puertas de la ciudad. — Boabdil herido. — Asalto de la ciudad. — Resultan heridos Lord Scales y Hamet el Zegrí. — Jornada sangrienta. — Estragos de la artillería. — Loja pide capitulación. — Cuáles fueron las bases de ésta. — Entra en Loja Don Fernando. — Otra vez Boabdil en su poder. — Relaciones y pactos entre ambos. — Lo que dicen de Boabdil los autores árabes. — Compromisos que suponen contraídos por el rey Chico con el Rey de Castilla. — Sospechas de su viaje á Córdoba. — Falta de noticias para escribir con exactitud la historia secreta. — Regocijos en Castilla por la toma de Loja. — Regalos de la Reina á Lord Scales. — Palabras del Rey. — Sitio de Illora. — Ostentación y lujo de los caballeros castellanos. — El duque del Infantado. — Su proclama. — Asalto de la villa. — Capitulación de Illora. — Gonzalo de Córdoba. — Sitio y toma de Moclín. — Llega Doña Isabel al campamento. — Regocijo del ejército. — Se entregan los castillos de Montefrío y Colomera. — Tala en la vega de Granada. — Regreso de los Reyes á Córdoba..... 157

CAPÍTULO XIII. — *Guerra civil en Granada* (1486-1487). — Boabdil en la Ajarquía. — Vélez Málaga se niega á secundarle. — Málaga le sigue. — Enojos del Zagal. — Recibe Boabdil mensajes de Granada. — Entra secretamente en esta ciudad. — Manda publicar el tratado con el Rey de Castilla. — Sangrientas luchas entre los dos bandos. — Llegan cristianos á Granada en auxilio de Boabdil. — Seguro que manda publicar Don Fadrique de Toledo al pueblo granadino. — Mensaje del Zagal á Don Fadrique. — Envía éste de embajador á Juan de Vera. — Lo que le ocurrió en el alcázar del Alhambra. — Su regreso al campo cristiano. — Noble conducta del Zagal con él. — Se renuevan los combates entre los moros. — Los del Zagal asaltan el Albaicín. — Fracaso de su empresa. — Continúa la guerra entre ambas parcialidades..... 181

CAPÍTULO XIV. — *La empresa de Vélez-Málaga* (1487). — Reunión del ejército en Córdoba. — Casas y familias que

Páginas.

asistieron. — Las de Castilla. — Las de Aragón, Valencia y Cataluña. — Distribución de mandos. — Marcha penosa del ejército. — Asienta el Rey su campo sobre Vélez-Málaga. — Vigorosa salida de los moros. — Peligro en que estuvo el Rey. — Se edificó una ermita en memoria del suceso. — Ordenanzas promulgadas en el campamento. — Asalto y toma de los arrabales. — Lo ocurrido en Granada á la noticia del sitio puesto á Vélez. — Crítica situación del Zagal. — Decide marchar en auxilio de Vélez. — Fracaso de su empresa. — Es derrotado por el marqués de Cádiz. — Mensaje que recibió de Granada la noche de la batalla. — Triunfo de Boabdil. — El Zagal se retira á Guadix. — Carta del rey Don Fernando á la ciudad de Palma de Mallorca refiriendo lo ocurrido en Vélez. — Palabras de un cronista árabe. — Comentarios 189

CAPÍTULO XV. — *Sitio y conquista de Málaga* (1487). — Opinión del reino en contra de Málaga. — Lo que esta ciudad era para los moros. — Por qué se llamaba á Granada metrópoli de ciudades marítimas. — Se presenta Don Fernando á poner campo sobre Málaga. — Se intima la rendición á la plaza. — Proposiciones que se hacen á Hamet el Zegrí. — Contestación espartana de éste. — Misión peligrosa de Hernando del Pulgar. — Queda puesto el sitio. — Primera batalla. — Muerte de Ortega del Prado. — Repetidos asaltos á los arrabales. — Llegada de la Reina al campamento. — Se estrecha el cerco. — Nueva intimación á la plaza. — Fiereza de Hamet el Zegrí. — Ataque á la ciudad. — El estandarte del marqués de Cádiz. — Batalla nocturna. — Noble acción de Ibrahim Zenete. — Peligros y fatigas del cerco. — El Zagal intenta socorrer á Málaga. — La expedición de socorro es derrotada por fuerzas de Boabdil. — Embajada de éste á los Reyes de Castilla. — Reciben también éstos á los embajadores del rey de Tremecén. — El *moro santo*. — Efecto de sus predicaciones en Guadix. — Sale para Málaga con cuatrocientos hombres. — Ataque á las estancias del marqués de Cádiz. — Prisión del *moro santo*. — Su intento de asesinar á los Reyes. — Precauciones tomadas en el real. — Hambre en la plaza. — Abundancia en el real. — El duque de Medina Sidonia. — Desesperada resistencia de la ciudad. — Peleas incesantes. — Qué má-

Páginas.

quinas de artillería se usaron en aquel sitio. — Aparece otro *moro santo*. — Asalto de las torres y toma del puente.— Consternación en la ciudad. — Embajada de los habitantes á Hamet el Zegrí.— Asegúrales éste una próxima victoria.— Batalla decisiva. — Derrota de los moros. — Hamet el Zegrí abandona la ciudad á su suerte y se encierra en el castillo. — Alí Dordux y otros moros de la ciudad se presentan en el campo.— Airada respuesta de Don Fernando. — Noble actitud de Doña Isabel de Castilla y sus deseos de perdón y clemencia. — Triunfa en el Consejo la actitud intransigente del Rey. — Desesperación de los habitantes de Málaga.— Envían otra embajada al campo pidiendo capitulación. — Resuelta negativa de Don Fernando. — Dureza é intransigencia del Rey.— Órdenes para el asalto. — Demanda de parlamento y carta de los moros de la ciudad á Don Fernando. — Contesta el Rey por escrito. — Se entregan los habitantes á merced del Rey. — Sospechosa conducta de Alí Dordux. — Desolación de Málaga y lamentos de sus habitantes. — Entra el ejército en la ciudad. — Rendición del castillo de Gibralfaro. — Triste suerte de Hamet el Zegrí, de los defensores y de los habitantes de la ciudad. — Rescate, donación y venta de esclavos. — Libertad de cautivos cristianos. — La carta con que el Rey participó la toma de Málaga al arzobispo de Zaragoza.— Reparto de bienes y haciendas. — Regreso de los Reyes á Córdoba . . . 205

CAPÍTULO XVI. — *Campaña por tierras de Almería y Baza* (1488). — El reino de Granada dividido en tres fracciones.— Boabdil sostenido por Don Fernando. — Viaje de los Reyes á Zaragoza y á Valencia. — El príncipe Don Juan es jurado por las Cortes. — Bandos en Valencia. — Los Reyes en Murcia.— Campaña de Don Fernando. — Sale para Almería.— Noticia de un documento importante. — Toma de Vera y de otras fortalezas. — Avanza Don Fernando sobre Almería. — Llegada del Zagal y fracaso de la conspiración. — Retira el Rey sus fuerzas. — Se dirige á Baza. — Combate á la vista de esta ciudad. — Emprende el Rey su retirada.— Disuelve la hueste y regresa á Murcia. — Vuelta de los Reyes á Castilla. — Sucesos en Granada. — Rebelión contra Boabdil. — Venganzas de éste.— Campaña del Zagal. — Se apodera de Níjar y de Cómpeta. — Es rechazado ante

Páginas.

Cúllar. — Defensa heroica de esta fortaleza. — El Zagal en retirada. — Correrías de otros capitanes. — Los mudéjares de Gaucín y Ronda 247

CAPÍTULO XVII. — *Comienzos de la empresa de Baza* (1489). — Llegan los Reyes á Jaén. — Convocatoria para reunión de fuerzas. — Sale á campaña Don Fernando. — Orden de las batallas y sus jefes. — Cerco de Zújar. — Briosa defensa del alcaide moro. — Toma de esta fortaleza. — Entrega de otras varias. — Se presenta el Rey con su hueste ante los muros de Baza. — Carácter especial de esta empresa. — Palabras de Zurita. — La situación de Baza y su huerta. — Disposiciones y órdenes del Zagal para la defensa. — Generales y caudillos moros. — Quién era y qué representaba el príncipe Cid Hiaya. — Misterios del sitio de Baza. — Especial empeño que en él tuvieron los Reyes. — Las joyas de la corona. — Documentos existentes en el Archivo de la Corona de Aragón 263

CAPÍTULO XVIII. — *El sitio de Baza* (1489). — Don Fernando ante los muros de Baza. — La batalla de las huertas. — Desastres en ella. — Muerte de Reduán, general moro, y de Juan de Luna. — Hecho heroico de Rodrigo de Mendoza. — Se retira el ejército á sus antiguas posiciones. — Consejo de capitanes para acordar el levantamiento ó continuación del sitio. — Opiniones encontradas. — Consulta á la Reina. — Su magnánima resolución. — Tala de los bosques. — Se organizan dos campamentos. — Líneas atrincheradas. — Hazaña de Hernán Pérez del Pulgar. — Embajada del Gran Turco. — Actividad en el sitio. — Terminación de las obras del campamento. — Valor y perseverancia de los moros. — Combates caballerescos. — Lo que ocurría en Granada. — Dinero mandado á Boabdil por Doña Isabel. — Esfuerzos, previsión y grandeza de alma de la Reina. — Patriotismo de las damas de Castilla. — Porfía de los moros en defensa de la ciudad. — Hidalguía y generosidad de las damas moras y su patriótica conducta. — Actos valerosos del príncipe Cid Hiaya. — Artificio de los cercados. — Lo que de este artificio pensaba y decía el Rey. — Desastres y angustias en el real. — Impaciencias por levantar el sitio. — Nueva consulta á Doña Isabel. — El rasgo de la Reina 277

Páginas.

CAPÍTULO XIX. — *Ocupación de Baza, Almería y Guadix* (1489). — Llegada de la Reina al campamento. — Carta del Rey al príncipe Cid Hiaya. — Observaciones acerca de esta carta. — La familia del príncipe Cid Hiaya. — El palacio misterioso. — La princesa Cetimerien. — Pedro Venegas *el Tornadizo*. — Vicisitudes de su vida. — Su muerte. — El príncipe Cid Hiaya. — Nueva carta de Don Fernando. — Deducciones. — Recorre la Reina el campamento. — Rasgo caballeresco de los moros. — Se entablan negociaciones con la plaza. — Junta de moros. — Mohamad, comisionado para pasar á Guadix. — Reune el Zagal su consejo. — Su acuerdo. — Palabras del Zagal. — Capitulación de Baza. — Lo que hubo en ella de misterioso y raro. — Oferta del príncipe Cid Hiaya. — Lo que dicen los historiadores árabes. — Palabras de Zurita. — Entrega de Baza. — Mercedes y recompensas. — Se rinden varias fortalezas. — El alcaide de Purchena. — Conferencia de Cid Hiaya con el Zagal. — Envía éste un emisario á los Reyes. — Se conviene en la entrega de Almería. — Ofertas al Zagal. — Expedición de los Reyes á Almería. — Entrevista del Rey con el Zagal. — Banquete en la tienda real. — Rendición de Almería. — Llegada de la Reina. — Convenio secreto con Cid Hiaya. — Se entregan Almuñécar y Salobreña. — Cacería real. — Entrega de Guadix. — El Zagal reconocido como rey de Andarax. — Fin de la campaña de aquel año 297

CAPÍTULO XX. — *Preparativos contra Granada* (1490). — Comprometida situación de Boabdil. — Le exige Don Fernando el cumplimiento del pacto de Loja. — La asamblea de Granada decide la guerra. — Misión de Aben Comixa cerca de los Reyes. — Su fracaso. — Hábil industria de Don Fernando. — Motín en Granada. — Peligro en que se vió Boabdil. — Sale á campaña. — Sus éxitos. — Fiestas en Sevilla. — Preparativos de guerra. — Prevenciones del conde de Tendilla. — Don Fernando en campaña. — Tala de la vega de Granada. — El príncipe Don Juan armado caballero en el campo de batalla. — Noble acción del marqués de Villena. — Hazaña del conde de Tendilla. — Apoyo prestado á los cristianos por el Zagal y Cid Hiaya. — Ardid con que se tomó la fortaleza del Soto de Roma. — Terminación de la tala. — Represalia de Boabdil. — Sus correrías

Páginas.

y éxitos. — Regresa triunfante á Granada. — Los mudéjares de Guadix. — Asamblea de caudillos moros. — Mohamad el Abencerraje. — Nueva expedición de Boabdil. — Sitio del castillo de Salobreña. — Resistencia desesperada de la guarnición cristiana. — Hazaña famosa de Hernando del Pulgar. — Boabdil levanta el sitio. — Su regreso á Granada. — Cómo se apoderó Cid Hiaya de la plaza de Adra. — Nueva tala de la vega de Granada por Don Fernando. — Se dirige á Guadix. — Su entrevista con el Zagal. — Le vende éste sus dominios y se retira al Africa. — Error de los historiadores acerca de lo ocurrido al Zagal. — Cómo y dónde terminó su vida. — Regresa á Córdoba Don Fernando — Preparativos para la toma de Granada..... 325

CAPÍTULO XXI. — *El triunfo del Ave María* (1490). — La gran hazaña de Hernando del Pulgar. — El rapto de la desposada, rasgo caballeresco del conde de Tendilla. — La aventura de Rodrigo de Narváez. — Los amores de Muza.. 347

CAPÍTULO XXII. — *Sitio de Granada* (1491). — Sale el Rey á poner cerco sobre Granada. — Qué caballeros iban con él. — Última tala de la vega. — Consejo de caudillos moros. — Palabras y actitud de Muza. — Acuerdos del Consejo. — Disposiciones de Muza en defensa de la ciudad. — Correrías de Don Fernando por los valles de Lecrín y las Alpujarras. — Combate con la caballería mora. — Batalla en el Padul. — Regreso de Don Fernando á la vega. — Comienza el sitio. — La villa de Santa Fe. — Llega la Reina al campo. — Escenas caballerescas. — Combates singulares. — Batalla de la Zubia. — Versiones distintas y fábulas sobre esta batalla. — Suceso contrario para los cristianos. — Peligro en que se vió Gonzalo de Córdoba. — Su salvador. — Batalla á las puertas de Granada. — Derrota de Boabdil y apurado trance en que se halló. — Incendio en el real. — Combate y victoria de los cristianos. — La ciudad de Santa Fe. — Apuros en Granada..... 373

CAPÍTULO XXIII. — *Rendición de Granada* (1491). — La rendición de Granada según los historiadores árabes. — Consejo en el alcázar. — Tristezas de Boabdil. — Abul Cacim comisionado para dirigirse á los Reyes. — Tregua de hostilida-

Páginas.

des. — Quiénes fueron los comisionados para entender en los tratos. — El hijo de Boabdil en rehenes. — Conferencias, dónde y cómo se celebraban. — Capitulaciones convenidas. — Artículos secretos. — Boabdil reúne el Consejo. — Actitud y protesta de Muza. — Su resolución. — Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba. — Tumultos y motines en Granada. — Alocución de los Reyes al pueblo granadino. — Carta de Boabdil á Don Fernando. — Aben Comixa en el real. — Concierta con los Reyes la entrega de Granada. — Se decide que sea el 2 de Enero de 1492. — Exigencias de la sultana Aixa. — Acceden los Reyes. — Se conviene en la entrega y en el ceremonial de la misma. — Rendición de Granada 397

CAPÍTULO XXIV. — *Ocupación de Granada* (1492). — Pregones en el real anunciando la rendición de Granada. — Sale el rey Don Fernando con el ejército. — Envía un destacamento para ocupar el alcázar del Alhambra. — Encuentro del cardenal Mendoza y de Boabdil. — Palabras de éste. — Se presenta Boabdil al Rey y le entrega las llaves de Granada. — Hace donación de su sortija y sello al conde de Tendilla. — Simpatías que despertó en todos. — Se presenta á la Reina. — El cardenal Mendoza procede á la ocupación del Alhambra. — Impaciencia de los Reyes. — Aparece en la torre de la Vela la cruz del Cardenal. — Los Reyes y el ejército se postran de rodillas. — Suben al alcázar los Monarcas y su comitiva. — Maravillas de los alcázares. — El tesoro del Alhambra. — Regreso de los Reyes al campamento. — Disposiciones tomadas por Don Fernando. — Libertad de los cautivos. — Indultos de reos. — Regocijo general. — Solemne entrada de los Reyes y ejército en Granada. — Rendición de las Alpujarras. — Fin de la guerra.. 413

CAPÍTULO XXV. — *Conclusión*. — La toma de Granada es recibida con júbilo en todas partes. — Fiestas con que fué celebrada en Roma. — Representación de una *comedia*. — Su argumento y su autor. — La historia y la leyenda. — Lo del *suspiro del moro* resulta una fábula. — Residencia de Boabdil en Granada. — Se traslada á Andarax. — Su vida en el campo. — Se le invita á vender sus haciendas y pasar al África. — Su repugnancia á dejar las tierras españolas. —

Páginas.

Traición de Aben Comixa. — Se decide Boabdil á partir para África. — La muerte de su mujer. — Su arreglo con los Reyes. — Se embarca. — Su llegada á Fez. — Su estancia en aquel reino. — Su muerte en el campo de batalla es una fábula. — Cómo murió y dónde fué enterrado. — Suerte de varios moros. — Vida aventurera de Aben Comixa. — Suerte de la sultana Zoraya y de sus hijos. — Suerte del príncipe Cid Hiaya y su familia..... 429

CATÁLOGO GENERAL

DE LOS LIBROS QUE SE VENDEN Á BENEFICIO
DE LA **BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER**
DE VILLANUEVA Y GELTRÚ,
MONUMENTAL INSTITUTO FUNDADO Y COSTEADO
PARA ORNATO DE LA POBLACIÓN
Y PARA SOLAZ, ESTUDIO Y UTILIDAD
DEL PÚBLICO

NOTA

El producto integro de las obras que figuran en este Catálogo se destina al sostén y fomento de la BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER *de Villanueva y Geltrú y de la* CASA SANTA TERESA, *sucursal del Instituto, situada junto á él, en sus mismos jardines.*

Se venden, juntas ó por separado, en la portería del Instituto ó dirigiéndose al Sr. Archivero-Bibliotecario.

La propiedad literaria de las obras del Sr. Balaguer pertenece á la BIBLIOTECA-MUSEO *de su nombre, generosamente cedida por su autor propietario.*

Este Catálogo anula todos los anteriores.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Poesías catalanas. — *Un tomo, que es el primero de la colección,* **6** *pesetas.*

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros. — *El libro del amor.* — *El libro de la fe.* — *El libro de la patria.* — *Eridanias,* ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana. — *Lejos de mi tierra,* poesías escritas durante su emigración. — *Ultimas poesías.* Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal.

Tragedias. — *Un tomo, el segundo de la colección,* **8** *pesetas.*

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del Sr. Balaguer, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán, al húngaro y al sueco por distinguidos poetas.

Los Trovadores. — *Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección,* **30** *pesetas.*

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la Historia, que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo

merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Está algo más concreta y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray, en seis tomos con el título de *Historia política y literaria de los trovadores*.

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso Preliminar*, en que el autor trata de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes y Puys de amor*, del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo IV está el índice alfabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.

Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya traducción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulón, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia.

Discursos académicos y Memorias literarias.—*Un tomo, VII de la colección, 7 pesetas y media.*

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos Florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal; Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia; Dictámenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias; Polémicas literarias; Memorias históricas y literarias; Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de Instrucción pública; Estudios sobre el poeta Manuel Cabanyes y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos; Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, etc. (*Edición agotada.*)

El Monasterio de Piedra. — Las leyendas del Montserrat. — Las cuevas del Montserrat. — *Un tomo, VIII de la colección, 7 pesetas y media.*

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El Monas-*

terio de Piedra, que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas del Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que sólo en América se han hecho 20 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat*, es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor en 1851 en compañía de algunos amigos.

Historia de Cataluña. — *Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección,* **110** *pesetas.*

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de dicha región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde la mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña; Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II; Pablo Claris; La heroica Puigcerdá; El conceller Casanova; Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña; Las bodas de Felipe V; Bach de Roda; Historia de Sabadell; El asalto de Brihuega; Un episodio del sitio de Barcelona en 1705; Los últimos días del general Alvarez; De la soberanía nacional y de las Cortes en Cataluña; El castillo y los caballeros de Egara; El rey don Jaime y el obispo de Gerona; Las ruinas de Poblet*, con la crónica é historia de este monasterio; *Alí Bey el Abbassi.*

Las calles de Barcelona en 1863.—*Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección,* **30** *pesetas.*

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña.* Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona;* contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del último trovador,* interesante episodio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

En el Ministerio de Ultramar. — *Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección,* **10** *pesetas.*

Es la historia de lo proyectado y realizado por el Sr. Balaguer en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al frente de cada tomo se inserta una *Memoria* y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.º de Enero á 14 de Junio de 1888. *(Edición agotada.)*

Mis recuerdos de Italia.— *Un tomo, que es el XXV de la colección,* **7** *pesetas y media.*

Es un libro de palpitante interés, muy celebrado y aplaudido por los críticos, libro de historia, de viajes y de consulta.

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en el campo de batalla de Magenta, Palestro y Solferino.

En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carác-

ter de Memorias contemporáneas íntimas en época determinada.

Novelas. — *Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección,* **10** *pesetas.*

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogávares en Oriente; El doncel de la Reina; La espada del muerto.* Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado; La damisela del castillo; Un cuento de hadas; El ángel de los Centellas; El anciano de Favencia; Historia de un pañuelo.*

Tragedias. — *Los tomos XXVIII y XXIX de la colección,* **12** *pesetas.*

Nueva edición de esta obra, añadiendo la tragedia titulada *Los Pirineos,* que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por ilustres poetas.

El primer tomo contiene *La muerte de Aníbal,* con las traducciones en verso de D. Teodoro Llorente y de D. Pedro Barrera; *Coriolano,* con las de D. Francisco Pérez y Echevarría y D. Jerónimo Roselló; *La sombra de César,* con las de D. Gaspar Núñez de Arce y Doña Patrocinio de Biedma; *La fiesta de Tíbulo,* con la de D. Ventura Ruiz Aguilera; *La muerte de Nerón,* con las de D. Francisco Luis de Retes y D. Enrique Sierra Valenzuela; *Safo,* con las del mismo autor y D. José María de Retes; *La tragedia de Livia,* con las de D. Abelardo F. Díaz y D. Manuel de la Revilla; *La última hora de Cristóbal Colón,* con la de D. Angel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerta,* con la traducción en verso de D. Juan de Dios de la Rada Delgado; *El guante del Degollado,* con la del propio autor, y *Los Pirineos,* con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogia precedida de un prólogo que se titula: *Alma Máter.* Los tres cuadros son: *El Conde de Foix, Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars.*

Poesías catalanas.— *Los tomos XXX y XXXI de la colección,* **12** *pesetas.*

Es una nueva edición (la sexta de estas poesías), cuidadosamente corregida y aumentada con varias composiciones que el autor había conservado inéditas hasta ahora.

El primer tomo contiene: *El libro del amor*, que consta de 114 poesías; *El libro de la fe,* con las composiciones de carácter religioso, y el poema *La romería de mi alma.*

El segundo tomo contiene: *El libro de la patria,* con 28 poesías; el poema *Eridanias,* con los catorce cantos referentes á la guerra de la Independencia italiana escritos por el autor en Italia y en el mismo teatro de la guerra; *Lejos de mi tierra,* con las poesías todas que escribió el autor durante su emigración política en Francia, y *Ultimas poesías,* que contiene la colección de las escritas por el autor en estos últimos tiempos.

Todas las composiciones catalanas comprendidas en estos dos tomos llevan al pie la traducción en castellano, en provenzal, en francés ó en italiano, según la nacionalidad de los poetas que las han traducido, unos en prosa y otros en verso. Las más de estas traducciones van ilustradas con notas y datos de carácter histórico, íntimo y autobiográfico.

Los Juegos Florales en España. — Discursos y memorias. — *Un tomo, que es el XXXII de la colección,* **10** *pesetas.*

En la primera parte de este volumen, titulada Los Juegos Florales en España, se insertan todos los discursos pronunciados ó leídos por el autor relativos á dichos certámenes, viniendo á formar en su conjunto la historia de la restauración y progresos de estas fiestas literarias en nuestra patria. Y estos discursos son: *Fraternidad literaria,* Barcelona, 1868; *La poesía lemosina y Saludo á Valencia,* Valencia, 1880; *La idea latina,* Granollers, 1882; *Las bodas de plata,* Barcelona, 1883; *Los felibres de Provenza,* Pontevedra, 1884; *La tierra catalana,* Reus, 1893; *Las glorias de Aragón,* Zaragoza, 1894. Precede á todo la *Memoria histórica* publicada al frente del tomo de *Juegos Florales* de Madrid en 1878. — La segunda parte, Memorias y Discursos, contiene los discursos

de recepción en las Reales Academias Española y de la Historia, otros trabajos leídos en varias sesiones de las mismas, y las Memorias *Las obras de Enrique Gil, Manuel de Cabanyes, Alfonso V de Aragón y su corte literaria, Castilla y Aragón en el descubrimiento de América*, memoria leída en el Ateneo de Madrid; *La mujer y el arte*, discurso pronunciado en el Círculo de Bellas Artes, y *El Ministerio de Instrucción pública*.

Las guerras de Granada. — *Un tomo, que es el XXXIII de la colección,* **6** *pesetas.*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

FUERA DE COLECCIÓN

Cristóbal Colón. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Se escribió y publicó cuando el centenario último del descubrimiento de América. Es obra muy interesante, conteniendo entre sus estudios *Un viaje á la Rábida*, que ha sido traducido á varios idiomas extranjeros.

Al pie de la encina. — *Un volumen encuadernado, con una lámina,* **5** *pesetas.*

Es obra de amena literatura, de mucho interés, con historias, tradiciones, leyendas y recuerdos de Cataluña.

Epistolario. — *Dos volúmenes encuadernados,* **8** *pesetas.*

El Sr. Balaguer lo denomina *Memorias de cosas que pasaron*, y es así, en efecto.

Contiene varias y muy interesantes cartas particulares que despiertan interés y curiosidad, habiendo dicho la crítica que son modelo de literatura epistolar.

Para que pueda juzgarse de la importancia de este libro bastará citar algunos de los más selectos estudios que contiene:

Carta escrita á la poetisa catalana Doña Josefa Massanés sobre *el renacimiento catalán en literatura*.

Carta escrita á la señora marquesa de Villanueva refiriendo lo acaecido en Barcelona la noche del 25 de Julio de 1835 con motivo del *incendio de los conventos*.

Carta al ministro plenipotenciario de Venezuela en España sobre *el idealismo en literatura*.

Cartas al director del periódico *La Vanguardia* acerca de los usos, costumbres y solemnidad con que se celebra *la Nochebuena* en Cataluña.

Cartas al director del *Diario de Barcelona*, Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, sobre cosas pasadas en otros tiempos, y dándole cuenta del hallazgo de una tragedia latina, escrita en memoria del triste suceso que ocurrió en Barcelona á Fernando *el Católico*.

Cartas á la señora duquesa de Medinaceli y Denia, sobre historia, recuerdos y tradiciones de la casa de Moncada.

Carta al Sr. Rada y Delgado, discurriendo acerca de la *cuna de Cristóbal Colón*.

Añoranzas. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Este volumen, escrito con el título de *Añoranzas*, para contribuir á que la Real Academia Española aceptara esta voz catalana que no tiene traducción en castellano, viene á formar un tercer tomo de la obra *Epistolario*, y contiene varias *cartas* referentes á los recuerdos, tradiciones, leyendas, ruinas y restauración del monasterio de *Fres del Val* en Castilla la Vieja; otras cartas de excursión é impresiones de viaje por las orillas del Deva en las provincias vascas, y el poema *La romería de mi alma*.

Los Pirineos. — *Un tomo,* **3** *pesetas.*

Es una traducción en prosa castellana de la trilogia que, con este mismo título, escribió el Sr. Balaguer en verso catalán.

En Burgos. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Se ha recopilado en este libro todo lo que sobre Burgos y Castilla ha escrito el Sr. Balaguer.

Historias y tradiciones. — *Un tomo encuadernado,* **6** *pesetas.*

Es un libro de memorias, excursiones y asuntos de viaje. Contiene la historia, tradiciones y recuerdos de *Medina del Campo, El Castillo de La Mota, Las ruinas de Fres del Val, El cuento del Cid,* en Castilla, y *La Cartuja de Montealegre, La danza de las morratxas, La torre de los encantados, Sitges la Blanca, El castillo de la selva,* en Cataluña.

A granel, LIBRO DE PASATIEMPO Y DEPORTE. — *Un volumen encuadernado,* **6** *pesetas.*

Obra muy interesante, de amena lectura, que contiene, entre otros estudios y trabajos, *La misa del diablo* (tradición aragonesa); *La velada en Vallumbrosa* (recuerdos de Cataluña); *La leyenda del monje* (tradición de Guipúzcoa); *La leyenda del conde Arnaldo, La leyenda del ruiseñor, La leyenda de la mujer de agua, La leyenda del Tibi-Dabo* (tradiciones de Cataluña); *La leyenda del lago* (de Aragón); *La poetisa de la hiedra* (recuerdos de Provenza); *San Juan de la Peña* (tradiciones y recuerdos de Aragón); *El conde de Reus* (historia y anécdotas del general D. Juan Prim); *Cada rey su ley* (recuerdos de la vida del autor).

Celistias. — *Un tomo encuadernado,* **4** *pesetas.*

Es este un libro de poesías castellanas del que sólo se imprimieron 500 ejemplares. Diósele el título de *Celistias* para poner en uso y circular esta bellísima y expresiva voz catalana que, como la de *Añoranzas,* no tiene traducción castellana. Se imprimió este libro solamente para regalo á ciertas y determinadas personas y bibliotecas; pero quedan de él unos cuarenta ejemplares que su autor ha cedido á este Instituto para la venta.

Islas Filipinas. — *Un tomo encuadernado,* **3** *pesetas.*

Como el anterior, también este libro se imprimió sólo para regalo y propaganda. Se imprimieron de él 3.000 ejemplares y quedan ya solamente cincuenta, que el autor ha donado al Instituto.

Es libro que ha tenido gran resonancia, publicado para que España y los poderes públicos fijen su atención en aquellas ricas y preciosas islas, merecedoras de todo cuidado, toda simpatía y toda protección.

Instituciones y Reyes de Aragón. — *Un volumen encuadernado, 4 pesetas.*

Este libro, impreso con lujo, contiene: Un prólogo de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú; los discursos del Sr. Balaguer en Zaragoza sobre las instituciones y los Reyes de Aragón; un estudio sobre San Juan de la Peña, y un resumen de la prensa aragonesa con motivo de las solemnidades literarias celebradas en Zaragoza en Mayo de 1896.

El regionalismo y los Juegos florales. — *Un volumen encuadernado, 5 pesetas.*

Contiene este libro la reproducción del *Número extraordinario* que publicó el periódico *La Justicia* de Calatayud en honor del Sr. Balaguer; — el *Acta* de los Juegos Florales celebrados en dicha ciudad en Septiembre de 1896; — el *Acta* de la sesión celebrada por el Ayuntamiento en honor del señor Balaguer; — el *Discurso* leído por dicho señor en el acto de la fiesta, y los *Comentarios* á este discurso.

Lo romiatge de mon ánima ó **La romería de mi alma.** *Un volumen encuadernado, 5 pesetas.*

Poema original catalán y versión castellana en prosa, por el mismo autor. Impresión esmerada y lujosa. Ilustración de J. L. Pellicer. Prólogo del académico Eduardo Benot.

Al pie de la encina. — *Un volumen encuadernado, 4 pesetas.*

Segunda edición de esta obra, corregida, enmendada y aumentada con nuevos capítulos. Con una lámina.

Aunque en escaso número, por estar poco menos que agotadas sus ediciones, quedan, sin embargo, en esta Biblioteca, algunos ejemplares de las siguientes obras del Sr. Balaguer, que se ofre-

cen á los bibliófilos y rebuscadores de libros raros, fuera ya del comercio:

Guía-cicerone de Barcelona á Tarrasa. — Barcelona, 1857. Un volumen, una peseta.

Esperansas y recorts (poesías catalanas). — Barcelona, 1866. Un volumen, 3 pesetas.

Poesías completas (con la traducción en prosa castellana á la vista). — La Bisbal, 1868. Dos tomos, 12 pesetas.

Poesías completas (en catalán). — Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.

Poesías completas (versión castellana). — Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.

Lo guant del degollat (monólogo en verso catalán). — Barcelona, 1879. Un folleto, una peseta.

Historia política y literaria de los Trovadores. — Madrid, 1878. Seis tomos, 45 pesetas. (Algunos ejemplares que de la primera edición quedan.)

NOVELAS: *La espada del muerto, La damisela del castillo.* — Madrid, 1880. Un volumen, una peseta.

Poesías (castellanas). — Villanueva y Geltrú, 1889. Un volumen, 3 pesetas.

Los Pirineos (trilogia original en verso catalán y traducción en prosa catalana, por D. Víctor Balaguer, seguida de la versión italiana de D. J. M. Arteaga, acomodada á la música del maestro D. Felipe Pedrell y de la obra de este último, titulada: *Por nuestra música).* — Barcelona, 1892. Edición de lujo, en un volumen encuadernado, 25 pesetas.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

CEDIDAS GENEROSAMENTE PARA VENDER Á BENEFICIO DE LA BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER

Víctor Balaguer, por Aniceto de Pagés. — Madrid, 1875. Un folleto, una peseta.

Estudios biográficos del ex ministro de Ultramar, excelentísimo

Sr. D. Víctor Balaguer, por D. J. G. Ribó. — Madrid, 1876. Un volumen, 3 pesetas.

Discursos de los Sres. D. F. León y Castillo, D. V. Balaguer, D. J. L. Albareda y D. A. Romero Ortiz, sobre la política del Gobierno, en los días 13, 15, 16 y 17 de Julio de 1878.— Madrid, 1878. Un folleto, una peseta.

Vida política y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú. Obra recopilada y publicada por el Comité Constitucional de dicha villa.—Villanueva y Geltrú, 1880. Un volumen, 15 pesetas.

Certamen literario de Villanueva y Geltrú, celebrado con motivo de los festejos con que solemnizó esta villa la inauguración de los ferrocarriles directos de Madrid á Zaragoza y Barcelona, en la sección comprendida entre esta capital y Villanueva. — Villanueva y Geltrú, 1882. Un volumen, 5 pesetas.

Ensayos literarios (colección de novelas y artículos de costumbres por D. José M. López y López). — Sevilla, 1885. Un volumen, 2 pesetas.

Regina, por D. A. de Lamartine (versión castellana, por don José Feito García). — Madrid, 1887. Un volumen, 2 pesetas.

Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América, por D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de la Universidad de Zaragoza. — Madrid, 1892. — Dos pesetas.

¡Acuérdate! (romanza), poesía de D. Víctor Balaguer, música del maestro D. Fermín M. Alvarez. — Madrid, 1890. — Cuatro pesetas.

Cómo y por qué se perdieron las colonias hispano-americanas, por Enrique Manera y Cao. — Habana, 1895. — Cuatro pesetas.

Li Pirenèu, trilougìo catalano, de Vitour Balaguer, *revirado au prouvençau e precedido d'ùnis esclargimen pèr* Marius André. — Avignoun, 1897. — Cuatro pesetas.

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid: *Velada musical y literaria celebrada el 18 de Mayo de 1897 en obsequio á los autores de la trilogía «Los Pirineos»*. — Madrid, 1897. — Dos pesetas.

Hernán Pérez del Pulgar y las guerras de Granada: ligeros apuntes sobre la vida y hechos hazañosos de este caudillo, por don

Francisco de P. Villa-Real y Valdivia. — Madrid, 1893.— Seis pesetas.

Biblioteca - Museo - Balaguer: *Catálogo de la Colección Egipcia,* por D. Eduardo Toda. — Madrid, 1887. — Un volumen, 0,50 pesetas.

Una visita á la Biblioteca-Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú, por D. A. García Llansó. — Barcelona, 1893. Un volumen ilustrado, una peseta.

Villanueva y Geltrú y su Instituto Balaguer (Recuerdos de viaje), por D. Francisco Gras y Elías. — Madrid, 1895. — Un volumen, una peseta.